145

ALREVÉS

Ya nada será igual

MIGUEL ALBERO

XXVI Premio de Novela Ciudad de Badajoz

Miguel Albero nació en Madrid ya muy entrado el siglo pasado, llegando inevitablemente tarde a este que avanza inexorable. Ha publicado ya más libros de los que debiera. Tiene en su haber el Premio Gil de Biedma de Poesía, el Premio Vargas Llosa de Novela y el Premio Málaga de ensayo, y con ellos ha conseguido pasar de tener, avergonzado, más libros que lectores a disponer, orgulloso, de más premios que lectores.

En Madrid, la crisis de 2009 estalla con la misma fuerza que en todo el mundo, pero para los Montero, una familia acomodada, esa crisis se convierte en drama, al verse involucrado su hijo en la muerte de un indigente. Con el ritmo frenético de esos días en los mercados financieros, Albero traza, en *Ya nada será igual*, una suerte de thriller urbano que es también el retrato de una sociedad y de una época. Porque, en efecto, ya nada será igual para la familia Montero, pero tampoco para el resto de nosotros.

Ya nada será igual

Ya nada será igual

MIGUEL ALBERO

ALREVÉS
BARCELONA-2023

Primera edición: mayo de 2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º

08007 Barcelona

info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2023, Miguel Albero © de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S. L.

ISBN: 978-84-19615-06-0
Código IBIC: FF
Producción del ePub: booqlab Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Paloma Sánchez-Garnica, Manuel Pecellín y Juan Manuel de Prada concedió a la obra titulada *Ya nada será igual*, de Miguel Albero, el vigesimosexto Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.

Ayuntamiento de Badajoz

CAMPAÑA DE AUGUSTO CONTRA GALAICOS, CÁNTABROS Y ASTURES

Vuelven Los exploradores. Bajan flotando por el río sus cuerpos mutilados, sin cabeza y con heridas atroces. Ellos ya lo ignoran, pero traen la información que salieron a buscar.

EMILIO GAVILANES,
El río

I

Es viernes, 3 de octubre. Un informe revela que el semen del sesenta por ciento de los españoles es de baja calidad. Unos científicos, también españoles y ubicados por fuerza en ese sesenta por ciento o en el cuarenta restante, al menos los varones, han diseñado un chip para estudiar el viento en Marte. Estamos en 2008, y ayer han encontrado otros nueve cadáveres con el tiro de gracia en Tijuana, mientras el jefe de la Policía de Coslada afirma rotundo que nunca ha grabado a ningún político con prostitutas. Pero no debemos inquietarnos, el periódico también anuncia optimista que el día será soleado en Madrid, y ese cielo sin nubes y la luz que despide han sido siempre la mejor tarjeta de presentación de la capital de España.

Pese a los buenos presagios meteorológicos, Javier Montero ha tenido un día de perros. El BCE abre la puerta a una bajada de tipos, pero no tranquiliza a los mercados. Ese era otro titular, *el* titular, porque Montero trabaja en los mercados, vive de ellos, no solo peligra su bonus anual, también su empleo. Javier Montero tiene cincuenta años, dos hijos adolescentes, una mujer granadina. Estudió Filología Griega, terminó un máster, abandonó las lenguas muertas, abrazó la bolsa, las finanzas y el estrés, cambió sin darse cuenta *El País* por *El Mundo*, sigue siendo hincha del Real Madrid. Ya casi no tiene pelo.

La palabra «crisis» se ha instalado invasora en las conversaciones de los madrileños con la fuerza y la velocidad de un virus informático, pero antes de que todo el mundo la usara y repitiera entre sorprendido y aterrado ya era una definición precisa del momento vital de Javier Montero, cansado de sí mismo y de su trabajo aun cuando este no se había convertido en una locura, preocupado por sus hijos, distanciado de su mujer. Y la jornada laboral no solo ha terminado de forma desastrosa para Montero, también lo ha hecho tarde, va a ir directamente a la cena, restaurante de moda, comida asiática de fusión, pareja de matrimonios de vida acomodada. Pero el día no ha pasado en balde, ha dejado su rastro para que nadie se olvide de él, las bolsas han

bajado otra vez o, por no abandonar los titulares que lo serán ya esta vez de mañana, el pánico se ha apoderado del parqué, es posible que hayan aparecido en Tijuana más cadáveres con el tiro sin gracia, quizás ha aumentado aunque sea de forma todavía imperceptible el porcentaje de españoles que atesora sin saberlo en sus entrañas semen de mala calidad, como si guardaran en su nevera inconscientes un yogur caducado.

Juan y Julián Montero tienen diecisiete y quince años, el primero termina el colegio este año, es alto, moreno y cejijunto, el segundo atesora los ojos verdes de su madre y despide la mirada atónita de quien no ha perdido aún la capacidad de asombro. Es muy probable que Juan repita curso, lo intuye él perspicaz y también sus padres, pese a que este curso acaba de empezar, sin embargo, todos esperan sin excepción que Julián saque buenas notas, es mucho mejor estudiante, más sereno, tan solo un par de centímetros más bajo.

Al no pasar por casa, Javier Montero no ha visto a sus hijos llegar a esa misma casa, tirar aliviados la mochila al rincón, concederse como terapia de choque una buena dosis de pantalla y una ducha rápida, vestirse también deprisa con la ropa más nueva. La casa de los Montero luce esa mezcla entre lo tradicional y lo muy moderno que los decoradores de interiores denominan tramposos «estilo ecléctico», para darle un nombre sonoro a lo que no tiene ni pies ni cabeza, acéfalo y cojo, esa sería sin duda una definición más exacta. Sí hay algo claro, la tecnología ha ido ganando espacio, casi igualmente invasora que la crisis, y entre ordenadores, televisiones de plasma, iPods y Nintendos, el número de pantallas, esas mismas de las que apenas se despegan los dos adolescentes, ya supera con mucho al de librerías, desde luego al de camas, por supuesto al de piezas que conforman el hogar.

Juan Montero ha quedado con sus amigos para salir, y mientras se ducha el telediario informa cumplidor de la crisis, Javier también oye esa misma palabra «crisis» en la radio cuando conduce camino del restaurante, pero él no se escuda en el chorro de agua caliente para esquivarla, le basta cambiar de emisora para mudar la información ruidosa por la muy relajante música clásica, en el mismo instante en el que Julián, ya aseado y listo, ha decidido no salir para sorpresa de todos, y entonces llama a quien iba a ir a buscarlo para que no lo haga. No puedo ir, se limita a comunicar lacónico a su interlocutor, para así no tener que entrar en el territorio engorroso de las explicaciones.

María Guzmán, madre y esposa de los Montero, ha llegado del ministerio a las tres y media, ventajas del viernes y de su condición de funcionaria, trabaja como documentalista, es rubia, tiene cuarenta y ocho años y muchas más canas de las que quisiera. Ha dormido la siesta, se ha duchado antes que sus hijos, ha intercambiado con ellos dos palabras, qué tal el día, qué vais a hacer hoy, y cada uno le ha contestado expresivo con monosílabos desde su cuarto, sin dejar de mirar un instante su respectiva pantalla.

Los analistas ya hablan de crac, lo comparan con la crisis del 29, lo atribuyen, como siempre precisos a toro pasado y romos cuando el morlaco aún está enfrente, a años de orgía financiera, de trampas para que en el corto plazo todos salieran guapos en la foto. Ahora viene briosa y dispuesta la resaca implacable, nadie intuía que iba a ser tan grande, probablemente porque no quedaba nadie sereno y todos preferían tomarse dipsómanos la última copa, antes de pensar en el mañana inminente y en el muy seguro dolor de cabeza. Va por ustedes. Y aun así, con la que está cayendo, los candidatos a la Casa Blanca preparan encerrados un último debate que puede resultar decisivo, y muchos madrileños preparan sin encerrarse, pero deprisa, las maletas para salir de fin de semana, las carreteras ya han advertido sagaces esa decisión colectiva y están atestadas, la ciudad no puede marcharse con ellos, aunque sin duda lo haría gustosa.

Julián Montero ya dispone de nuevo programa de viernes por la noche, aunque no lo sabe aún, alternará ecléctico él sí de verdad, pantalla televisiva e informática, comerá algo de la cocina o se pedirá una pizza, no va por tanto a ir a la fiesta que organizaba un gordo de su clase. Las razones de su negativa son difusas, ni él mismo sabría verbalizarlas, la que iba a ser su chica ya no lo será, ha tenido esa mañana un incidente tonto en el recreo con un compañero, esta semana su rostro alberga hinchado demasiadas espinillas. Juan se despide de su madre, que está arreglándose casi coqueta para salir, no llegues muy tarde, le pide ella más en tono de súplica que de exigencia, qué, otra vez de cena, ¿no?, contesta él nervioso sin contestar, no me has dicho qué tal el cole hoy, insiste María preocupada. Mañana hablamos, que no llego, ya debe de estar Pincho en la entrada, grita ya saliendo Juan al viento tras lanzar un beso al aire o al mismo viento y mirar después inquieto el reloj, como si en efecto llegara tarde.

Los Montero viven en el Encinar de los Reyes, a las afueras de

Madrid, en una urbanización nueva y pequeña, veinte casas, una piscina, dos pistas de pádel, clase algo más que media encantada de su elevada condición. A Juan han venido a buscarlo en moto, en efecto su amigo Pincho estaba puntual en la puerta, y se cruza al salir con dos vecinos que vuelven de trabajar con el nudo de la corbata suelto, el buen tiempo, ajeno a los índices bursátiles, permite a los más pequeños seguir jugando al aire libre. Son las nueve y diez.

Los restos con alas de un avión estrellado en Barajas, las peleas sin freno antes del debate de los presupuestos, la crisis con anestesia de la sanidad madrileña, los animados informativos de noche alternan la crisis de verdad con las otras crisis, la llamada actualidad informativa es así, no opera como los dolores donde uno solo puede opacar abusón el resto si dispone de suficiente entidad, aquí por mucho que el mundo se hunda hay que dar espacio a todas las secciones, sobre todo a los deportes, y nadie se olvida del esperma de los jóvenes españoles, la noticia del esperma cubre hoy el apartado imprescindible reservado a lo gracioso o lo exótico, se casa el hombre más gordo del mundo, han separado con éxito a las siamesas de Bombay, un ingeniero ha inventado en Japón una cortadora de césped con una cuerda y una batidora de cocina. A la televisión la noticia del esperma le gusta menos porque no aporta imágenes de impacto, la boda del más gordo da mucho más juego, pero aun así el telediario cierra con esa información y otra de un concierto de música étnica, para el asunto del esperma el realizador ha creído que bastaba con unas tomas de unos jóvenes en la calle, parece un botellón, alguno puede interpretar que este está en el origen del problema, a más cubatas, peor esperma, o tal vez el responsable es el consumo callejero del combinado, igual si el cubata lo tomas mucho más cómodo en un bar con sofás y música lenta, camarero y panchitos, entonces el esperma mejora como el ánimo, los espermatozoides celebran su buena salud dando saltos de alegría.

Javier Montero se ha ahorrado esas noticias, y escuchando a Bach llega antes de tiempo al restaurante casi relajado, gente guapa y ninguna mesa libre, un par de llamadas al móvil de colegas acojonados por la situación, un gin-tonic de Beefeater en copa balón mientras espera al resto. El restaurante, diseño a granel, camareros latinoamericanos y levísimo ambiente oriental, está situado a la entrada de la Moraleja, a Madrid ya casi no van porque se han puesto muy pesados con los controles de alcoholemia, por dos

cubatas de más te quitan el carné para los restos, por mucho que los hayas consumido en un restaurante de moda y la ingesta haya servido terapéutica para mejorar tu debilitado esperma. María llega con Miguel y Sandra y con el segundo gin-tonic, siempre Beefeater, siempre copa balón, han pasado a recogerla porque viven muy cerca. Son las diez menos cinco.

Los amigos de Juan Montero han quedado en casa de otro del grupo, sus padres también han salido, y antes de lanzarse a la noche madrileña practican el botellón domiciliario, y para que resulte lo más parecido posible al callejero se han hecho en un chino con varias botellas de Coca-Cola de dos litros, ron y ginebra, el menú se completa generoso con porros que ya no despacha el oriental, alguno habla de un par de rayitas euforizantes para luego, otro anuncia conocedor que en la fiesta pueden pillar pastillas sin problema. Son cinco, el plato fuerte de la noche es una movida en un garito en el centro, hay una fiesta con una lista de DJ impresionante, no es recomendable ir antes de la una.

La cena en el Tamura transcurre divertida, hasta el lunes no hay bolsa, no hay que preocuparse de lo que pase en Nueva York, los gin-tonics balompédicos han servido para levantar el ánimo, la jornada laboral parece ya lejana. Sandra y Miguel son agradables, amigos de siempre, médicos los dos, han acordado al principio no hablar de la crisis para no resultar aguafiestas, pero Javier ha tenido que exponer didáctico un breve balance de la situación, los hijos, los amigos y los proyectos turísticos del próximo puente han acaparado el resto de la conversación. La que no habla mucho es María, está rara, cansada o triste, apenas abre la boca, termina con ansiedad las copas de vino, no ha comido casi nada.

Sí come Julián y en abundancia, una pizza enorme con mucha cebolla que ha pedido por teléfono será su cena, come sin abandonar un videojuego que lo tiene enganchado, ya casi pasa de la quinta fase. Antes ha chateado un buen rato sin ganas, no ha contestado el teléfono las tres veces que ha sonado, mañana le dirá a su madre que tenía puestos los cascos, y es verdad, los tiene puestos, aunque no por ello ha dejado de oír el teléfono sonar sin respuesta. Son las once y veinte.

A esta hora, la información desaparece de la ciudad escurridiza casi a la vez que se han marchado con prisas quienes se van de fin de semana, quizás se ha ido también ella a su casa de la sierra para descansar de tanta actividad. Porque el viernes, terminado el telediario, ya nadie ofrece más información, en la semana la gente

está pegada a ella todo el día, en el metro lee de pie el periódico gratuito, en el taxi o en el coche con derecho a atasco consume tertulias, esta vez sentados, en casa al llegar degusta el telediario con mando a distancia, en la oficina internet con ratón y banda ancha. Así, la información se convierte en parte integrante de la jornada laboral, y como ahora empieza el fin de semana, radios y televisiones la abandonan aliviados para entregarse holgazanes al ocio, cuanto más burdo mejor, como si todos necesitaran un respiro, una pausa reparadora que no exija pensar y nos mantenga de paso entretenidos.

Concluido con éxito el botellón casero, los cinco amigos se han ido al centro en moto, en cuatro motos. Hasta entonces las conversaciones han girado en torno a las chicas, a las que alguno llama «pibas» y otros prefieren mentar por su nombre de pila, al plan de la noche, al fútbol y a los chismes del colegio, nadie habla de la crisis, al menos en ese ámbito el virus no ha entrado aún. Juan va de paquete en la moto de su amigo Manolo, al que todos conocen como Pincho porque llevaba —ya no lo lleva— el pelo cortado al uno. Antes de salir se han metido unas rayitas, Segrelles invita, su padre está forrado y él parece estarlo también, el aire ahora les golpea balsámico en la cara, van a un bar antes de la fiesta para seguir el precalentamiento, allí han quedado con unas amigas del colegio para acudir juntos al evento principal de esa velada sin cirios.

A la salida del Tamura previo abono de la cuenta imposible, Miguel insiste animado en que vayan a su casa a tomar una copa, María mira entonces a Javier para decirle con los ojos que no le apetece, que la respuesta que debe dar a esa invitación es negativa. Pero Javier no la ha mirado en toda la noche y tampoco lo hace ahora, y ya ha contestado entusiasta que sí, se le ha olvidado el mal día, puede que se apunte otra pareja amiga que viene de una cena de trabajo. Son las doce y media.

En la fiesta apenas hay gente cuando llegan, Juan está ya muy pasado, ya lo estaba de hecho al salir de la casa, el trayecto y su brisa lo han reanimado un poco, pero la copa de aproximación en el bareto de al lado ha terminado por hundirlo cual puntilla, no habla casi con las chicas, y eso que entre ellas está la que le gusta. Siempre le ocurre lo mismo, el viernes sale como una moto aun cuando no va de paquete, a ver si el próximo me controlo, se dice luego entre semana, arrepentido, pero llega el viernes y como una moto vuelve a salir, y vuelve a perderse, la ansiedad termina por

anular el disfrute. Tres tipos bailan solos en la pista, lo bueno está por llegar en la fiesta, lo bueno y la gente, los tres lanzados ya no necesitan mucho estímulo, bailarían igual si no hubiera DJ, ni siquiera música, uno sonríe oligofrénico a la nada sin parar, casi nadie consume en la barra, la gente se concentra en las pocas butacas y en los alrededores del baño.

Al baño ha ido dos veces María, la otra pareja ha llegado de su cena de trabajo con ganas de hablar, no sabéis lo gilipollas que es el jefe de Paco, el tipo va sobrado, Javier se ha tomado con gusto otra copa más ya sin balón, ahora están hablando ácidos de la boda de la hija de unos amigos, de la borrachera del padre del novio, de la cara de perro de la madre viuda. María se levanta y anuncia rotunda que se va, como si Javier no tuviera que llevarla, yo me retiro que estoy muy cansada, solo unos segundos después ha reaccionado Javier, ha dejado bronco la copa en la mesa para levantarse también, sin ocultar su cabreo, parece que nos vamos, gracias por la copa, chicos, besos, abrazos, despedida.

La fiesta ha terminado al menos para tres de los asistentes, Juan vuelve a ir en la misma moto de paquete, regresan a casa, Pincho enfila rápido hacia la Gran Vía por callejuelas estrechas, hay poco tráfico, en la otra moto José Segrelles va descerebrado haciendo el indio como casi siempre, caballito, derrape, gritos de *hooligan*. En un semáforo cerca de la red de San Luis las dos motos se detienen, Segrelles gira la cabeza y ve a un indigente que parece estar organizando con cartones lo que será su cama. Espera, tronco, le grita entonces a Pincho con voz de mando, y sin esperar él la respuesta y con el semáforo ya en verde, se baja de la moto, se quita el casco, y se saca de la chupa el móvil para dárselo a Pincho. Pilla, Pincho, fílmame esto, verás qué punto. Pincho cumple borrego con las instrucciones, no apaga el motor de la moto, solo la quita del medio de la calle, Juan asiste, calla y otorga, él es quien sujeta la moto ahora con las piernas, se adelanta con dificultad y agarra el manillar con torpeza, como si estuviera sosteniéndose él y no a la moto. Pasan dos coches de un tiro, como picados, el ruido y la velocidad parecen despertarlo. Vente, Pincho, tronco, acércate que estás muy lejos, le grita Segrelles histérico, hablando como si estuviera aún en el garito, con la música sonando todavía en su cabeza, la música y la coca, la coca y el ron. ¿Qué haces, tío?, le pregunta Pincho descolocado, pero como un autómata obedece siempre borrego y enfoca cuando Segrelles le vuelve a decir gritando ¡ahora!, momento en el que golpea con el casco y con fuerza

al indigente como si le despachara un tortazo con la mano abierta. El indigente los ha visto venir, pero no ha interrumpido su tarea, y recibe el impacto inerme con la sorpresa de un muñeco, solo se alcanza a verle el rostro cuando se reincorpora lento y esboza aterrado una mueca de espanto.

Julián lleva tiempo durmiendo, María también, Javier Montero no, él está desvelado, y mira indiferente la televisión sin sonido, tumbado en la misma cama donde su mujer descansa, su hijo Juan se ha quedado sentado en la moto, el rostro sin expresión, un rostro que por su nada se parece y mucho a esa televisión que no habla. Pero no sobre su rostro inexpresivo sino sobre el del indigente, que sí está expresando algo con su mueca que es el pánico más atroz, el casco de Segrelles impacta brutal una segunda vez, ¡déjalo ya!, le grita ahora por fin despierto Pincho, ¡estás loco, joder! Juan no habla, se limita a abrir con esfuerzo un poco más los ojos, el indigente ha caído esta vez a plomo sobre los cartones, el sonido no recoge la previsible amortiguación de estos, no hay indicios de que vaya a incorporarse. ¡Vámonos, tío, vámonos!, grita Pincho ahora muy nervioso, ha dejado ya de grabar y se dirige deprisa a la moto, en todo este tiempo no se ha quitado el casco, mientras Segrelles lanza una carcajada histérica. ¿Has visto?, se dice a sí mismo o a Pincho o a Juan, el cabrón ni se ha movido, ¡qué fuerte, tío, qué fuerte! Recoge su móvil, se pone el casco, ejecuta con maña un caballito de celebración, se oye una sirena que los asusta pero que resulta ser una furgoneta del Sámur y no la Policía, pasa de largo, arrancan por fin.

Javier Montero apaga también por fin el televisor, antes se ha tomado una segunda pastilla para dormir, y para acompañarlo aun sin quererlo, María Guzmán emite dormida un leve ronquido, en cuya aparente dulzura aflautada puede percibirse algo parecido a un lamento. Son las cinco menos cuarto.

II

Javier Montero está sentado en la taza del váter de su cuarto de baño de diseño, el peso de la cabeza gacha sostenido a duras penas por sus dos manos, la mirada extraviada del que ha recibido un golpe y aún no sabe por qué, como si fuera él el indigente y Segrelles le acabara de recetar borracho un bofetón con el casco como mano. Es lunes, 6 de octubre, el año sigue siendo 2008.

Pero el estado de parálisis de Javier no impide que la realidad prosiga terca su curso inexorable, que el Sporting encuentre feliz la sonrisa en Mallorca, que el automóvil aplauda aliviado el plan de rescate del presidente Bush, que un cuarenta y uno por ciento de los alumnos afirme sincero que cambiaría de asiento si supiera que su compañero es gay, que un hombre mate animal en Santurce a su mujer tras atarla de pies y manos.

Sin embargo, es la crisis de nuevo la que acapara las portadas, y al leerlas, a los madrileños se les queda la misma cara de asombro que luce Javier Montero, tampoco ellos entienden qué pasa, tampoco ellos pueden aguantar el peso de su cabeza sin ayuda. Porque la crisis económica, como le sucede a la personal de Montero, está adoptando a toda prisa la mayúscula para alcanzar gloriosa la posteridad, y quiere ella asumir no ya protagonismo sino *todo* el protagonismo, ser la reina de la fiesta, el blanco de todas las miradas. «Ya nada será igual», ese es el titular redondo perpetrado por un ingenioso periodista, ilustrado por una fotografía en la que un corredor de bolsa, cuyos tirantes además de ser su uniforme son también la metáfora de cuanto precisa, exhibe sin quererlo la misma mirada perdida de Montero, la cabeza apoyada en las manos como Montero. ¿Será que en estos tiempos ya no se basta el tronco para sostenerla?

Ya nada será igual, se está diciendo agorero sin pronunciar esas palabras Javier Montero, pero a él no es tanto el futuro incierto lo que le inquieta sino el presente, el presente intolerable y dolorosamente próximo. El sábado amaneció tarde para todos y terminó peor para algunos, los Montero tenían ese día actividades varias que los mantuvieron ocupados hasta el almuerzo. Julián jugó

y ganó un partido de pádel de dobles con un vecino a las diez, María se fue de compras con una amiga al centro, Juan y Javier durmieron tranquilos la mona y la mañana casi entera. Como muchos sábados, en lo que ya constituía una tradición sin pretenderlo, los cuatro se fueron juntos a almorzar, a un restaurante italiano del centro comercial contiguo a su casa, la interna de servicio de otros tiempos había dado paso a una empleada igualmente extranjera con horario de oficina, y en esa mudanza horaria estaba el origen de la tradición, forzada por la necesidad y las muy pocas ganas de María de cocinar para toda la familia.

Un coche bomba mata a siete soldados rusos en Osetia del Sur, fallece un vigilante de seguridad al caerse de un toro mecánico en una nave de Arganda, las prostitutas de la Gran Vía se multiplican, sin que para ello sea preciso que procreen. Y como si estas noticias resultaran pocas para un sábado, un día en el que el ánimo de lector se encuentra más proclive a los suplementos de viajes o a los reportajes de moda, donde la información terrible de lo inmediato se cambia por la más sosegada de lo remoto, Segrelles ha querido contribuir dadivoso mandando por aspersión y por correo electrónico su hazaña de la noche anterior a todos sus contactos, dando muestra con ello de que para su desgracia el arrepentimiento no ha acompañado solidario a la resaca. Y así, cuando los Montero se sientan a comer, dos pastas, una pizza y un pescado al horno para María, el correo ya ha sido rebotado por alguno de sus destinatarios, y la fuerza de la onda expansiva logrará que a las nueve de la noche la aspersión alcance extensiva a toda la comunidad autónoma, de soltera provincia, y el vídeo salga en el telediario de Telemadrid como primicia mundial, por esas virtudes contagiosas de la banda ancha que permiten que ya ningún secreto pueda guardarse cien años, tampoco cinco minutos.

Les advertimos que las imágenes que emitiremos a continuación son de una dureza escalofriante. En ellas verán cómo un joven golpea con frialdad a un indigente mientras otro lo graba. El indigente está ingresado en el Gregorio Marañón, se encuentra en coma y se teme por su vida. De esta forma introduce sugerente el vídeo la presentadora, sugerente ella también, cuellos alzados, polo de marca y un sutil pero mucho más que evidente exceso de maquillaje. Antes el equipo de redacción ha decidido resuelto incluirlo a falta de nada mejor entre los titulares, para que así el telespectador alertado no cambie de canal, y se trague en la espera

la muy ajena noticia de los soldados rusos muertos en Osetia del Sur, y la más cercana reproducción de las prostitutas de la Gran Vía. Al parecer, uno de los agresores es hijo de un conocido magistrado. Esta es la ominosa frase final, la que precede al vídeo y también la que va a causar problemas a la periodista y de paso a la cadena.

Y para desgracia de la familia Montero, el vídeo empieza con un primer plano indudable de Juan Montero borracho sentado sobre moto ajena, la mirada en efecto sin expresión, el casco que podía haber protegido su cabeza y esta vez además su intimidad, situado como codera asimétrica en el brazo derecho. La imagen es difusa, no hay mucha luz, Pincho ha debido de girarse torpón con la cámara activada, de ahí el móvil se da media vuelta hacia el lugar donde está el indigente, esa toma es más nítida porque una farola ejerce de foco improvisado, se oye la voz gritona de Segrelles, vente, tronco, acércate, que estás muy lejos. El vídeo dura casi dos minutos, mucho más que un anuncio, un poco menos que un videoclip, algo parecido a lo que antes en televisión llamaban ingeniosos «publirreportaje», como si con él no te estuvieran vendiendo el mismo producto, pero con más literatura.

—¿A qué hora llegaste ayer? —pregunta María a Juan ya en los postres, tiramisú para casi todos y profiteroles para Julián, advirtiendo en su cara algo más que cansancio.

—No muy tarde, no me acuerdo bien, pero cuando nos fuimos de la fiesta ni siquiera estaba aún llena —acierta a decir Juan para justificarse.

—Tarde sería, yo no me dormí hasta las tantas y no te oí llegar —insiste Javier pesado, pensando más en su insomnio que en las andanzas de su hijo.

—¿Vamos a ir a esquiar estas Navidades a los Alpes? —tercia Julián, echando un capotazo a su hermano.

—Ya veremos, como esto siga así me parece que no nos va a dar ni para Navacerrada —cierra el paterfamilias para que se vea que es él quien tiene la última palabra, y en la cara de preocupación se percibe que la crisis ha regresado recurrente a su cabeza.

A las seis, Pincho ha llamado a Juan, ¿has visto?, este Segrelles es un gilipollas, solo se le ocurre mandar el vídeo de lo de ayer. ¿Qué vídeo?, pregunta Juan desconcertado. Joder, tú sí que ibas cocido, lo del mendigo, coño, anda, abre el correo y así te enteras. Y ahí Juan abre veloz el correo sin dejar de hablar con Pincho, y entonces se ve, no se acuerda de nada, a la curiosidad inicial por ver

su cara en ese estado le ha seguido el espanto infinito al observar el resto de la filmación, y ya directamente el pánico helado al comprobar la cantidad de destinatarios del correo. En efecto, este Segrelles es un gilipollas, siempre lo ha sido, coincide lapidario con Pincho antes de colgar, luego te llamo.

Y mientras Juan vuelve a ver lo que quiere que no hubiera pasado, Julián y su padre están sentados o más bien tirados en el sofá disfrutando como niños del partido de la Premier que la televisión les ofrece generosa, esto es, del encuentro semanal de la liga inglesa de fútbol, en lo que constituye la última playa de comunicación paternofilial, el último ámbito donde cada uno se olvida del papel que le toca, joder con el Liverpool, este año está que se sale, para mí que el Chelsea no se come ni una rosca después de tantos millones gastados. Para desgracia de María, en la comunicación conyugal no queda ni siquiera una última playa, deben de haber construido allí un hotel con vistas y sin desagües, solo conversaciones mínimas antes de dormir donde el que no la ha iniciado se manifiesta cansado y propone cobarde postergar el asunto para el día siguiente, un día siguiente que pese a lo implacable del calendario no llega nunca. Este sábado apenas han intercambiado unas palabras antes del almuerzo, los dos en el baño del dormitorio, Javier recogiendo el reloj, María peinándose. Te veo rara, Chiqui, ¿te pasa algo?, ha preguntado él utilizando el apelativo reservado a ese espacio de intimidad. Estoy muy cansada, no sé, también me duele la cabeza, confiesa María sin dejar de peinarse. Igual tienes la menopausia, diagnostica él saliendo del cuarto, como si temiera que la cosa se alargase. Ojalá, se dice ella en voz baja a sí misma o al espejo, que no a Javier, que ya ha salido del dormitorio y también de la conversación y está ya en otra parte donde no tiene que responder a preguntas incómodas.

—Oye, Juan, si te parece te paso a buscar a las nueve, tenemos que hablar, hay que desmarcarse de Segrelles, ya verás, el vídeo al final lo va a ver medio Madrid. La llamada insistente de Pincho es la tercera, la primera que contesta Juan, su amigo está muy nervioso, no es para menos, tampoco él sabe muy bien qué van a hacer.

—Vale, vente si quieres a las nueve, pero yo hoy paso de movidas, quiero acostarme pronto, estoy molido —contesta Juan molesto, pues la resaca moral está empezando a sustituir y con fuerza a la física, qué coño hacía él en esa moto ahí, con esa cara de colgado, por qué tiene que verla nadie, por qué tiene que enterarse

nadie de sus salidas. Cada vez que llega muy puesto y se levanta tarde sin acordarse de casi nada, es decir, casi todos los sábados y gran parte de los domingos, los primeros minutos de la mañana traicionera los dedica Juan a comprobar que no ha hecho nada irreparable, que sus padres no se han enterado de su estado, y tras confirmarlo aliviado se abandona a una sensación de arrullo familiar, a la serena degustación de las bondades reparadoras del hogar, esas mismas que el viernes por la noche mandaría a la mierda con alegría. Y hoy, esta mañana, ha tenido esa misma sensación, la vuelta a la vida familiar ha sido el almuerzo, con el poder acogedor añadido de la tradición, o al menos de la costumbre, los camareros te conocen, el ambiente lo conoces bien, el menú se repite reconfortante. Pero ahora, después de que Pincho le mandara el correo, la desazón ha sustituido invasora al sosiego, la angustia ha ocupado victoriosa el lugar que acaparaba la estabilidad.

Y así, pese a ser sábado a la noche, ya cobré, y mi dinero yo me lo gané, los Montero, salvo Juan, carecen de plan de ocio, Javier y María han rechazado una invitación a cenar fuera, María esta vez ha impuesto su negativa sin fisuras, a Javier no le ha costado demasiado la renuncia, el cansancio de toda la semana y la tensión han decidido venir de visita de la mano, reclamando como la crisis un protagonismo en este caso justificado. Julián, aún sin haberlo previsto, ha convertido su fin de semana en uno casero, pero hoy no ha sido necesario anular ningún plan, simplemente no lo tenía, bien es verdad que tampoco lo ha buscado. Juan es el único con programa externo, Pincho vuelve a pasar a buscarle a las nueve, está muy nervioso con el asunto del vídeo, en él su cara no se ve pero sí se oye claramente su nombre, el suyo es el único nombre que allí se mienta, por mucho que sea un apodo. Incluso después de haber quedado ha vuelto a llamar a Juan, que esta vez ni siquiera le ha dejado empezar una conversación: estoy liado, a las nueve nos vemos, ¿vale?

Y el nerviosismo será pavor solo unas horas después, ni los Montero ni la familia de Pincho o de Segrelles han visto el telediario, pero sí una audiencia variopinta entre la que no son pocos los que han reconocido a Juan, en Pincho la alusión al hijo de magistrado ha ayudado sin duda a la identificación, el padre de Pincho es juez de la Audiencia Nacional, nada más y nada menos. A Javier Montero lo ha llamado preocupada su hermana, que vive en Pozuelo con su familia y que formaba parte de la variopinta audiencia del telediario. ¿Has visto Telemadrid?, no, ¿qué pasa?, no

me cuentes que se hunde la bolsa porque eso ya lo sé. No, es Juan, creo que lo he visto en la tele. ¿Qué dices?, ¿haciendo qué?, ¿no me digas que se ha hecho actor y no nos ha dicho nada? No, en serio, Javier, me parece que la cosa es grave. Así ha empezado una conversación llena de muchas preguntas y acompañada de algunas explicaciones vagas, mucho más imprecisa que la mantenida por Pincho con su padre, que lo ha llamado al móvil tras enterarse por un vecino. Te quiero ver en casa en media hora, le ha soltado sin más, y cuando Pincho ha contestado tartamudo con una cadena agobiada de preguntas nerviosas: ¿por qué?, ¿qué dices?, ¿qué pasa?, su padre se ha limitado a repetir tajante la orden y a colgar, momento en el que a Pincho han comenzado a temblarle desobedientes las piernas.

—Joder, tío, mi padre se ha enterado, me cago en todo.

Juan ha vuelto por tanto mucho antes de lo previsto a su casa, casi acababa de salir, también él ha percibido en el camino un cierto temblor espontáneo en las piernas, pero lo ha combatido firme con una esperanza fundada en el cálculo de probabilidades, la esperanza de que en su caso sus padres no sepan nada, por qué habrían de saberlo, él no conoce aún que el correo de Segrelles es la noticia bomba del telediario del canal de la Comunidad de Madrid. Pero la esperanza ha desaparecido escurridiza cuando ha atravesado la puerta y ha visto a sus padres en el salón, con la cara fúnebre reservada para las grandes tragedias familiares. ¿Qué has hecho Juan?, ¿qué has hecho?, ¿jodernos a todos la vida y de paso jodértela a ti mismo? La agresividad de Javier es casi desconocida para su hijo, su mujer ha intentado contenerlo, pero ha sido en vano, gritos de desesperación, manos alzadas sin destino, paseos frenéticos sin salir del salón, pero no tendremos ahora en casa a un nazi, ¿verdad?, ¿de qué ha servido todo lo que te hemos enseñado?, ¿es que te dedicas ahora a dar palizas a mendigos?

Javier y María no han podido ver el vídeo, pero ya conocen su contenido y eso resulta casi peor, tampoco entienden muy bien la participación de Juan, sí saben que estaba allí, de eso ya no cabe ninguna duda. Juan se ha limitado a repetir defensivo que no se acuerda de nada, había bebido mucho, pero ha añadido contradictorio que él no le ha hecho daño a nadie, y al segundo grito se ha metido en su cuarto, María en el suyo, ella con lágrimas en los ojos, ¿te crees que así se van a arreglar las cosas?, le ha preguntado acusadora a su marido antes de dejarlo solo en el salón. Y ahí se queda Javier Montero, histérico, de pronto se da cuenta de cuanto

les viene encima, más allá de la calificación moral de lo ocurrido le importa lo que ocurrirá, lo que va a ocurrirles sin duda y además ya mismo, sin mucho tiempo para reaccionar, y para tranquilizarse intenta un rato pensar en otra cosa, bajar al menos el nivel de adrenalina, una operación que repite a menudo en su trabajo, en esas jornadas donde todo se vuelve loco.

Su técnica es como sigue: sale sin chaqueta de su oficina, se mete urgente en el baño, y allí, sentado sobre el váter, en lugar de hacer uso del retrete o de darle vueltas preocupado a cuanto está pasando, sabedor de que en ese ámbito no va a encontrar las respuestas, busca determinado el sosiego, y se pone a pensar en algo banal e inocuo, en el partido del Madrid del domingo, en la alineación de su equipo en ese partido, en cómo jugó Nadal la final de Wimbledon. Repasa meticuloso y mentalmente las imágenes de las jugadas, el bote alto y *liftado* de la pelota, mientras afuera rugen los teléfonos gritones y chillan aún más los agentes pegados ellos como sus hijos a una pantalla, sí, el bote muy alto y muy *liftado* de la pelota en la final de Wimbledon, molesto y difícil, los pantalones de pirata sin garfio, la camiseta de estibador sin mangas, no importa, el caso es desconectar, el detalle es para eso lo importante, fijarse en el detalle, abstraerse de lo esencial. Y una vez desconectado, entonces respira hondo y lejos hasta veinte veces, y vuelve renovado y dispuesto al tajo con gritos, no con más conocimientos para resolver lo que viene, pero sí con mucha más entereza, con la necesaria serenidad para poder tomar decisiones rápidas, porque esa es la clave en su trabajo y tal vez lo sea también ahora mismo y en cualquier situación de crisis, el estado en el que uno está cuando afronta la tormenta, si tiene aún entonces la mentalidad y el sosiego necesarios que en momentos como esos suelen abandonarnos sin avisar.

Julián lleva todo el tiempo que ha durado la bronca agazapado en su cuarto, pero sin perder detalle, Juan ahora está en el suyo, necesita tiempo para pensar, para justificarse, para armarse de una defensa coherente, yo no he hecho nada, se dice entonces y repetirá después a quien quiera oírle, yo no he hecho nada, yo no tengo nada que ver con el gilipollas de Segrelles. Javier, pese a haber puesto en práctica su técnica de desconectar, está empezando ya a lucir esa expresión de desesperación que en dos días será ya directamente derrumbe, la conversación seria y pausada tendrá pese a todo lugar, será ya como a la una de la mañana, María ha llorado mucho, ha ido a hablar primero con su hijo, ahí Juan ha llorado también

abrazado a ella para reiterar su cantinela, yo no he hecho nada, yo no he hecho nada.

Y cuando ya estaban todos más serenos, la familia al completo ha visto el vídeo en el ordenador, Javier calla, pero también repite en su cabeza otra frase que en su caso es una pregunta, ¿por qué me está pasando esto a mí?, pero por mucho que busca inquisidor no encuentra ninguna respuesta convincente. Otra interrogación, ¿qué hemos hecho mal?, es la que resuena machacona en el cerebro de María, tampoco ella la ha emitido en voz alta, añadiendo en su caso al destino un inequívoco componente de culpa sin duda de origen cristiano: ¿qué hemos hecho mal?, ¿qué hemos hecho mal? Y así, cada uno con su propia frase repitiéndose terca en la cabeza aturdida han intentado centrarse en el problema, lo importante ahora es estar con Juan y sacarlo de esta, le ha advertido antes de acostarse que no de dormir María a Javier con un tono en donde había bastante de amenaza, y un mucho de no vayas a joderla otra vez, aquí lo importante es nuestro hijo y no tu absurda reputación ni la maldita crisis financiera, y si tú no lo defiendes descuida que ya lo haré yo.

Eso ya ha sucedido a las dos, los dos en el cuarto sin poder dormir, descansa que mañana veremos qué hacemos, le ha pedido ya casi recompuesto o simplemente agotado Javier a Juan. Ahora es muy tarde, mañana a primera hora llamo a Fajardo, le ha anunciado María a su marido como si de pronto tomara ella ya el control de los acontecimientos, María trabaja en el Ministerio del Interior, Fajardo era su jefe y es buen amigo, alto cargo del ministerio ahora, él les aconsejará qué es lo mejor. La cosa se va a complicar con lo de Pincho y su padre, ya verás como salimos en todos los papeles, se ha limitado a constatar cenizo Javier, no por nada le pagan por adivinar los movimientos futuros, y María ha vuelto a pensar en recordarle de nuevo que lo importante ahora es su hijo y no que salgan en muchos o en pocos papeles, y además él no ha hecho nada, hay que sacarlo de esta como sea.

Y es que como sucede casi siempre, la realidad ha decidido acelerarse animada cuando uno menos lo espera, cuando uno está poco o más bien nada preparado para tomar decisiones, y solo aguarda pasivo a que el día transcurra pausado sin sobresaltos antes de afrontar la inacabable semana y sus miserias sin fin. Pero nada de relajarse esta vez, aquí hay sobresalto y de los buenos, este sobresalto no se lo salta ni un gitano con pértiga, esta no es miseria cotidiana sino más bien tragedia griega. Los demás, el mundo en

general y Madrid y sus muchos ciudadanos en particular, no han advertido romos aún que en la casa de los Montero la tranquilidad es atributo que va a faltar por un tiempo largo, que es época de grandes emociones, de decisiones y de sobresaltos, sobre todo de sobresaltos. Y por eso la ciudad continúa borrega su ajetreo propio del sábado por la noche, copas, cenas, fiestas, gente hasta tarde en la calle.

Una vida normal, dos padres profesionales, dos hijos adolescentes y estudiantes, un nivel adquisitivo mucho más que aceptable, un país que ha ido mejorando entusiasta también, año tras año. Una postal, en suma, una postal a colores que se rompe, una postal que ahora preside imponente e inexpresiva la cara desencajada de Juan subido en una moto. Porque de la foto familiar de ayer mismo hemos pasado al retrato nocturno del primogénito con psicotrópicos que no se ven, pero se intuyen, pues es él el que en este momento aparece enfocado, el que va a marcar mandón aún a su pesar el calendario, el protagonista, el que va a alterar no solo su vida sino también la de todos quienes lo rodean.

III

Las dos manos enormes de Javier Montero continúan sosteniendo poderosas su cabeza perdida, sigue siendo lunes, el narrativo regreso al fin de semana no ha logrado alterar el presente, y ahora en ese presente la vida le da vueltas a Javier Montero, no la cabeza que sujeta está. Y es además la vida entera, su vida entera, todas las decisiones tomadas y el porqué de cada una de ellas. En este instante está viendo a sus hijos jugando distraídos en la playa aún niños, puede que la visión no sea ya recuerdo de lo vivido sino de la imagen repetida en un vídeo, están los dos, armados de cubos y palas, Juan se divierte, le sobra energía y también ansiedad aún con nueve años, Julián mira coqueto a la cámara, hay algo sereno en esa sonrisa de un niño que acaba de cumplir siete primaveras.

Y sus hijos no están en este presente con cabeza aguantada o apuntalada por las extremidades superiores, ninguno de los dos, el uno tiene un destino cierto pero terrible, el otro ha desaparecido. Y todo en el mismo lunes, un lunes en el que algunos independentistas aragoneses (tal vez eran todos) intentan boicotear un homenaje a la bandera, en el que el PP propone que el Estado avale los depósitos bancarios con otros treinta mil millones de euros, y en el que, recuerden, el Sporting encuentra satisfecho la sonrisa en Mallorca, debe de ser él el único que todavía sonríe, aunque quizás sonrían también otros, porque es asimismo este lunes cuando arranca en Barcelona al fin la gran cumbre de las especies en peligro. ¿Asistirán los interesados?, ¿lo harán con su mejor sonrisa?

El domingo tampoco estuvo falto de noticias, hallan restos de un anciano en Baza, Granada, que pudo haber sido devorado por sus perros y además lo fue, el fútbol chapas aspira a ser olímpico, la Fiesta de la Bicicleta toma el centro de Madrid, esas son las informaciones propias de un domingo, superficiales y sobre todo ajenas, salvo para el propietario de los perros, para él se trata sin duda de una noticia bastante cercana, aunque no vaya a leerla ya. Y a ellas han venido a sumarse jubilosas las andanzas del trío

calavera, Juan, Pincho y Segrelles, nombre, mote y apellido, su aventura con víctima del viernes por la noche ocupa holgada un destacado lugar en la sección reservada a Madrid, tres jóvenes adolescentes golpean a un indigente cerca de la Gran Vía y lo graban con su móvil, hay un fotograma del vídeo que acompaña el texto. En él se ve a Segrelles blandiendo animal el casco, en la televisión se mencionó que uno de ellos podría ser hijo de un magistrado, de nuevo la coletilla, los periódicos citan muy a propósito el telediario y utilizan precavidos el condicional para cubrirse las espaldas, el morbo está servido, ese es el elemento diferencial de este suceso, el que hará que los jefes de redacción lo sitúen entre los merecedores de la calificación de máximo interés.

María y Javier apenas duermen la noche del sábado, Juan tampoco, la llamada muy tempranera a Fajardo conduce a una visita, el subdirector general se persona en casa de los Montero sobre la una y hasta entonces ninguno de sus habitantes sale del muy dulce hogar ahora amargado. La familia tenía previsto comer con una hermana de Javier, pero el almuerzo ha sido suspendido, por la mañana se suceden interminables las llamadas preocupadas de amigos, también las de parientes, por supuesto las de algunos conocidos curiosos. María está tan nerviosa que deja de contestar y pide casi llorando al resto de la familia que siga su ejemplo, al final terminan resolutivos por silenciar sus teléfonos. Y es que las desgracias cuando son públicas vienen con esa servidumbre como regalo indeseado, no solo debes asimilar que te pasa cuanto te pasa, también debes acostumbrarte, aunque no puedas dar explicaciones sereno a cualquiera que te las pida, acostumbrarte a las miradas curiosas que te preguntan, a quienes se interesan con cariño, pero igual te molestan, a quienes te muestran impertinentes en esa mirada un punto intolerable de recochineo.

El día ha sido largo e intenso, los domingos de otoño son siempre proclives a la nostalgia, a la música tristona y a la melancolía lacrimógena, y en este caso existen motivos sobrados para que impere invasor ese aire depresivo, aunque hay más preocupación que nostalgia, mucha más angustia que melancolía. Y esa jornada larga e intensa depara para el recuerdo una decisión importante y dos momentos para rescatar, no es poco bagaje ese, tal y como están las cosas. La decisión ha sido la de personarse al día siguiente a primera hora ante el juez de Menores, ese es el resumen condensado de la recomendación de Fajardo, Juan no tiene nada que ocultar, que cuente lo que pasó, se fue a una fiesta, había

bebido mucho y no recuerda nada de lo ocurrido, pero él nunca le ha pegado a nadie, no sabía por supuesto que Segrelles tenía esa intención, él iba de paquete en la moto de su amigo Pincho para volver a casa, nada más. La verdad, la verdad sin fisuras, ha insistido Fajardo convincente, el prototipo de cargo medio alto de la Administración, cincuenta años, barbado para cubrir aún en otra parte el pelo que ya no crece en la cabeza ovalada, y unas gafas de montura casi inexistente cuya función es tapar una aguda miopía que no es sinónimo de timidez.

—La verdad por delante, siempre es lo mejor, pero además en este caso no es una verdad que te incrimina —ha rematado seguro el subdirector general—. Tú en efecto no has hecho nada, testigo eres, eso sí, ni cómplice ni verdugo.

Fajardo también les ha recomendado un abogado, Luis Martín, al fin y al cabo yo soy solo licenciado en Derecho pero no penalista, ha admitido modesto para quitarse de paso responsabilidad, y desde allí y en ese instante lo han llamado para que se haga cargo del caso. Martín es buen amigo de Fajardo, excelente penalista, especializado en menores, le han contado con detalle lo sucedido y han quedado a primera hora en su despacho para ir desde allí a declarar. Él ha estado inicialmente de acuerdo en la estrategia, y aunque no ha sonado tan entusiasta como Fajardo, ellos se han dejado llevar agradecidos por el optimismo de este, y sí, es mejor que no hable con los otros chicos ni con sus abogados, precisamente porque su participación en los hechos es nula, más allá de la de espectador, y eso no lo libra de todo mal pero sí que aconseja no coordinar una estrategia común, que cada palo aguante su adolescente vela.

—Mil gracias por todo, Fernando —ese es el nombre de pila de Fajardo—, y perdona por molestarte en domingo, ¿quieres quedarte a comer?

—No, muchas gracias, Nuria me espera con una paellita de las suyas. Ah, y ánimo, chicos, mucho ánimo.

Y las dos imágenes que han acompañado en el día a la decisión están ambas impregnadas de ternura, una nos muestra en primer plano un abrazo de Javier y María, minutos después de la marcha de Fajardo, un abrazo en el dormitorio donde se cruzaban, tenemos que estar muy unidos en esto, le ha dicho él a ella tembloroso, ya verás, todo va a ir bien. María no ha contestado, pero ha abrazado fuerte a su marido como hacía tiempo que no lo abrazaba, y se ha dejado ir, llorando callada sobre su hombro unos largos minutos. En

la otra imagen, grano angular, aparecen los cuatro viendo casi relajados la televisión, o mejor dicho, una película ya casi vieja, *Tomates verdes fritos*, escogida muy a propósito por Javier como cine del que logra reconciliarte con la vida, según expresión suya. Los cuatro en el salón, estirados o más bien de nuevo tirados sobre el sofá grande, juntos, tocándose físicamente, casi abrazados, componiendo inconscientes una estampa curiosa, con el teléfono descolgado para aislarse del mundo exterior, algo así como un retrato de unidad familiar frente a ese ahora mismo muy hostil mundo exterior, como si la adversidad sirviera aglutinante para amalgamar lo hasta ese día distante, lo uno por el desgaste, lo otro por la incorporación de los hijos a ese terreno tan pantanoso llamado adolescencia.

Pero claro, eso ha ocurrido el domingo, y puede decirse que la actividad ha logrado que el día pasara deprisa, cuando llegan esos momentos de la vida donde esta te pone amenazante frente a la pared, lo importante es disponer de un objetivo inmediato que le quite a la preocupación el prefijo, si está preso que salga, vamos a hablar de nuevo con el abogado, si lo están juzgando que se libre de la condena, hablemos otra vez con ese mismo abogado, si le han quitado un pedazo de hígado que funcione bien la quimio, acabo de comprar unas pastillas buenísimas para evitar los efectos secundarios. Eso es lo relevante, a eso te aferras desesperado, y aunque la realidad te informe terca que la quimio no va a servir ya para nada, que la condena es segura, y que la liberación es remota, mientras tengas tarea, en ella te entretienes o más bien a ella te consagras, con ella ocupas el tiempo para no pensar en esa realidad intolerable. Y si el domingo se ha ido ya, el lunes su sucesor ha deparado rico otras novedades además de la ya muy mencionada sonrisa del Sporting a costa del Mallorca, a los Montero esa sonrisa les ha desaparecido, se ha debido marchar agotada a las islas para suplir la pérdida, y no se vislumbra su presencia dentada, al menos en el futuro inmediato.

Y para que la mañana empiece con suficiente actividad para despistar el miedo, Javier llama a primera hora a su secretaria, después a su jefe.

—Mira, Mariano, tengo un problema grave con mi hijo mayor, voy a ir con él al Tribunal de Menores, no voy a poder ir esta mañana, en cuanto lo solucione me paso por la oficina.

—Venga, Montero, luego me cuentas, pero no tardes que esto parece que va a estar otra vez calentito.

María tampoco va a faltar a esa cita de su hijo, pero ella se ha limitado a llamar a su compañera de despacho para que le comunique al jefe que no va a ir, sin dar más explicaciones, luego ya le aclarará los motivos, y los tres se han marchado con Juan al despacho del abogado. Julián ha sido el único en cumplir con la rutina de un lunes, tú vete al cole tranquilo, no te preocupes que todo va a ir bien, le ha ordenado con dulzura tajante su madre inquieta, a un Julián que ha sido un poco o más bien un bastante el gran olvidado del fin de semana, olvidado por no protagonista, con él no va la cosa, y si las conversaciones y las atenciones lo han sido con Juan, para reprocharle o para tratar de consolarlo, Julián ha sido simplemente un espectador pasivo, un mueble más. Solo ha intercambiado un par de frases con su hermano mayor, joder, tío, en la que os habéis metido, si necesitas algo me dices, y esa mañana, antes de salir al cole, mientras su hermano se ponía solemne chaqueta y corbata reservadas para bodas o funerales, le ha dado azorado un abrazo extraño, que sonaba un poco a despedida. Venga, tío, alegra esa cara, ya sabes, ¡a por ellos!, ha terminado intentando parecer despreocupado, y utilizando la frase de ánimo de la selección española de fútbol, que este año por fin ha ganado algo, campeona de Europa nada menos, aunque no parece que los contrincantes de Juan, quienes quiera que sean esos *ello*s, vayan a ofrecer tantas facilidades.

El abogado los ha recibido en el despacho con un fuerte apretón de manos y la mirada del que no lo tiene nada claro, ha escuchado entera y atento la versión de Juan y ha emitido sintético un diagnóstico.

—Tenemos aspectos positivos y otros menos. Lo mejor, tú en efecto no has hecho nada, cómplice solo puedes ser si tu estancia allí lo era para justificar la huida, pero no conducías, eso podemos probarlo, estabas borracho, no sabes nada, pueden acusarte de denegación de auxilio, pero tampoco tienes por qué haber visto qué pasó. Por ahí trataremos de hincarle el diente al asunto. Lo peor, la noticia de que uno de los tres es el hijo de un magistrado, está en todos los periódicos y en las comidillas, y ya todo el mundo sabe que se trata del hijo de Jacinto Lafuente, ahí estamos jodidos, cualquier cosa que haga el juez de Menores se va a mirar con lupa.

Javier ha mirado a María con un gesto que viene a decir: ya ves por qué te lo avisaba, y María lo ha recibido con otro que es casi una acusación: no eres más que un negro pájaro de pésimo agüero.

Martín tiene la edad de Javier, tal vez es incluso un poco mayor,

el traje demasiado entallado, la corbata chillona hasta el grito de espanto, los gemelos de plata con brillo, los puños mucho más que sobresalientes, tanto que deben de haber alcanzado sin duda la matrícula de honor. Ha visto de entrada las caras de preocupación de los tres, ha intentado prudente no caer en el lenguaje jurídico que tanto miedo procura, pero no ha llegado a expresar por esa misma prudencia sus temores reales, es muy probable que en el juicio Juan aparezca como imputado, pero sobre todo lo es también que ahora quede detenido, si él fuera el juez y con la que cae en la prensa actuaría así, yo como los propios periódicos me cubro precavido las espaldas, que tan anchas no son, y si luego resulta que el chaval es inocente, pues a la calle que allí se está fresquito, pero si dejo ahora libre a cualquiera de los tres me van a crujir.

Y como la naturaleza humana es así, así de tramposa o de absurda, ninguno en verdad salvo el mismo Juan pensaba que lo que ha ocurrido iba a ocurrir. Y es que cuando han acudido al juez, tras oír este al ministerio fiscal, ha ordenado expeditivo su ingreso inmediato en un Centro de Internamiento de Menores, que así se llaman ahora lo que antes eran denominados «reformatorios», y ese ingreso inmediato es eso, inmediato, para ya mismo, en ese instante, vaya, después de tomarle, eso sí, la preceptiva declaración. María ha mirado al abogado al salir como una loca sin medicación, ¿cómo dices?, pero ¿no iba a ir todo bien?, y se ha puesto a gritar descosida como esa misma loca aún sin medicar, como gritan teatreras en las películas neorrealistas italianas las viudas de negro, como gritan desgarradoras las gitanas con moño en los entierros, con especial emotividad si se trata de un familiar cercano, y entre tanto grito desesperado le ha dado un puñetazo a una pared y se ha lastimado la muñeca. Javier no ha dicho nada, se ha limitado a controlar a duras penas a su mujer, a abrazarla, y es entonces cuando ha empezado el drama de verdad, lo de hasta ahora era pura comedia, Juan Montero preso, Javier no sabe si su mujer va a ser capaz de soportarlo.

Por supuesto Javier no ha vuelto a la oficina, ni siquiera ha llamado para avisar, se han ido directos a casa, la ciudad prosigue indiferente al drama su trasiego habitual, hay tráfico, los conductores de los coches que los rodean miran al frente y a sus relojes, cambian distraídos la emisora de su radio, se dirigen inquietos al lugar donde tenían previsto ir, ajenos a todo, aunque en realidad estén cumpliendo diligentes con un papel previamente asignado, rodean a los Montero con sus coches para decirles

gritando por si no se han enterado que la vida sigue, la misma función cumplen obedientes las emisoras y sus intolerables tertulias, todavía no hemos tocado fondo, afirma rotundo un analista económico en la Ser, y tal vez está sin quererlo emitiendo un aviso para navegantes, ejerciendo los Montero y muy a su pesar el papel de navegantes, unos navegantes que ahora están sin duda a la deriva, por mucho que se dirijan a casa.

Ahora la prioridad es calmar a María, se repite Javier, y desde el coche ha llamado a su hermana Carmen, que es médico, para que vaya a casa, necesita ayuda, ha quedado con el abogado en hablar luego, pero lo urgente es tranquilizar a su mujer, ya ha tenido en el pasado no muy lejano una depresión, no sabe si va a poder tolerar lo inmediatamente por venir. Juan se ha despedido casi frío de sus padres siendo con mucho el más sereno de los tres, no os preocupéis por mí, me irá bien, ha sentenciado mirándolos serio a los ojos, demostrando en el gesto una extraña madurez, como si hubiera accedido a ella en ese preciso instante y sin necesidad de un proceso previo, y sobre todo no llores, mamá, no va a pasarme nada. Martín se ha limitado a reconocer que era una posibilidad, que es casi normal, también se ha ajustado un par de veces el nudo malnacido de la corbata imposible, se trata de una medida cautelar que se da en los casos más graves, aclara didáctico, hay que dejar pasar un tiempo breve hasta que el asunto se calme en la prensa y el juez pueda actuar sin presiones, él va a empezar a armar la defensa. ¿Un tiempo breve?, ¿cuánto?, ¿por qué? Las preguntas le han salido solas a Javier, pero no ha esperado a que el letrado las responda, visto el estado de María no tiene mucho sentido ponerse a discutir, allí, en la calle, como si estuvieran en un programa de tarde de televisión, con público de amas de casa entradas en años y protagonistas con lágrimas falsas y reencuentros pactados. Hablemos luego, le ha pedido o implorado Javier al letrado cuando se llevaba su esposa casi en volandas, hablemos luego.

Y ese mismo día Pincho y Segrelles entran solidarios en el mismo lugar, en el centro conocido como El Renasco, famoso porque allí estaba detenido hasta hace bien poco un menor de alias *el Rata*, que había violado y asesinado a una joven en compañía de otros, y estaba, pero ya no está, pues salió a los tres años porque ya concluía su internamiento. Ahora le tocaba otra modalidad de castigo, la madre de la víctima casi se encadena a las puertas del centro para decirle al mundo que justicia no había, que le devolvieran y pronto a su hija muerta. Segrelles ha sido detenido en el colegio, Julián se

ha enterado casi al instante, han llegado unos amables policías uniformados y se lo han llevado, la discreción colegial ha durado exactamente cuatro minutos, a los cinco ya todo el mundo, profesores con gafas, alumnos con uniforme y señoras de la limpieza con dientes de oro, estaba enterado. Pincho no ha acudido esa mañana al colegio, y hasta allí no ha ido la Policía a por él, porque su padre ha creído conveniente llevarlo él mismo a declarar como los suyos a Juan, antes le ha anunciado muy solemnemente que no sabe cómo ha podido hacerle eso, que ha perdido un hijo, que por supuesto no va a mover un dedo para evitar que caiga sobre él brutal todo el peso de la ley, todo con un aire de wéstern notable, lo único que me alegra es que tu madre no viva para ver esto, eso sí que no te lo habría perdonado, ha concluido siempre justiciero en alusión nada indirecta a su reciente condición de viudo.

La tarde ha sido para los Montero tarde eterna de angustia creciente, Julián llega del colegio antes de tiempo, se ha ido de clase fugado para ver qué pasa con su hermano, él por su cuenta se ha pedido un taxi y se ha presentado en casa. María está sedada y tumbada en la cama, su hermana le ha suministrado un tranquilizante de caballo de carreras con prisa, creo que es mejor que me quede esta noche con vosotros, le ha sugerido a Javier, que ha asentido aliviado dando las gracias. Y en cuanto ha llegado, sus padres le han contado a Julián la noticia, ya está en su cuarto encerrado barruntando, presa del más que comprensible desasosiego, sus amigos no dejan de llamarlo al móvil, el morbo ya está aquí, él también ha querido sumarse animoso a la fiesta y sin duda no va a ser de los primeros en abandonarla, a él le gusta cerrar los garitos, aun cuando ya nadie quede y estén colocando sillas sobre mesas para simbolizar que se acabó el carbón, al morbo le encanta seguir ahí de último de Filipinas, ejercer el papel de brasa donde ya no hay fuego.

Y aunque todavía no esté sujetándose la cabeza con las manos, Javier Montero ya gasta perplejo esa misma mirada perdida, no sabe qué hacer, ha aprovechado el descanso inducido de María para llamar, para llamar a amigos influyentes con contactos, tal vez se han precipitado con el asunto del abogado, nadie les avisó que lo que acaba de suceder podía pasar, es verdad que tampoco ellos lo preguntaron, tampoco le inquiere uno cenizo al médico por lo peor, ¿me voy a morir esta misma mañana, doctor?, supongo que van a dejar a mi hijo preso, ¿no? Y de nuevo las tragedias médicas se hermanan aquí amistosas con las penitenciarias, así en la

enfermedad terminal cada amigo tiene un médico cojonudo que recomendarte, sin duda es mejor que quien te está tratando, y habla de oídas de tu caso, de algo similar que le pasó a un vecino de escalera, aquí ocurre igual, todo amigo dispone del nombre de un abogado mejor que el tuyo, todo el mundo sabe el futuro inmediato de Juan, solo porque leyó en tal sitio algo parecido, solo por la valiosa información suministrada en su día por una vecina, por un compañero de colegio, por un amigo.

Cuatro llamadas, cuatro abogados, Javier ha optado prudente por el consejo de uno de los letrados del banco, que le ha procurado el nombre de un penalista muy bueno y le ha recomendado cuanto sigue: mira, Javier, que no te calienten la cabeza, llámalo de mi parte y simplemente pregúntale si estáis en buenas manos. Si te dice que sí, adelante, y si no, él te lo lleva o al menos alguien de su despacho. Y eso ha hecho, la llamada ha servido para serenarlo, Martín es uno de los mejores, están en efecto en buenas manos, deben tener paciencia, lo que se pueda conseguir él lo conseguirá, los cuatro interlocutores han vuelto a darle la razón a Javier, el asunto está muy *mediatizado*, ese verbo horrible lo habrá de oír a menudo en los próximos días, hay mucho ruido, ya verás como en dos semanas esto se calma.

Y en efecto, Julián ha llegado del colegio mucho antes de la hora prevista, abraza a su padre, llora mientras lo abraza, ¿qué ha pasado?, cuéntame. Javier lo tranquiliza, lo lleva a su cuarto y le pide un favor que es en realidad una orden paternal. Mira, Julián, ahora lo importante es sacar a tu hermano de donde está y acompañar a tu madre, y para convencerlo de la importancia del asunto ha pronunciado una de sus frases favoritas, tienes que ser parte de la solución y no del problema, hay que arroparla porque es la que peor lo va a llevar. Julián asiente, se tumba sobre la cama mirando al techo, a él también va a tocarle la muy desagradable tarea de dar explicaciones, y aunque él intente ser parte de la solución y no del problema, el problema es también ahora *su* problema, no ya solo el de su hermano Juan. A las siete decide salir para darse una vuelta por la urbanización, así se despejará un poco, pero la decisión es un error y de bulto, tres vecinos le han preguntado muy interesados por su hermano, y prefiere entonces marcharse un rato al mundo exterior sin conocidos a continuar solo con el paseo, en casa no aguanta la presión, tampoco quiere ver la cara de ninguno de sus vecinos.

Y así han pasado las horas detenidas, María se ha despertado

ya, pero llegan las diez y Julián no ha vuelto, no contesta a su móvil, nadie sabe dónde está. Al principio nadie quiere ni hablar del tema y menos María, que tras esa cabezadita provocada va a levantarse distinta, será ya otra María quien afronte el resto de los acontecimientos, una María en la que se ha instalado cómodo un aire de tragedia, de asumir cuanto venga, pero también de determinación, de luchar cuanto sea posible para que no venga lo peor. Esa María nueva ha llamado a Julián varias veces, ha preguntado después a una vecina con cuyos hijos juega, ha salido ella misma resuelta a dar un paseo por la urbanización. Entonces piensa que tal vez Julián se ha ido para llamar la atención, y es verdad, ha sido sin duda el gran olvidado del fin de semana con vídeo *amateur*, pero no cree que Julián sea capaz de una reacción así, lo ve suficientemente maduro como para actuar de ese modo. Es cierto, las preocupaciones siempre han caído del lado de Juan, no solo ahora, Juan era el de las malas notas, Juan era al que echaron del colegio por mala conducta una semana, el díscolo, el que no se centraba, el ansioso, el problemático. Julián es el bueno, el responsable, el que no da problemas y sí y solo satisfacciones, y como no se esperan problemas de él uno no está tan atento, lo mima menos. Sucede así y es injusto, al amigo entrañable que siempre está de buen humor y que en las cenas nunca pone mala cara aunque esté fatal nadie lo cuida, al borde que está siempre inaguantable se lo trata mejor, se aprecia más el día cuando sorpresivo parece incluso simpático, ¿has visto lo bien que estaba esta noche Diego?, lo he encontrado hasta cariñoso.

Pero no, Julián no es capaz de haberse marchado enrabietado a quién sabe dónde para llamar herido la atención, estará dando una vuelta con alguien para olvidarse del problema de su hermano, tendrá el móvil apagado, ya llamará, ya volverá. Eso piensan sus padres y por un tiempo deciden no prestarle al asunto atención, quizás lo de Juan los está alterando en exceso, mejor esperar. Pero no vuelve, no vuelve y son las once, no vuelve y es la una. Y entonces, después de mantener una conversación sobre los abogados donde Javier le ha contado sus pesquisas a María, y esta ha afirmado que ella va a preguntar a alguien más en el ministerio, necesitan estar seguros, entonces los dos han ido cambiando de tema, entonces ha ido creciendo seria y constante la preocupación por Julián, y a la una desesperados han empezado a llamar a todo el mundo, Julián nunca ha hecho algo así, y un lunes nunca ha estado fuera más tarde de las once, los lunes no se sale, los lunes

nunca se sale. Amigos, vecinos, y por fin la Policía, cada comunicación se convierte fuente de angustia. ¡Llama a la Policía!, ha gritado María histérica, perdiendo solo por un instante esa compostura cerrada y sobria que es su nueva coraza contra la adversidad. Y Javier ha llamado a la Policía, luego María ha vuelto a molestar a Fajardo, o más bien esta vez lo ha sacado osada de la cama, no son horas, él pensaba que iban a contarle las novedades del día que él ya sabe, él es de los que ha telefoneado a casa de los Montero sin obtener respuesta.

—Tenemos otro problema, Fernando, Julián ha desaparecido.

Fajardo ha pensado al principio que el relato entrecortado de María era producto de la desesperación, no te preocupes, seguro que aparece, yo estoy agotado, si a las ocho no está ahí vuelves a llamarme, buenas noches. Pero a las tres no ha aparecido, es a las tres cuando Javier Montero nos brinda sin quererlo esa escena ya descrita y repetida, ahora sí está sentado en la taza del váter, ahora sí se sujeta cansado la cabeza con las dos manos, ahora además repasa analítico su vida, ahora por si fuera poco vuelve impertinente la pregunta que se ha instalado como un okupa sin contrato en su cerebro cansado: ¿por qué me está pasando esto a mí?

IV

Dos noches en vela y demasiados disgustos, la acumulación de los mismos genera alguna pregunta con respuesta positiva pero difícil digestión: ¿hay un umbral para el sufrimiento, más allá del cual las dosis nuevas no afectan? La mañana del martes 7 de octubre amanece con un solo titular, la crisis de la banca tumba las bolsas, pero Javier Montero tampoco va a ir hoy a trabajar, no sabe si su jefe será comprensivo, no importa, ahora mismo él tiene problemas mucho mayores que los concernientes al mundo financiero, por mucho que estos sean a su vez mucho mayores de lo esperado. Julián no aparece, no ha aparecido en toda la noche, y ni los amigos, ni los vecinos, ni siquiera la Guardia Civil o la Policía tienen noticias de su paradero, nadie sabe nada de él.

Y con La Crisis convertida en el titular, el resto ya parecen más bien suplentes, comparsas, segundones, destinados a no tener ningún protagonismo, piden retirar los libros que incluyen zonas de Aragón en Cataluña, despedida una mujer en coma por no asistir al trabajo, Dubái quiere romper su propio techo con una torre de un kilómetro, ocupan un edificio en el cementerio de la Almudena, continúa en coma el indigente agredido la noche del viernes, los tres adolescentes han sido ingresados en un Centro de Internamiento de Menores.

Y cuando uno de esos titulares, por muy en segundo o tercer plano en el que esté, por muy desenfocado que resulte, ya no te es ajeno sino que formas parte integrante de él, sobre todo en la jodida sección de sucesos, es cuando la propia prensa diaria viene a confirmarte burlona, como si no lo supieras ya, que ahora el que estás jodido eres tú, jodido y bien jodido. Y aunque la prensa no lo mencione ignorante, la familia Montero aporta hoy espléndida un nuevo titular para agregar a la lista, ha desaparecido Julián, Javier en efecto se ha pasado la noche en blanco, ha dormido solo media hora casi sin darse cuenta sentado en el sofá, el televisor encendido sin sonido, como si alguno estuviera para distraerse. La hermana de María, Carmen, más flaca y un poco más alta que ella, seria y soltera, manos con solo huesos y uñas largas y afiladas, se ha

quedado como había prometido a pasar con ellos la noche, la nueva María ha insistido en que estaba bien, pero no ha insistido en que su hermana se fuera, al menos le ha hecho compañía. Ninguna de las dos ha dormido nada, han matado el tiempo que no la desazón hablando nostálgicas de la infancia de Juan y Julián, de la propia infancia de ellas, de las costumbres tan distintas antes y ahora, cómo ha cambiado el mundo, es la conclusión obvia de todo ejercicio de comparación de una persona ya adulta. Carmen le ha contado a María su último viaje a Egipto para entretenerla, es una apasionada de esa cultura, va allí cada año, ha pensado que así su hermana dejaría de mirar angustiada cada cinco segundos el reloj, el reloj y el teléfono, el teléfono y el reloj, pero ha abandonado resignada el relato cuando ha visto que María no le prestaba la menor atención. No es para menos.

Y cuando ya el amanecer ha dado paso inexorable a la mañana sin noticias, y como ahora ya no pueden desconectar el teléfono por si Julián llama, a las ocho ya lo han hecho siete personas preguntando interesadas por Juan, por lo de Juan, amigos, parientes, conocidos, en este momento no puedo contarte nada, estamos esperando una llamada, adiós, ha repetido seco Javier antes de colgar sin esperar respuesta, como si fuera la grabación de un contestador automático. A las ocho y un minuto, María ha llamado a Fajardo, sigue sin aparecer, esto ya es muy raro, bueno, no te preocupes María, voy a dar orden de que lo busquen, no puede haber ido muy lejos, ¿no será que quiere llamar la atención? Fajardo está ahora más despierto que hace unas horas y razona mejor, y lo único que se le ocurre es que en efecto el rapaz quiera rebelde llamar la atención, y sí, es verdad, no cabe duda, podría haber escogido otro momento para hacer una chiquillada, pero los adolescentes son así, Fajardo tiene dos en casa y lo sabe muy bien. Me voy al ministerio, desde allí te llamo si averiguo algo.

A las nueve ha llamado Merche, la secretaria de Javier, a la que Montero le ha contado casi sin palabras la situación, avisa que no voy a ir, no sabes cómo está esto, no, no sabes cómo estamos nosotros, vais a tener que arreglaros sin mí. ¿Se lo dices tú al director general?, no, mira, casi díselo tú porque yo no puedo tener el teléfono ocupado por si llama Julián, me abres como siempre el correo y le derivas lo urgente al trepa de Echevarría, que se ocupe él de todo, hoy creo que había un par de reuniones, que vaya él, yo no estoy ni para que me cuenten qué pasa.

Otra llamada cinco minutos más tarde; Javier, soy Merche, te

estoy reenviando un correo al Hotmail, ábrelo rápido, espero que sea una broma.

Muy apreciado Javier,

Este correo no es spam, a menos que pienses que tu hijo es basura informática (quizás todos los adolescentes de hoy lo son), porque en el archivo que te adjunto no encontrarás uno de esos chistes tan graciosos que todos se reenvían y leen en la oficina en lugar de trabajar, sino una foto de tu hijo Julián, sosteniendo un periódico como Aldo Moro, ¿te acuerdas? Pero no te inquietes, verás que el diario es de hoy.

Cuán hermosa es esa costumbre de los jóvenes de hoy de filmar sus hazañas, le pegan a un profesor y lo graban, golpean a un mendigo y lo filman; qué maravilla, ¿no? Supongo que estarás contento de la educación que le has dado a tu hijo para que haya terminado confundiendo la realidad con su maldita pantalla. Pero no, Javier, tú ya sabes que esto que te mando no es un videojuego, ellos pueden confundirse, nuestra generación no, esto es realidad y de las de abrigo, mira si no la cara que gasta tu hijo en la foto, nada hay de virtual en ella, pese a ser una foto nada tiene que ver con el mundo de la imagen, aquí no hay Fotoshop, ni siquiera maquillaje.

Y lo más hermoso, perdona que reitere el adjetivo, de esa costumbre de los jóvenes, es que filman sus correrías para que los otros las vean, actos terribles que cometen porque sí, ve a preguntarle a tu hijo el motivo, te dirá que ninguno, lo hicieron porque sí, probablemente añadan que no querían causar daño, solo divertirse. ¿Divertirse? No, no te engañes, no son ni retrasados mentales ni locos, jóvenes de buena familia con buenos colegios de pago, aburridos de vivir, acostumbrados a hacer cuanto les viene en gana. Supongo que ya no te acordarás de tu lejana época universitaria, cuando leías a los clásicos y eras muy de izquierdas, quizás estés pensando que es el destino, pero de nuevo te equivocas, aquí no hay tragedia griega, Javier, nada de fatum, no es el destino el que los lleva a obrar así, no son fuerzas insondables las que los conducen a comportarse de ese modo, esto es mucho peor, son ellos, somos nosotros y el mundo que nos hemos fabricado para dejárselo en graciosa herencia.

Pero para que tú y yo nos volvamos modernos como ellos, ya sea por un rato, vamos a jugar también nosotros, tú y yo, como si esto fuera un videojuego. Espero que no te moleste que sea yo quien ponga las reglas. Voy a someterte a dos pruebas sencillas que debes superar si quieres volver a ver con vida a tu hijo Julián, si quieres que vuelva a mandarte una foto pero con el periódico de mañana. Ese es el premio. La primera es muy fácil, sé muy bien que tú conoces ya la respuesta, no pretendo probar tu inteligencia con ella, simplemente quiero verte pasar por el amable trance de contestarla. **Edipo Rey**, Sófocles, voy a transcribirte un pasaje, quiero que lo completes, te prometo que no seré quisquilloso con la traducción. Supongo que te acordarás, es ese hermoso fragmento que empieza cuando Edipo acaba de sacarse los ojos, al ser consciente de lo que ha hecho, puedes leérselo a tu hijo Juan, para ver si cunde el ejemplo.

Coro

¡Oh sufrimiento terrible de contemplar para los hombres! ¡Oh el más espantoso de todos cuantos yo me he encontrado! ¿Qué locura te ha acometido, oh infeliz? ¿Qué deidad es la que ha saltado, con salto mayor

que los más largos, sobre tu desgraciado destino? ¡Ay, ay, desdichado! Pero ni contemplarte puedo, a pesar de que quisiera hacerte muchas preguntas, enterarme de muchas cosas y observarte mucho tiempo. ¡Tal horror me inspiras!

Lo que te pido es la intervención posterior de Edipo, y no me hace falta que me la recite tu hijo Juan y me la grabes, como ves soy muy benévolo.

La segunda tarea requiere desplazamiento, quiero que no te sientas solo, así verás como lo de tu hijo no es tan raro, otros lo han precedido en la gloria. Quiero que localices y vayas a ver a una joven senegalesa que fue brutalmente golpeada en 2003 en Barcelona por unas compañeras de clase, ni siquiera debes preguntarle qué pasó, cómo se encuentra, si ha perdonado a sus agresoras. Me basta una foto, ella y tú, pero eso sí, la quiero para mañana a las diez.

Abriré el correo a las diez, si en la entrada no hay uno tuyo con las tareas hechas, te quedarás sin ver a tu hijo con el diario de mañana, quizás entonces lo veas en el diario de mañana. Puedes guardar la foto de hoy como recuerdo.

Un amigo que te extraña.

P. D.: Supongo que no hará falta que te advierta que no debes decir nada a la Policía y menos a la prensa, cualquier movimiento en falso invalida tus tareas.

Javier termina de leer el correo, echa instintivo la espalda hacia atrás como si la distancia entre sus ojos y la pantalla fuera a cambiar su contenido, piensa unos segundos con los ojos mucho más que abiertos, luego oprime punzante la tecla «responder» y escribe lo siguiente:

Mira, Martos, sé que eres tú. También sé que es a mí a quien quieres, mi hijo no te ha hecho nada, así que te propongo un intercambio, suelta a mi hijo, y haz conmigo lo que quieras.

Javier

Duda un instante, se mesa nervioso el pelo de la nuca, devuelve enérgico la espalda contra el respaldo, dirige ahora inquieto su mirada hacia el salón, allí ve a María y a Carmen sentadas en el sofá, vuelve a leer el texto, busca «enviar» con el ratón, manda el correo, vuelve a golpear por tercera vez reiterativo el respaldo de la silla con su cuerpo agitado. Un segundo después suena el teléfono, es Merche otra vez, quiere saber si en efecto era una broma, te llamo luego, contesta Javier, pero no digas ni una palabra de esto. Después cuelga con fuerza, sigue mirando con ansiedad su pantalla, vuelve a la bandeja de entrada. En un minuto y treinta segundos, en los que ha vuelto a observar en la distancia a su mujer y a su cuñada, que contemplan el televisor ahora apagado como si dentro del electrodoméstico estuviera escondido Julián, una entrada nueva

se registra en su correo; «remitente», **manuelmanuel**; «asunto», **fotografía Julián**.

Muy apreciado Javier,

No pensarás que voy a establecer contigo ahora una relación epistolar, aunque sea por este medio tan avanzado. Este es el último correo que te mando, no debes remitirme ninguno más, o bueno, sí, envíame si puedes y quieres el que incluya los deberes, si puedes completarlos y si quieres volver a ver a tu hijo con vida. Por cierto, no me apellido Martos, pero me ha gustado el vocativo muy de cuartel, se nota que eres de los últimos que hizo la mili.

Que tengas un buen día,

Un amigo que te extraña.

Javier vuelve a recostarse, resopla taurino, esto es obra del cabrón de Paco Martos, de eso no hay ninguna duda, no le queda otra que avisar a la Policía, pero ¿cómo sabe Paco Martos lo de Juan?, y sobre todo: ¿cómo va a decírselo a María? Pues de esta forma:

—María, han secuestrado a Julián, creo saber quién es, tenemos que hablar con Fajardo.

—¿Cómo que han secuestrado a Julián?, ¿estás loco? —La voz de María llega lejana desde el salón tan próximo, y ya no es voz de histeria sino de pánico frío, una voz suave y sin gritos, la voz que ya duda perdida de cuanto dice, porque no puede entender lo que ve, ni asimilar tampoco lo que oye.

Ahora están en el coche, camino del centro, han pasado quince minutos.

—No te preocupes, sé quién tiene a Julián, es una larga historia, pero el tipo es inofensivo, créeme, ya verás como lo recuperamos hoy mismo, es un farol.

María calla hundida y ajena en el asiento del copiloto, su hermana Carmen va sentada en la parte trasera, María calla y mira al frente, quizás le resulta una tarea imposible darse por enterada de que su hijo menor acaba de ser secuestrado sin haber asumido aún que el mayor está detenido. Es Javier quien ha llamado esta vez a Fajardo, María no estaba ni para marcar, Carmen, convertida ya en su sombra, se ha empeñado en que coma algo pero María se ha negado en rotundo, me sentaría mal, ha sido el argumento sin derecho a réplica. Necesito que me digas con quién podemos hablar en Jefatura, le ha soltado Montero a Fajardo resolutivo y casi sin darle los buenos días, y a él mismo le ha sonado extraño utilizar la voz «Jefatura», como si acabara de tomarla

prestada de una serie de televisión. Tras contarle con brevedad y acelere el contenido del correo al subdirector general, este les ha mandado a García de Paredes, es decir, en la sede de la Policía, ya mismo, allí va a recibirlos el comisario Rodrigo Soto, es de lo mejor que tenemos en secuestros, si no te vuelvo a llamar, en media hora os presentáis allí. Y para verificar que la herida nueva grande no puede ya causar más dolor, que ni siquiera se percibe minúscula mientras siga abierta y sangrando caudalosa la otra herida grande también, durante el trayecto en coche María no deja de preguntarse en su cabeza qué estará pasando por la de su hijo Juan, encerrado como un criminal, encerrado con criminales. Y en efecto, ese pensamiento que se reitera machacón no ha dejado espacio para el siguiente, que es de tono similar y que vendría a cuestionarse qué estará pasando por la cabeza de su hijo Julián, secuestrado entre secuestradores, secuestrado *por* secuestradores desde ayer noche. Y como no ha llegado sin duda por falta del espacio necesario, a esa pregunta no le han sucedido las otras muchas que habrían acudido acuciantes en tropel sin necesidad de haberlas llamado: ¿secuestrado?, ¿por qué?, ¿por quién?, ¿dónde?

Rodrigo Soto tiene ya bien cumplidos los cincuenta, y luce un aspecto más de policía de los de antes, muy distinto al que gastan los muy modernos que aparecen en series de televisión con el único objetivo de prestarle expresiones del guion a Javier Montero. Calvo hasta las orejas de murciélago, manos gruesas y peludas, anillo de oro con sello. Los recibe franco en un despacho junto a una mujer seca cuyo rango y nombre nadie menciona, que tiene también pinta de policía porque sus ademanes son masculinos, pero esta vez de policía de hoy, pelo largo rubio, manos delgadas, ausencia total de complementos. La reunión tiene lugar en una de esas salas donde todos intuimos perspicaces que el espejo de la pared es en verdad cristal y las pantallas de las lámparas ocultan tramposas diminutos micrófonos. Javier empieza por entregar a los policías los correos y la foto impresos que no ha enseñado a María, bien es verdad que tampoco ella se los ha pedido, unos correos que su esposa tampoco ahora lee, porque la visión de la foto de Julián con el periódico le impide obsesiva hacerlo, y se entretiene mirando un rato nunca distraída sino más bien ida el espejo que no debe de serlo, como si cuanto acabara de observar fuera la revista *Hola* y estuviera dolorida pero casi relajada en la consulta del callista y no perdida y perpleja en una comisaría de Policía.

—Es Paco Martos, sin duda, me ha estado llamando hasta hace

un par de meses. —Montero se ha lanzado a hablar acelerado sin dejar siquiera que Soto y su acompañante sin identificar terminen de leer el correo, el comisario levanta la mano para ordenar silencio, y luego la baja para anular la orden, y entonces Montero prosigue agitado, o más bien vuelve a empezar igualmente agitado—. Es Paco Martos, un antiguo compañero de trabajo, no paraba de llamarme, me amenazaba, en varias de sus llamadas me mencionó como parte de la amenaza el nombre de mis hijos y el de su colegio, un día les va a pasar algo por tu culpa, llegó a soltarme una vez.

—¿Les molesta si fumo? —El comisario Soto pregunta retórico, pero ya ha encendido su cigarrillo y nadie se molesta en contestar. ¿Se irá el humo, como la imagen, por el espejo que no lo es? A diferencia del resto de los españoles, Soto continúa usando el usted, ese es el tratamiento que va a darle a los Montero y del que no se aperará ni cuando medie confianza, un poco por pura educación de otro tiempo y un mucho porque su papel precisa de la sinceridad del interlocutor pero no debe nunca llegar al compadreo.

—El móvil es simple —continúa Montero siempre acelerado, y de nuevo piensa en haber tomado prestada la palabra «móvil» de algún lugar que no forma parte de su realidad cotidiana, al menos hasta ahora, pero también se percata de que debe ir al meollo de la historia—. Hace seis meses echamos a Martos, mejor dicho, la empresa lo echó por recomendación mía. Era mi subordinado, y no solo metió dos patas muy gordas, hablaba con cualquiera de temas nuestros sin guardar la mínima confidencialidad. Pero no se crean, se fue con su muy buena indemnización prevista en el contrato, en el negocio financiero todo el mundo está blindado.

Suena un móvil, María continúa enganchada al espejo por donde se marcha huidizo el humo del cigarrillo de Rodrigo Soto. La policía moderna se levanta resuelta mientras contesta, y sale de la sala mirando fijo a su superior y señalando con el dedo gordo de la mano libre hacia arriba, el que llama debe de ser el jefe de su jefe.

—Desde que lo despedimos —retoma el discurso Montero todavía más acelerado— empezó a llamarme, primero a la empresa, me insultaba, me pedía dinero, intentó chantajearme, le ordené a mi secretaria que no me lo pasara más, y entonces se dedicó a llamarme al móvil de la empresa, lo cambié y volvió a llamar, tuve que pedir que me cambiaran esta vez de secretaria, porque solo ella pudo haberle dado el nuevo. Aunque supongo que debo aclarar que entonces mi secretaria y Martos estaban liados.

—¿Algún correo electrónico?, ¿una carta?

—No, simples llamadas, nada más.

—¿Grabó alguna?, ¿lo denunció?

—No, nunca le di la menor importancia, lo conozco bien —aquí Montero hace agotado una pausa que es también un suspiro—, o creía conocerlo al menos, siempre me pareció inofensivo, y para confirmarlo hace un par de meses dejó de molestarme, me dijeron que se había ido a tomarse un año selvático en el Caribe.

—En la empresa tendrán su último domicilio, ¿verdad?

—Sí, sí, sin duda, hablen con Recursos Humanos.

—¿Algo más que debamos saber?, ¿con qué pretendía chantajearle? —El comisario Soto ha invertido y muy a posta el orden natural de las preguntas.

Montero duda, mira a María, después a la mesa, le pide al comisario decidido un cigarrillo, aunque lleve tres años sin fumar uno, lo enciende tembloroso, le da una calada profunda.

—Sí, hay algo más, antes de liarse con mi secretaria, yo tuve un *affaire* con ella —consigue al fin decir, con mucha menos velocidad y convicción que las empleadas en el resto del relato, cambiando en un instante el miedo a la confesión pública de adulterio por el nuevo bochorno léxico inesperado, ¿*affaire*?, ¿de dónde ha sacado esta?, ¿cómo tenía entonces que haberlo llamado? ¿Rollo?, ¿desliz?, ¿desahogo?—. Martos siempre pensó —concluye Montero— que el despido estaba relacionado con eso, que yo lo eché por despecho, cuando en realidad me hizo un gran favor.

Al terminar esta última frase, quien parece por actitud arrepentida y estado de ánimo confuso no el padre de la víctima sino el detenido que confiesa (no por nada acaba de confesar su pecado) ha conseguido con esfuerzo levantar la mirada y dirigirla titubeante hacia María, que sigue observando impertérrita el espejo por donde ahora debe de estar marchándose en armonía el humo de los dos cigarrillos, los fumadores pasivos de la Policía no conocen de tabiques, y eso que en los edificios públicos está prohibido fumar. El humo debe de en efecto traspasar poderoso varias paredes, porque la mirada de María está situada muy lejos, y refleja en esa distancia mucha más extrañeza que indignación, una extrañeza tal vez fruto de estar en lugar tan remoto, como si al fondo, muy al fondo de la pared del espejo, estuviera escondida la solución al desastre en el que se ha convertido su vida en dos minutos.

—Bien, nos ponemos a trabajar, no hay tiempo que perder —anuncia el comisario Soto resolutivo, entendiendo que con la confesión acababa el relato.

La comisaria, oficial, inspectora o agente lo interrumpe, entra de nuevo resuelta con el móvil en una mano y una nota en la otra.

—Los dos correos han sido enviados desde el Work Center situado en la esquina de Velázquez y María de Molina, la foto no está trucada, el envío se ha hecho a las nueve y media de la mañana.

—Tres cosas —ordena sereno Soto una vez informado de las novedades—. Primera, que Lacuesta vaya allí con una foto del sospechoso, en la empresa deben de tener una, quiero la dirección y la foto, ya, hace cinco minutos. —Esta última es la coletilla habitual del comisario, la marca de la casa, al punto que sus subordinados lo llaman guasones *Cincominutos*, eso sí, solo cuando no está delante, no vaya a ser que se conviertan en tres, o que los cinco minutos constituyan el tiempo que te conceden generosos para que recojas tus bártulos—. Segunda —prosigue el comisario—, necesito saber dónde está el pájaro, que García se ponga con eso, si ha salido del país, vuelos, destinos, quiero saberlo todo. Y tercera, que también García vaya pidiendo una orden de registro del último domicilio, por si acaso, aunque no conteste el teléfono, aunque esté en Varadero, quizás le ha encargado a alguien el trabajito… Ah, hay una cuarta. —Ahora mira a Montero y no a su subordinada—. Hay que seguirle el juego para tenerlo entretenido. La parte literaria se la dejo a usted, pero en la otra vamos a echarle una mano. Que Vidal hable con Barcelona, que localicen a esa chica. Y usted se va ahora mismo a pillar el Puente Aéreo. Si el tipo quiere esa foto, la tendrá, necesitamos tiempo, si es quien usted cree esto es pan comido, no es un profesional, meterá la pata y pronto, pero no nos interesa que se ponga nervioso.

Cuando ya Montero se está incorporando, tratando esquivo de no cruzar su mirada con la de su mujer, el comisario lo interrumpe:

—Una cosa más, o mejor dicho, dos, hay dos preguntas que se me han quedado en el tintero: ¿cómo sabía el tal Martos lo de su otro hijo?, su nombre no ha salido en la prensa, al menos yo no lo he visto, solo su cara. Y la segunda: ¿conocía él a Julián?, ¿sabe dónde viven?

—No que yo sepa —contesta con rapidez Montero con una sola respuesta a los dos interrogantes y mirando reconfortado a los ojos a Soto, esas son preguntas que esperaba y el hecho de que el comisario la formule le procura cierta tranquilidad, la tranquilidad de estar en buenas manos, pues son las cuestiones que él mismo se ha formulado con insistencia desde la primera lectura del correo y

no es Sherlock Holmes—. Eso es lo más extraño de todo —añade más reposado—, pero sin duda es Graciela, Graciela Martínez, mi secretaria, es decir, la que era mi secretaria, toda esa información puede habérsela facilitado perfectamente ella, hablen con ella también, me parece la manera más directa de dar con este hijo de puta. —Esta vez Montero no ha necesitado gorrón tomar prestada la palabra de ninguna serie, lo de «hijo de puta» le ha salido sincero del alma misma.

Carmen, la hermana de María, se ha quedado fuera de la reunión, esperando abajo en la calle sentada en un banco, ahora se lleva a su hermana a casa, separada contra su voluntad de la visión interminable del espejo sin fondo, arrancada de la contemplación del muro de todas las respuestas. Ya verás como esta tarde lo tenemos en casa, ha acertado a casi prometer Javier Montero mentiroso, esta vez María no grita ni monta ninguna escena, más te vale, le ha contestado con más ternura que amenaza, más te vale, repite agotada. Y de pronto cambia el gesto y parece salir de golpe y por arte de magia del espejo donde estaba perdida, como si ahora ella fuera el comisario Soto repartiendo el trabajo y no la madre ida que ya no está en este mundo.

—Yo voy a llamar al colegio y al abogado para ver cómo va todo lo de Juan, quiero ir a verlo cuanto antes, a ver qué me cuenta, tú concéntrate en Julián, si es ese tal Martos espero que lo localicen pronto.

La llamada al colegio tiene su origen en un comentario del comisario Soto, que más bien era una orden dirigida a ellos, una orden sin derecho a incumplir.

—Es muy importante que nadie sepa que Julián está secuestrado, por el tipo de secuestro que manejamos no debemos como les he dicho poner nervioso al secuestrador, hay que evitar que aparezca en la prensa, y basta que se entere un vecino para que esto salga en el telediario, es demasiado jugoso, un hermano detenido y el otro secuestrado. Ni una palabra —ha insistido Soto moviendo la mano donde el anillo con sello parece querer salirse aventurero del dedo enorme y peludo—, ni una palabra —repite—, hay que llamar al colegio y avisar que está enfermo, o mejor, que está muy afectado por lo del hermano y lo han mandado unos días a casa de unos parientes del pueblo. A los vecinos, lo mismo, a todo el que preguntó en su momento por su paradero, porque ahora les van a volver a llamar para ver si apareció. Sí, apareció, y está bien, ese es el mensaje. Sé que va a resultar difícil porque la gente les estará

agobiando con lo del hermano, pero es fundamental que de nadie salga una sola palabra.

Y ya en la calle, el matrimonio se despide frío sin besos ni abrazos, Carmen se lleva a María en el coche de Javier, antes le pide las llaves, y este se marcha obediente con el inspector Vidal, uno de los cachorros de la penúltima hornada, este sí se parece a los que salen en las series de ahora, camiseta ajustada, pantalones rotos en los bajos, zapatillas Puma, reloj casi tan grande como su ambición. Y allí va Montero al matadero, es decir, al aeropuerto, con un policía recién sacado de una serie, y todo para ver si consigue hacerse una foto en Barcelona con una chica senegalesa, a quien en 2003 unas solidarias compañeras de colegio dieron una paliza porque sí, y todo tras confesar tartamudo a su mujer y en presencia de terceros un adulterio, o más bien a terceros en presencia de su mujer, y todo después de saber antes y sin haberlo asimilado aún que el menor de sus hijos ha sido secuestrado, y todo después de haber dejado igualmente perplejo al mayor detenido en un Centro de Internamiento de Menores. ¿Alguien da más?, ¿seguirá pese a todo sonriendo el Sporting?

V

Las calles de Madrid están atestadas esta mañana de otoño sin sol, y como si quisiera dar fe de ello, el coche de la Policía que no parece serlo porque nada en él refleja su función está atascado sin sirena subiendo despacio María de Molina camino del aeropuerto, muy cerca del lugar desde donde Martos, o quien quiera que tenga a Julián, ha mandado el correo electrónico. Pero es el atasco habitual, no es que los madrileños hayan leído la prensa o escuchado la radio y hayan decidido asustados lanzarse a la calle para huir de la crisis, parece además que de esta no se escapa uno marchándose de la ciudad por la T4, a lo peor además te pilla una huelga y no sales nunca. El inspector Vidal y el conductor sin nombre van sentados delante, y escuchan atentos una tertulia radiofónica deportiva, donde al menos si se habla de crisis se refieren a la del equipo merengue, a la más improbable de la selección o la muy previsible y ya anunciada del entrenador de la Balompédica Linense, al parecer esta última la esperaban todos. Javier va detrás, pero él no escucha la radio, más bien duerme escandaloso con la boca abierta, muy abierta, como si la confesión tras las horas sin sueño y los dramas acumulados lo hubieran vaciado, duerme con estruendo, ajeno al tráfico, a los gritos de los tertulianos, a la vida en Madrid que de nuevo continúa terca, ajena ella tal vez por reciprocidad a sus dramas hechos de detención y secuestro.

Sigue siendo martes, seguimos estando en el 7 de octubre de 2008, y nada nos dice que en el tiempo transcurrido desde la aparición de la noticia el esperma de los españoles se haya enriquecido, tampoco es verdad, nadie nos ha informado preocupado del agravamiento súbito del mal, ahí estará él, empeorando, mejorando o manteniéndose estable, sin que el mundo le preste ahora atención, es muy probable que en Tijuana prosiga sin duda ella también terca la violencia, pues esta no se detiene desgraciadamente porque los medios de comunicación dejen de ocuparse de ella, sigue empecinada su maldita cadena, ajena esta vez ella a las noticias que provoca. Y ajenos todos y tercos algunos, Javier Montero se ha despertado ya en Barajas de su sueño de boca

abierta y ronquido fácil, o más bien lo han despertado, ya está con el inspector Vidal en el avión mirando por la ventanilla, deseando, durante los segundos que dura el despegue, que este termine en tragedia. Y es que se ha acordado de un amigo suyo piloto que siempre le insiste cenizo pero informado en que los despegues son mucho más peligrosos que los aterrizajes. ¿Y si no salgo de esta?, ¿y si no llegamos nunca a Barcelona? Mejor que mejor, ha concluido Montero, pues las preguntas no eran tales sino proposiciones hechas a sí mismo, propósitos de año nuevo en octubre y para dentro de un segundo, deseos de que un elemento externo eliminara de una vez balsámico, o mejor, curativo, todos sus problemas, y qué mejor que un accidente aéreo, se acabaron para siempre los sufrimientos, y además la familia cobrará agradecida una jugosa indemnización, él será entonces parte del problema y no de la solución, pero para él y solo para él será al menos solución, *la* solución, el final sin retorno de todos los males.

Para su desgracia o por falta de valor, Montero no ha hecho extensivas las proposiciones al piloto del vuelo en el que va, y este ha decidido cumplir impecable con su deber, ya están en el aire, el trayecto es breve, ya se está tomando una coca-cola para mantenerse despierto. El inspector Vidal también cumple impecable y profesional con su deber, y para demostrarlo le enseña a Montero unos artículos de prensa que ha rescatado vía Google donde aparece la chica que van a ver, o al menos su caso, los compañeros de Barcelona ya deben de haber dado con ella, seguro que no se volvió a Senegal a pesar de todo, un comisario los estará esperando en El Prat. De todo ello le ha informado Vidal a su acompañante para que sepa de su muy acentuada profesionalidad, con un poco de suerte en un par de horas estamos de vuelta. Montero encara su lectura con cierta indiferencia o al menos sin curiosidad, como si su contenido fuera algo tan lejano a él como estando en tierra lo son las nubes que ahora mismo lo rodean, en nada está relacionado su hijo con esto, se dice mientras lee casi en diagonal, ya no hay ninguna lógica en cuanto le sucede, constata asustado.

Los hechos sucedieron así: el 15 de junio de 2003, cuatro chicas de dieciséis años regalan espléndidas por su cumpleaños una paliza brutal a una compañera de clase a la salida del colegio, documentada por una de ellas, quien además de grabar ejerce con garbo la función de animar a las ejecutoras. Hace calor, un calor húmedo que en una barriada gris decorada con grafiti de muchos

colores de las afueras de Barcelona convierte el asfalto en alquitrán untable. J. M., esto es, la agredida, camina despreocupada con la mochila al hombro hacia la parada del autobús, cuando en un descampado la alcanzan por su retaguardia tres chicas, con nombres y apellidos que responden a las iniciales M.P.M., L.O.S.yE.G.F. Las iniciales, cuya función es en este caso no abreviar sino preservar la intimidad de las menores, no deben ocultar que tras ellas hay personas de carne y hueso y no androides, con acné juvenil, algún *piercing*, dos tatuajes, y un futuro hasta ese momento incierto. La víctima es senegalesa, lleva un pantalón vaquero ajustado y una camiseta con el rostro de Bob Marley impreso, va escuchando otra música que le impide acaparadora oír la llegada de sus compañeras.

L.P.M., una de las agresoras, que no es senegalesa, va a demostrar en los minutos siguientes cómo la violencia brota de ella con la misma naturalidad que las espinillas. Ella es la primera en llegar a la altura de la víctima, y la empuja violenta con suficiente fuerza como para lograr derribarla, el golpe la pilla de improviso, en la caída se hace daño en una mano que interpone amortiguadora entre su cuerpo y el suelo. Al levantar desde ese mismo suelo la vista, alcanza aterrada a ver por un instante el rostro iracundo de L.P.M., pero es solo un instante, porque a la visión le sucede inmediata una patada en la cara, que le rompe tres dientes. Allí y entonces ya no hace amago de incorporarse, tampoco de defenderse, solo trata de cubrirse la cara con los brazos, e inerme empieza a recibir patadas por todo el cuerpo. Las otras tres agresoras, que tampoco son senegalesas, ya están allí, quien ejerce de reportera ya está grabando con el móvil, y jalea a las otras con un «dale, dale», que cambia por un «mátala, mátala» segundos más tarde, los golpes van acompañados de jadeos de las agresoras que se confunden a ratos con una risa histérica.

Lo más llamativo de la escena no es la blusa brillante de una de las vándalas ni la mochila casi fosforescente de otra, sino la brutalidad sin reservas de las cuatro, la normalidad aséptica con la que afrontan la tarea, la ausencia total de rechazo e incluso de sorpresa a cuanto allí sucede, una de ellas parece más nerviosa y grita casi como si necesitara acompañar la acción con la voz, otra contiene el gesto arrugada y mira con rabia a la víctima en el suelo.

L.P.M. lidera la agresión y es ella quien también le pone término, hay un momento en el que la víctima ya no se mueve, alguno de los golpes le ha provocado una muy evidente conmoción

cerebral, en los días siguientes tendrán que extirparle el bazo. ¡Venga, tías, vámonos antes de que venga alguien!, ordena L.P.M., y las cuatro corren gráciles unos cien metros hasta el lugar donde el descampado pierde su nombre para convertirse urbano en asfalto siempre alquitrán untable, y allí retoman despreocupadas la marcha normal, un día más saliendo del colegio, y puesto que se trata de mantener las costumbres cotidianas paran en un colmado chino del barrio barcelonés para comprarse pipas y coca-colas.

En los cuatro minutos que ha durado la paliza, las agresoras no se han dirigido a la víctima salvo para decir: ¡toma, guarra, vete a tu país de mierda!, y ha sido de nuevo L.P.M., como si ella fuera polifacética la encargada de dictar la sentencia, de leérsela a la condenada y de organizar la ejecución. Las demás no han agregado comentario alguno, salvo los gritos de ánimo de la improvisada reportera, muy propios de cualquier acción violenta, una suerte de necesaria y estimulante música de fondo. Con las coca-colas y las pipas y la excitación del ejercicio físico, al que se suma animoso el relajo provocado por el desahogo, las cuatro se sientan en un parque cercano a disfrutar de la merienda, y allí asisten al visionado colectivo de su hazaña, alguno de los comentarios hermana la acción con la que ha llevado a Montero a Barcelona.

—Joder, tía, qué pasada, ¿has visto?, la muy hija de puta ni se movía —ha apuntado aguda una, como si fuera Segrelles pero ella con una cáscara de pipa aún entre los dientes con aparato. Y también se parecen los dos casos en cómo los agresores son descubiertos, no, no los graba la cámara del banco cercano, no es que peguen a su compañera en un híper y la cámara siempre vigilante lo registre, son ellas mismas, lo graban y lo muestran, y al final quien termina por enterarse es la propia Policía, a la que para su suerte ya le dan el trabajo casi hecho, en el vídeo aparece el rostro descubierto de las agresoras, sus voces, se llaman inocentes por sus nombres culpables, mucho mejor que una confesión forzada, infinitamente más útil que la torpe declaración de un testigo lejano y tal vez miope.

Leída la información, Montero le devuelve a Vidal los artículos, y entonces este intenta iniciar una conversación para cambiar de tema, para entretener a su acompañante por un rato y de paso para que vea que su profesionalidad incluye saber quién es la persona con la que está hablando:

—Trabaja usted en la bolsa, ¿no?, ¿cómo se explica lo que está pasando? —Montero mira con atención a su compañero de asiento,

al que hasta entonces apenas ha echado un vistazo general, ese que permite corroborar que es policía joven y de los modernos, pero ahora lo mira a los ojos para escrutarlo, es tipo listo, eso le indica una primera aproximación, ojos vivarachos y rápidos, despierto, espabilado.

—La verdad es que todo el mundo lo veía venir y nadie quiso darse por enterado —contesta Montero cansino, como repitiendo un discurso aprendido, aunque a medida que habla se va animando—. Eso es lo que pasa, que nos hemos estado dando homenajes, el mundo entero viviendo por encima de sus posibilidades, tirando de crédito, pan caro para hoy y hambre seguro para mañana, copas y más copas fiadas sin dinero para pagarlas, y así pasa lo que pasa. Y no nos queremos dar cuenta —aquí Montero ha adoptado el aire catastrofista por el que es famoso en la empresa—, no nos queremos dar cuenta de que tenemos que cambiar nuestro sistema de vida, fíjate en todos los que aquí viajan, los relojes, los trajes, los portátiles, ahora todos somos ricos y famosos, y no puede ser, simplemente no puede ser. Se acabó, se estaba acabando hace ya tiempo, se acabó la fiesta y para un buen rato, el caso es que se acabó. Lo que vemos ahora, lo que somos, es el trocito de lagartija separado del cuerpo, que sigue moviéndose sin percatarse de que ya no vive, que el movimiento forma parte de su pasado. —Esta última frase también es de la cosecha de Montero, expresión afortunada que repitió con éxito en la cena del viernes en el Tamura, que ahora aparece remota y ajena.

—Yo creo que saldremos adelante —apunta convencido el inspector Vidal, tras una pausa, en una intervención que a Montero sorprende, pues su perorata no esperaba comentario ni contestación, era el diagnóstico del experto en lenguaje de la calle para que el lego entienda—. Lo importante es querer —añade Vidal afirmativo— esforzarse, mi padre siempre me insiste en que estamos perdiendo la capacidad de sacrificio, todo lo queremos ya y sin esfuerzo, y yo sí estoy dispuesto a sacrificarme, no creo en el destino personal y tampoco en el del mundo, con voluntad se pueden mejorar las cosas, yo desde luego voy a mejorar las mías, que no le quepa la menor duda, y si hay crisis, pues si me apura mejor, más oportunidades habrá, yo no pienso dormirme en unos laureles que no tengo, desde luego no me voy a quedar con los brazos cruzados.

Todo eso ha soltado de corrido Vidal resuelto, más como si se lo estuviera diciendo a sí mismo que a un interlocutor que apenas

conoce, una suerte de autoafirmación aérea, aquí estoy yo, que lo sepa el mundo, él le ha preguntado a Montero por la crisis para tenerlo entretenido, pobrecito, un hijo en la cárcel y el otro secuestrado, pero al ponerse a hablar le han salido expansivas sus propias preocupaciones y no las del acompañante, suele pasar, a menudo en las conversaciones uno habla de lo que le inquieta aunque poco tenga que ver con el argumento de la charla.

Y no en el aire, sino muy en la tierra pero al mismo tiempo, María ha llamado desde casa al abogado para que le cuente a las claras cómo están las cosas, ponme en lo peor pero también en lo mejor, no quiero sorpresas, le ha ordenado mandona nada más empezar, con un tono que no invitaba a la negativa. Martín ha arrancado aclarando que el asunto de las medidas cautelares, que es como se dice en lenguaje jurídico que hayan encerrado a Juan, responde a dos circunstancias, también le ha informado que ya tiene las declaraciones de los otros dos imputados, donde ambos casi exculpan a Juan. Pincho ha contado que Juan iba muy *cocido* (sic) y no se enteraba de nada, Segrelles ha reconocido que se le ocurrió todo allí mismo, en el semáforo, que no había nada planeado, que Pincho no sabía lo que iba a grabar, que Juan no se enteraba de nada, que él mismo estaba muy pedo y le dio ese *punto* (sic), que no lo ha hecho nunca y que no quería causarle daño al mendigo, solo darle un susto, que los demás no tienen nada que ver, que si hay algún culpable es él, pero que en verdad no se acuerda de mucho. En definitiva, ha concluido Martín, sonriendo al otro lado del teléfono, muy buenas noticias.

—Y respecto a las dos circunstancias que inciden en esas medidas cautelares —agrega Martín, retomando el discurso abandonado y antes de que María pueda intercalar ningún comentario— son las siguientes: por un lado, el ruido mediático por lo del padre de Pincho, a estas alturas ya todo el mundo lo sabe, y por otro —y esta segunda no había sido explicada la otra vez, al menos no con esa claridad—, el estado de la víctima, el juez está esperando a ver qué pasa con el indigente.

Lo que quiere decir Martín es que aquí la pena va en función del resultado, y así cobra Javier Montero un bonus si consigue ganarle eficiente a la empresa más de una cifra, o si prefieren, así su sueldo está compuesto por una serie de variables en función del resultado, también la pena de un delito cometido se obtiene aplicando el mismo mecanismo, pagas según las consecuencias y no tanto la intención de tus actos, pues esa intención o su ausencia puede

convertirse en agravante o atenuante pero no incide en lo fundamental, también al banco le importa una higa tu voluntad, si le haces ganar mucho, ganas mucho, incluso si tu objetivo era hundirlo.

—Si el tipo sale del coma —sentencia campechano Martín— y mañana está en su casa si es que la tiene, entonces esto se queda en una gamberrada.

—Pero si… pero si se muere… —concluye nerviosa la frase María.

—… entonces estamos jodidos —remata ya malhablado Martín —, entonces se trata de homicidio, y habrá que probar que Juan nada tiene que ver, entonces es probable que las medidas cautelares (tres meses) se alarguen otros tres, es lo máximo permitido por la ley. Pero supongo que ya para entonces habrá juicio.

—¿Y si se queda en coma dos años? —pregunta María pensando en voz alta, acordándose de su madre, que estuvo tumbada en estado vegetal pero sin riego casi tres años antes de morir, entubada sin futuro, enchufada sin motivo.

—Ahí, amiga, no sabría qué decirte, pero en esto sí tenemos que ponernos en lo mejor, vayamos día a día, y yo hoy estoy francamente contento, mucho más optimista que ayer después de lo que han declarado los otros, es un dato muy importante, crucial, a veces todos se dedican a echarse las culpas entre ellos, al menos la versión de los tres coincide, yo creo que de no estar el padre de Pincho de por medio, él y Juan ya estarían fuera, el juez habría dejado internado a Segrelles pero no a los otros dos, al menos eso habría hecho yo, hay que ponerse en la piel del otro para entender sus decisiones. Mi impresión es que Pincho está por su padre, y Juan de rebote, porque si está Pincho tiene que estar él, para que tampoco digan que lo encierran solo por ser el hijo de un magistrado de la Audiencia Nacional, aquí como ves hay que hilar muy fino.

Cuando ha colgado, María ha seguido pensando en la víctima, de pronto la víctima aparece en escena, y lo terrible es que su aparición viene motivada no por la pena o por la compasión que su estado provoca, sino solo por su capacidad de influir en la suerte de Juan, pues ahora, aunque no sea voluntariamente, el agredido tiene aún en coma algo qué decir, salvándose salva o mitiga lo sucedido, muriéndose condena. Y sin darle muchas explicaciones, como si de pronto hubiera algo que hacer y además de forma urgente, María le ha pedido a Carmen que la lleve al hospital, su hermana ha tratado de convencerla de lo contrario, no van a darte ninguna información,

le ha asegurado con conocimiento de causa. Pero María ha insistido testaruda, y al final Carmen ha cedido, pensando que así por lo menos matan el tiempo, y se han ido las dos al Gregorio Marañón a ver al indigente, ingresado en la UVI de ese hospital desde el viernes.

Una vez allí, primero han preguntado a un médico, y María, para sorpresa de Carmen, que no se ha identificado como colega, se ha presentado ella mentirosa como una conocida del paciente, antes ha tenido que aprenderse su nombre, el doctor no le ha contado nada más que no supiera, está en coma, el pronóstico es reservado, hay que ver cómo evoluciona en las próximas horas. Y ni corta ni perezosa y con Carmen esperando en la cafetería (está claro que su papel es la espera), María se ha ido directa a la UVI, justo en uno de los dos momentos del día en los que esa dependencia hospitalaria cumple con el adjetivo y se abre hospitalaria a los visitantes, en una de sus dos ventanas al mundo exterior.

Al llegar, nadie le ha preguntado nada, han empezado a pasar solo dos personas por paciente, y ese paciente, *su* paciente, no tenía visitas, o más bien ha tenido una, la suya. María se ha puesto una calza verde y una gorra del mismo color, también una mascarilla, todo desechable, complementos que daban a la entrada y con los que se ha metido detrás de una pareja de gitanos que han logrado pasar previa agria discusión porque quería ingresar solidaria toda la familia, que no era escasa y estaban allí todos en amorosa compañía. Y lo que ha visto María es a un hombre entubado, como entubada estaba su madre, esa imagen terrible de alguien que parece que ya no está. Porque cuando uno ve a alguien así, rodeado de máquinas, tubos, goteos, sueros, respiradores, sondas, tiene más la impresión de que esa persona ya está del otro lado, y que todo ese aparataje no cumple esforzado con la función de mantenerlo con vida sino más bien con la todavía más improbable de devolverlo al reino de los vivos, de donde ya se ha marchado, si algo parece claro es que ya no se encuentra entre nosotros.

Y ahí lo tiene, delante de sus aterradas narices, un hombre al que no conoce y de cuya recuperación depende la suerte de su hijo Juan. María se lo ha quedado mirando fijo un buen rato, al principio azorada —¿y si aparece un pariente y le pregunta?—, luego ya concentrada, concentrada en su rostro sin vida, y desde esa concentración intensa le ha pedido con todas sus fuerzas que viva. Sí, se lo ha pedido a él, como si de él dependiera, ¡vive!, le ha gritado fuerte sin decírselo, ¡vive, por Dios!, y aquí le ha salido

inconsciente esa sinrazón tan propia de momentos como ese, y ha concluido con una frase que constituye en sí misma un imposible o más bien una verdad de Perogrullo: ¡vive, aunque sea lo último que hagas en esta vida, vive, hazme ese favor!

Una vez pronunciada solemne su proclama que el enfermo no ha oído, pues aunque tuviera la capacidad de escuchar el comunicado exhortativo no ha salido de la cabeza de María, ella misma ha salido del lugar antes de que terminaran los veinte minutos, esos que te conceden para que compruebes que en efecto a ese ser querido no lo han mandado aún al negociado de la funeraria, ha salido corriendo y nerviosa, se ha cruzado mirando ella al suelo con otra visita del mismo paciente, ha tirado siempre nerviosa las calzas, el gorro y la mascarilla a una cesta enorme, y ya fuera, y como si llegara tarde a algún sitio, ha preguntado ya casi histérica a una enfermera por la capilla, y hacia ella se ha dirigido, con la premura de quien cree estar perdiéndose la homilía de su propio bautizo. Y como si la quietud del paciente y su falta de respuesta precisaran de otras gestiones complementarias ante instancias superiores, una vez dentro se ha arrodillado en la primera fila de la minúscula capilla sin feligreses fijos, y se ha puesto a rezar, rito que no practicaba desde hacía por lo menos quince años, sí, a rezar, un padrenuestro primero, un avemaría después, y luego ya una plegaría directa al máximo responsable, sálvalo, Dios, sálvalo, saca a mi hijo de ese lugar, devuélveme vivos y sanos a los dos, los necesito.

Y de ahí al coche con Carmen y en él de nuevo a casa, Martín le ha anunciado que al día siguiente ya podrá ir a ver a Juan, al menos algo se mueve, ya tiene algo que hacer, prepararse para esa visita, prepararse para no contarle a su hijo lo que le ocurre a su hermano, para que no se le note la tensión, y metida en el papel de actuar ha llamado a Javier para ver cómo va lo suyo, pero tiene el móvil apagado o fuera de cobertura, igual todavía está en el avión.

Paco Martos, su vida arruinada por el gilipollas de Paco Martos, Javier Montero no puede quitarse obsesivo ese pensamiento de la cabeza. Y ya no es Juan, ya no es Juan ni tampoco ese vídeo, esa cara perdida del vídeo que persigue pesada a María y de la que trata de huir sin éxito alguno, es esa cara la que ve en los espejos sin fondo de la Policía, esa imagen sobre la moto que va siempre acompañada del muy repetido qué habremos hecho mal. Pero para Javier Montero es ahora solo Paco Martos, Martos y su mal aliento, Martos y sus corbatas de Disney, con el tartaja del pato Donald

como motivo, o el tonto de Mickey, qué original, qué cachondo, Martos y su ambición desmedida, un idiota, eso es, un idiota desde luego Martos pero sobre todo él, idiota él, Javier Montero, no por haberlo echado, que bien echado estaba, sí otra vez desde luego por haberse liado con Graciela, sí otra vez sobre todo por no haber sabido atajar lo de Martos al principio, por no haberlo afrontado.

Los problemas hay que afrontarlos, les repite o les repetía incansable a sus hijos Montero, afrontarlos quiere decir hacerles frente, porque los problemas no desaparecen escurridizos porque mires a otro lado, no se esfuman con prisa si te acuestas y cuentas ovejas para conciliar el sueño, por la mañana seguirán allí. Porque una cosa es desviar tu pensamiento a algo agradable para relajarte cuando los problemas te abruman, y otra muy distinta es no dejar de hacerlo, esa estrategia de sacar tu atención del foco persigue el objetivo de relajarte, pero una vez relajado no debes olvidar nunca que el problema está ahí, que debes agarrar aún temerario y ahora sí relajado el toro por los mismos cuernos.

Tenía que haberlo denunciado, haberle contado valiente a María lo del lío, aunque eso era ya mucho contar, dos años, con interrupciones, es cierto, pero dos años al cabo, eso es lo que había durado aquello que en García de Paredes había llamado *affaire*. Y no, en efecto el problema Martos no ha desaparecido mirando a otro lado o ignorando despreciativo sus llamadas, ahí está, grande, ahora enorme, problema crecido por su falta de coraje, problema que ya no es suyo sino de su hijo, pobre Julián, qué estará pensando. Y con Martos y con el secuestro le llegan ahora que están a punto de aterrizar y de golpe todas las preguntas, que ya son preguntas prácticas que descienden a lo concreto y abandonan el remordimiento. ¿Cómo lo habrá secuestrado? Julián no lo conoce, no se subiría a un coche con él. ¿Lo apuntaría con una pistola? Y ahí es donde no visualiza a Martos, no se lo imagina apuntando a Julián con una pistola, y entonces piensa que tal vez Martos le ha encargado a alguien el trabajito, eso le pega más, por qué no a una banda de Europa del Este, antiguos militares hoy dedicados al robo, al secuestro, a la extorsión, o peor, a una banda de colombianos, todavía más violentos, no quiere ni pensarlo. No quiere ni pensarlo pero en eso piensa pese a no quererlo Montero cuando aterrizan, y ya no en el inspector Vidal y su confianza ciega en sí mismo, y ya nunca en la que va a ser su compañera de foto, ella apenas ha ocupado un minuto de su reflexión.

Mientras, en Barcelona el asunto de esa foto no ha sido fácil, y

no por localizar a la chica, que en efecto sigue residiendo allí, no muy lejos, por cierto, de donde ocurrieron los hechos. Pero cuando un policía la ha llamado a su casa y le ha contado, inventando mentiroso para no dar pistas del secuestro, que necesitaban que un investigador se hiciera una foto con ella, pues estaban elaborando un informe sobre la violencia juvenil, J. M. le ha contestado seca que no, ella no quiere fotografiarse con nadie, y ha colgado para poner fin a la conversación. El agente ha vuelto a llamar ahora enfadado, y ha cometido entonces la torpeza de ofrecerle dinero, ofrecimiento para el que para mayor torpeza no tenía autorización de sus superiores y J. M. ha colgado el teléfono directamente sin contestar, o si prefieren, su contestación ha consistido en colgar. Informado el responsable, este ha debido de pensar que había dejado el asunto en malas manos y ha enviado a un policía con más experiencia al domicilio de la interesada.

—El avión está por llegar, y Soto quiere esa foto para hace cinco minutos, así que te presentas allí y sales con un sí de la chica, tú verás cómo te las arreglas.

El inspector Martínez ha ido entonces con un compañero a la casa, donde J. M. vive apiñada con su marido y sus dos hijos. Antes, han averiguado interesados que el marido que también es senegalés carece de papeles, está empadronado pero no tiene permiso de residencia, ahí hay material para insistir, ya disponen del argumento invencible para convencerla. Cuando han llegado al inmueble, causando cierto revuelo en la escalera, Martínez ha empezado con la zanahoria, tan buena para la piel, ofreciéndole dadivoso papeles para el marido, entre los gritos del pequeño que no quiere dormirse y la mirada atónita del mayor, de dos años, al que su madre sostiene en los brazos. Como J. M., en actitud de mecer al niño y con cara de pocos amigos, no ha reaccionado agradecida a la oferta, el oficial ha dejado la hortaliza y ha pasado al palo, tan amigo él de su vela, amenazando ahora chulesco con expulsar del país al indocumentado. El resultado final del de nuevo muy torpe manejo del asunto, esta vez por el inspector Martínez, es que del piso han salido los dos policías con J. M., que ha accedido aún renuente a sacarse esa foto en cualquier sitio menos en su casa, y que ha acompañado a los dos agentes de muy mala gana, tras avisar a voz en grito a una vecina también africana para que se ocupara de las criaturas.

Agentes e inmigrante se han dirigido directamente a El Prat, así ganan tiempo, y cuando van camino del aeropuerto, J. M., tras

oportuna reflexión, pide exigente que le pongan por escrito la promesa de que a su marido le van a conceder permiso de residencia. Martínez, con la mejor de sus sutilezas que no es mucha, le ha hecho saber siempre chulesco que no está ella en situación de pedir nada, debe de ser que se han terminado las zanahorias, igual ya no es la temporada. Ahí J. M. ha amenazado a su vez con informar a la prensa, como le pase algo a mi marido os vais a enterar, os prometo que salís en todos los papeles, encima que casi me matan y ahora queréis expulsarlo, ha gritado alzando la mano derecha con el índice estirado. Seguro que a los periodistas les va a encantar toda esta historia de la foto, ha sido la frase con la que terminaba su argumento, es decir, su amenaza.

VI

Continúa siendo martes, continuamos en el mes de octubre, y para no abandonar la continuidad y entrar así en el pantanoso terreno de las interrupciones, con sus eslabones perdidos y sus soluciones de continuidad, la crisis continúa acaparando abusona todas las portadas. Y en medio de la crisis, o tal vez para ya en ella bien inmersos hasta el cuello sin cisne podamos evaluar su calado, y medir así ese intangible que llaman «índice de confianza», un índice que ahora mismo debe de estar de saldo, bajando a toda prisa como las acciones o como un tiesto arrojado desde tu terraza, un diario digital está llevando a cabo una encuesta entre sus lectores. La encuesta es en realidad una de las muchas que el diario perpetra con frecuencia, es casi una sección, y hoy día 7 sus muchos lectores no tienen para su suerte que decidir si debe o no dimitir el entrenador de la Balompédica Linense, sino responder a dos preguntas en apariencia simples:

«¿Es usted feliz?»

«¿Vislumbra el futuro con esperanza?»

Si los encuestados fueran los compañeros de Javier Montero, si pese a los nervios de estos días se tomaran diligentes la molestia de contestar, o si la misma familia Montero tuviera tiempo y ganas para animarse, los analistas bursátiles habrían, en su terminología, *descontado* el resultado, esto es, habrían anticipado cucos las conclusiones de la encuesta. Y sí, no cabe duda, parece que puede aventurarse una casi unanimidad al respecto, debe dimitir el entrenador de la Balompédica Linense, y por si eso fuera poco, nadie es feliz, el futuro está color de hormiga, de una hormiga además negra como el carbón, pues se conocen insectos con ese nombre rojos, pero aún no se ha encontrado carbón amarillo. Y cuando la mayoría se pone de acuerdo no hay nada que objetar, incluso la realidad debe inclinarse genuflexa, pues se está enfrentando a lo irrefutable, porque, no lo olvidemos, aquello que opinan nuestros lectores es lo más parecido a la verdad absoluta. ¿O no?

Quienes no han contestado a la encuesta son los dos policías que

ahora acompañan a J. M. al aeropuerto, una J. M. que a juzgar por su actitud rebelde parece más una detenida que una colaboradora de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Los agentes la han metido dentro de El Prat por la puerta falsa, y sin necesidad de salir, en una cafetería de precios imposibles y mesas de plástico, se ha procedido a fabricar sin focos la histórica instantánea.

—No sé para qué coño quieren esto, ni quiénes son ustedes, pero hagan lo que tengan que hacer y déjenme en paz. —Esa es la contundente frase que J. M., siempre con el índice de la mano derecha erecto y en perfecto castellano, le ha soltado a Montero nada más verlo, intuyendo sagaz que él es el tipo importante y el otro un madero más. Y allí mismo, en la cafetería, sin tan siquiera tomarse un café para conocerse mejor y posar más relajados, han sido retratados para la posteridad, como si Montero fuera un actor de cine y J. M. una de sus fans que lo ha identificado en el aeropuerto. Vidal les ha sacado dos fotos, una con una cámara y otra con su móvil por si acaso, pues hoy, bien lo sabe Pincho, todo teléfono es también cámara, en breve podremos grabar hasta con un mechero sin piedra, con las llaves del coche o con la tarjeta de crédito.

—Gracias, bonita, nosotros te dejamos que tenemos prisa —le ha comunicado paternalista Vidal a J. M., y se ha despedido con una fofa palmadita en la espalda bastante mal recibida. Montero casi no ha hablado con ella, al fin y al cabo no sabía muy bien cómo comportarse en semejante escena. ¿Qué iba a decirle?, ¿que lo sentía, que su hijo estaba acusado de agresión pero que no era culpable, que solo estaba allí subido en una moto con cara de pedo? ¿Qué podía contarle?, ¿que muchas gracias por colaborar, que tenían secuestrado a su hijo pequeño y le habían pedido esa foto?, ¿que no debía quejarse ni protestar, porque al menos ella estaba viva, libre y viva?

No, no le ha contado nada, de hecho ya está pensando en el vuelo de vuelta, en las posibilidades curativas de un despegue accidentado, en las ganas crecientes de no llegar a Madrid. Entretanto, J. M. ya se encuentra de regreso en su casa, parece que la cosa va a quedar en tablas, esto es, que no van a deportar a su marido, porque entonces tendrían que dar explicaciones, o al menos ella las pediría en los periódicos y contaría lo de la foto, cuyo significado y función todavía se le escapan huidizos, ni que fuera en efecto su actor favorito. No van a expulsarlo del país, pero tampoco van a procurarle los papeles, esa segunda parte la intuye de nuevo

sagaz J. M., aunque ya puestos no va a dejar de pedirlo, la peor gestión es la que no se hace. Cuando se han despedido el inspector Martínez no ha tenido ni siquiera la cortesía de darle las gracias, se ha limitado a desearle siempre chulesco que tenga un buen día con cara de guasa sin contener. Iros a la mierda, contesta airada J. M., eso sí, con una sonrisa que no la ha abandonado en toda la jornada salvo para el momento de la foto, una J. M. que ha debido cambiar de opinión sobre la marcha y ha optado por desahogarse y no ir de buena para luego quedarse igual sin nada, es decir, que prefiere soltar sincera lo que piensa y así descartar ella misma lo que en cualquier caso no iba a obtener.

Montero pretendía enviar ya mismo el correo, si quieres nos vamos a una librería para comprar *Edipo Rey* y así sin más le mando el mensaje a ese cabrón, le ha sugerido a su moderno acompañante cuando ya se han llevado a J. M. Vidal duda, él pensaba coger el siguiente vuelo, así estaban pronto en Madrid y de paso él de vuelta en casa, pero ha llamado al comisario Soto mientras Montero estaba en el baño y este le ha dado una orden tajante.

—No, no podemos mandar todavía el correo, sería sospechoso, el tipo pensaría que estamos nosotros de por medio, mejor que lo mande esta noche. Y sí, acompáñalo a una librería, así lo tienes un rato entretenido, cuando lleguéis a Madrid veníos por aquí, yo voy a quedarme hasta tarde.

Antes de irse con otro coche policial que no parece serlo, camino del centro y también de La Central, que es el nombre de la librería que Montero ha facilitado a los policías, pues no es ese apartado en el que ni los locales ni el mismo Vidal estén muy duchos, Montero le ha pedido un receso a este último, necesito hacer dos llamadas, si vamos a mandar el correo esta noche tenemos tiempo. Las dos llamadas han terminado por ser tres. La primera destinataria es María, que no contesta el móvil porque en ese momento está en la UVI y lo ha apagado antes de entrar. Con la segunda ha tenido mejor suerte, su interlocutor, que es además su jefe, sí responde, aunque la suerte ha terminado con esa misma respuesta.

—Pero ¿dónde coño te has metido? —pregunta como bienvenida Mariano Porras con una voz en la que se perciben grandes dosis de ansiedad.

—Te pido la máxima discreción —Montero ya casi no se acordaba de lo acelerado que es su superior—, estoy metido en un lío gordo —prosigue nervioso—, no voy a poder ir hasta que se

solucione, lo mejor es que no contéis conmigo, que se encargue de todo Echevarría…

—Ya sé lo de tu hijo y lo siento, pero: ¿no crees que te estás pasando?, tendrás que seguir con tu vida, ¿no? Aquí te necesitamos, Javier, esto está fatal, Echevarría ha intentado llamarte hoy para que le contaras algo de la reunión con los americanos, pero ni te pones al teléfono.

—**N**o esperaba que lo entendieras, lo de ahora no es lo de mi hijo Juan, esto es más grave. —Montero está a punto de contarle indiscreto el asunto del secuestro, pero luego se da cuenta de que está hablando con una de las personas más bocazas que conoce.

—¿Necesitas ayuda? —lo interrumpe siempre acelerado Porras —. Vente para acá y veremos en qué podemos ayudarte, pero no des la espantada, no recuerdo una semana peor en treinta años de vida profesional.

—Estoy en Barcelona, ahora no puedo. —La paciencia de Montero se agota—. Mira, ya te lo he dicho, no voy a ir mientras no arregle este asunto, si te hace falta le pido al médico una baja como si fuera tu secretaria, no esperaba que lo entendieras, de hecho no te lo estoy pidiendo, me limito a informarte, hasta nuevo aviso no iré a trabajar, punto, no estoy en condiciones de trabajar, no puedo. Buenas tardes.

La conversación con su jefe le ha dejado con muy mal sabor de boca, quizás ha sido demasiado duro, él no tiene por qué conocer lo grave de la situación, y las cosas deben desde luego de estar calentitas en su trabajo, ahora es cuando Montero daría su mejor versión, pues él es bueno, incluso muy bueno, en las situaciones de crisis, es en esos momentos cuando destaca del resto. Y con ese mal sabor de boca ha vuelto a llamar a la centralita de la empresa, ha pedido hablar con Graciela.

—Soy Javier, Graciela, Javier Montero.

—Ya sé para qué me llamas, me han estado dando la brasa los de la Policía, también me han preguntado por ti. —Graciela suena casi tan alterada como Porras, debe de ser que la crisis está ya contagiosa haciendo mella en el ánimo de todos—. Ya les he dicho que yo a Paco hace meses que no lo veo, me contó que se iba a Dominicana, además ya no estamos juntos. Pero bueno, ¿qué es lo que ha hecho?

Javier respira, adivina que la Policía no le ha querido dar más pistas, pero en este caso incumple consciente la orden de discreción porque necesita estar seguro:

—Dime la verdad, al menos a mí, Graciela, hazme ese favor, ¿sabes si Martos ha podido secuestrar a mi hijo?, ¿te dijo algo?, ¿te habló de algo así?

—¿Secuestrar?, ¿estás loco?, sabes que Paco nunca haría eso, te debió de pillar fijación por lo del despido pero no hay que tomarlo en serio, ya sabes cómo es, un gallito, pero es incapaz de hacerle daño a nadie más que a sí mismo. Y hablando de eso, lo que sí estaba es cada vez más pasado con lo suyo, ya sabes, yo ya no me sentía capaz de controlarlo, a veces me daba miedo.

—No, no sé nada, ¿cómo que con lo suyo?, ¿pasado de qué?

—Ay, Javier, a veces parece que estás en Babia, con la coca, con qué va a ser. Paco estaba enganchado a la cocaína desde hace años y últimamente ya no se controlaba, por eso estaba tan agresivo, pero de ahí a secuestrar a alguien, ¿o es que no lo conoces?

—Seguía viviendo en la casa de Martínez Campos, ¿verdad? —Montero cambia de tema, visto que de Graciela no va a sacar más información.

—Sí, pero ya te digo que no está, ¿de verdad crees que Martos ha secuestrado a tu hijo?, pero ¿no lo habían detenido? —La conversación termina por ser una sucesión de preguntas que ninguno de los dos interlocutores contesta, preguntas que se contestan con preguntas, como si no pudieran faltar los signos de interrogación en cada frase.

—Gracias, Graciela, te pido por lo que sea que no digas nada de esta conversación a nadie, ¿me entiendes?, a nadie, hay una vida en juego.

—No te preocupes, por mí no te preocupes.

Vidal espera en la cafetería zampándose un bocata de jamón y sacándole partido a su flamante móvil, mandando mensajes, leyendo mensajes, jugando al solitario. Montero, terminadas las llamadas, se acerca para pedirle que le dé uso a su nuevo artilugio. Pese a que el inspector sigue tratándolo de usted, a él le sale el tú sin darse cuenta.

—¿Puedes llamar, por favor, al comisario Soto por si hay novedades?, ¿te ha contado algo antes? —Vidal deja sus mensajes, levanta la cabeza y las cejas, mastica el currusco seco de su almuerzo tan solo geográficamente ibérico.

—Ah, sí, perdone, cuando he llamado para decir que ya teníamos la foto, el comisario me ha informado que no hay nada nuevo bajo el sol, bueno, algo hay bajo el sol caribeño, parece que el sospechoso sí está fuera de España, salió hace dos meses y no tiene registro de

entrada, se fue a la República Dominicana, todo eso me ha contado el comisario.

En el vuelo de vuelta, adquirido el libro y en vista de que el despegue ha vuelto a ser impecable, Montero decide elaborar un borrador de su correo, Vidal le ha insistido en que lo mejor es que lo vea con el comisario Soto cuando vuelvan, pero él necesita estar ocupado con algo, además de pensar esperanzado pero ingenuo que todavía queda la posibilidad de accidente en el aterrizaje. Iba a encabezarlo otra vez dirigido a Martos, pero vista la contestación anterior ha decidido empezar así:

Estimado secuestrador,
Aquí van los deberes hechos, la fotografía con la joven senegalesa agredida en 2003 como adjunto. En cuanto al texto, este es:

Edipo - ¡Ah, ah desgraciado de mí!, ¿a qué tierra seré arrastrado, infeliz?, ¿adónde se me irá volando en un arrebato, mi voz? ¡Ay destino!, ¿adónde te has marchado?

No quiero resultar pesado pero vuelvo a ofrecerme para sustituir a Julián, sé muy bien qué es lo que pretendes, puedo cumplir cuantas tareas me pidas, pero ya sé que nunca será suficiente, es a mí a quien quieres, lo único que buscas es vengarte de mí. ¿No te parece que es terrible que sufra un inocente, que además es menor? Julián no te ha hecho nada, no ha hecho nada malo, si consideras que yo sí, suéltalo y yo me entrego donde tú me digas, tú no tienes hijos, pero puedes al menos intuir cuán terrible es que un menor sufra, puedes saber lo que supone para su madre, ella tampoco ha hecho nada, al menos ten ese punto de **pietas**, ya que de cultura clásica tanto me hablas.
Quedo a la espera de tus noticias,
Javier

Montero lo relee, lo corrige, tiene tiempo, en efecto tal vez es bueno que lo vea el comisario, igual él piensa que es más eficaz otra estrategia, no sabe si debe insistir en lo de ofrecerse a cambio de Julián, pero no se le ocurre nada mejor, esto tiene visos de no parar, porque es muy consciente que después de esta tarea vendrá otra, pues está ante una de esas carreras de obstáculos que no acaban nunca. Un juego absurdo, vaya, en eso está inmerso, como absurdo es el asunto de la foto, de hecho podría haberse fotografiado con cualquier chica subsahariana, eso habría bastado, porque el secuestrador no ha visto en su vida a esa chica, no puede por tanto reconocer su cara. Y sí, le están siguiendo la corriente borregos como recomienda el comisario Soto, están en efecto cumpliendo con las tareas que el secuestrador ha impuesto juguetón, pero ¿sirve eso

para algo?, ¿en qué momento va a parar?, ¿no sería mejor romper la baraja ya que hablamos de juegos? De su pensamiento lúdico donde tampoco faltan los signos de interrogación, lo interrumpe Vidal que ha leído cotilla sin permiso el correo en la pantalla de Montero, y se permite intervenir, aunque no haya sido consultado.

—Está bien, yo lo dejaría así. Es cierto, con esta gente no hay que dar más explicaciones, tampoco insultarlos y menos amenazarlos, porque, si me permite la expresión, le tienen a uno cogido por los huevos. —Aquí a Vidal le ha salido el colega de barrio que lleva dentro y ha abandonado por un instante el lenguaje de informe y estadillo aprendido en la Academia de Policía—. No creo que lo de la piedad sirva para nada —prosigue—, pero bueno, por intentarlo que no quede: por cierto, ¿qué es esa historia de Edipo?

Superada la molestia por el comentario y el consejo no solicitados, Montero guarda el mensaje para dejarlo reposar hasta Madrid, con suerte se estrellan y no tiene que abrirlo otra vez, y luego pasa a explicarle didáctico a su acompañante el argumento de *Edipo Rey*.

—Edipo es el rey de Tebas, cuando es un adolescente sospecha que sus padres no eran los que pretendían serlo y consulta al oráculo de Delfos, así sabe que terminará casándose con su madre y matando a su padre. Ya ves, a veces es mejor no preguntar. Así que decide irse de casa para que la profecía no se cumpla y acaba de rey de Tebas tras librar a la ciudad de la Esfinge. Para hacerte la historia corta —Montero teme que Vidal le acabe preguntando qué es la Esfinge dando pie a una nueva digresión— el personaje termina por cumplir la profecía, mata a su padre sin saber que lo era y se casa con su madre sin saber que lo es. Más tarde lo descubre, descubre que ha ido cumpliendo inocente con la profecía sin darse cuenta, e incapaz de asumirlo, se arranca los ojos y vaga como un mendigo por los caminos. Es un poco el paradigma de la tragedia clásica, cómo el destino está marcado, y pese a que intentes escapar de él no puedes, así le sucede a Edipo, se va para escapar de su destino pero lo que hace es dirigirse hacia él.

—Entiendo —asiente Vidal, entre cuyo acervo cultural no está incluida la cultura clásica—, entiendo. ¿Y tiene idea de por qué le pone ese texto?, ¿es que se supone que el mendigo atacado es Edipo, o es su hijo el que lo es?

—No, no creo que lo tenga muy claro, yo estudié griego y eso Martos lo sabe, me parece que es más bien para dárselas de culto él, que es un ignorante, me pone la frasecita para joderme, la habrá

escogido al azar, o quiere hacer la gracia de que yo voy inexorablemente hacia mi destino, camino de él aunque quiera evitarlo como el propio Edipo, pero eso me parece demasiado sutil para el personaje.

Durante el resto del viaje, Vidal deja esta vez en paz a su acompañante, Montero cierra su portátil y se revuelve intranquilo en el asiento sin salida, la angustia de la espera se ha vuelto a cebar con él. Se acuerda entonces de un ensayo leído hace poco, en una de sus escasas incursiones en la lectura de los últimos meses, un ensayo donde el autor llevaba a cabo un estudio literario de la espera. Y se acuerda ahora porque espera, y se acuerda además bien del contenido de ese ensayo porque es la espera un asunto que siempre le ha fascinado, por eso lo compró. La espera, a su juicio una de las más ingratas actividades que al hombre le depara la vida, porque incluye un elemento de resignación, aguardar a que algo pase, a que alguien haga algo, por eso consume, por eso es mejor la ocupación, el sufrimiento se sobrelleva mucho mejor con actividad que sin ella.

En ese ensayo se distinguían dos tipos de espera, siendo el primero la espera activa, uno espera a que le dejen hacer algo y no lo consigue, pero al menos lo intenta, y el propio intento es sinónimo de actividad. Entre los ejemplos literarios citados por el autor de esta suerte de espera, está el del agrimensor K. en *El castillo* de Kafka, que trata de entrar en ese castillo, pero no lo consigue, otro es *Los cautivos de Longjumeau*, un cuento de Léon Bloy donde dos ancianos van a la estación de su pueblo para coger un tren que los lleve a París, pero terminan por no salir nunca, o mejor dicho, nunca terminan por salir. Esa es la espera activa, donde al menos una vez inmerso en ella, uno actúa en busca de su objetivo no logrado, se mueve, se ocupa. Mucho peor califica el autor la que denomina «espera pasiva», esa espera está representada en el ensayo por dos obras, una es *El desierto de los tártaros*, del escritor italiano Dino Buzzati, allí el protagonista y un escuadrón del ejército italiano esperan en una posición fija a unos tártaros que nunca llegan. La otra es *Zama* de Antonio Di Benedetto, donde un funcionario del imperio español espera él también un traslado que tampoco llega nunca, un nombramiento que no se produce. Esa es la espera más dura, sostiene el autor, la que más desasosiego genera, la espera donde la única actividad es la mental, aquella por la que se dan mil vueltas a lo que el otro va a hacer con uno, con el destino de uno, espera que se cuece reflexiva en su propia salsa.

Y reflexionando sobre la espera, al menos la espera pasiva de ver llegar el avión a Madrid se ha consumido, aunque el aterrizaje ha vuelto a resultar casi perfecto. Ya en Madrid, Montero ve el correo con el comisario Soto, él insiste en lo de ofrecerse aunque Soto confirma la opinión de Vidal, no servirá para nada, pero como ya lo ha hecho una vez no importa que vuelva a reiterarlo, en realidad de momento da igual lo que escriba, ha concluido el comisario, mañana tendremos otro correo con otras pruebas. Así está bien, es su reacción, no nos interesa que el secuestrador sepa que lo estamos ayudando, cuanto más natural resulte el correo, mejor que mejor. A las siete mandan el correo y Soto se despide de Javier Montero citándolo por la mañana a primera hora en su despacho, eso si antes no hay novedades.

Y ya en la calle Montero llama a casa, María le cuenta sus gestiones, todo va bien, bueno, todo lo bien que se puede, Montero le relata su jornada y le anuncia su pronta llegada al hogar. Pero antes de volverse a casa, después de haberle dado la dirección al taxista, Montero decide ir al domicilio de Paco Martos, se va a Martínez Campos, está cerca, y sí, está ahí, es una locura y lo sabe, el comisario no le ha informado si finalmente han efectuado un registro domiciliario, tampoco él le ha avisado que va, lo ha pensado en el avión, seguro que está en casa, seguro que ha vuelto de Dominicana, voy y me enfrento a él, que haga lo que quiera. Pero no, Martos no está en su casa, ha llamado al portero automático y no contesta, ha esperado a que alguien entrara para subir, se acuerda bien, es el último piso, Martos organizó allí una vez una fiesta para los de la empresa, y no, no contesta, el portero ya no está, podría haberle preguntado, seguramente la Policía ya lo ha hecho. En otro taxi se va al Encinar, a casa, cuando ha llegado Carmen se ha ido a la suya a coger algo de ropa, se va a instalar en el cuarto de Julián hasta que todo se resuelva, ha pedido un permiso en el hospital de una semana que puede alargar.

Cuando la acompañaba a la puerta, Javier le ha preguntado con cara de susto:

—¿Cómo la ves?

—Muy entera, la verdad —responde Carmen con aire agotado—, pero si esto dura no sé cuánto aguantará, está durmiendo muy poco, por lo menos si se solucionara lo de Julián, yo creo que se recompone.

—Gracias —remata Javier, antes de enfrentarse él a la casa sola, a la casa con María, a la casa sin sus niños. No están, no, no se

han ido de campamento, a eso le recuerda el silencio de su ausencia, a esas semanas blancas del colegio donde se van a esquiar, cuando esa ausencia parece un estruendo por falta de ruido. Y es que la casa en efecto parece vacía, María está sentada en el salón, el lugar donde se ha instalado desde el domingo salvo cuando mira por el espejo de la comisaría, está sentada en el salón mirando fijo el televisor apagado, como si estuviera de visita o más bien esperara una visita, o mejor dos, las visitas que supondrían la vuelta de sus dos hijos, ojalá pudieran entrar por la puerta en cualquier momento, o mucho mejor, en ese preciso instante, con el alboroto de la tensión liberada al salir del colegio, gritando, cantando, empujándose, una tarde más como cualquier otra, una vida normal. Se han abrazado, ella no le ha hecho ningún comentario de su recién confesado adulterio, como si eso fuera en el fondo lo de menos, aunque ese adulterio, además de serlo, ha podido tener que ver y mucho en la ausencia de Julián.

—Nos lo van a devolver ¿verdad? —le ha pedido casi implorándole.

—Sí, no te preocupes, nos lo van a devolver.

—No le harán nada, ¿verdad? —insiste María.

—No, tranquila, ya verás como todo saldrá bien.

María no le ha contado su visita al hospital, sí la conversación con el abogado, eso es lo que parece que va mejor, las declaraciones de Pincho y Segrelles, en efecto, eso es lo mejor que les ha pasado en varias horas, lo único bueno. Y de paso le ha informado de las reacciones de los amigos, cree que hay que empezar a contestar las llamadas:

—Carmen ha estado avisando a toda la familia, por supuesto no les ha dicho nada de lo de Julián, solo que estamos bien, que Juan parece que saldrá pronto, que ese flanco lo tenemos cubierto. Pero siguen llamando los amigos, yo ya he avisado en el trabajo que no voy en toda la semana, el portero me ha dicho que se presentaron Miguel y Sandra, habían estado llamando y nadie les daba noticias nuestras, menos mal que no habíamos vuelto todavía, no sé si podría hablar con ellos sin derrumbarme.

—Si quieres nos vamos a un hotel —ha sugerido Javier mirando a su alrededor, a la casa a la que tanto le falta—. Así además no tienes que ver a los vecinos.

—No, estaremos bien, estaremos bien —repite María moviendo la cabeza, con una afirmación que es más deseo que realidad, por eso la repite, para ver si de verdad están bien, a fuerza de decirlo

machacona. Y así se acuestan, Carmen la sombra ha vuelto de su casa, ha preparado la cena que apenas han probado, se han acostado casi sin hablar, y apenas han dormido otra vez, la presencia de sus hijos en esa casa es demasiada, están por todos lados, su ropa, su olor, sus cosas, su misma ausencia.

VII

J. M. nace en Kaolack en el año 1987, en un día de mucho calor y en una casa llena de gente. Y nace con nombre sonoro y bien y senegalés, un nombre que al igual que su apellido también sonoro se esconde detrás de las iniciales, pues si se oculta la identidad de sus agresoras tras unas mayúsculas con punto que parecen las empleadas para vendernos la penúltima gama de un vehículo todoterreno (cómprese un L. R. T. turbo, su vida lo merece), lo propio debe hacerse con la agredida, para no añadir así agresión a la agresión, agravio al agravio. Porque J. M. es la joven senegalesa asaltada el 15 de junio de 2003 en Barcelona por unas cariñosas compañeras de colegio, y es la misma que posa a su pesar en el aeropuerto de El Prat el 7 de octubre de 2008 con un hombre que se sujeta la cabeza con las dos manos, incapaz ese día su cuerpo de aguantar el peso de su más pesado apéndice, aunque en la foto ese gesto resulte imperceptible a simple vista.

Cuando los noventa empiezan aún inconscientes a ser una década, J. M. deja su país con tres años y dos coletas cortas que parecen cuernos de jirafa, para irse a vivir a Barcelona, donde su padre se ha instalado tras llegar primero con muchas ganas, bastante miedo y ningún papel, regresar más tarde con papeles aunque menos ganas y conseguir después llevarse ahora ya feliz a su mujer y a sus dos hijos con él, uno de los cuales es la niña J. M., aquella que carece del cuello de la jirafa pero sí dispone de sus mismos cuernos. En Barcelona nacen otros tres niños más, que aunque no gastan coleta, pues son varones, también lucen nombres sonoros y bien senegaleses.

J. M. es una niña gordita y sonriente, cuando comienza a hablar chapurrea un puré incomprensible hecho de wolof, catalán y castellano, juega a la comba sin dejar de sonreír, y canta todo el tiempo una melodía sin letra, tal vez para no tener con ella problemas de contaminación entre las lenguas que escucha. En el colegio público de su barrio, al igual que en la guardería, la reciben bien, no hay entonces todavía muchos inmigrantes en España y ella y sus hermanos representan con otros africanos la novedad exótica,

aunque siempre se sentirá distinta, y no por las dos coletas que llevará mucho tiempo, como si hubiera querido con ellas llevarse también a la jirafa. Pero no añora ni la jirafa que en Kaolack no vive ni un país del que nada recuerda, tampoco realiza el esfuerzo adhesivo de adaptación hasta la pegatina al que se entregan sus hermanos, quienes no se desprenden de su camiseta del Barça ni para dormir, para que se vea incluso debajo de las sábanas que ya son del lugar donde viven. Eso sí, en lo que otros llamarían falta de integración no hay sorda amargura ni velado rechazo, J. M. nace contenta, crece contenta, y nunca pierde la sonrisa de la comba, ni aun cuando se quita las coletas, ni siquiera cuando a los dieciséis años esa sonrisa pierde tres dientes de su elenco estable tras ser agredida sin motivo aparente por cuatro de sus compañeras de instituto, una de la cuales es hasta entonces muy amiga suya, o más bien eso cree ella y no ha debido de serlo nunca. Despierta en el hospital sin saber muy bien qué ha ocurrido, allí reside una temporada larga en la que no deja de sonreír sin dientes a las enfermeras, ni de canturrear sin palabras, ni de emitir comentarios ácidos en un castellano castizo, lleno de dejes de barrio como una pintada o un rap. Cuando durante su estancia entre enfermos algún paciente le suelta un comentario racista, J. M. se lo devuelve al instante, pero tampoco en ese arrebato, siempre malhablado y en apariencia brutal, pierde ella la sonrisa, convertida así en toda una declaración de principios.

La cambian de instituto, recupera la sonrisa completa por un gesto del hospital, o más bien de las autoridades sanitarias, pero no se cambia de barrio, y así se cruza más de una vez con sus agresoras por la calle cuando estas terminan de cumplir con sus castigos, lo que sucede más pronto que tarde. Pero no consigue guardarles rencor, sigue sin verlas, en realidad ese día terrible casi no las vio, no recuerda nada, no quiere después ver nunca las imágenes que media España ha contemplado morbosa más de una vez, y logra incluir en su memoria lo ocurrido en el apartado relativo a los accidentes, compartiendo lugar solidario con una aparatosa caída por las escaleras o una quemadura en la pierna por el tubo de escape de una moto sin frenos. Y no, no es que su capacidad de percepción de la realidad sea limitada, qué va, sabe muy bien cuanto le ha sucedido, pero decide que no es lo que ha sido, conoce perfectamente las caras de quienes allí estaban ese día, pero nunca las ve, decide no verlas, prefiere no haberlas visto. No es tonta, tampoco ingenua, en esa sonrisa no hay candor ni inocencia,

pero sí la voluntad inquebrantable de ser feliz a cualquier precio, o mejor dicho, en cualquier situación.

En esos días, reincorporada a la vida normal, no vuelve a sonreír porque nunca ha dejado de hacerlo, pero algo se ha roto en el camino además de la dentadura, y ya casi solo se junta con africanos, senegaleses, gambianos, nigerianas, su actitud hacia quienes no lo son es en apariencia agresiva, la sonrisa que muerde, así la bautiza ingeniosa más tarde una compañera de trabajo que es de Badajoz. Un año después del accidente que no lo ha sido se va a vivir con alguien que podría ser su primo, mismo apellido, distinto nombre siempre sonoro, nacido él a tan solo quince kilómetros de distancia de ella, un lugar que ahora está a cuatro mil, aunque la localidad nunca se haya desplazado. Tiene un hijo, se casa, un año más tarde llega un segundo. En los partos grita al principio y con fuerza bestial, pero luego, para sorpresa de los médicos, se dedica el resto del alumbramiento a canturrear distraída una melodía suave sin letra, que repite más tarde siempre al darles el pecho sonriente a las siempre sonrientes criaturas. Le gusta pasear, no termina el instituto, consigue trabajo de cajera en un híper, lleva zuecos blancos y un uniforme verde, sonríe a los clientes al pasar el lector del código de barras por el detergente con suavizante sin que tenga que sugerírselo el supervisor, libra un día a la semana. No añora nada, ni del pasado que no fue ni del futuro que ya no será, no está frustrada, tampoco amargada. *Es*, *está*. Una vez fotografiada junto a Montero, J. M. desaparece del relato, sale de escena.

A la pregunta «¿es usted feliz?» J. M. habría contestado afirmativamente, sosteniendo en los brazos a uno de sus hijos, el otro formando una semijarra, o más bien una jarra entera, al fin y al cabo al recipiente le basta un asa para recibir tal nombre. Sí, soy feliz, podría perfectamente no serlo, pero he elegido ser feliz, es una decisión personal, amo a mi marido, adoro con pasión a mis hijos, y cuando llega la primavera me encanta pasear por Barcelona con ellos, llevármelos en autobús a ver el mar, a jugar en la arena de la Barceloneta. Y en la cuestión relativa al vislumbre esperanzado del futuro irremediable, otra respuesta positiva, todo va a ir mejor, mi marido conseguirá papeles, la crisis pasará, dentro de unos meses regresará puntual la primavera.

Pero mientras la primavera se recluye en sus cuarteles de invierno, para desgracia de las hojas caducas ahora el otoño prosigue, y este miércoles día 8 la prensa no ha querido faltar a su cita aportando titulares con chispa, Zapatero lanza un plan

preventivo de rescate de la banca con dinero público, detenido un turista hispanobritánico por bañarse desnudo en Tokio, da positivo el chofer de un autobús fletado para que los jóvenes no conduzcan ebrios. Y para que no falte tampoco el que de verdad importa, Wall Street se desploma otro cinco por ciento a pesar de los nuevos rescates de la Reserva Federal, o dicho de otro modo, esto no hay quien lo arregle. Ahí están los titulares de otra jornada donde la crisis, a fuerza de agrandarse, parece perder su condición de pasajera, pues no debemos olvidar que para ser crisis la temporalidad es una condición irrenunciable, también la superación, de otra forma esto sería el acabose, el fin del mundo, el apocalipsis, muchos en verdad piensan que en eso se está convirtiendo. Aunque no debemos ponernos demasiado dramáticos, ya alguien lo advirtió con cierta sorna en otra crisis, el fin del mundo no dura eternamente.

Y como son titulares, los digerimos sin masticar, que para eso están concebidos, aunque si nos ponemos a analizarlos puede causarnos más o menos gracia que el chofer del autobús que el ayuntamiento fleta para evitar que los jóvenes borrachos usen sus motos o coches esté él mismo bolinga, pero es más bien una gracia previsible, seguro que si le hacen la prueba al funcionario que le realizó la prueba al conductor del autobús, también él daría positivo, seguro que quien pone vengativo multas aparca mal, es muy probable que el encargado de oncología pulmonar del Gregorio Marañón sea un fumador empedernido. Lo más llamativo sin duda es el incidente del turista sin ropa, pues no se alcanza a comprender el papel que juega en la noticia su condición de hispanobritánico; estaba en Tokio, bien; bañándose desnudo, hasta ahí llegamos; lo detienen, supongo que en estricta aplicación de la legislación vigente. ¿No lo habrían hecho si fuera solo británico y no hispano, como esos aficionados que en las Islas saltan al campo de fútbol los domingos como Dios los trajo al mundo, en medio de los partidos, en medio de los jugadores y árbitros ellos sí convenientemente uniformados?

Pero Javier Montero vive al margen de la prensa, ahora mismo solo le interesa una noticia, o más bien dos, ha vuelto a su casa su hijo Juan, ha regresado a su casa Julián Montero, esos serían enormes y con fotos los únicos titulares dignos de su interés. Al menos los diarios no hablan hoy de lo sucedido el viernes cerca de la Gran Vía, no hay noticias sobre el padre de Pincho, ninguna mención al estado de salud del indigente. Y aunque Javier no lea

hoy los diarios, ni siquiera los digitales con encuestas felices, sí ha encendido su ordenador, lleva de hecho desde muy temprano esperando un correo, que finalmente aparece en su bandeja de entrada, cuando ya está en García de Paredes y no en su casa, cumpliendo obediente las órdenes del comisario Soto.

Muy apreciado Javier,

Compruebo con enorme satisfacción que sigues siendo un estudiante aplicado, como en la facultad, y que manejas como corresponde la versión de Gredos, al menos te mantienes fiel al clásico de los clásicos, a pesar de haberte pasado a la banca. La foto está bien, eso sí, la chica no parece muy contenta, no le tratarías de vender un fondo con trampa, ¿verdad?

Y como lo prometido endeuda, aquí va la foto de tu vástago con el periódico de hoy. Lamento decirte, eso sí, que pese a que tu trabajo merece sin duda ese comentario tan hermoso que nos ponían en el colegio**, progresa adecuadamente**, todavía te queda algo para llegar a los finales, no pensarías que esto iba a ser tan fácil. Seguiremos con el mismo esquema, visto que te sale tan bien, además, ya lo sabes, en la repetición está el principio de todo aprendizaje. Un poquito de teoría clásica, para que refresques tus lecturas, y otro de turismo nacional, para que sigas compartiendo con las víctimas tu condición de padre de adolescente casi homicida y reportero, igual después de esto te puedes ganar la vida dando conferencias por ahí contando tu caso y comparándolo con otros.

En cuanto a la tarea clásica, te diré que me ha enternecido hasta las lágrimas tu ofrecimiento reiterado de intercambio. Y por eso el pasaje que pido esta vez que termines es de **Alcestis**, supongo que no se te ha olvidado, la muy noble Alcestis se ofrece a morir en lugar de su marido, el muy cobarde Admeto. Acuérdate que a la pobre no le dejan ni ser héroe o si prefieres heroína, y viene el pesado de Hércules a salvarla, y no porque así le devuelva la vida sino porque así no se convierte una mujer en la buena de la historia, en la buena y en la valiente, en la única que está dispuesta a sacrificarse. Y claro, tú quieres ser ahora el bueno de esta historia, el valiente también, el que se sacrifica por su hijo, y no como el cabrón de Feres. El que queda bien, vamos, el que al final el público aplaude y valora. Pues no, no va a poder ser, ahora voy a ejercer yo de Hércules para chafarte el final feliz, para que no puedas con tu gesto limpiar tu conciencia, porque: de eso se trata, ¿no? Lo siento, Javier, la idea es precisamente la contraria, que asumas tú y de una vez que tus actos no son gratis, que la educación que le has dado a tus hijos no es gratis. Aguanta y quédate, cumple con tus tareas y tendrás la suerte de redimirte o al menos de volver a ver a tu hijo con vida.

ALCESTIS
Admeto, ves cómo están mis asuntos:
quiero decirte, antes de morirme, lo que deseo.
Yo, que te he procurado a cambio de mi vida ver este día,
voy a morir, cuando podía no morir, por ti,
y cuando podía encontrar el marido tesalio que quiera,
Y tener una feliz morada señorial.

No he querido vivir privada de ti
Con mis hijos huérfanos, ni guardo avara
Mi juventud, con los dones que yo disfrutaba.
El que te engendró y la que te dio a luz te han abandonado,
Aunque han llegado a un punto de la vida en que les está bien morir
Y salvar bien a su hijo y morir con gloria.
Y viviendo yo y tú en adelante, no llorarías privado de tu esposa,
Ni tampoco criarías a tus hijos huérfanos. Pero
Algún dios ha hecho que esto sea así.

Ese es el texto. Y para que cambies un poquito de aires, en el asunto fotográfico ahora te toca ir al sur, otros emuladores de tu hijo hicieron de las suyas en Sevilla, allí le dieron una paliza a un ciego mendigo de nombre Lorenzo Martínez, año 2006, ya sabes, un poquito de Google y al AVE, y a ver si el ciego te sale más sonriente, los ciegos sonríen siempre, aun cuando no los fotografían.

Dado que la idea es ir construyendo buenos hábitos de trabajo seguiremos con la rutina, antes de mañana a las diez quiero el correo, y no quiero ninguno que no incluya las tareas, o entenderé que implica que no pudiste cumplirlas.

Un amigo que te extraña.

Pese a que el correo lo tenía desde ayer, el secuestrador ha esperado a las diez, la hora límite impuesta por él mismo, para mandar el suyo. El comisario Soto le había pedido a Montero que se presentara a esa hora y allí está, de hecho desde las nueve y media departe distendido con el policía.

—¿Quiere usted las buenas, las malas, o la regulares?

Con esta pregunta con opciones lo ha recibido escéptico el comisario a Montero, ellos dos solos en su despacho, allí no está el espejo por donde se iban todos los humos y sí un plano enorme de Madrid con chinchetas de colores, otro de España al que tampoco le faltan chinchetas que tampoco prescinden de la variedad cromática, y una mesa llena de papeles con una foto de la familia del comisario, esposa y dos hijos, fondo verde de una tarde de verano en algún lugar con mucho calor. Hoy Soto está más relajado, habla con Montero con mucha más franqueza, quiere ganar su entera confianza para intentar entre los dos ver alguna luz, pues muchas no hay. Porque para su desgracia se trata de un caso donde solo cuentan rácanos con un único sospechoso, un sospechoso con móvil, eso sí, pero sin ningún indicio que lo vincule al secuestro.

Empecemos por las buenas, porque las buenas noticias tienen a ese sospechoso sin par, Paco Martos, de protagonista absoluto, la Policía dominicana lo ha localizado en un complejo hotelero situado en Playa Bávaro, varios hoteles, casino, golf, pulserita que te otorga derecho a beber y comer cuanto quieras. El comisario ha pedido una

primera intervención, casi oficiosa, ni quiere ni puede pedir una orden de captura vía Interpol, ni siquiera le ha comentado nada al agregado de Interior de la Embajada, no lo conoce y el trámite resultaría mucho más farragoso. A quien sí conoce y bien es al jefe de la Policía de allí, cuyos pomposos títulos dan cuenta de su elevadísimo rango, Mayor General Luis Ángel Monleón, como si «General» no bastara para detener a tanto delincuente armado y dispuesto. Claro que Soto también luce apellido a su cargo, él es comisario principal, pero es verdad que no suena tan contundente como Mayor General, ni mucho menos, ni siquiera nos atrevemos a conferirle mayúsculas. Y por conocerlo bien prefiere esa gestión directa, estuvieron juntos en dos cursos a los que Soto asistió allí comisionado por el ministerio, en un proyecto de la Cooperación Española, entonces Monleón aún no era el gran jefe, esto es, Mayor General, pero sí era ya un tipo listo y rápido, bastante simpático y mucho más que parrandero.

La idea es dar con Martos e interrogarlo, y ver así cómo responde a unas preguntas que el comisario ha redactado previamente, ¿cuánto tiempo llevas aquí?, ¿sigues las noticias españolas?, ¿en qué trabajas?, ¿sabes quién es Javier Montero? El objetivo es ver cómo respira, y para eso es importante que Monleón mande a un agente de máxima confianza, si hubiera más tiempo enviaría él mismo a alguno de los suyos, de acuerdo a esa primera impresión ya decidirán, lo importante de momento es tenerlo controlado.

La conversación con el mayor golfo de todos los muchos generales ha tenido lugar ayer, pasada la medianoche, hay seis horas de diferencia con Dominicana, por eso no le ha contado nada a Montero hasta ahora. Es sin duda una muy buena noticia, a lo largo de la mañana tendrán novedades, pero al menos el sospechoso sin competencia está localizado, mucho mejor si se confirma que si se descarta, pero, en cualquier caso, algo se mueve.

Las noticias regulares, que comparten espacio con las malas, pues malas malas no hay, eran por otro lado previsibles, pero no por ello han resultado menos dolorosas; el correo, las nuevas pruebas, el mismo tono. Él ya intuía la respuesta, también presagiaba que habría nuevas tareas a cumplir, todo encaja en un modelo bien determinado de secuestro, casi de manual, con índice y prólogo, ilustraciones y notas a pie de página.

—Estamos ante un tipo de secuestro que tiene una complicación añadida —le ha comentado el comisario con complicidad a Montero,

que esta vez ha ido sin María, y no porque ella haya perdido el interés por esos espejos que tanto la fascinan, más bien porque tiene otro programa, va a visitar a Juan, de nuevo se reparten la tarea, como si con ello se repartieran los hijos—. Este secuestrador no quiere dinero —prosigue Soto levantando las dos manos—, esos son los casos más fáciles. Ahí, negocias una cifra, pactas una entrega, intercambias la pasta por el secuestrado, intentas detener al criminal cuando ya el secuestrado está libre. Aquí no, en este caso el secuestrador lo único que quiere es joder, joderlo a usted, esto es un asunto personal. La presencia de Martos en Dominicana despeja al menos una duda, el secuestro no lo ha podido llevar a cabo él directamente, eso está claro. Dos hipótesis nos quedan, si asumimos que el tipo no ha perpetrado el secuestro personalmente; una, que se lo haya encargado a alguien y que él esté mandando los correos para que a su vez los manden desde aquí y borrar las pistas, enviándolos o dictándolos, que todo puede ser. Ahora lo comprobaremos, pero seguro que este lo han enviado desde otro sitio, no se arriesgarán a volver al mismo lugar. La otra posibilidad es que no sea él, por eso quiero que piense en otros enemigos, porque claramente aquí se trata de una venganza personal contra usted, puede que sea alguien relacionado con la víctima, pero usted me ha dicho que la víctima no le dice nada, ¿verdad? Claro que el perfil no nos ayuda mucho, es un indigente, su nombre es Miguel García, no tenemos más datos, un poco más y se llama Pepe Pérez.

—No —contesta seguro Montero—, no me dice nada, no conozco a ningún Miguel García, es verdad que no conozco tampoco a muchos indigentes, al menos he tenido esa suerte en la vida. —Y aquí Montero se agita inquieto en su silla, quiere que el comisario deje de pensar en hipótesis, muy propias, por cierto, de jugar a los detectives, porque cree que eso les desvía de lo esencial—. Es Paco Martos, comisario, no se caliente la cabeza, yo no tengo más enemigos, que yo sepa, y el muy indeseable me amenazó, amenazó con hacerles daño a mis hijos. ¿No es verde y con asas? Yo también le he dado vueltas, tampoco lo veo a él apuntando a mi hijo con una pistola para secuestrarlo, es un *cagao*, sí me pega lo de haberlo contratado, ahí sí todo cuadra, el tipo recibe la indemnización, se marcha al Caribe y le paga a alguien el servicio para cumplir las amenazas que él mismo no se atreve a consumar.

—¿Y cómo se entera de lo de Juan?, porque la reacción es muy rápida, demasiado rápida para ser un encargo. ¿Por qué ligarlo a lo de Juan?, ¿por qué el asunto de los indigentes, esa obsesión con lo

de grabar? —Las preguntas de Soto son un martillo.

—No lo sé, eso y lo de las tareas relacionadas con la cultura clásica son las dos cosas que no entiendo. —Aquí Javier Montero mira un momento a la mesa y luego retoma el discurso casi incorporándose—. ¿Y si es una coincidencia?, ¿y si es la puta mala suerte que converge en un par de días sobre mi familia? ¿Y si ya lo tenía planeado y simplemente aprovecha lo de Juan para dar forma a sus correos, para buscar otra justificación, para que parezca que no es él sino algo ligado al suceso de Juan?

—Usted estudió griego, ¿no? —lo interrumpe Soto cambiando de tercio.

—Sí, pero nunca he trabajado en eso, luego hice un máster y me pasé al mundo financiero.

—¿Alguien de la facultad?, ¿algún enemigo de entonces? El correo se refiere a ese periodo como si quien lo escribiera lo conociera de esa época.

—No, que yo sepa. Hace años que no veo a nadie. Bueno, sí, ahora organizan cenas nostálgicas, de esas donde todos comparamos las barrigas y las calvas, pero enemigos no, en la bolsa puede ser, en la facultad éramos todos jóvenes e ilusos, nada de enemigos, no, definitivamente no.

—Pues bien —sentencia el comisario mirando su reloj, ha debido de decidir que la sesión de terapia de grupo ya ha sido suficiente, pero sin embargo suelta una parrafada interminable para contradecirse—. Seguimos con el programa, vamos a esperar noticias de la República Dominicana, yo voy a poner a trabajar a los compañeros de Sevilla para hacernos con esa jodida foto, usted se vuelve a ir de excursión con el inspector Vidal. La estrategia ahora mismo es seguir ganando tiempo con el secuestrador, si quiere veinte pruebas, las veinte las vamos a cumplir, mientras tanto no le hará nada a su hijo, porque para joderle a usted, para que sufra, necesita que esto dure, veremos si cambia de estrategia, pero me temo que no, a lo peor el tipo tiene toda una colección de casos de jóvenes que han agredido a alguien y lo han grabado, parece que eso lo obsesiona, aunque hoy en día te basta Google para llevar a cabo una investigación, y en esto de grabar las fechorías debe de haber para dar y tomar, es una nueva plaga de nuestra era. —Ahora Soto da una calada profunda al cigarrillo, y no mira al reloj y sí a Montero, y continúa con el discurso—. Ganamos tiempo y, mientras, vemos qué pasa con Martos, pero es lo único que tenemos, veremos ahora desde dónde han mandado el correo, pero no hay

más pistas. En la urbanización no hay nada, hemos entrevistado a todo el mundo intentando no levantar la liebre, si vieron algo sospechoso, algún movimiento raro, y les hemos preguntado como si tuviera que ver con lo de Juan, si alguien habló con él y de paso si vio a Julián, pero en vano, solo unos vecinos recuerdan haber hablado con él a una hora imprecisa, sin duda debió de salir, no creo que el secuestrador o los secuestradores se metieran dentro de la urbanización. Por ese lado no tenemos nada, el guardia cree para confirmar esta tesis que salió solo, pero no está muy seguro. Lo que sí es seguro es que no volvió a usar el móvil, ahí se pierde la pista.

Mientras el comisario Soto se confiesa y los dos se fuman un cigarro (Montero ha recuperado con vigor el vicio perdido), María Guzmán, pues Guzmán es el apellido de la madre de los dos adolescentes, está en el Centro de Internamiento de Menores de El Renasco, allí sigue numantina y en sentada permanente la madre de la chica violada por el Rata, hoy hay dos periodistas junto a ella, supongo que para hacerle solidarios compañía, también ha ido, cómo no, Carmen, también esta vez se ha quedado fuera. Te espero en el coche, tengo que hacer unas llamadas, le ha informado mintiendo con cierta convicción, no tiene ninguna llamada que hacer, pero tampoco ninguna gana de entrar en semejante institución si no es estrictamente indispensable.

El emotivo encuentro maternofilial no tiene lugar con una mampara en medio como pensaba María, las manos que se juntan con el cristal interrumpiendo el contacto físico, sin duda ha visto demasiadas películas, sino en una sala grande donde hay varias mesas alineadas, parece un comedor. Para acceder a esa sala ha tenido que hacer cola con otras muchas madres, pero esta vez no le han dado higiénicos las calzas ni la mascarilla, aunque, la verdad, no le habrían venido mal, hay un olor de imposible definición que lo invade todo, una mezcla intolerable de humedad y amoniaco, de sudor y de laca. El abrazo con su hijo ha sido largo y desde luego emotivo, ella no quiere despegarse para que no la vea llorar y lo aprieta fuerte, Juan se deja obediente, también él se ha preparado para no hacer sufrir más de la cuenta a su madre, para estar sereno, o al menos para aparentarlo.

—¿Cómo te dan de comer?

—Mejor que en el cole.

—¿Te tratan bien?, ¿te han hecho algo malo?

—No, qué va, todo tranquilo.

Y para confirmar que su idea de la mampara para las visitas

tiene un origen cinematográfico, Juan termina con una referencia a ese medio de expresión artística, nuestra ventana a muchas realidades ajenas, ajenas hasta que pasan a ser propias a nuestro pesar.

—Esto es mejor de lo que aparece en las películas, un poco como uno se imagina un colegio interno.

La conversación prosigue mecánica como si cada uno leyera un guion, de hecho las preguntas y respuestas son casi las mismas del diálogo telefónico que mantuvieron ayer.

—¿Hay gente peligrosa?, ten cuidado y sobre todo no te metas en líos.

—Sí los hay, pero basta con no frecuentarlos, el que me preocupa es Pincho, está muy deprimido, apenas come, yo estoy intentando animarlo, así que soy un poco como el payaso de siempre, como si estuviéramos en un campamento de verano y tuviéramos diez años y él echara de menos la familia.

Ahí Juan hasta ha sonreído, María le ha devuelto una sonrisa forzada, se han vuelto a abrazar fuerte al final. Antes, un no te preocupes, te sacaremos de aquí, pronunciado por ella, y aún antes, un ¿cuánto va a durar esto?, preguntado por él y acompañado de un deseo, yo lo que quiero es que haya juicio y esto se termine de una vez, que condenen al gilipollas de Segrelles y a mí y a Pincho nos dejen en paz. María contesta, transmite las buenas noticias por las declaraciones de los otros dos imputados, trata en todo momento de mantenerse serena.

—El abogado insiste en que hay que tener paciencia, esperar a que pasen unos días, a que la prensa se olvide del caso, y entonces probablemente os sacarán.

Y ha sido terminado el abrazo que ya era esta vez de despedida, cuando Juan ha formulado la pregunta más difícil, la que ha provocado el llanto callado de María, justificado después con un lo siento, hijo, estoy muy afectada con lo tuyo, para no tener que contar la verdad, no solo no debe hacerlo, además no sería capaz. Y la pregunta y la verdad se refieren a Julián, ¿qué tal está el Juli?, así es como él llama a su hermano de coña como si fuera un torero, supongo que en el cole lo freirán a preguntas. Bien, contesta entonces María, y ahí le sale el llanto que va creciendo autómata, bien, bien, te manda como papá muchos recuerdos.

Y papá, Javier Montero, sigue departiendo con el comisario Soto, y este parece haberse olvidado ya de la hora, siguen dándole vueltas al cómo del secuestro, ya creen saber el porqué y antes y con él el

quién, pese a que lo único que conocen de verdad es el cuándo, y del cómo pueden elucubrar juguetones, pero no tienen la más mínima idea.

—Lo cierto es que no me queda claro la forma en la que se llevó a cabo el secuestro —continúa despacio el comisario, hablando precisamente del cómo—, solo se me ocurre que estuvieran haciendo guardia allí, quizás iban a por usted, y al ver salir a Julián decidieron secuestrarlo, porque si Julián no salía nunca los lunes fuera de casa: ¿cómo podían saber sus movimientos? Estamos hablando con gente de las urbanizaciones vecinas, con los guardas, pero estos desgraciados no ven ni a su madre saliendo de casa en pelota picada, así que lo único lógico es que estuvieran allí apostados, siguiéndolos, vigilando a la familia Montero, probablemente más de uno, un conductor y otro que hace el trabajo. Y eso ¿quién?, ¿un grupo de albanokosovares que tendría la foto de sus hijos, una foto que les dio Martos a quien a su vez se la había dado su secretaria? A mí, después de hablar con ella —le confiesa— me parece que no está en el ajo, la creo cuando dice que no sabe nada. Pero quedan muchos cabos sueltos, hay muchas cosas que no entiendo. Y volviendo a su amigo Martos, sabemos que el angelito llevaba una vida de despendole notable, hemos investigado sus tarjetas, el tipo estaba todo el día de juerga, copas a las mil, bares de alterne. Por lo que nos dijo su secretaria, parece que andaba muy metido en la coca.

—Sí, eso me comentó también a mí, no se lo he contado, pero hablé con ella ayer por la tarde. Yo lo de la coca no lo sabía, aunque para ella era una obviedad. —Aquí Montero se detiene un instante como si estuviera confesando algo indebido—. También estuve en casa de Martos, ya sé, era una idea estúpida, pero ayer cuando volvimos de Barcelona me dio el pronto y le pedí al taxi que me llevara allí, no sé muy bien qué pensaba hacer, pero el caso es que no estaba.

—No, no estaba, ya lo sabíamos por el portero, y ahora que lo hemos localizado en Santo Domingo se confirma, mañana de todas maneras lo registraremos si es que el juez lo autoriza. —El comisario apaga el cigarrillo sobre el cenicero con fuerza como si colocase un sello sobre un documento a compulsar—. Y sí, era una idea estúpida —confirma algo enojado—, hágame un favor, no dé pasos por libre, mejor es que nos movamos en la misma dirección, si algo se le ocurre lo hablamos, ¿le parece?

—Sí, lo siento —se disculpa Montero, que ahora ha encendido él

otro cigarrillo—, la verdad es que es mucha la tensión, pero en efecto era una idea estúpida. Y en cuanto a Martos, ahora que sabemos que está fuera, y sabemos de sus andanzas antes de irse, lo del encargo sí que encaja. Se va, le pide a alguien que ha conocido en ese submundo donde se movía que le ejecute el trabajo, simplemente les da nuestra dirección y nuestros nombres, se informan, nos siguen. Como usted dice, el caso era hacerme daño a mí, eso también encaja en Martos, luego pudo haberles dado un encargo digamos genérico, quiero a alguien de la familia, y como nos estaban vigilando aprovecharon la salida de Julián, si lo piensa era lo más fácil, mi mujer y yo siempre salimos en coche, y eso complica la cosa, y Juan siempre va en moto con sus amigos. Casi nadie camina por estas calles, ya lo habrá comprobado, así que si alguien nos vigilaba era la ocasión perfecta, uno de los hijos, solo, de noche, sin gente.

—Por cierto, ¿cómo está su mujer? El otro día la vi como ausente. —El comisario formula retórico la pregunta, sin esperar la respuesta y cambiando de tercio. Vuelve a mirar inquieto su reloj, por segunda vez decide dar por finalizada la sesión de terapia, hay que ponerse a trabajar.

—Mejor, gracias, lo cierto es que todo esto le está resultando difícil de asimilar, pero a mí me pasa lo mismo. Es Paco Martos —insiste Montero ya incluso pesadito cuando Soto se incorpora para indicarle con ese gesto que se acabó la conversación—, no me cabe otra posibilidad —añade terco levantándose él.

—Pues sigamos entonces, sigámosle el juego, el inspector Vidal lo acompañará a Sevilla —se despide el comisario en la puerta—. Y no se preocupe, si tenemos alguna noticia yo mismo lo llamo.

VIII

—Buenos días, señor Montero, parece que hoy nos toca otro viajecito, ¿verdad? —El inspector Vidal lleva unos pantalones igualmente rotos en sus bajos, el mismo peinado de ayer, la camiseta de hoy no es menos ajustada, el reloj enorme sigue siendo el mismo.

—Eso parece, inspector, eso parece, pero llámame Javier que ya nos conocemos. —Montero, pese a la invitación a la familiaridad, no está esta mañana para mucha conversación, no ha podido casi dormir, se ha tomado un par de pastillas, y es ahora, recibido el correo de Paco Martos y agotado por la charla con el comisario, cuando le viene el sueño acumulado con fuerza devastadora.

Y de nuevo, como si Javier Montero quisiera repetir cíclico la escena de la jornada anterior y convertirla en rutina, se queda dormido boquiabierto en el coche, que esta vez lo lleva a Atocha y no a Barajas. De nuevo hay tráfico, de nuevo el resto de los coches y sus ocupantes se han puesto de acuerdo para hacerle otra vez conocido el trayecto con atasco, vuelven una vez más a cumplir aplicados con su tarea, pues su misión en esta vida no es otra que rodear el coche de Policía con aire despistado y simular que en verdad van a ver a un familiar al hospital o a recoger un paquete, a realizar la enésima gestión en el banco, pero todo para estar ahí, en ese recorrido, en ese preciso instante, todo para arroparlo en su camino hacia Atocha, arroparlo para que vuelva a comprobar que la vida sigue terca su curso inexorable.

Eso sí, ahí se terminan las simetrías, Montero duerme con la boca abierta, hay tráfico hasta decir basta, pero esta vez van Castellana abajo y además no pasan por el lugar desde donde el secuestrador ha mandado su correo, cuando ellos siguen gastando humo atascados en el semáforo de Emilio Castelar, el comisario Soto ya sabe que el correo lo han enviado esta vez desde un ciberbar en Moncloa, ha vuelto a ordenarle él sí repetitivo a Lacuesta que se vaya con la foto de Paco Martos allí para ver si alguien lo reconoce. El resultado es el mismo que en el Work Center, negativo, no me suena, pero pasa mucha gente por aquí, ha afirmado rotundo el

encargado del ciberbar, un calvo sin gracia con aspecto de seminarista, mientras el del Work Center, un peruano mucho más despierto y sin argonautas de nombre Jasón, fue ayer aún más categórico, ese hombre no ha estado aquí esta mañana. ¿Cuánta gente ha venido?, insiste Lacuesta. Mucha, contesta desafiante Jasón levantando las cejas que son una sola, pero le aseguro que entre ellos no había nadie con esa cara.

Sí hay otra vez simetría en el motivo del viaje, sí también en la persona que buscan, víctima ella asimismo de una agresión filmada cuyo resumen es este: en el verano de 2006, tres jóvenes son detenidos por la Policía en Sevilla, ninguno ha cumplido todavía los diecisiete años. En el portátil de uno de ellos, esa misma Policía encuentra las grabaciones que han circulado por toda la ciudad. El mayor de los tres, al que para no utilizar otra vez las protectoras iniciales llamaremos el Boli, así es como lo conocen sus colegas, es el cerebro gris y también negro zaino de la operación, una operación que reúne simbiótica las virtudes de servir de sano esparcimiento y a la vez reportar ganancias, algo similar a trabajar en lo que te gusta, a convertir tu principal afición en una actividad laboral remunerada. La actividad, esta vez delictiva, que no acción, pues no es una sola sino varias que se suceden en el tiempo, en lo que en términos penales viene a denominarse de forma descriptiva «delito continuado», consiste en cuanto sigue: los tres jóvenes coleccionan grabaciones de palizas dadas a mendigos, a los que atracan cuando abandonan el lugar donde piden, llevándose de botín lo depositado por los peatones generosos para lavar su negra conciencia.

Por buscar algún atenuante, diremos que no hay premeditación al menos al inicio, o si prefieren, que no se trata de una estrategia premeditada, sino de la repetición de una práctica que ha dado buen resultado, como el escritor que reitera cuco una fórmula con la que ha obtenido por fin el éxito antes esquivo. Una tarde, aburridos, mientras pasean por el barrio de Santa Cruz, el Boli decide procurarle una paliza a un ciego que allí pide, porque sí, porque le cae gordo, porque ha tenido un mal día, y al comprobar la cantidad del botín resultante de ese desahogo con sujeto pasivo, convierten el caso concreto en regla general, con similar víctima, un mendigo, y con parecido momento del robo, última hora de la tarde, es decir, cuando los que piden ya han hecho suficiente caja. En cuanto a las filmaciones, habrá que precisar que son cosecha de M. P. T. (aquí la ausencia de más información nos obliga a utilizar las iniciales), el más inteligente del trío y también el más tímido, quien a sus

catorce años es un obseso de todo artilugio que albergue pantalla. El 26 de junio de 2006 tiene lugar ese bautismo remunerado, el ciego se llama Lorenzo Martínez y pide en una plazoleta con una gran teatralidad que impresiona a los turistas, rodillas en tierra y brazos en cruz, como si todo el año fuera Semana Santa. La escena guarda cierta similitud con una de *Los olvidados* de Buñuel, que ni agresores ni agredido han visto, donde el protagonista y su banda golpean con saña a un ciego para robarle el dinero.

—Es un hijo de puta, me apuesto lo que quieras a que ni es ciego ni pobre, en España los ciegos viven que te cagas gracias a la Once, este seguro que sale de aquí y tiene un Mercedes a la puerta de su chabolo. —Esta es la sentencia del Boli, que es más glosa adornada que argumento para convencer a sus acompañantes, pues estos le obedecen ciegamente y no precisan ni de estímulos previos ni de postreras explicaciones.

Pero el mendigo debe de ser ciego, porque no ve cómo el rey de las pantallas se sitúa delante de él muy profesional para disponer de un buen primer plano, solo advierte por el resto de sus desarrollados sentidos la presencia de alguien y ante ella repite su reclamo habitual, que es como él mismo de otro tiempo, una limosna, por la gracia de Dios. ¿Lo tienes?, pregunta el Boli mirándolo fijo, y cuando M. P. T. asiente con la cabeza, el primero le propina una patada sin silenciador en la del mendigo, y este se desploma y comienza a gritar desorientado, mientras M. P. T. graba con la sonrisa del trabajo bien hecho, y el Boli sigue descargando su mal día con pies y manos, a juzgar por la intensidad ha debido de tener en efecto una jornada harto difícil. Dos minutos después, sin que el ciego haya hecho muy herido o cauteloso ademán alguno de levantarse, y cuando ya casi no grita, L. P. D., que no es el nombre de un fármaco sino del tercero en concordia, registra a la víctima minucioso para llevarse el dinero.

Desde ese día y hasta su muy feliz detención, los tres magníficos asaltan abnegados al menos a diez indigentes, y si dejan de hacerlo y si son detenidos poco después es porque pinchan en hueso, cuando golpean y sobre todo roban a una rumana que pedía cerca de la catedral, y la mafia que allí la tenía de franquicia o más bien de empleada sin alta en la Seguridad Social se enoja un poco, y al Boli lo asaltan dos desconocidos al salir de su casa sin escolta y lo dejan ahora a él tirado en el suelo, con cinco puñaladas de recuerdo como escueto pero contundente mensaje. La Policía busca al Boli también por asaltar una farmacia, y cuando van a verlo sin flores ni

bombones al hospital le incautan el móvil y el portátil y allí se encuentran con la colección, los momentos estelares de sus andanzas grabados con profesionalidad digna de mejor causa por M. P. T.

Las gestiones en Sevilla para dar con Lorenzo Martínez y conseguir que pose han tenido un tono muy distinto a lo sucedido en Barcelona. Eso sí, la localización no ha requerido esta vez de grandes dosis de inteligencia ni de complicadas pesquisas, porque el ciego sigue pidiendo, genuflexo, cabeza gacha y brazos en cruz, en la misma esquina de siempre, como si una concesión administrativa le reservara a él en exclusiva ese espacio para el desempeño de su pedigüeña actividad laboral. A los dos agentes que van a buscarlo y que le preguntan si puede acompañarlos para hacerse una foto, y que empiezan su parlamento conciliadores informándole que no van a detenerlo, le van a dar incluso una buena propina, Lorenzo los recibe hosco de muy malos modos, de fotos ahora nada, déjenme, de nuevo por la gracia de Dios, déjenme terminar mi jornada laboral, ahora estamos en hora punta. Además, ¿qué es eso de una foto?, ¿con quién?, ¿para qué?

Ahí empieza la guasa, lo de la hora punta le ha provocado a uno de los agentes un notable ataque de risa, tras mirar a su alrededor y no ver a nadie más, y se ha decidido a continuar por esa línea, ya, hora punta, sí, lo entiendo, pero ahora debemos de estar en temporada baja porque aquí no hay ni Dios. Pero la insistencia ha producido un extraño efecto en Lorenzo que, tal vez por las muchas horas en esa postura imposible con el sol golpeándole generoso en la coronilla ya quemada, está alterado, un Lorenzo que ve de pronto aunque no mire ni observe, y deduce al ver que esa foto es de verdad importante para la Policía.

—Mil euros —les suelta echando un órdago, con voz serena y sin abandonar su postura—, por mil euritos me sacan ustedes las fotos que quieran.

Ahí la guasa ha terminado en cachondeo, la imagen del ciego pidiendo pero esta vez una tarifa fija no deja de tener su gracia.

—Pero ¿tú quién te crees que eres, Carmina Ordóñez? —le pregunta al borde del llanto el segundo agente, y de ahí, sin más y viendo que el tiempo apremia, se lo han llevado a comisaría sin contemplaciones, el comisario Soto ha debido de volver a utilizar su fórmula preferida, y ha pedido la foto para hace cinco minutos.

—¿Estoy detenido? ¡Quiero ver a mi abogado! —ha gritado muy digno subiéndose al coche Lorenzo, aunque luego, asumida su

suerte, ha entrado en la resignación tan propia del que está mucho más que acostumbrado a sufrir.

Y ahí lo tienen, ya más calmado y en comisaría, donde al menos no le golpea el sol en la nuca, esperando entregado la llegada inminente siempre hace cinco minutos de Vidal y Montero. Tal vez de nuevo para romper las simetrías y quizás para tener algo con que entretenerse en el AVE y evitar de paso las reflexiones existenciales de Vidal, afirmando su voluntad de comerse el mundo sin currusco, Javier Montero ha pedido ir antes a comprar el libro con el que contestar al secuestrador, de hecho ya está transcribiendo el texto de la edición de Castalia que ha comprado de camino, o más bien desviándose un poco, en la Casa del Libro de Gran Vía, así lo tendrá listo cuando manden el correo. Tampoco en el pensamiento hay simetría ni eterno retorno de lo mismo, pues esta vez Montero no está concentrado en que el tren descarrile, las posibilidades de que lo haga son remotas, en el AVE no es que puedas no llegar, es que si lo haces cinco minutos tarde te devuelven el dinero. Y no, en la salida y en todo el trayecto, en esta ocasión el pensamiento de Javier no se consagra a intentar provocar mentalmente un accidente, ni siquiera en Martos, tampoco en sus hijos, y sí y solo en su mujer.

Lo que fue diagnosticado como una depresión clínica severa empezó hace dos años y duró casi uno, al principio los síntomas eran simplemente ganas de nada, luego ya más dramáticamente ausencia absoluta de ganas de vivir. Así de bestia. Y esa enfermedad extraña e inesperada, vivida por todos como una maldición, un mal de ojo, es la razón por la que desde que han empezado cenizas a llegar en tromba las pésimas noticias, el estado de María se ha convertido en su principal preocupación, no porque fuera frágil, nunca lo había sido, la María determinada de la primera noche es la María de siempre, pero la sombra esta vez no de Carmen sino de la depresión, de la enfermedad mental, acecha agazapada detrás de cada sobresalto. ¿Por qué?, ¿por qué una persona alegre como María, risueña incluso, se sume de pronto en esa melancolía sin sentido, sin causa aparente? Montero ya se culpó entonces de ese estado y sobre todo de no haberle dado al principio importancia, su trabajo apenas le dejaba tiempo para la familia, padre y marido de fin de semana, una mala racha que estaría pasando su mujer, nada más, todos tenemos nuestros altibajos. Y entonces también Carmen se hizo presente en sus vidas, por eso ahora esa aparición ha sido tan natural, como si todos la esperaran,

como si fuera el primer aviso de alerta, la señal de alarma de que algo va mal.

La enfermedad la consumió invasora pero de la enfermedad salió, salió risueña otra vez y volvió a ser de nuevo María, pero para los demás ya no era la María risueña para siempre risueña, sino la María ahora mismo risueña que podía volver a ser invadida en cualquier momento por esa melancolía, por esa posibilidad ominosa, cada mañana puede ocurrir, y cuando ocurra ya no será una sorpresa sino la jodida confirmación de todos los temores. Y de ahí partió el distanciamiento entre Javier y María, o ya existía antes y no se habían dado cuenta, distanciamiento absurdo, progresivo, aparentemente irreversible, un distanciamiento que había tenido como fase previa la infidelidad ahora revelada, infidelidad duradera que curiosamente lo tapaba, como si ella misma no representara el mayor de los distanciamientos posibles. Y ahora esto para terminar de arreglarlo todo, o más bien para empezar a estropearlo todo con enorme eficacia.

Javier percibe ahora más que entonces y de forma acuciante la necesidad de no perder a su mujer, quiere antes bien recuperarla, se da cuenta de que la necesita ahora más que nunca, más que cuando podía perderla por la enfermedad, se da cuenta de que la quiere mucho más de cuanto había imaginado. Porque si la pierde ahora sí será culpa suya, esta vez sí de verdad suya y solo suya, se dice sin llegar a formular de forma precisa el razonamiento, su infidelidad y sobre todo el secuestro son errores suyos, Juan detenido y Julián secuestrado y él sin poder solucionar ninguna de las dos cosas, o mejor dicho, ninguna de las tres, porque la primera ya es ella sí de verdad irreversible.

Y María no está hoy en el hospital, no ha ido a ver al indigente para comprobar si mejora, sí ha vuelto a hablar con el abogado pero nada nuevo le ha transmitido, tampoco esperes noticias todos los días, hay que tener paciencia, le advierte Martín seco en lo que viene a ser una recomendación, no me llames todos esos mismos días porque no voy a tener nada nuevo que contarte, si se producen novedades yo te aviso, eso sí lo ha pronunciado él al final, para rematar así la argumentación antes implícita. Tampoco está en casa, a mediodía y tras hablarlo con el comisario Javier la llamó, y la convenció para irse con Carmen a un hotel cerca de García de Paredes, es lo mejor, la presión en la casa se vuelve insostenible, y más después de la visita a El Renasco. Carmen ha jugado de nuevo un papel de sombra pero esta vez activa, ha ayudado a convencerla,

el argumento han sido los vecinos, las llamadas de los amigos, aunque la verdad es que es la misma casa la que se ha vuelto insoportable, aunque no hubiera vecinos, ni amigos, ni llamadas, porque lo relevante y sobre todo intolerable no es lo que hay, es más bien lo que falta. Claro que Montero no le ha mencionado al comisario nada de la depresión, tampoco de su miedo a perderla, sí del traslado que el comisario ha aplaudido, pues él mismo lo había sugerido desde un principio, preocupado porque el secuestro terminara haciéndose público.

Y esa mudanza sin muebles ha dado paso a otro estado de ánimo, ayer, incluso esta mañana, María estaba activa, hundida pero activa, abogado, hospital, visita a su hijo. ¿Y ahora? Ahora nada, esperar, aguardar a que los días se sucedan para ver si en efecto mejora el indigente, para ver si con suerte y medicina no se muere, para ver también si el juez decide al fin generoso soltar a Juan ante la falta de ruido en la prensa, para ver si la Policía da eficiente con el tal Paco Martos, si encuentran a Julián sano y salvo, si la familia Montero logra en definitiva volver a la normalidad que ha decidido abandonarlos. Esperar. Y sí, ya se lo ha adelantado el abogado, no todos los días va a haber novedades. ¿Cómo que no?, ¿cómo va a acostumbrarse a pensar que le faltan sus dos hijos, y quedarse mirando por la ventana aguardando distraída su regreso? La visita de esta mañana a El Renasco la ha dejado ya mal, porque al salir se da cuenta abrumada de que habrá más, debe empezar a acostumbrarse a ver a su hijo de ese modo. Carmen es quien ha avisado a Javier del estado de su hermana, en una llamada furtiva cuando este iba a Atocha, idos al hotel Miguel Ángel, ha sugerido el paterfamilias, es lo mejor, está al lado de comisaría, decid al portero de casa que vais a estar unos días fuera, así la gente dejará de buscarnos.

Y es que las novedades no solo son novedades por lo que suponen, visita a un Centro de Internamiento de Menores, a la UVI del Gregorio Marañón, sino también por lo que les falta a sus vidas, así le sobran ausencias a su propia casa. Se ha roto la rutina que los arropaba, la rutina que los rodeaba de gentes como ellos, de actividades con gentes como ellos, Julián y su clase de pádel, María y sus cafés con amigas, María y sus caminatas por la tarde en verano con un grupo de vecinas, Javier y su trabajo, Javier y su trabajo. Ese envoltorio ya no está, coches, compras médicos, llamadas, planes, proyectos, fines de semana, viajes, amigos. Ahora hay viajes pero solo de Javier, ahora además parece que la tragedia

impone caprichosa su propia rutina, es tragedia ordenada, y del trabajo del ocio pasan a llamar a diario al abogado, a visitar María a Juan, a viajar Javier con el inspector Vidal y sus pantalones demasiado largos y demasiado rotos, como si fuera su compañero, al fin y al cabo policías y guardias civiles van siempre en pareja, a escribir correos a un secuestrador, a fotografiarse con víctimas. ¿Será posible? ¿No lo estarán soñando?

Vidal está callado y mira por la ventana cómo el páramo de la Mancha pasa deprisa frente a ella y ya de paso frente a él, aunque su curiosidad natural lo lleva también a mirar la pantalla de su acompañante, después a leer el correo del secuestrador que tiene entre los papeles que lleva en una carpeta negra, junto a los recortes de prensa de las hazañas del Boli, que no son recortes porque nadie ha utilizado las tijeras para obtenerlos, tan solo la impresora. Parece un ejecutivo repasando los papeles para una reunión, y no un policía camino de Sevilla para sacarle una foto a un mendigo junto al padre de un secuestrado. El texto que ya acaba de terminar de transcribir Montero y que Vidal ha leído sin entender casi nada reza así:

Bien: acuérdate ahora del favor que me debes,
Que nunca te reclamaré el precio,
Pues nada hay más precioso que la vida.
Dirás que esto es cosa debida, pues quieres
No menos que yo a nuestros hijos, si no estás loco:
Mantenlos como señores de mi casa,
Y no te cases y des madrastra a tus hijos,
Que, como mujer inferior a mí, por envidia
A los hijos míos y tuyos pondría la mano encima.
No hagas, pues, esto, te suplico.
La madrastra es odiosa para los hijos
De anterior matrimonio, y ella no más suave que una víbora.
Y todavía un niño tiene en su padre como una fuerte torre,
A quien dirigirse ya, a quien hablar una y otra vez,
Pero tú, hija mía, ¿cómo vas a vivir bien de soltera?,
¿Qué mujer de tu padre va a tocarte en suerte?
Que no te levante una mala fama
Y en la flor de la edad estropee tu matrimonio.
No te acompañará ya nunca tu madre en tu boda,
Ni en tus partos te dará valor
Con su presencia, cuando nada hay más amable que una madre
Pues yo tengo que morir, y no mañana
Ni para el tres del mes me llegará esta desgracia,
Sino que ahora mismo van a contarme entre los que no existen.
Ojalá lleguéis a ser felices! Tú, marido mío,

Puedes gloriarte de haber tenido una mujer excelente,
Y vosotros, niños, una excelente madre

Tal vez se ha pasado, piensa Javier cuando termina de copiar, igual es demasiado texto, pero mejor pecar por exceso que por defecto. Vidal, que ya lo ha leído, no puede dejar de intervenir:

—No entiendo muy bien lo de Alcestis, es otra obra clásica, ¿no? —Vidal, esponja hasta en el AVE, es de los que quiere aprenderlo todo, o al menos entender todo cuanto tiene entre manos. Montero respira antes de hablar, vuelve a molestarle la notable impertinencia del joven policía, pero al final le sale el tono didáctico del profesor que debió haber sido, de no haber optado por ganar dinero y sufrir estrés.

—Sí, *Alcestis* es el título de una tragedia de un escritor griego llamado Eurípides —explica Montero ya metido en ese papel—. En realidad el protagonista es Admeto, su marido, que estaba destinado a morir joven, pero gracias a haber tratado bien a Apolo, este le consigue permiso de quienes llevan el asunto de la muerte para que pueda seguir viviendo si alguien se ofrece a morir por él. Y la que se postula es su esposa y no sus padres, el padre es el Feres del que habla el correo y del que Admeto reniega por no haberse sacrificado por su hijo.

—¿Y el tipo la deja? Menudo papo, porque una cosa es que ella se ofrezca para quedar bien, pero ahí te toca a ti decir que nones. —Vidal, con su rapidez acostumbrada, ya ha dado con el meollo de la obra.

—Sí, y ahí está la cosa —continúa Montero—, en las tragedias griegas el destino siempre se enfrenta a los personajes a esas situaciones extremas, por eso son tan contemporáneas o tan atemporales, y aquí Admeto se sacrifica por él pero en el fondo lo condena, porque le pide que no vuelva a casarse, que una madrastra para sus hijos es peor que una víbora. Y aunque parezca que hay final feliz, pues llega Hércules y la devuelve a la vida, en el fondo no lo es, es lo que apunta Martos en el correo, la salva para que no acabe bien, para que no sea ella la que queda bien, la devuelve casi de esclava de su marido. La verdad es que no sabía esa afición de Martos por los clásicos.

Y ahí Montero está otra vez dándole vueltas a los correos y a la conversación mantenida con el comisario Soto, lo cierto es que el lenguaje no parece de Martos, aunque el tipo es bien capaz de tener a alguien que le redacte los correos. Pero ¿quién? Montero piensa

entonces en la facultad, en sus años de facultad, para ver si de allí y de entonces o de debajo de las piedras sale algún enemigo, pero no encuentra ninguno, ha ido repasando minucioso las caras de sus compañeros y ese recorrido nostálgico no ha deparado ningún sospechoso pero sí una sonrisa, eran buenos tiempos esos, concluye sin dejar de sonreír, tiempos sin responsabilidades, tiempos con casi toda la vida por delante. De ese repaso lo interrumpe Vidal, que ha estado también él pensando durante un tiempo, aquí el que no corre vuela.

—Pues yo solo daría la vida por mis hijos, al fin y al cabo tú eres responsable de haberlos traído al mundo, ¿no? Por eso me da miedo tenerlos.

—Dímelo a mí, dímelo a mí, ¿tienes novia?

—Quite, quite, de ese asunto ni hablemos.

La comisaría sevillana le ha parecido a Montero más una moderna oficina de una empresa de *marketing* que el lugar donde confluyen policías y ladrones, aquí tampoco se cumple lo aprendido en las películas. Mobiliario moderno, mucho ordenador, pantallas nuevas, primos hermanos de Vidal con sus mismas camisetas ajustadas y sus andares de entrenador personal, todo similar a García de Paredes y sin embargo algo hay distinto, un olor, una distinta distribución de los muebles, algo. Lorenzo Martínez desentona cantoso en ese ambiente de modernidad televisiva, él es personaje de otro tiempo aunque viva hoy mismo, lo han dejado tirado sentado en una esquina, no te muevas de ahí, le ha ordenado tajante un agente, y allí se ha quedado mientras los policías están a otras cosas, suenan teléfonos, hay algunos que entran, otros que salen. Ruido. Lorenzo ha cumplido obediente con la orden y no se ha movido, eso hace al fin y al cabo casi todo el día y por cierto en una postura mucho más incómoda, ahora mira fijo a ninguna parte con esa mirada sorprendida de los ciegos, que más que la tristeza o la angustia de no ver nada, parece reflejar el asombro del que acaba de verlo todo y de golpe, mirada no muy distinta a la de María Guzmán contemplando ida en estos días el televisor apagado en el salón de su casa, o extraviada en los espejos porosos de la sala de interrogatorios. Ahí Lorenzo ya ni se pregunta qué hace allí y qué es esa historia de las fotos, quiere que lo que sea pase cuanto antes, quiere sobre todo salir de comisaría, los lugares cerrados con gente no le gustan, bares, tiendas, oficinas. Ruido.

La foto va a ser esta vez una foto con fondo de pared sin mapas ni planos con chinchetas de colores, Javier con cara de muy pocos

amigos, en el gesto se nota que empieza a aburrirle el juego, más bien que empieza a no poder soportarlo, tampoco esta vez ha entablado conversación con el compañero de posado. Vidal, siempre profesional, ha vuelto a enseñarle en el viaje esos recortes que no lo son con las hazañas del Boli, que Javier ha vuelto a leer como si fuera el periódico de hoy, con la misma falta de curiosidad. Así que foto y al AVE, los otros agentes, oficiales e inspectores se han despedido de Vidal, Javier ni siquiera ha saludado al llegar, tampoco al marcharse. Antes, una llamada de móvil para comprobar que Carmen y María están ya en el hotel y un «nos vamos, ¿no?», dirigido a Vidal que viene a querer decir que no tiene ninguna gana de permanecer un segundo más en ese lugar, ya ven, algo tienen al cabo en común Lorenzo y él, la mucha modernidad con pantalla no ha conseguido que moderen su deseo de marcharse de allí cuanto antes. Vidal se despide de sus compañeros con el gesto de esto es lo que hay, y al AVE se van de vuelta y sin conversación, cerveza y otro bocadillo como almuerzo en el bar sin sillas de plástico del tren, pura dieta mediterránea. Y también ha abandonado la comisaría Lorenzo, a la calle sin los mil euros, mil euros que desde luego no ha vuelto a mencionar, vete por la sombra, se despide el agente del ataque de risa siempre guasón, por ahí voy siempre aún bajo el sol de mediodía, le ha contestado casi metafísico el ciego.

Misión cumplida, foto descargada en el ordenador, texto copiado, y cada vez más el convencimiento de que esto no conduce a nada, el AVE al menos sí que sabe dónde va, y los lleva de vuelta puntual y sin despegarse un instante del suelo. Hace frío en Madrid, frío de pronto y de otoño, más invierno que ayer, mucho más frío que el fresco sevillano a la misma sombra por la que vuelve Lorenzo al barrio de Santa Cruz. Frío. Tampoco esta vez hay visita a la casa de Martos, ahora una suerte de hartazgo, de bajón sin remedio, invade a Javier cuando llegan a Madrid, los días sin sueño que se acumulan, nada mejora, no hay novedad, la espera, lo único nuevo es que ya no va a dormir en su casa, pasa antes de ir al hotel a por algo de ropa, lo ha llevado Vidal sin muchas ganas. Ha sido rápido, ha metido cuatro cosas en una bolsa, ha intentado no fijarse en la casa sin sus hijos, en las cosas de sus hijos, y como un ladrón que tiene el tiempo justo ha salido corriendo, prosigue el frío madrileño, Vidal casi molesto con la falta de conversación, ha debido de intuir que no está el horno para bollos. Y a falta de conversación, Vidal escucha la radio que también emite titulares, los sondeos vuelven a

dar la victoria a Obama en el segundo de los debates con McCain, el agujero de ozono vuelve a agrandarse tras una leve recuperación en 2007, la red dispara la difusión de las vejaciones a los novatos, jornada mundial por el trabajo decente, la megalomanía invade los Emiratos Árabes Unidos. A Vidal le gusta McCain, esa historia de héroe torturado, esa idea misma de héroe tan ajena a la realidad donde vive, piensa que ganará, pero se desvía de ese pensamiento y a la vez de la Castellana para dejar a Javier en el hotel, ahora el periodista está tratando el asunto del agujero de la capa de ozono, el pobre ozono ha sufrido una recaída, con el buen aspecto que tenía.

Pero no todo es desánimo e inmovilismo, espera y angustia. Por fin, por la noche, casi a las doce, el Mayor General da señales de vida y transmite las novedades, Monleón ha decidido ir él mismo en su misma persona a Playa Bávaro, se dará una vueltita por la zona, y de paso el comisario Soto le deberá un favor. Están tramitando una solicitud de cooperación para que España dote a la Policía de chalecos antibalas y motocicletas, una solicitud de la que por supuesto nada le ha dicho hasta ahora a Soto, no hay prisa, o más bien cada cosa a su debido tiempo, hoy por ti y dentro de cinco minutos por mí. Aunque al parecer, en Dominicana son los civiles quienes deben ponerse precavidos los chalecos que aún no tienen, porque Monleón, desde que asumió el mando, ostenta orgulloso el triste honor de batir todos los registros en cuanto al número de muertos civiles a manos de policías, este 2008 casi llegan a quinientos.

Cuando el Mayor General llega al complejo, causando el revuelo propio de que alguien con esos cargos precediendo al nombre aterrice en un hotel, el tan buscado Paco Martos está registrado con su nombre y documentación en regla, y duerme la mona o todos los simios en la habitación con aire acondicionado, acompañado de una turista danesa sin bragas que ha llegado la víspera. Es mediodía, el sol golpea como si fuera a ser su última jornada de servicio, y un edecán del Mayor General hace lo propio con la puerta de la 337, anunciando el cargo de su jefe, como si fuera la reina de Inglaterra entrando en la Cámara de los Lores. Tras un segundo intento ya a voz en grito, Paco Martos ha salido tambaleando de la habitación sin camiseta y con los ojos hinchados como un globo aerostático. ¿Qué coño quieren?, han sido las palabras de bienvenida del sospechoso único, las que nos confirman que es Martos, esa bienvenida es en realidad toda una tarjeta de presentación, una

prueba de que es el mismísimo Paco Martos, mucho más fiable que el DNI o el ADN.

Las conclusiones del Mayor General, una vez interrogado el resacoso y formuladas las preguntas de Soto, son las siguientes: Martos lleva veinte días en el hotel, consume grandes cantidades de alcohol desde la mañana, aunque eso no lo distingue, más bien lo hermana con la media de los turistas del lugar. Es muy probable, por los comentarios de algunos de los camareros, que también haya consumido cocaína, que ha traído él mismo, a alguno de los camareros ha llegado a ofrecerle una rayita. Es nervioso y cambiante, pasa de ser el más simpático y encantador de los huéspedes a gritar a los camareros a los que minutos antes ha ofrecido coca, ha perdido bastante dinero en el casino, hace un par de noches participó en una timba de póquer y le debe diez mil dólares a un gringo de origen coreano que le ha dado tres días de plazo para pagar. La conclusión del Mayor General es que lleva una vida demasiado desordenada como para estar organizando o monitoreando (el verbo es suyo) un secuestro. Si Soto quiere una conclusión, un juicio, él no lo ve sospechoso, no lo ve capaz, vamos, un españolito pasado y perdido, nada más.

Este es el informe que, remitido por teléfono, le ha procurado Monleón con un gracejo caribeño notable.

—¿Cuándo te vienes por aquí? —le pregunta a Soto para empezar ya a cobrarse el favor cuanto antes.

—Pronto, pronto, hay que tomarse unos roncitos, pero hazme un último favor, deja alguien allí vigilándolo, que es el único sospechoso que tengo.

—Yo si quieres te busco uno, sospechoso y condenado, vivo o muerto, lo que quieras, lo único que no te ofrezco es el secuestrado, pero secuestrador te lo puedo facilitar cuando me digas, tengo un montón de candidatos.

Eso ha sido a las doce, Soto no se ha quedado contento con lo que le cuenta Monleón, se ha pasado la noche pensando en ello, barruntando nervioso. Por la mañana y muy de mañana ha tomado decisiones, piensa que la única manera de descartarlo es detenerlo un par de días, si en esos días no hay correos, si no hay noticias del secuestrador, entonces es más que probable que sea él quien maneja los hilos, pero si las hay, en ese caso hay que dejarlo tranquilo con sus juergas y timbas. Consulta a su superior, y cuando obtiene la autorización y pese a que en Santo Domingo son las cuatro de la mañana, llama a Monleón, hasta ahora es el

dominicano el que le debe más de un favor.

—Mira, Francisco, te molesto otra vez por Paco Martos, necesito que lo detengas, que lo encierres un par de días, la deuda es una buena excusa y si no te inventas una, con un poco de suerte le pilláis algo de coca. Le confiscáis todo lo que lleve encima y así me averiguas las últimas llamadas de móvil a España. Eso sí, trato exquisito, no quiero problemas con la Embajada. Si es el que buscamos, entonces iniciamos el trámite oficial, y si no, lo soltáis y santas pascuas.

—Okey, Rodrigo, pero te recuerdo para otra llamada que aquí tenemos seis horas menos, me has dado un susto de muerte, estaba soñando que había un golpe de Estado —le contesta dormido y probablemente aún borracho el más grande de todos los generales.

IX

El FMI prevé una dura recesión en España y al menos un quince por ciento de paro en 2009, ese es el futuro color de rosa que se nos avecina inminente, así arrancan optimistas las portadas de los diarios de este jueves 9 de octubre de 2008. El lector, que al desayunarse con las noticias piensa muy ingenuo que allí salen los otros, siempre los demás pero nunca él, así le pasaba hasta hace unos días a los Montero, no quiere darse cuenta de que uno de los integrantes de ese quince por ciento puede llevar su precioso nombre y también sus rancios apellidos aun siendo estos compuestos, y con ello pasar a convertirse complacido no solo en parte de un porcentaje creciente sino sobre todo en un parado más, en un ilustre desempleado. Y es que en definitiva lo que el titular quiere transmitirte sutil en esta mañana otoñal es que te vayas preparando, por mucho que leas la noticia con el mismo grado de lejanía física y mental que si se refiriera macabra a la muerte de otro soldado más en Osetia del Sur. Y claro, si en lugar de pasarlo por alto te detienes a pensar en ello, tal vez llegues a la nada absurda conclusión de que ya puestos a formar parte de un porcentaje, quizás era mejor engrosar el sesenta por ciento de los españoles que atesora semen de baja calidad, al fin y al cabo es mucho más práctico tener trabajo que un semen cinco estrellas, con el primero por lo menos con suerte puedes pagar las facturas.

Pero para tranquilidad de todos, los periódicos nos informan además reconfortados que han readmitido por fin a la trabajadora despedida por estar en coma, aunque es muy probable que mientras le dure ese estado no pueda reincorporarse, y tomarse festiva así unas cañitas con los compañeros para celebrarlo. Y por supuesto hay más noticias y para todos los gustos, noticias internacionales para quienes se regodean morbosos en el mal ajeno, el Tribunal de La Haya se pronunciará sobre la legalidad de la secesión de Kosovo, algunas más locales que siempre dan más juego, un alcalde de Málaga destituye a la concejal que lo denunció por corrupción, y algunas incluso científicas para los multitudinarios lectores de *Muy Interesante*, siempre agradables por ser tan ajenas, los

descubridores de la proteína verde fluorescente ganan el Nobel de Química, obtienen células madre a partir de testículos adultos. Ahí tienen dos titulares de ciencia, para que luego digan que la prensa solo informa de lo malo, eso sí, esperemos que para el asunto de las células no hayan utilizado los testículos pertenecientes a los descubridores de la proteína verde fluorescente, a lo peor la luminosidad es un indeseado efecto secundario del experimento sin ratas.

Uno que no engrosará la lista de parados de 2009 es Lorenzo Martínez, que nace en Albox, Almería, en 1939, el año de una Victoria que allí y entonces no es sinónimo de derroche y alegría sino de miseria y desamparo. Una victoria y un desamparo que Lorenzo puede haber percibido con sus muy desarrollados otros sentidos pero que desde luego no ve, porque además de nacer pobre nace también ciego de solemnidad. Ya desde muy pequeño tiene miedo, miedo a lo que oye y no ve, miedo a lo que podría ver si viera, a lo que se esconde amenazante detrás de la cortina que nubla sus ojos, y para evitarlo decide no relacionarse con el mundo exterior, pues todo él es promesa de afrenta, garantía de agresión. El miedo se torna pavor sin matices cuando sus familiares lo dejan solidarios en el hospicio porque emigran a Argentina y no lo pueden llevar, la decisión es difícil, se proponen regresar cuando tengan medios suficientes, pero cuando finalmente se animan supongo arrepentidos, Lorenzo ya no está allí.

Lorenzo tiene entonces cinco años y apenas habla, pues hablar es al cabo emitir signos hacia ese mundo que lo aterra, para no tener más problemas de conciencia de los necesarios sus padres deciden aliviados que además de ciego es retrasado, tal vez porque tampoco sabe leer. En el hospicio hace siempre o mucho frío o mucho calor, las cucarachas se oyen sigilosas caminando por el suelo de noche, con las infinitas patas golpeando acompasadas la loza, componiendo inconscientes una música, mucho más sutiles que los pasos pesados y ominosos y también nocturnos del guardián de noche, con el que Lorenzo conoce el sexo no consentido a la edad de trece años. A los catorce, un profesor de día le da un bofetón porque no para de reírse en una clase que en realidad no es clase, porque en realidad no hay profesor, tan solo un aula donde un puñado de desechos matan el tiempo esperando hambrientos a que llegue impuntual la infame comida, mientras un guardián, que lo es de día aunque no reciba ese nombre, los vigila distraído para que no se maten entre ellos, una contingencia que sin duda generaría

problemas mucho más de índole práctica que moral.

Lorenzo no recuerda de qué se reía ese día, sí que se reía mucho, gritando casi, y que sin verlo venir porque no podía verlo venir, recibe como el indigente de Segrelles un tortazo esta vez sin casco en la cara, y ahí sus risas terminan de golpe y comienzan entonces armónicas las risas de los demás, unas risas gritonas y un tanto histéricas. No es el primer golpe recibido, tampoco esas risas son las primeras que oye sabiendo estar causadas por él, dirigidas a él, pero algo como un resorte se acciona automático en su interior, como si el tortazo lo hubiera despertado de un interminable letargo sin estaciones. Sí recuerda muy bien que en ese momento sale corriendo del aula tras golpear no sabe dónde al profesor, y sin saber tampoco cómo sale a su vez siempre corriendo del hospicio, para su suerte el responsable de vigilar la puerta que en su huida alcanza preciso como si por una vez lo viera todo, estaba durmiendo con un sueño de mucha manzanilla, y ciego atraviesa Lorenzo el umbral que conduce a la libertad sin saber que lo es, con el pánico a lo desconocido que además es invisible. En esa carrera, que constituye ella sola el recuerdo más nítido que alberga en la memoria, empieza a percibir inquieto olores distintos, choca torpe muchas veces, se cae tres, está a punto de ser atropellado por un coche, finalmente se para agotado en lo que es un callejón sin salida, y contra la pared se acurruca asustado mientras se orina encima, y se agarra la cabeza siempre aterrado con las dos manos, sin pensar en Javier Montero pero con su mismo desnorte, con idéntica sorpresa.

Desde esa salida sin compañía vive en la calle, un gitano lo adopta porque su más que evidente ceguera es un buen reclamo para la mendicidad, o en términos económicos, resulta de forma indudable una ventaja comparativa. A eso pasa a dedicarse desde ese día, un verdadero curso intensivo y extensivo de mendicidad, que lo lleva a recorrer viajero las ferias de los pueblos de Andalucía, y luego por fin a instalarse en Sevilla. Allí, como el abogado que tras su paso por un gran bufete decide montar uno propio, logra independizarse y establecerse como autónomo, porque hasta en la mendicidad uno tiene derecho al progreso. Para entonces ya sabe desde hace tiempo manejarse bien solo, moverse casi grácil por la ciudad de la que ya ha decidido no salir más, reconoce avispado las calles por los olores, sabe dónde se puede sacar más dinero de su profesión. Y para entonces también, el mundo y quienes lo habitan le generan ya y para siempre una desconfianza infinita, un pavor

ahora controlado pero no por ello menos terrible.

Como buen profesional ya establecido, se traslada a vivir en las afueras, él en una chabola donde se maneja como pez en pecera, y con el paso de los años va amasando una pequeña fortuna, que no se gasta en el Ferrari para aparcar a la puerta del chabolo como suponía el Boli, sino que acumula avaro debajo del colchón primero, y después en una caja fuerte o al menos no muy débil formada por el espacio que media entre dos paredes superpuestas de poliuretano. Así pasan los años, encuentra una ubicación definitiva para pedir en el barrio de Santa Cruz, como el que halla por fin su lugar en el mundo, allí a veces le roban, pasa frío y casi siempre calor, un día recibe una paliza que casi lo lleva a la tumba. Mucho después, cuando ya esa paliza no es noticia y sus secuelas son ahora cicatrices, dos policías se lo llevan a comisaría para que se haga una foto con un tipo, el hombre de la foto es poseedor de una voz asustada y triste y pese a no poder verlo, Lorenzo percibe con claridad meridiana que en todo momento está sujetándose la cabeza con las dos manos, como si estuviera en una película de terror y tuviera ese peludo apéndice separado del cuerpo. Nunca entiende el porqué de esa foto, él pide dinero por posar y consigue que se rían en su cara, aunque esta vez por lo menos no le dan un tortazo ni se escapa asustado, lo devuelven al barrio de Santa Cruz y se despiden con otra broma. Al salir de la comisaría camino de su oficina, o mejor aún, al situarse de nuevo en la posición genuflexa y en cruz en la que desarrolla su actividad laboral, abandona el relato, sale de escena.

A la pregunta «¿es usted feliz», Lorenzo habría dado, moviendo la cabeza de un lado al otro como solo saben moverla los ciegos, una respuesta negativa. No, no soy feliz, y no porque sea ciego, no soy feliz porque nadie me quiere, mis vecinos me rechazan, los niños se burlan de mí por la calle, la gente me evita, acumulo dinero sin saber por qué, por si me pasa algo, supongo, sigo pidiendo cuando podría vivir como un cura con lo que tengo guardado, soy un mendigo con una fortuna oculta debajo del colchón, que vive como un perro, aterrado, amargado, desconfiado, solo. Claro que esa contestación solo la habría dado de sincerarse de veras, porque a nadie le ha contado nunca que guarda ese dinero, no lo sabe nadie. Así que probablemente la contestación hubiera sido un sí muy lacónico, el sí del que no quiere ser molestado, «¿es feliz?», sí claro, como todo el mundo, ¿por qué no se lo pregunta a su madre?

Y en cuanto al futuro y al vislumbre y a la esperanza, también

ahí habría dado Lorenzo una doble contestación. La oficial, la que pronuncia con la sonrisa forzada del ciego que quiere además de ser visto como ciego ser juzgado como idiota y así lo dejen en paz, es una respuesta que vendría a decir chistosa: yo no veo, ya lo ves, ni el futuro ni tampoco el presente inmediato, incurriendo así en una de esas gracias que tanto les gustan a quienes pasan delante de su esquina cuando pide, ese ardid de reírse él de su tara relaja mucho al interlocutor. No, no veo nada, tampoco vislumbro nada, ni siquiera el futuro, veo algo como un todo o más bien una nada blanquecina y no negra, así que eso es lo que hay, aquí y allí, ayer, hoy y pasado mañana. Y la verdadera, la dictada desde la sinceridad que no practica ni consigo mismo, vendría sin embargo a reconocer que ve el futuro del negro que no perciben sus ojos, porque tiene miedo, ese miedo es el que lo volvió desconfiado, el miedo a los demás y por supuesto al futuro, a lo más inmediato, a que venga otro desalmado y le dé otra paliza sin motivo, a que vuelvan a detenerlo igualmente sin causa, a que lo maten. Y es que el miedo siempre está ahí, y nunca es un miedo retroactivo, el miedo se sufre siempre frente a lo que puede aún acontecer, porque si algo malo te sucedió en el pasado, a eso no le tienes miedo, tienes miedo, y cuánto, a que vuelva a ocurrir dentro de cinco minutos.

El comisario Soto dispone ahora de dos vías de trabajo, la una requiere únicamente espera, es por tanto pasiva, quizás Montero termine contándole sus teorías al respecto, las leídas en ese ensayo literario que ahora ha vuelto a su memoria. El fin de la primera es descartar o no al amigo Paco Martos, un descarte que, por cierto, dejaría el caso en el mayor de los limbos, a veces hay dudas que no conviene despejar. En efecto, con Martos retenido, si nada ocurre es que el responsable puede ser él, luego habrá que lograr que confiese, e intentar si es un encargo que la ruta de la comunicación no se convierta en un problema para el secuestrado. Pero un policía no debe apostar nunca todas sus cartas a una sola baza, y a Soto se le ha ocurrido una segunda vía que se aleja de Dominicana para dejar el Caribe huracanado y centrarse directamente en quién está mandando los correos desde el centro de Madrid, en concreto desde los lugares que en el plano de su despacho tienen derecho a colorida chincheta. Esa persona no es Martos, eso está claro, alguien distinto ha acudido al Work Center de Velázquez y al ciberbar de Moncloa para escribir los mensajes y enviarlos, los únicos movimientos conocidos relacionados con el secuestro son esos, por ahí hay algún margen para trabajar.

Y del comportamiento del emisor el primer día se pueden extraer algunas conclusiones, una evidente es que el martes ese emisor se quedó esperando en el Work Center a que Montero le contestara, porque desde allí envió el primero y también el segundo de los correos, luego tuvo que quedarse un rato, es poco probable que fuera a tomarse un café y regresara más despierto para volver a consultar su bandeja de entrada. Así que, bien sea porque él es el secuestrador, bien porque tiene instrucciones para ello, el remitente aguardaba una respuesta de Montero.

Con esta premisa cierta, una de las pocas certezas que atesora, el comisario ha trazado un plan, consistente en que Montero, simulando un hartazgo por el secuestro que además no es falso, le mande airado al secuestrador un correo inmediatamente después de recibir el suyo, un correo que lo incite además a contestar, y a ser posible a quedarse esperando una segunda respuesta. Ha preparado un par de borradores y calculado el tiempo en el que ellos pueden identificar el origen del correo, cinco minutos, si consiguen retenerlo unos veinte darán con él, por intentarlo que no quede.

Y la estrategia ya ha empezado ayer con una provocación, tras estudiarlo Soto le pidió a Montero que en el correo se abstuviera contenido de realizar ningún comentario, eso le picará, predice sagaz el comisario, porque como quiere verlo sufrir, necesita que le pida que lo libere, que se ofrezca usted, que se enfade, vaya, si cumple sin más la tarea y no añade nada de su cosecha se nos va a cabrear. Y para que la provocación lo sea en toda regla, el correo parece una comunicación de trabajo, el desadornado mensaje por el que te informan cumplidores de los nuevos horarios del comedor, pues se limita lacónico a lo siguiente:

> Estimado secuestrador,
> Adjunto remito la foto con Lorenzo Martínez, y el texto requerido.
> Un saludo
> Javier

Así de simple, nada de un implorante ¡suéltalo, por favor!, nada de abrirse la camisa y gritar ya desquiciado ¡dispárame a mí, cabrón, si quieres matarme aquí estoy! Misión cumplida, qué más quieres que haga, aquí me tienes listo para la siguiente, ese es el mensaje, así actúa el boxeador que recibe desafiante los golpes con la guardia baja, y bailotea provocador delante del rival gritándole sin necesidad de quitarse el protector bucal. ¡Pégame, ven a por mí si te atreves! Y en efecto, el correo de Montero ha sorprendido al

secuestrador, a tenor de su respuesta, pese a que hay en su contenido muchas otras cosas que preceden a la sorpresa, sin duda lo tenía preparado también él y lo ha alterado a última hora. Como el comisario también había previsto que a las diez en punto y no antes iba a recibirse a contestación, Montero ha enviado su correo pasadas las once de la noche, con el texto acordado, ya desde el hotel, ya en efecto hastiado, sin necesidad de fingir. Ni siquiera un poquito.

Por la mañana el operativo está listo, avisadas las unidades que patrullan por Madrid, desde las nueve y cinco aproximadamente están alerta, pendientes de una comunicación para actuar. A esa misma hora el comisario, con Javier Montero y esta vez con María sola, pues su sombra y además hermana se ha quedado en el hotel descansando por una vez ella, están en el despacho de García de Paredes listos para intervenir, han preparado dos respuestas de correo, la idea es que la primera sea rápida para retener al emisor, casi inmediata, para luego demorar una segunda más tiempo por si se ha quedado esperando aún más.

Y en efecto, a las diez y no antes y tampoco después, hace su aparición estelar en la bandeja de entrada del Hotmail de Javier el esperado correo, que dice así:

Estimado Javier,

Enhorabuena, veo con agrado que tu eficacia es impecable, ojalá en el mundo financiero tus compañeros se manejaran con esa solvencia, tal vez no estaríamos viviendo la crisis que ahora a todos nos asola.

Enhorabuena también por el texto, veo que esta vez has elegido la traducción del maestro Alarcos, supongo que en homenaje a sus clases, un sabio sin duda, pero un poquito pesado, ¿verdad? Claro que donde esté el loco de Agustín García Calvo que se quiten los demás, ese sí que era un genio.

Y una tercera enhorabuena por la foto, al menos este sonreía. Aquí te confieso que tu eficacia me resulta un poco sospechosa. No te estarán ayudando para localizar a esta gente, ¿verdad? Ya sabes, nada de comunicárselo a nadie, como huela algo se invalidan tus pruebas, así pasa en los concursos de televisión, vas avanzando y te forras, pero basta que metas la pata una vez para que pierdas todo el crédito acumulado.

Y una cuarta enhorabuena por tu parquedad, siempre he apreciado la brevedad y detestado la verborrea aunque mis correos sean largos, entiéndeme, necesito desahogarme.

En fin, como ves todo son loas en este correo, enhorabuenas y más enhorabuenas, y hay todavía una más, por cierto la más importante.

ENHORABUENA A TU HIJO JUAN, POR FIN AHORA YA ES UN ASESINO.

Porque supongo que ni te habrás enterado, pero la persona, porque era una persona y no un indigente como afirma la prensa, ¿o acaso el día que tú te mueras

dirán que falleció el padre del asesino?, la persona atacada por tu hijo y su pandilla de drogadictos nihilistas, de delincuentes juveniles con ropa de marca, falleció esta madrugada en el hospital, te habrás dado cuenta de que la prensa ni siquiera habla de él, les interesa mucho el que uno de los ahora ya felizmente asesinos sea el hijo de un magistrado pero de la víctima nadie se acuerda, por qué habría de acordarse, no era más que un indigente, ¿verdad? Mañana sacarán una notita, pero lo importante es que ahora el hijo del magistrado ya no es solo delincuente sino asesino, lo relevante es eso y no el fallecimiento de un ser humano, asesinado en la calle cuando nunca le hizo daño a nadie. Y es que esta sociedad tan hermosa en efecto está en crisis, pero no es la bolsa, esa que te permite ganarte tan bien la vida, somos nosotros, porque prestándole más atención al verdugo que a la víctima en el fondo estamos avalando su conducta, qué gamberrada han hecho estos chicos siendo hijos de papa, hay que ver, no sé dónde va a llegar la juventud. ¿Gamberrada?, eso se llama asesinato, querido Javier, y los que asesinan se llaman asesinos, aquí y en todas partes, ya lo tienes, de algo han valido los colegios de pago y las clases de inglés, ahora ya dispones de un asesino en casa, lo has formado tú, es un hermoso asesino con estudios, mira qué bien, hasta en eso hemos progresado, este país ya ha alcanzado por fin la modernidad, ahora los delincuentes no son desarrapados sin educación como el Lute, ahora los hay incluso bilingües.

Te tenía preparadas unas pruebas pero casi estaba por no mandártelas, porque claro, muerto el perro se acabó la rabia. Pero lo he pensado mejor, aquí van:

He estado reflexionando sobre el rapto que es como sabes costumbre que ya practicaban nuestros adorados griegos, y me han venido a la cabeza varios casos de rapto que aparecen en la mitología. Me gustaría que me nombraras al menos cuatro, comprobarás que entonces no se secuestraba por dinero ni por venganza sino por amor, por puro amor. Bien es verdad que el secuestrado lo era contra su voluntad, pero muchas veces eran dioses los que te secuestraban, así que supongo que a muchos la cosa les gustaba, siempre es mejor que te lleven al Olimpo que a una cárcel del pueblo. Y no, en este secuestro no hay amor, pero tampoco rescate, eso sería demasiado fácil, ¿verdad? Hermosa costumbre esa del rapto, es esa voz más feliz que secuestro, se secuestran las partidas de comida en mal estado, los medicamentos caducados, rapto me gusta más para las personas, ya quisiera el fallecido hace pocas horas que lo hubieran raptado tu hijo asesino y sus asesinos cómplices, al menos seguiría vivo.

Hasta aquí la parte teórica que como ves vuelve a ser fácil, soy un profesor demasiado benévolo. La práctica es también esta vez sinónimo de viaje, las costumbres hoy se expanden por el mundo con la velocidad de la imagen, mucho más que la del sonido. Esta vez es en Valencia, esta vez la víctima es española, quemada ella por amigos de tu hijo, Dios los cría y ellos se juntan, al menos en sus actividades delictivas, en la hermosa costumbre de filmar, que como sabes tanto me fascina. Foto con él, si no sonríe no importa, el pobre salió mal parado, los hechos ocurrieron en 2007, la víctima se llama Pedro Santos.

Y es verdad, la última enhorabuena es de un calado enorme, padre de un asesino, qué gozada, Javier, qué gozada, qué pena que no tenga hijos, pero si los hubiera tenido nada me hubiera hecho más feliz. Por eso esta última hazaña tiene premio añadido y es que hoy no te voy a mandar la foto de Julián con el periódico, esperaré a que salga la noticia, que será mañana o no será, y así te la

mando con ella, para que puedas enseñársela a tu otro hijo.

Una última cosa, podrías tener el detalle de ir al entierro, ¿no? Al menos eso. De esto no me hace falta foto, pero sí que me cuentes cómo te fue. Ya sabes, tareas para las diez, nada de interferencias ni ofrecimientos desesperados, y mañana con suerte tendrás el premio de otra foto.

Un amigo que te extraña.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grita Javier Montero tras leer el correo o casi mientras lo lee, porque en efecto él no sabía nada de la muerte del indigente, María ha cerrado los ojos, tal vez ella le está en su silencio reprochando al indigente o al mismísimo Dios el no haber atendido a sus ruegos. Soto es el único que conserva frío la calma, para algo es policía y perro viejo, lo sucedido no debe alterar sus planes, aunque sí cambiar el tono del correo de respuesta, no hay que olvidar que él está encargado de resolver el asunto del secuestro, lo que ahora se ha convertido en un asesinato o al menos en un homicidio queda fuera de su jurisdicción. Soto está frente a la pantalla, uno de los borradores no sirve, Montero iba a volver a ofrecerse, ese ya no vale, el otro consistía en negarse a cumplir con las instrucciones, este segundo es el elegido pero con variantes, la falta de foto de Julián es la excusa perfecta. El comisario teclea sincopado él mismo, María continúa perdida con los ojos cerrados, Javier se agita nervioso.

—Déjeme esto a mí —le ha pedido Soto mirándolo a los ojos.

Estimado secuestrador,

Se acabó el juego, me he cansado de jugar, si no me mandas una foto de Julián ahora mismo o me envías pruebas concluyentes de que está bien, yo dejo de hacer lo que me pides. Necesito saber que está bien, grábame una cinta con su voz, haz que me llame, pero sin pruebas no hay pruebas.

Soto mira un instante a Montero para obtener una aprobación que en realidad no puede dejar de dar, firma «Javier», y procede a enviarlo sin esperar respuesta ni siquiera con la mirada. Y entonces echa la espalda hacia atrás como Montero el primer día, ese gesto cuyo mensaje es «la suerte está echada», el anzuelo también, pica, pica, ya verás como te saco del agua, aunque no sea la del Rubicón. Mientras tanto, los técnicos ya están tratando de localizar desde dónde se ha mandado el correo, ¡mierda, mierda, mierda!, repite bronco Javier, ya casi ajeno a cuanto sucede, lo repite pero esta vez en voz baja, ya solo piensa en el juicio, en las malditas medidas cautelares con derecho a pensión completa.

—Tranquilos, ya veréis como contesta —interviene optimista el

comisario, levantando las dos manos e inclinándose hacia delante, alguien tiene que serenar el ánimo de los presentes.

A los dos minutos, en el correo de Javier aparece otra entrada, que es en efecto la respuesta al suyo. En ese tiempo, María ha seguido inalterable y muy alterada con los ojos cerrados, solo ha interrumpido un instante su ceguera para preguntar a Javier ¿y ahora qué?, sin obtener otra contestación por su parte que un abrazo más nervioso que afectivo.

Estimado Javier,

Me parece que no has entendido muy bien que aquí el que pone las reglas soy yo, que tú no estás en disposición de exigir nada, ¿qué te crees, que estás hablando con uno de tus subordinados? Yo que tú haría los deberes, si no quieres que la noticia de la muerte de tu hijo acompañe a la otra mañana.

Y no vuelvas a escribirme porque solo entenderé que ese correo es tu respuesta,

Un amigo que te extraña.

Aquí Soto duda, mandar un nuevo correo es incumplir las instrucciones del secuestrador, pero está seguro que él sigue allí, esperando, ya intuía ese tenor en la contestación. Mira a Javier, a continuación emite una afirmación que es en realidad una consulta.

—Yo creo que deberíamos arriesgarnos, si no, se nos va, y no os preocupéis, no va a cumplir con sus amenazas.

Javier asiente, y Soto entonces pulsa «responder», y en ese momento irrumpe elefante en cacharrería policial García, ¡es otro Work Center, en Conde de Peñalver!, grita histérico y a la vez contento, ¡avisa a todas las unidades!, grita a su vez mandón el comisario Soto, se pone a escribir.

—¡Lo tenemos! —exclama en voz alta mientras redacta la contestación—. ¡Lo tenemos, quédate ahí esperando, cabrón, que vamos a por ti!

Estimado secuestrador,

Te reitero que necesito una prueba, seamos razonables, también tienes que entenderme a mí, si tú me mandas la foto yo cumplo con lo que me pides,

Javier

El comisario consulta su reloj, deja pasar treinta segundos, cuarenta, lo manda, vuelve a golpear su cuerpo con el respaldo.

—Contesta, cabrón, contesta. —Ahora el apelativo se lo dedica Javier al secuestrador pensando en voz alta, María se ha levantado y perdida deambula como un zombi por el despacho, al menos ya ha

abierto los ojos y no se golpea con las paredes. Por radio a García le informan que hay un par de agentes muy cerca del lugar, ¡que cierren la salida, que no salga nadie de allí!, le grita autoritario el comisario al informador, quitándole con fuerza la radio de la mano a su colaborador. Otro par de coches patrulla está yendo para allá desde calles cercanas, el uno desde Narváez, el otro desde Diego de León. María sigue dando vueltas, Javier se mesa el pelo de la nuca y enciende aturullado un cigarrillo, el comisario Soto se ha levantado de su silla. En la pantalla no hay nuevos correos, o mejor dicho, sí, ha entrado uno pero es eso que llaman *spam*, una lotería que no lo es, una trampa de la que esta vez eres tú el destinatario, el que debe morder el anzuelo.

Los dos primeros policías ya han llegado al Work Center, que como casi todos los de esta franquicia hace esquina, el local parece tranquilo, en ese momento no ven a más de cuatro personas dentro, dos están en el mostrador atendidos por un empleado vestido de azul y de origen claramente subsahariano, en los ordenadores distinguen al menos a dos personas mirando atentas a la pantalla. El agente Rodríguez se queda en la puerta, no ha creído necesario desenfundar su arma reglamentaria, causaría revuelo, el caso es que nadie salga de allí, el agente Manrique entra, echa veloz un vistazo al lugar. Además de los empleados y de las personas a quienes atienden hay al menos cuatro clientes en los ordenadores; en primera línea una señora muy gorda de unos cincuenta años y un chico joven con rizos y vaqueros rotos, no habrá cumplido los veinte; en la segunda fila teclea con ímpetu un ejecutivo con corbata sin nudo y gafas negras y a su vera mira a la pantalla fijo un hombre de unos cuarenta años y pelo rubio y sucio. Manrique se dirige despacio al subsahariano, necesito hablar con el encargado, le informa mirándolo a los ojos, este se hace presente en un instante, va también vestido de azul pero lleva chaqueta y un distintivo que acredita su condición, junto con una corbata diferente que la refrenda, es feo, bajito y muy ambicioso.

—Tengo órdenes de interrogar a todos los que están aquí dentro ahora mismo, nadie puede salir del local, espero su total cooperación.

Mientras habla con el encargado, la mujer cincuentona se incorpora con obesa dificultad camino de la fotocopiadora láser, el hombre de los cuarenta años y pelo sucio se ha levantado ágil y se encamina con prisa a la puerta donde está apostado el agente Rodríguez, este le corta amable pero firme el paso, lo siento, señor,

no puede salir, tenemos que hacerle antes unas preguntas. El hombre mira a Rodríguez sorprendido, luego gira la cabeza hacia el interior del local como si buscara a alguien, como si fuera a pedirle a la señora que le hiciera a él una copia de esa receta de cocina tan estupenda, y cuando parece que va a volver a su ordenador, pues a él se dirige, en un segundo se da la vuelta y empuja con fuerza y con las dos manos al agente, sale corriendo disparado sin mirar atrás. Rodríguez reacciona rápido, se incorpora y comienza a perseguirlo, detrás de él va Manrique, que ya ha desenfundado su arma. ¡Alto!, gritan los dos casi al unísono, el subsahariano ha levantado las cejas hasta la coronilla, el joven de rizos se ha tirado aterrado al suelo.

El hombre que escapa es veloz y desde luego fuerte, al salir se ha llevado por delante como a un muñeco a un transeúnte que además es funcionario del Ministerio de Trabajo, ahora corre por la acera sin cruzar, mirando al suelo, Rodríguez va rezagado un par de metros detrás, otro par esta vez de señoras sin fotocopiadora láser lo ven venir y se apoyan en la pared aterradas ellas también, pegadas como un cartel de esos que está prohibido fijar. Antes de llegar al final de la manzana, otro policía nacional lo intercepta, es uno de los que estaba en Diego de León, el fugado ni lo ha visto, ha salido de la nada y de la esquina y se ha chocado muy a propósito con él, ahora está en el suelo, entre el recién llegado y Rodríguez lo reducen, se resiste, grita algo incomprensible, Rodríguez jadea exhausto mientras trata de ponerle las esposas.

Las noticias han llegado veloces al comisario Soto a través de Manrique, que se ha quedado cubriendo de nadie la retaguardia y ha informado por radio de lo sucedido.

—Tenemos a un sospechoso, ha salido corriendo del local, ha sido interceptado.

—¡Lo tienen! —grita Soto, anunciando la buena nueva—. ¡Lo tienen! —Y Javier y María se abrazan, luego los dos abrazan al comisario, este último se ha quedado un poco sorprendido de su propia efusividad.

X

El entierro es en la Almudena, la mañana es soleada y dudando entre fría y templada, el lugar, uno de esos nichos de ahora donde el muerto parece un libro instalado en una librería ajena para no ser leído jamás. Hay unas veinte personas, sopla un poco de viento sin mucho entusiasmo, los enterradores son dos, van vestidos con un mono azul viejo que más bien parece un chándal, uno lleva unas zapatillas blancas sin cordones, el otro un pendiente y el pelo muy largo recogido en una coleta, tampoco en ellos se percibe entusiasmo alguno. Y en lugar destacado, junto al féretro se distingue un cura, un cura de negro como los de antes, sin coleta ni chándal, con sotana y sin mono, él es quien está pronunciando unas palabras sin duda solemnes que Javier no oye, y no las oye porque mantiene discreto la distancia. Es esa una distancia extraña, pues ve sin que vean que está aunque sí puede ser visto, luego no está escondido, tampoco agazapado en una lápida con escudo, en una tumba sin epitafio, más bien solo retranqueado, conformando y muy a propósito el modelo del que no quiere ocultarse pero tampoco figurar. Los que deben de ser los parientes están situados delante del féretro, solo uno va de negro como el cura, dos gastan gafas negras de sol, una señora mayor elegante llora sin freno ni vergüenza. Delante de Javier, a unos cinco metros, erguido en actitud militar, mira al frente sin mover un pelo el juez de la Audiencia Nacional que es además el padre de Pincho, Javier solo le ve la espalda y las manos que sobre ella se juntan, escondidas en unos guantes tal vez excesivos para la temperatura actual. No lo ha saludado pero sí lo ha reconocido a la entrada del cementerio, de hecho le ha servido de guía inconsciente, porque ni siquiera se acordaba del nombre del fallecido, se ha limitado a seguir al juez a distancia y a mantener esa misma distancia cuando este se ha detenido.

El acto ha terminado y llega el momento embarazoso de las despedidas, el momento en el que quienes han acudido al entierro quieren hacer notar su presencia, a eso han ido, para que los vivos lo sepan, el muerto ya no puede agradecerles su visita. Pero esta

vez ese momento no resulta interminable para los apenados familiares, porque deben de ser ellos los únicos que han acudido, y ya que son solo ellos, retrasarán la despedida hasta la puerta de la Almudena, nada de amigos ni de compañeros de oficina, tampoco esos tíos del pueblo que solo aparecen cuervos cuando alguien se muere. Ni siquiera está María, ella quería ir también pero finalmente Javier la ha disuadido, está fatal, de nuevo en el hotel, de nuevo con bastantes pastillas en el cuerpo. Con el punto final que marca la despedida definitiva del difunto, el magistrado se ha vuelto de golpe y al hacerlo se ha encontrado de frente con la cara de Javier Montero, se han saludado, han intercambiado corteses unas palabras. ¿Cómo estás?, ha preguntado Montero, se conocen de la salida del colegio, de algún acto de fin de curso y poco más, han hablado alguna vez por teléfono para informarse de invitaciones de sus hijos, horas de recogida, campamentos de verano. Esto se ha puesto feo, alcanza a añadir Javier visto que su interlocutor no responde, siendo *esto* el muerto y sus consecuencias, la muerte del agredido y lo que significa para los hijos de los dos. Sí, se ha limitado a contestar escueto el magistrado, cuyo inicial comportamiento con su hijo ha dado paso como era de esperar a una segunda fase en la que ha decidido ayudarlo, tiene un abogado distinto al de Juan pero también de lo mejorcito, como no podía ser menos, ha ido a verlo a El Renasco con total discreción para que la prensa no se enterara, parece que Pincho lo está llevando peor que Juan, está muy alterado, María ya lo sabe, Javier también.

Pero nada de eso le cuenta el juez a Montero, aunque él ha dedicado el tiempo en silencio del sepelio precisamente a reflexionar sobre eso, sobre el muerto y sus consecuencias, el padre de Pincho sí estaba como María informado desde el principio de la salud del indigente, sabía mejor que nadie que eso determinaba la gravedad de los hechos, también él le había pedido al ahora muerto en sus pensamientos, que no son plegarias, pues es agnóstico, que siguiera viviendo, ahora la cosa se complica para todos, vaya si se complica, de ahí ese monosílabo afirmativo como toda respuesta al comentario de Javier. Pero no hay ningún gesto de complicidad con Javier Montero, y eso que motivos no le faltan, al fin y al cabo ellos tienen mucho en común, son los padres de dos adolescentes que a su modo son también víctimas, aunque los declaren culpables o sobre todo entonces, víctimas del gilipollas de Segrelles, culpables por lo menos de ser amigos suyos, ahí desde luego nadie los obligó a juntarse con semejante impresentable. Pero no, no hay abrazo

cómplice ni comentario amigo, pura cortesía forzada.

El grupo de familiares se está retirando, el magistrado no ha ido a presentar sus condolencias, quería estar allí pero cree que el saludarlos aclarando quién es añadiría sin duda dolor al dolor y además no serviría para nada. Javier es otro que no tiene intención de acercarse, ha ido un poco por curiosidad y otro mucho porque piensa que tenía que estar, y no porque se lo dicte su conciencia y sí porque se lo ha dictado el secuestrador. Por eso, en lugar de dirigirse hacia donde están los familiares, Javier y el magistrado ya caminan hacia la salida, juntos pero sin estarlo, Javier se ha rezagado un poco en vista de que el juez no le daba conversación, y tras percibir de forma meridiana que su presencia lo incomodaba, se ha despedido con un hasta luego muy en bajito, se ha quedado mirando hacia ningún sitio y ha proseguido la marcha después, solo unos pasos detrás del padre de Pincho.

Es entonces, justo antes de salir a lo que es una de las avenidas principales del cementerio, pues aquí como en toda ciudad, aunque los habitantes no paguen ya impuestos, hay callejuelas y paseos, avenidas y circunvalaciones, es entonces cuando alguien aborda a Javier Montero, un hombre con gafas negras y traje oscuro, con corbata negra también, o dicho de otro modo, con la etiqueta fetén para el lugar donde está, mucho más apropiada su indumentaria que la de los enterradores a los que no solo les faltan los cordones.

—Qué hermoso que hayas venido, Javier, de veras te lo agradezco. —Esa es la frase que escucha Javier y que lo lleva a detenerse, la frase la ha pronunciado el de luto antes de que Montero lo haya visto, solo cuando la termina y Javier se vuelve lo reconoce, es Mauricio García Lasarte, un compañero de facultad, se vieron hace poco en la última cena de las que organizan desde hace un tiempo con bastante frecuencia los antiguos alumnos, durante muchos años no vio nadie de esa época pero desde no sé qué aniversario alguien suficientemente ocioso y desde luego nostálgico se dedicó a convocar cenas anuales, que ahora son incluso semestrales. Ahí recuperó el contacto, solo se han visto en esas cenas, salvo en una ocasión en la que Mauricio estuvo cenando en casa de los Montero con otra compañera, solteros los dos, Javier lo encontró mucho más amanerado, como si no le importara ya disimular la pluma.

Javier se queda parado con Mauricio delante, no sabe qué decir, no reacciona, no lo ha reconocido entre los familiares, todavía no tiene claro si es que él estaba enlutado entre ellos, sí le ha llamado

la atención y mucho que hubiera gente, uno siempre piensa que los mendigos no tienen a nadie, que justamente por eso son mendigos, le ha sorprendido la presencia aún escasa de personas y que fueran además personas muy bien trajeadas, entierro burgués de alguien burgués del muy burgués barrio de Salamanca, no de un indigente que para empezar Javier casi se imagina por definición extranjero. Porque una cosa es no querer tener prejuicios y otra muy distinta es no tenerlos, el juicio previo no requiere de tu voluntad para ser, se basta autónomo con ser juicio, se basta con intervenir en el momento oportuno para condicionar a su gusto tu primera impresión. Mauricio se lo queda mirando fijo un instante, parece que va a decirle algo, en ese momento Javier sigue lerdo sin saber si su antiguo compañero estaba allí por otro entierro o por el mismo al que él ha acudido, mira cual gallina tartamuda a su alrededor sin saber muy bien qué busca pero no ve a nadie más, salvo la figura del magistrado alejándose esbelta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta entre asustado y hosco Javier al hombre de negro después de que ya hayan pasado treinta y cinco eternos segundos, pero cuando las palabras salen de su boca Mauricio ya se ha dado la vuelta y no le oye, o al menos no le contesta, se aleja deprisa, se distancia siempre deprisa en dirección opuesta a la salida, Javier se queda dudando aturdido un instante, levanta la mano como si fuera a gritarle ahora algo, o como si fuera a parar un taxi aunque por allí no circulan, ni libres ni ocupados, ni con lucecita ni sin ella, se queda callado, baja despacio la mano.

Y de pronto, o más bien cuando ha pasado redondo más de un minuto también él interminable en el que Javier Montero se ha quedado estático como un pasmarote quieto en medio de la nada, o mejor dicho, del cementerio de la Almudena de Madrid, de pronto corre decidido, corre ahora él muy deprisa hacia la salida, corre buscando nervioso los Servicios Centrales del cementerio, las oficinas, corre despendolado porque hay algo que le ronda buitre la cabeza, no, no puede ser, no puede tener nada que ver, el indigente se llamaba Miguel García, ahora se acuerda, no sería García Lasarte, ¿verdad? Porque no es el apellido el que lo ha hecho reaccionar aunque tarde, sino el saludo, qué hermoso, qué hermoso que hayas venido, qué hermosa costumbre la de filmar y grabar, qué hermoso es convertirse en el padre de un asesino. El adjetivo, el hermoso adjetivo y los comentarios ácidos y amargados, la prosa toda ella, esa prosa sí que puede ser de Mauricio García Lasarte, de Lasarte a secas, así es como lo llamaban todos en la facultad, allí el

García desapareció sin combate. Y sí, esa prosa es más de Lasarte que de Paco Martos, eso desde luego, pero no puede ser, ¿verdad?, no puede ser, será, eso sí, una casualidad, seguro, estaría allí por otra cosa, o más bien por otra persona, pero ¿por qué se ha marchado sin contestarle? Qué hermoso, qué hermoso que hayas venido, qué hermoso ser el padre de un asesino. No, Lasarte no puede ser un secuestrador, se atraganta con un vaso de agua vacío, qué hermoso que hayas venido, qué hermosa costumbre la de grabar las palizas. Qué hermoso, qué hermoso, qué hermoso.

—¡Comisario, no es Martos, sé quién es, es el hermano, Mauricio, hay que detenerlo, rápido!

Jadeando por la carrera con traje de entierro, por los nervios recientes y por el acelere provocado por ellos, la voz de Javier Montero apenas se escucha disparada al otro lado de la línea telefónica.

—Despacio, Javier, despacio. —El comisario trata de calmar a Montero tras un segundo de duda sobre quién lo estaba llamando—. Háble me más despacio, no le entiendo bien.

—No es Paco Martos —repite Montero ahora un poco más tranquilo, se ha sentado en un banco y va recuperando la calma, o al menos el fuelle—. Acabo de verlo, es él, el hermano del indigente, es compañero mío de la universidad, lo tiene él, comisario, seguro, tome nota, se llama Mauricio García Lasarte, vive cerca de nuestra casa, ¡vayan allí, rápido!

—Pues fíjese que desde hace un rato estoy más convencido de que se trata de su amigo Martos, pero vamos a investigar esa vía, véngase para acá y me cuenta. —El comisario cuelga porque tiene otra llamada, sin dejar que Montero continúe hablando para resarcirse de todo lo que quiso haberle preguntado a Mauricio y no preguntó, el policía iba a ser el encargado involuntario de canalizar el desahogo, pero no ha podido ser, al menos de momento.

Cuando Javier llega en taxi a García de Paredes sin dejar de jadear, con una taquicardia en tres por cuatro más que evidente, el comisario Soto ya dispone profesional de información precisa sobre Mauricio, vuelve a recibirlo en el despacho, la foto de la familia con fondo de tarde de verano sigue allí, sin que a los árboles se les hayan caído las hojas, el plano gigante de Madrid también, las chinchetas arcoíris muestran los puntos desde donde el secuestrador ha mandado los mensajes, la casa de los Montero, el colegio de Juan y Julián. Esta vez sí ha habido noticias, la mañana ha deparado emociones fuertes, hay un detenido, aunque de

momento ese detenido no haya supuesto la resolución del caso, pues no les ha procurado todavía más información. Y no es que se les haya escapado, la Policía ha reducido al tipo que salió corriendo del Work Center, lo han llevado a comisaría, desde el principio no quiere soltar prenda. En ese despacho donde ahora llega Montero, solo hace unas horas, él, María y el comisario se fundían en un abrazo colectivo, ¡lo tenemos, lo tenemos!, gritaban mucho más eufóricos Javier y María. El comisario seguía pese a la euforia preocupado aún, porque él sabía y sabe bien que detener al que envía los correos no es necesariamente sinónimo de resolver el secuestro, los secuestros solo se resuelven cuando el secuestrado deja de estarlo, hay avances que pueden convertirse en retrocesos.

La espera ha sido tensa, los quince minutos que tardan en llegar a comisaría con el detenido lo son de mucha tensión, porque entonces a todos empiezan a brotarles de forma espontánea las inoportunas preguntas, ¿y si por detener al mensajero el secuestrador le hace daño a Julián?, ¿y si no confiesa dónde lo tienen?, ¿y si hay uno encargado de enviar los correos pero no sabe dónde está la víctima? Soto es como siempre el más tranquilo, los secuestros por su propia naturaleza son actos delictivos que suelen cometerse en grupo, siendo este grupo al menos de dos, pues es difícil, no imposible pero sí difícil y también infrecuente, que una sola persona secuestre a alguien, porque en algún momento debe moverse, dejarlo solo, tampoco los asaltos a los bancos suelen ser una obra individual, más bien son, como las catedrales, esfuerzos colectivos, aunque haya, eso sí, muy deshonrosas excepciones.

Solos se quedan durante un rato María y Javier, esperando ansiosos en el despacho del comisario a que este interrogue al detenido, que durante todo el trayecto a comisaría no pronuncia mudito una sola palabra, solo cuando lo detienen habla o más bien grita, emitiendo algunas frases en una lengua que no era desde luego el español, pero después se encierra orgulloso en un mutismo inasequible a las preguntas, bien es verdad que los agentes tampoco se han esforzado en exceso en lograr que hable, su misión no es sacar de él una confesión sino llevarlo cuanto antes al despacho del comisario Soto. La entrevista tiene lugar en una de las salas de los espejos unilateralmente transparentes, esta vez no hay humo, María y Javier han sido conducidos a la sala contigua, allí donde el espejo es ahora cristal, Soto quiere saber si la cara del detenido les dice algo. No, ha sido la respuesta contundente y muy breve de los dos, y de ahí han sido devueltos al despacho del comisario, tampoco

él quiere que presencien todo el interrogatorio, y no porque vaya a quemarle sádico al detenido las plantas de los pies con cigarrillos sin filtro, más bien porque cree prudente que podría generarles más ansiedad de la que ya tienen.

El detenido ha tardado en contestar cinco minutos, al principio se ha negado a responder, y cuando finalmente se ha decidido no ha sido para pronunciar la frase al uso, esa que advierte educada a los policías que el presunto delincuente conoce sus derechos, no insistan, solo hablaré en presencia de mi abogado. En esos cinco primeros minutos silenciosos ha mirado con ojos muy claros y muy fijo al comisario a los suyos, y se ha quedado desafiante y callado cuando este le ha preguntado más de una vez, ¿dónde tienes a Julián?, necesito saberlo pronto, si colaboras tu pena será menor, y por último, ¿quieres que te asignemos un abogado de oficio? Luego, tras ese silencio inicial, que el interrogado ha debido de utilizar astuto para calibrar el grado de conocimiento que los policías tienen de él y de qué se le acusa, ha empezado a hablar, y, por cierto, en un castellano más que correcto, aunque se ha tratado más de una declaración unilateral como el espejo que de la respuesta a las preguntas formuladas. Me llamo Adrian Iliescu, soy rumano, he llegado a España hace dos años, no tengo papeles pero no he cometido ningún delito, no sé a quién estarán buscando pero no soy yo.

Al comisario Soto lo acompaña esta vez la agente Muñiz, la misma que estaba en esa sala o en una que se le parecía mucho el día en el que Montero confesó vacilante su infidelidad y la llamó *affaire* para su propia sorpresa. Muñiz es resuelta, tan segura de sí misma como de su peinado sin mechas, y a criterio de Soto, pese a ser muy joven la más intuitiva de su equipo, aquella que mejor juzga a las personas por gestos imperceptibles para el resto de los mortales, por eso está ahí, por eso lo acompaña.

—¿Por qué saliste corriendo cuando viste a los policías? —le pregunta directa la agente Muñiz al recién identificado como rumano, interrumpiendo a su superior.

—No tengo papeles, ya lo he dicho, no quiero que me deporten, necesito encontrar trabajo, tengo una familia que mantener. —El detenido pronuncia las palabras despacio, con mucho énfasis, mirando siempre a los ojos de quien le pregunta, como si con ello la claridad de sus propios ojos se transmitiera o contagiara a su mensaje.

Así han estado unos veinte minutos, un partido de tenis con un

solo golpe, el comisario Soto y su subordinada ofreciendo generosos ventajas si se anima a cooperar, y el detenido firme en sus respuestas concisas y secas. El comisario y la agente van alternándose en la formulación de preguntas sin que en esta ocasión ejerzan cada uno el papel preasignado de policía bueno y policía malo, pero enfrente tienen un muro, es más frontón que tenis, la versión que ese frontón devuelve no cambia. La primera impresión de Soto es que el detenido no miente, el rumano se ha asustado porque no lo han dejado salir, ha intuido que iban a pedirle la documentación, y como no tiene papeles se ha largado corriendo porque no quiere que lo deporten. Soto cree que en efecto dice la verdad, pero en un momento en el que los dos han salido fuera y lo han dejado solo, la agente Muñiz lo contradice, ella está convencida que oculta algo.

—Es muy frío, comisario, como un témpano, fíjese cómo mira a los ojos desafiante, está demasiado seguro de lo que dice, parece como si respondiera a un guion.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Soto despistado, un Soto desconocido, que por un instante parece él el subordinado pidiéndole al jefe órdenes pues no sabe qué hacer.

—Yo no creo que vayamos a sacarle más, al menos por ahora —responde rápida la agente Muñiz, tal vez para que su prestigio no decaiga—, dejémoslo encerrado un rato largo —añade—, luego vemos si se ablanda, sí desde luego se va a hacer de rogar, es inteligente, creo que muy inteligente.

Los datos informáticos no aportan novedades, por el sistema instalado en el Work Center no puede saberse desde qué ordenador se emitieron los mensajes, así que pudo haber sido desde cualquiera. El agente Manrique, antes de salir corriendo, tuvo la precaución de dirigir la mirada por un instante al encargado y gritarle ¡que de aquí no salga nadie!, y pese a llevarse al detenido no descuidaron al resto, tomaron declaración a cada uno de los que allí se encontraban, ninguno parece tener nada que ver, ningún otro intentó escapar, los otros dos que estaban usando la computadora hasta se prestaron a abrir su correo para que la Policía comprobara que acababan de escribir uno, un correo cuyo contenido no guarda relación alguna con un secuestro, no sé si podremos ir este año por Navidad, las cosas están muy mal, le ruego me informe de las tarifas por persona y de la posible existencia de descuentos, ese tipo de cosas, ninguno ha utilizado ni una sola vez el adjetivo «hermoso», no hay en los mensajes ninguna mención ni a Edipo sin ojos ni a

Admeto sin Alcestis.

Además de la señora gorda que estaba fotocopiando una receta del pollo al ajillo sin sal, y del joven de rizos sin ajo que chateaba con una novia con la que nunca tendrá para suerte de ella contacto físico, el encargado recuerda a otros dos hombres, dos varones que estuvieron un rato también en dos ordenadores, no contrataron ningún otro servicio, nada de impresiones láser, encuadernaciones con canutillo o fotocopias a colores, los dos salieron casi a la vez, pagaron en metálico, minutos o incluso segundos antes de que llegara la Policía, la descripción no puede ser más anodina o más común o sobre todo más inútil, los dos sobre los cincuenta, bien vestidos, sin chaqueta ni corbata, no habituales del lugar, no los han visto otras veces por allí. En fin, como para echar cohetes.

Soto piensa que el rumano o quien sea que ha mandado los correos desde el Work Center puede jugar un papel puramente de mensajero, si las cosas están bien organizadas es probable que desconozca dónde tienen a Julián, y simplemente ejerza de correo, te vas a un lugar con internet y esperas instrucciones. Desde luego Iliescu no llevaba encima ningún móvil, el comisario ha pedido que se rastree la zona por si en la huida se deshizo de él. En el Work Center nadie recuerda si sonó allí o no algún teléfono, hay demasiada gente, fue el argumento de uno de los empleados. Porque si es solo mensajero, igual ha mandado un texto que le han dictado por teléfono, y espera para mandar el segundo correo, desde otro ordenador alguien lo lee y lo llama para dictarle una respuesta o redacta un correo y se lo manda y él lo rebota.

Tras unos minutos de desesperación, el comisario se serena, cree que es mejor dejarlo estar un rato, y retomando la jerarquía que raras veces abandona, ha procedido a darle instrucciones precisas a la agente Muñiz, déjalo solo ahí encerrado en esa sala al menos la próxima hora a ver si se asusta, y luego le pides que te cuente qué ha hecho en los últimos tres días con muchos pelos y todas las señales, y para no equivocarnos lo verificas, tal vez tenga una buena coartada.

Pero donde hay novedades es en Dominicana, por eso el comisario ha empezado a considerar la candidatura de Paco Martos como sospechoso principal, aunque Javier insistía el comisario también principal no estaba muy convencido, ahora sí. Y es que Monleón ha llamado de Dominicana a la una de la tarde hora española para contarle al comisario que Martos se ha fugado, no puede detenerlo por la simple razón de que se ha escapado del

hotel, el hombre encargado de su vigilancia no se ha movido de la puerta de su bungaló, ha debido de saltar por la ventana muy de noche, cuando han entrado a primerísima hora de la mañana para detenerlo siguiendo el pedido del comisario, se han encontrado con la habitación vacía, o no tanto, pues ha dejado su maleta y se ha marchado con lo puesto, han ordenado un rastreo por la zona, tiene a todos sus efectivos tratando de localizarlo.

—Sí, comisario, es más peligroso de lo que pensaba —ha tenido que reconocer el Mayor General, sumando así el error de juicio al bochorno de que se le haya escapado bajo vigilancia, es decir, en sus propias narices, parece que la solicitud de chalecos tendrá que esperar.

La llegada de Montero a comisaría ha sido el retorno del alboroto o del desasosiego, está empeñado en que el secuestrador es el hermano del indigente, y desde luego podría ser. Las averiguaciones del comisario son varias; la primera es que Mauricio no ha ido a trabajar en la última semana, llamó a la universidad para excusarse. Eso lo convierte en posible secuestrador, desde luego su condición de hermano de la víctima, también el saber dónde viven los Montero. El móvil también está claro, la venganza, matan a su hermano, ve entre los agresores al hijo de Javier Montero, decide vengarse. Lo que no cuadra es él mismo, él es el que no se ajusta al guion, no da el perfil, no encaja para nada en el papel de secuestrador, es la persona más pacífica del mundo. No, el comisario no ve a alguien así llevando a cabo un secuestro de un chico de quince años, más grande que él, se compra en ese instante una pistola, le dice que suba a un coche con un caramelo.

—No lo tengo nada claro, desde luego yo a este no lo veo contratando a una banda —concluye el comisario su argumentación frente a Montero—, no sabría dónde están, tendría que buscar en las páginas amarillas.

Sí han podido establecer la vinculación directa de Mauricio con el indigente, no solo era su hermano, era la única persona que se ocupaba de él, lo cuidó en varias ocasiones, pagó rehabilitaciones por su adicción a las drogas, todo eso incide en el móvil, aunque tiene coartada, ha estado casi todo el tiempo en el hospital visitando a su hermano. Cinco minutos después de que Montero irrumpa en el despacho gritando ¡deténgalo!, ¡deténgalo!, ¡es él seguro!, y repitiendo el adjetivo «hermoso» al menos en veinte ocasiones, García ha llegado con la última de las novedades, siempre con ese acelere del que quiere que se le reconozca el mérito de procurar

informaciones pertinentes. Según el portero de la casa, el coche de Mauricio con él como único ocupante, ha entrado en su garaje a las tres, es decir, poco después de que Javier lo viera en el cementerio. Y ahí está, en casa, no ha salido. Soto ya ha mandado allí a dos hombres para que no lo pierdan de vista, y también ha pedido autorización para pinchar el teléfono, o más bien los teléfonos, el móvil y el fijo, el juez se la ha concedido aún muy a regañadientes.

—Tranquilo, Javier, tranquilo, si es él está más que controlado, está en su casa, y si tiene a Julián en otro sitio en algún momento tendrá que ir, y cuando salga lo seguimos, detenerlo ahora, entrar en la casa es jodido, primero porque si está ahí es peligroso, no ganamos nada entrando de golpe, mejor dejarlo estar, y si no es él salimos en todos los papeles, el tipo nos denuncia y a mí se me cae el pelo. Pero créame, si sirviera para algo mando ahora mismo allí a los geos, pero si lo pillamos a él y no está Julián no arreglamos nada. Además, lo que me cuentan de Martos es interesante, su antiguo subordinado es mucho más peligroso de lo que pensaba, yo desde luego no lo descarto. Y por último, tenemos al rumano que de momento no suelta prenda, pero hay que dejarlo madurar un rato. En resumidas cuentas, conviene esperar, yo sé que es lo que más cuesta, pero es la más inteligente de las opciones, no debemos precipitarnos.

—¿Esperar?, ¿qué coño, esperar?, entre ahora mismo en su casa, porque si no lo hace usted voy yo, no me voy a quedar con los brazos cruzados. —La voz de Montero suena cada vez más alterada, hay algo de histeria y casi de llanto, de llanto y de rabia, de rabia y de angustia.

—No, Javier, tranquilo, usted tampoco va a ir. —El comisario parece estar perdiendo la paciencia, pero al menos en la forma de dirigirse a Montero mantiene la calma—. Esperemos, Javier, cumplamos con las tareas y mandemos el correo, veamos cómo reacciona, veamos si hay correo mañana y qué dice, primero tenemos que estar seguros, además, necesitamos pruebas de que Julián está bien, luego actuamos.

Pero Javier no escucha, de repente repasa en su cabeza todos los correos como si los hubiera escrito Mauricio y todas las piezas del puzle le encajan, él no tiene ninguna duda, ya se ha olvidado casi de Martos, el jodido adjetivo, eso de «hermoso» no lo utiliza hoy nadie, y esas menciones a los profesores, a los textos, esa amargura porque él haya abandonado la filología para ganar dinero, ahora le viene a la cabeza algún comentario punzante el día que vino a casa a cenar,

qué bien se vive fuera de la filología. No, no tiene ninguna duda.

—Es Mauricio, comisario, es él.

—Paciencia —remata Soto—, paciencia, la idea es que el secuestrador se precipite, pero no que nos precipitemos nosotros, le recuerdo que ayer usted afirmaba con la misma vehemencia que era Martos.

Paciencia, esa misma que se les pide a los ciudadanos para afrontar la crisis, paciencia, como si en este caso bastara esperar a que escampe escondido en tu casa, como si mientras tú esperas en tu casa mirando por la ventana la hipoteca de esa misma casa se pagara sola, como si el hecho de que acaben de despedirte no te convirtiera en parte de la crisis, y pudieras seguir siendo solo espectador, eso sí, paciente espectador. ¿Paciencia?

XI

Miguel García Lasarte nace en Madrid en 1955, en una familia de clase media casi ilustrada, ingeniero de minas su padre, profesora de griego su madre. Es sucesivamente un bebé de anuncio, un niño de foto de primera comunión y un adolescente andrógino, casi demasiado guapo para ser varón, como comentaba con sorna su tío Juan Carlos. Mal estudiante, buen jugador de fútbol y pésimo bailarín, Miguel prueba la heroína a los dieciocho años, con una novia de aspecto casi tan lánguido como el suyo que pertenece a una de las familias más rancias de la sociedad madrileña. Con ella se va de viaje a la India cuando nadie en España va a la India, desde allí escribe a sus padres para anunciarles resuelto que se queda para siempre, la novia regresa, él lo hace bastante menos resuelto dos años después, y pese a que se matricula en alguna facultad de letras para justificar su presencia en casa, ocupación académica y domicilio familiar duran bien poco. A los veintidós años empieza a prostituirse con hombres en apartamentos de alquiler por horas para procurarse heroína, y mientras sus hermanos terminan aplicados sus carreras y se casan felices tras ingresar con cierta holgura en el acogedor mercado laboral, Miguel desciende con la misma velocidad de los apartamentos a la calle, e ingresa simultáneamente y no tan feliz, no en la categoría de licenciado y marido padre de familia con empleo estable, sino en la mucho menos acogedora de chapero y yonqui. Acaba de cumplir veinticinco años.

Desde entonces su vida pasa a ser un ida y vuelta, o mejor dicho, una entrada y salida recurrente en sanatorios y centros de desintoxicación, en algunos casos ayudado por su madre, luego por uno de sus hermanos. Además de las adicciones que allí pretenden curar (de la heroína pasa a la cocaína y de esta a los fármacos), en uno de esos ingresos se le diagnostica un síndrome bipolar, incapaces los médicos de determinar precisos si antes viene el huevo duro o la gallina tartamuda. A veces, en algunas semanas de algunos meses de un año bueno, sueña iluso con una vida normal tejida de vacaciones pagadas y horarios fijos. En las Navidades de

su veintinueve cumpleaños asiste inesperado a la cena familiar con el padre ya muerto, parece haber recuperado peso, llora descontrolado a los postres tras dar las gracias a la familia por su ayuda, pide perdón temblando por procurarles tantos disgustos. Pero en las Navidades de sus treinta y dos años está de nuevo en la calle, y quien quiere verlo puede distinguir su cara y sus ojos azules transparentes en un telediario donde se informa de quienes viven la Navidad en centros de acogida, en un espacio que la presentadora introduce recién peinada con el ingenioso título de «Otras formas de pasar las Fiestas». La mirada azul y desesperada a la cámara, escondida en un rostro donde apenas hay huesos, serviría ella sola sin necesidad del maquillaje que sí gasta la presentadora para ilustrar la mejor campaña de una ONG.

En 1990 aparece milagrosamente recuperado en Centroamérica, después de casi un año de tratamiento en un centro carísimo pagado por un hermano, allí trabaja durante un tiempo en un hotel sin encanto de Puerto Viejo, en la costa caribeña de Costa Rica. Es el único trabajo que se le conoce fuera de la prostitución. Pero cuando parecía reintegrado en el mundo de la normalidad, aunque fuera lejana, en el 92 tiene un brote sicótico, es ingresado en el hospital y trasladado a San José, la Embajada inicia los trámites de repatriación. Su hermano menor, el mismo que se ha hecho cargo del costoso tratamiento, viaja a Costa Rica para llevárselo, vuelve a ingresarlo insistente en el mismo centro de precio imposible. Pero en el 96 está otra vez en la calle, ha conseguido dejar las drogas pero no su trastorno psiquiátrico y ahora solo se entrega al anís, su dieta se complementa con galletas que come por docenas, vive entre cartones, a veces pide dinero en el pasadizo que une la calle Serrano al Retiro, almuerza de vez en cuando en un centro de día situado en la calle Martínez Campos. Sus compañeros de colegio se cruzan con él sin saberlo, sus hermanos pasan varias veces por su vera sin darse cuenta, sus sobrinos han podido transitar junto a él en bicicleta camino del Retiro, pero nunca han saludado afectuosos a su tío antes drogadicto y ahora mendigo. En 2004 está a punto de morirse por una infección renal, se pasa seis meses en el Gregorio Marañón, sale de nuevo milagrosa y tal vez en esta ocasión ya innecesariamente vivo del hospital, su hermano menor se lo lleva a vivir con él, solo dos meses después vuelve reincidente a estar en la calle, ella será en adelante su definitivo y espacioso lugar de residencia.

Tierno, hipersensible, intuitivo, así lo definirían sus profesores

si se les preguntara. Extraño, herido, huidizo, ese sería el diagnóstico de quienes trabajaron con él en Puerto Viejo, donde a sus ojos azules de siempre y a su delgadez adquirida, añadió camaleón un peinado a lo rasta, que en su cabellera rubia le otorgaba a su figura un aire de profeta ajado. En 2008, el 3 de octubre, en el mismo día en el que aparecen nueve nuevos cadáveres con el tiro de gracia en Tijuana, cuando Miguel García Lasarte se dispone borracho a dormir entre unos cartones, un adolescente drogado le da con un casco un golpe en la cabeza que lo aturde, en la misma jornada en la que los diarios informan preocupados de la mala calidad del semen de un número importante de jóvenes españoles. Un segundo golpe con el mismo casco lo libra o lo libera de todo mal, de las pesadillas y de las vomitonas, del frío y del calor, de la dieta de galletas y anís, y tras dos días en coma deja silencioso este mundo, o al menos su superficie. Con su muerte abandona de forma muy justificada también el relato, o dicho de otra forma, sale de escena.

En cuanto a las preguntas de la encuesta, cabe recordar que Miguel no lee periódicos desde hace décadas, ni digitales ni impresos, a veces con estos últimos se envuelve precavido las galletas, y si arrecia el calor el chocolate se pega a la sección de internacional, oscureciendo con su densidad opaca un prometedor acuerdo de paz en Oriente Medio. Pero si los encargados de la consulta se tomaran la molestia de acudir al túnel de la Puerta de Alcalá, a la pregunta «¿es usted feliz?», Miguel habría contestado con una carcajada, una carcajada larga y terrible que no habría precisado de glosa verbal porque cualquier comentario hubiera restado fuerza a la respuesta. Si aun viendo que la comunicación no resulta fácil, el encuestador, en lugar de inventarse fraudulento la segunda contestación como hacen todos con todas en todas las encuestas, hubiera tenido el prurito profesional de pronunciar las palabras «¿vislumbra usted el futuro con esperanza?», Miguel García Lasarte, tras apurar un sorbo largo de su botella de anís sin monos, dulce y espeso, habría dado indiferente la espalda al emisor, como si pensara que con la carcajada contestaba comprehensivo a todas y cada una de las posibles preguntas de cualquier género que quisieran formularle, o como si considerara harto que una segunda agresión que además llevaba de regalo palabras como «futuro» o «esperanza» fuera ya definitivamente intolerable. Y al girar la cabeza, se habría encontrado entonces de frente con la visión del final del túnel, ese donde no está la luz, porque es precisamente

detrás de ese túnel donde le espera paciente el frío, y también el futuro, y en él el casco de Segrelles para saludarlo jubiloso con un fuerte abrazo fraternal.

Pero el eterno descanso de Miguel García Lasarte no ha supuesto el fin de todos los problemas, del suyo sí desde luego, pero no así el de la familia Montero, que sigue angustiada peleando por saber algo del paradero de su hijo pequeño. Es jueves por la tarde, y las tertulias de la radio continúan machaconas hablando de la crisis, en un programa de televisión a los que acuden siempre y solo jubilados, el entrevistador, periodista de raza consciente que en su propia jerga su papel es *pulsar* la actualidad informativa, está preguntando oportuno por la crisis a un anciano que va a reencontrarse sin saberlo con su única hija, a la que no ve desde hace veinticinco años. Para crisis la de la guerra, esto en comparación es una mariconada, le suelta sincero el anciano sin dientes al entrevistador con laca y mirando obediente a la cámara uno, cayendo de pleno en la incorrección política cuyo significado desconoce. Antes de que aparezca su hija perdida han dado paso a la publicidad, donde se anuncian productos que el anunciante aún no sabe si por mor de la misma crisis tendrán o no comprador, ¿o es que alguien está ahora mismo pensando en gastarse el dinero en un cuatro por cuatro?

Los Montero no, desde luego, ellos no están para gastos ni para nada. Y si María ya no puede perder los nervios porque ya no le quedan, en el hotel se ha quedado sin ellos descansando con su hermana, es Javier para sustituirla con decoro el que los pierde descuidado esta vez, no entiende que el comisario no le haga caso, ahora sí que no alberga la duda más nimia, lo que procede en ese instante y además ahora mismo es entrar en casa de Mauricio y detenerlo, si no tiene él a Julián en su casa sabe sin duda dónde está, el secuestro es cosa suya, vaya. Así que cuando el comisario le pide amable y casi suplicante que cumplan con la prueba, Javier se niega, basta ya de tonterías, no pienso ir, no sirve para nada, se acabó el juego. Y no es una estrategia para despistar al secuestrador, tampoco al comisario, es más bien la expresión condensada y precisa de sus intenciones reales.

Soto deja perro viejo que Montero se desahogue sin contestar, la parrafada ha sido larga, sube de tono, en ella hay reproches al comisario, a la Policía en general, menciones a los impuestos que paga, amenazas de ir él mismo a la casa de Mauricio, si no acuden ellos él desde luego y quizás armado se va a presentar allí. El

comisario está sentado en su mesa con un cigarrillo más, como si fuera siempre el mismo, el sello que es además anillo no quiere esta vez marcharse, más bien parece gangrenarle el dedo inflado y peludo, Javier se ha levantado y acompaña su perorata con un ir y venir por el despacho, con la mano alzada como J. M., las chinchetas del plano de Madrid se sonríen coloridas al verlo.

Solo al cabo de diez minutos da por concluido exhausto el sermón, se ha vaciado, y ahí llega con el vaciado la buena noticia de que al menos no debe viajar esta vez, un agente al que hasta ahora no ha visto entra en el despacho y le comunica al comisario que el mendigo quemado está en un centro de la Comunidad de Madrid, una especie de asilo para casos graves, en media hora tiene esa foto. No lo estropeemos ahora, le insiste Soto a Montero paternalista cuando ya ve que puede hablar sin ser agredido, solo un esfuerzo más, añade pedigüeño, necesitamos ese tiempo, con las pruebas lo tenemos.

El caso de Pedro Santos es otro más de la lista sin fin, otro donde hay agresión y película, adolescentes y pantalla, crímenes e imágenes grabadas. En marzo de 2005, tres jóvenes son detenidos en Valencia por agredir a mendigos, los cuatro pertenecen a una organización filonazi que arremete contra indigentes y emigrantes, y son responsables de al menos quince agresiones. También ellos son menores, también ellos tienen la costumbre, que el secuestrador de Julián califica cursi y a la vez brutal como hermosa, de grabar sus andanzas. El cabecilla es J. H. L., otra vez las iniciales ocultan su identidad de menor, y el angelito, con solo dieciséis años, acumula orgulloso un historial delictivo digno de todo reconocimiento. Hijo penúltimo de un obrero de la construcción en paro, extremeño emigrado a Valencia en los años ochenta del siglo pasado, J. H. L. desarrolla precoz ya de muy chiquitito una agresividad incontenible que tal vez sea reflejo directo o plagio descarado de la que ve y vive en su propia casa, a la que él añade la fuerza y empuje que toda nueva generación impone entusiasta a su quehacer. Su padre, cuyo desempleo no es fruto de la falta de trabajo en un sector que en esos años bulle escandaloso como una cafetera olvidada en el fogón encendido, sino a un alcoholismo que lejos de mejorar se acelera animoso con los años, tiene a su vez un historial delictivo reciente pero denso, casi ejemplar, denuncias de malos tratos por su mujer, orden de alejamiento, intento de asesinato, todo eso atesora en poco espacio de tiempo, como quien coleccionara acaparador medallas y condecoraciones. El juez otorga

sensato la custodia de los hijos a la madre, pero J. H. L. se niega a cumplir con lo mandado, y de hecho antes de que este ingrese en prisión vive con el padre, ante la anuencia decidida y resignada de una madre que ya casi le tiene más miedo a él que al amable progenitor que va a estar a punto de acabar con su vida.

En sus ratos libres, que conforman prácticamente todo su indeseable existir, J. H. L. se junta con otros compañeros de igual espíritu deportivo y aficiones parecidas. Y ya puestos a compartir experiencias con otros, se dan de alta en una organización que les viene al pelo que no gastan, pues llevan la cabeza bien rapadita, una organización cuyo ideario es la xenofobia, echar la culpa a los inmigrantes de los males del país. Todo un programa. La violencia desatada en una manifestación dominical por J. H. L. y los otros tres individuos que conforman su cédula es toda una declaración de principios, rotura no accidental de escaparates, destrozo con bates de beisbol de cabinas telefónicas, dos autobuses quemados sin mediar cortocircuito. En su efusión juvenil tal vez se pasan un poco bastante, tanto que los responsables de la organización deciden cautos suspender de forma cautelar su condición de socios, para evitar así que la Policía la tome con ellos. J. H. L. sigue entonces su propio programa, que no es otro que emborracharse prácticamente a diario y pasarse lo suyo con la cocaína con la que su compinche M. P. S. se gana la vida emprendedor trapicheando en el instituto. Y como si fuera Segrelles y siempre fuera viernes por la noche, se dedica esforzado a dar palizas a mendigos e indigentes que encuentran por la calle, y a grabarlas para que de sus hazañas quede oportuna memoria para las generaciones futuras.

Su acceso a la fama viene determinado por una de esas actividades de juvenil esparcimiento, que le causa quemaduras de tercer grado a un indigente llamado Pedro Santos en marzo de 2005. El indigente duerme en un cajero y esta vez, además de la filmación de los vándalos y para verificar la máxima que reza que hoy ningún acto de la vida queda sin documentar, es la cámara del cajero, que no descansa por la noche como sí pensaba hacer Pedro Santos, la que graba curiosa los hechos, y la Policía detiene a los dos días a los tres agresores, que pasan tres años en un Centro de Internamiento de Menores. En lo filmado vuelve a llamar la atención la actitud de los agresores, pues con la misma desgana y profesionalidad con la que riega rutinario un jardinero cada mañana las begonias, J. H. L. y sus amigos rocían el cuerpo de Pedro Santos con gasolina sin plomo, y le prenden fuego, así, sin

más, y se quedan orgullosos contemplando la ignición como aquel que en invierno se sienta relajado delante del hogar para apreciar lo bien que le ha quedado ese fuego, las formas caprichosas, los chispeantes dibujos entre los troncos secos. Y como si no quisiera perderse la fiesta de la que es el principal protagonista, el indigente se despierta, vaya si se despierta, es ese el despertar que lo dejará sin palabras.

El inspector Vidal ha acompañado a Montero a Alcorcón, allí está ubicada la residencia donde vive Pedro Santos, aunque la palabra «residencia» sugiera casas con jardines y piscinas, mayordomos y aspersores, realidades todas que allí ni siquiera se intuyen. Es un centro especial, una suerte de asilo donde la Comunidad lleva o más bien confina a los casos que carecen de arreglo, aun cuando no sea la edad la que ha causado los estragos, desahuciados, paralíticos, terminales. Y entre ellos y con méritos sin duda suficientes figura Santos, que desde el día de la agresión no ha vuelto a pronunciar una sola palabra, como si lo sucedido le hubiera dejado literalmente sin habla. Y eso es exactamente lo que ha debido de pasar, las quemaduras de su cuerpo lo han convertido en un trozo de carne a la plancha muy hecha, las sucesivas operaciones han conseguido que pueda mover mejor las articulaciones, pero como si la voz se hubiera quemado también ese día, Santos calla desde entonces, obedece a consignas, tampoco pide nada si no se lo dan. Su vida se limita a estar tumbado en una cama que puede inclinarse a pedido y a dar algún paseo diario con una enfermera mal pagada en una silla de ruedas por los pasillos del centro, y si el buen tiempo acompaña amable, por el pequeño patio trasero, donde hay una fuente con peces naranjas que tampoco pueden salir de allí. No se queja, tampoco canta, algunas noches se le oye llorar.

En el trayecto que ha transcurrido en silencio para variar, con las calles de Madrid siempre atestadas para que nadie se extrañe, Vidal le ha enseñado en su ordenador las imágenes de lo sucedido en Valencia, Montero no ha pedido verlas, Vidal las ha puesto y él ha mirado vagamente la pantalla sin emitir comentario. Solo entonces, cuando Vidal le muestra ese día en su portátil las imágenes, Javier Montero se detiene a pensar en lo increíble del contenido de lo allí filmado, en lo alucinante que resulta que jóvenes se dediquen a dar palizas y grabarlas, a quemar a gente viva y a grabar los hechos. Es entonces y solo entonces, como si el secuestrador tuviera razón cuando afirma didáctico que en la

repetición está el principio de todo aprendizaje, como si para darse cuenta hubiera sido preciso ver a tres y no a dos personas afectadas por esos hechos que él no ha querido hasta ahora asociar al que ha llevado a su hijo a un Centro de Internamiento de Menores. Es entonces y solo entonces cuando Javier, obsesionado con Martos primero y con Mauricio ahora, con la deriva de su vida y con la frágil salud de su mujer, repara en que algo va mal, muy mal, en la sociedad donde vive, una sociedad donde hay quien se dedica a grabar sus propios delitos, cuando la lógica nos indica que quien comete un crimen no quiere ser visto, no quiere que nadie lo sepa, aunque solo sea por las negativas consecuencias que ese conocimiento externo pueden tener sobre él. ¿Qué extraña pulsión, qué fuerza incontrolable conduce a alguien a causar el mal y querer que se vea?, ¿es tal vez la maldita influencia de los videojuegos?, ¿es la confusión ya definitiva e irremediable entre imagen y realidad?

Porque Javier hace ya tiempo que ha constatado observador que el mundo de hoy es un mundo de imagen, que una imagen ya no vale más que mil palabras, vale más que todas las palabras juntas, o que las palabras ya no valen nada y es solo la imagen la que impera, se viaja para filmar o fotografiar cuanto se ve, no para vivirlo, todo se graba, el arte es ahora instalación *documentada*, en televisión se emiten programas cuyo contenido no es otro que la vida de unos inadaptados grabada veinticuatro horas al día en un recinto cerrado, la vida pública y la privada se confunden, se ponen cámaras dentro de las casas, en las tiendas, en las calles, el Gran Hermano no es solo ese programa de televisión y sus múltiples epígonos, es también la profecía de Orwell cumplida a rajatabla. Pero una cosa es juntar lo público y lo privado y otra lo lícito y lo ilícito, porque ahí el que graba se está poniendo la soga al cuello, no está exhibiendo sus miserias, está mostrando al mundo un delito del que es responsable. ¿Es consciente de ello?, ¿qué pasaría por la cabeza del gilipollas de Segrelles, cuyo nombre ya no puede separarse del epíteto, como Héctor *el de tremolante casco*, Segrelles, eso sí, usando el suyo con fines distintos a la protección?, ¿en qué estaría pensando?

En enseñarlo, eso está claro, en mostrar su hazaña, de hecho las imágenes que le ha mostrado Vidal están en YouTube, y eso quiere decir que has triunfado, ya todo el mundo puede verte, ya eres alguien, luego además del culto a la imagen hay que añadir la inconsciencia o directamente el desvarío, igual pensabas que en el fondo lo que estabas haciendo no era grave, o peor aún, era algo

loable, de otra forma lo habrías ocultado. Sí, pueden ser los videojuegos, en ellos el héroe va pasando esforzado muchas pruebas, y en ese proceso dispara y mata, pone bombas y golpea, quema y mutila, puede que los adolescentes de hoy vean toda la realidad como un videojuego y su cerebro bien alimentado opine idiota que matar a un tipo por la calle no es distinto a cortarle la cabeza a un dragón en tu pantalla, que no va a tener más consecuencias, que basta con apagar la Nintendo e irte a dormir, si además lo has grabado puedes mostrárselo a tus amigos, así lo verán por sus propios ojos y no pensarán que es solo una fanfarronada tuya. Pero ¿alguien quiere verse pegando a un mendigo indefenso?, ¿alguien quiere que sus amigos lo vean pegando a un mendigo indefenso?, ¿hay en el mercado videojuegos que proponen imaginativos esa actividad?

Porque entre lo tradicional y además razonable, que es que el asesino trate de borrar toda huella de su presencia en la escena del crimen, a eso nos han acostumbrado la literatura y el cine, de eso han vivido, entre eso y el que no solo no trata de ocultarlo sino que es él mismo el que le hace el trabajo a la Policía, el que *documenta* su propio crimen, como si fuera Eróstrato él también y fuera esa su manera de querer perdurar, de ser alguien, de vivir, o simplemente de pasar a la siguiente fase del videojuego y ganarse un extrabonus como el que cobra Montero a fin de año, media una distancia que el mismo Montero no entiende cómo se ha recorrido, cómo la recorren cada día los adolescentes. ¿Haría eso Juan?, ¿serían capaces Juan o Julián de algo así?, ¿no lo ha hecho ya el primero, aunque sea borracho?

La reflexión ha durado poco, unos minutos de pánico intenso en los que Javier ya no sabe muy bien en qué mundo vive, no tiene claro que el suelo sujete sus pies y con ellos a él mismo, en esos minutos debería haber utilizado sus manos para sostener una vez más su cabeza perdida, minutos donde no sabe si sus hijos son sus hijos o dos perfectos desconocidos que pueden llegar a cometer con alegría abyecciones como las que acaba de ver en la pantalla. Porque la reflexión ha empezado ahí, cuando ha visto esas imágenes, y concluye ahora, en el momento de posar para esta prueba, ha terminado cuando Javier no sonreía posando junto a Pedro Santos, sentado este en su silla de ruedas con los ojos que se entreven en el fondo, sumamente afincados ellos en el cogote de él, detrás de unos pedazos informes de carne que conforman su cara por pura acumulación, y no por presentar el aspecto que tiene

aquello que de consuno llamamos cara.

Es ahí, entonces y no antes ni en su casa, ni tampoco en el avión camino de Barcelona, ni desde luego en el AVE dirigiéndose a Sevilla o regresando a Madrid, cuando Javier Montero está a punto de desmoronarse, la visión de Pedro Santos, la de los otros involuntarios inquilinos de ese centro que es de este mundo pese a que parezca pertenecer a otro, lo ha dejado a los pies con herraduras de todos los enrabietados caballos.

Su compañero de foto, Pedro Santos, es otra muestra de que el progreso en España no ha sido igual para todos. Santos nace en un pueblo del interior valenciano hace cuarenta y cuatro años, aunque los imborrables recuerdos de las quemaduras le otorgan un aspecto de edad indefinida, de viejo eterno, de niño avejentado, o de extraterrestre con derecho a serie de televisión. La familia donde viene al mundo es modesta en recursos y muy rica en efectivos, siete hermanos lo preceden en ese mismo mundo, y solo tres días después de su llegada, como si su presencia fuera ya presagio de tragedia, su padre fallece en un accidente laboral. En verdad lo sucedido podría llevar otro nombre, pues a juzgar por las condiciones en las que trabajaba, el atropello que sufre cuando asfaltaba casi aburrido una carretera secundaria en medio del delirio con horno del mes de agosto, parece más bien una consecuencia natural del trabajo que un accidente, pues este suele implicar un cierto grado de sorpresa para merecer ese calificativo.

Hasta los once años Pedro es un niño más al que sus hermanos primero ríen divertidos las gracias por ser el pequeño, para luego dejarlo olvidado por muy pesado y no quererlo ver ni en pintura. A los once años sufre un brote esquizofrénico que nadie sabe leer, una tarde del mismo agosto en el que cumple años y su madre lleva flores a la tumba de su padre, esa tarde empieza a desvariar, le grita a una vecina sin motivo y con la vena del cuello muy hinchada, actúa de forma extraña, desaparece de casa, lo encuentran al día siguiente acurrucado y temblando junto a un árbol cerca del río, al llegar a casa le informa a su madre decidido y marcial que él es un emisario del Dios Albir, por si todavía no se había dado cuenta.

Los vecinos empiezan a utilizar la palabra «loco» para referirse a él, Marina, su madre viuda, no sabe qué hacer, los dos hermanos mayores le están dando ya angelitos más problemas de cuantos puede afrontar sola. Tras un segundo brote, que tiene su epicentro en el colegio, el director de este lo lleva a un hospital psiquiátrico, el

primero de una larga lista. Allí lo medican, se queda sedado, sale sedado, deja de tomar la medicación y vuelve a las andadas ya sin sedar, pasa una temporada larga en un sanatorio mental cuyas condiciones de hostelería e higiene no pasan la inspección más liviana, a los veinte años duerme en la calle de forma habitual, se ha ido de su pueblo, o mejor, del penúltimo sanatorio y está en Valencia, allí pide en la calle, como Lorenzo Martín pero sin su genuflexión con improvisado crucifijo.

Su madre lo busca y luego lo da por perdido, llora desconsolada cada vez que la llaman desde un sanatorio o desde una comisaría, pero en el fondo se da por vencida, al fin y al cabo su hijo está loco, y ella no está preparada para lidiar con eso, la locura es una señal más que le manda instructivo Dios todo poderoso, para que aprenda sumisa que la vida es en efecto un valle de lágrimas, las mismas ricas en sal que acaba de verter hace un minuto. Muerta Marina en 2003, deja a Pedro solo en este mundo si es que no lo ha estado siempre, y más por inercia que por voluntad de supervivencia llega sorprendido hasta los cuarenta años sin abandonar la calle, se cambia de barrio, tiene periodos estables y otros desatados. Una madrugada unos jóvenes entran en el cajero donde duerme, lo rocían con gasolina y le prenden fuego. Y hasta hoy. Cuando el inspector Vidal y Javier Montero abandonan el centro donde vegeta, y la nada amable enfermera lo devuelve a su cama para que pueda contemplar sin ser molestado el techo con grietas de su habitación sin vistas, Pedro Santos abandona el relato sin haber pronunciado una sola palabra, y sin despedirse, sale de escena.

Pedro Santos comparte generoso muchas cosas con Miguel García Lasarte sin saberlo, y entre otras la falta de costumbre de leer la prensa, ni la digital ni la impresa, y nunca habría por tanto contestado a la encuesta. Tampoco habría respondido a las preguntas si se las formularan los intrépidos encuestadores desplazados hasta su lugar de residencia, nada, ni siquiera con lenguaje facial, nada de nada. Ni «¿es usted feliz?», ni «¿vislumbra el futuro con esperanza?». Nada. Porque cuando uno se ha convertido casi en cosa, nada es única respuesta, o mejor dicho, la nada, el silencio, o mejor aún, ese apartado que se incluye en toda encuesta que se precie, ellos mismos lo contemplan como hipótesis de trabajo, «no sabe no contesta». Pues eso, no contesta.

Para la otra prueba que el secuestrador le pide, Javier Montero no ha tenido que recurrir esta vez a libros comprados, se basta con su memoria, si el objetivo de esas preguntas de cultura clásica es

exasperar sus nervios, minar su moral, el secuestrador lo está cumpliendo con creces. Cuatro raptos le ha pedido, el primero que le viene a la cabeza es tal vez el menos conocido, el rapto de Ganímedes. Y en efecto, como el secuestrador afirma en su correo ese rapto no se llevó a cabo para pedir un rescate sino por amor, como casi todos los de la mitología griega. Zeus, secuestrador bastante asiduo en el Olimpo, amigo del disfraz y de la trampa, se encuentra a este joven apuesto en el Monte Ida de Frigia y lo rapta con la forma de un águila, como si fuera la escena que abría los programas de Félix Rodríguez de la Fuente, la música de fondo y el águila transportista llevándose a un ciervo como si acarreara una pluma. En este caso el transportado es el joven y siempre necesariamente bello Ganímedes, que terminó de copero de los dioses, no sabemos si con síndrome de Estocolmo, aunque hubiera sido en todo caso un anacronismo, si no el sentimiento sí al menos su definición. Montero se acuerda ahora de una escultura que hay en el Prado con el águila Zeus y el niño Ganímedes, igual que se acuerda de otro de los raptos por amor, el de Perséfone, secuestrada por Hades y llevada al infierno. En este rapto la madre de la víctima, Deméter, se enfada y de verdad, y traslada la desgracia al mundo entero, logrando que Zeus inaugure el juicio salomónico al dividir el tiempo de la raptada, unos meses al año con tu secuestrador en la cárcel del pueblo mencionada en el correo, otros en la superficie para que te dé un poco el sol, que tienes mala cara. El tercero que anota es el de Europa, de nuevo Zeus travestido en animal, esta vez toro, de nuevo el móvil amoroso, de nuevo la falta de rescate.

Y el último es el de Elena, rapto cuyas consecuencias son toda una guerra, un rapto con móvil otra vez amoroso, salvo que pensemos que el objetivo era otro, procurar el material suficiente para que alguien que hemos convenido en llamar Homero escribiera la Ilíada y la Odisea. Y con este son cuatro, misión cumplida, aunque por supuesto todas estas consideraciones no las ha incluido en su correo Javier Montero, pero sí responden a la manera irónica que él tiene de tratar la mitología, así se lo cuenta o se lo contaba de vez en cuando a sus hijos cuando se dejan o se dejaban, se dejaban más de pequeños, claro está, les contaba los mitos como batallitas del abuelo cebolleta, se lo pasaban bien, algo de cultura clásica les queda. Pero no está el horno para bollos ni el día para alegrías, así que Montero se limita a escribir en el correo, rapto de Europa, de Perséfone, de Ganímedes y de Elena, a añadir la foto

con lo que queda de Pedro Santos, y a pedir otra vez no cambiarse por Julián pero sí que le mande una prueba de que está bien.

Y sin consultar al comisario ha empezado el correo con un «Querido Mauricio», y tras incluir los deberes añade: «Nadie va a devolverte a tu hermano, si lo que querías es que sufriéramos como él, ya lo has conseguido con creces, suelta por favor a Julián, prometo no guardarte rencor, no eres una mala persona, sabes que nosotros tampoco». Y así, sin consulta ni repaso, lo ha escrito y mandado sin más, y el laconismo no es esta vez estrategia para enfadar al secuestrador sino una muestra de su estado de ánimo, no cree que sirva para nada. Eso sí, en un error motivado por el agotamiento, le ha puesto también como destinatario del correo al comisario Soto para que se dé por enterado, como si fuera una gestión de trabajo de las muchas que ahora se efectúan por correo electrónico, sin darse cuenta de que le está con ello indicando al secuestrador que hay otra gente al tanto del secuestro, un comisario principal de Policía para ser más exactos.

Mientras tanto, y para cumplir con la rutina en la que se está convirtiendo el secuestro, por la noche vuelven a llegar noticias de Dominicana, el final del día es siempre suyo, el Mayor General se ha puesto a trabajar abochornado y violento, lo que iba a vender a Soto como un favor, pues no solo localizó al sujeto sino que lo interrogó él mismo, *personalmente*, adverbio que se utiliza para poner énfasis en la importancia que se le da a un asunto, lo que iba a vender como un favor se ha convertido en un ridículo espantoso. Porque después de transmitirle que el tipo es inofensivo se les escapa, el hombre encargado de su vigilancia en el hotel acaba de concluir precoz su brillante carrera en lo que aquí y no allá se conocen como los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Y como está ahora en situación de bochorno, no le devuelve la jugada al comisario llamándolo a las tres de la mañana, a las once hora española ya le está informando de cuanto ha logrado averiguar, información que sirve para demostrar que se ha ocupado del caso y que no le faltan fuentes, pero que para su desgracia y cabreo no le devuelve el prestigio perdido, pues ya nada más se puede hacer. Y ya nada puede hacerse, o al menos él ya no puede hacer nada, porque Martos ha abandonado su jurisdicción, las noticias indican que la misma noche de su fuga, esto es ayer mismo, el ahora sospechoso en compañía de otros cruzó esta vez solo la frontera con Haití, adonde llegó en taxi, que pidió desde un hotel vecino al suyo. El Mayor General, para tratar de demostrar esa profesionalidad

que le ha faltado, le ha enviado a Soto por fax un detallado informe de las actividades de Martos en República Dominicana, de sus horas de entrada y salida, de la hora precisa de su paso por la frontera, del nombre completo del funcionario que le selló el pasaporte, todo en efecto muy detallado pero no por ello menos inútil.

—Está en Haití, comisario, este pendejo es más listo de lo que parecía, y no se preocupe, si vuelve por aquí no se me vuelve a escapar. —Así se ha despedido el Mayor General, y en la voz saltaban chispas, desde luego a Martos no le conviene mucho desandar el camino, no hay nada más peligroso que un animal herido, nada más temible que un Mayor General humillado en su propio terreno.

Soto se ha puesto a trabajar, esta vez ha hablado directamente con el agregado de Interior en Haití, es a la vez más fácil porque lo conoce y más difícil para él pasar desapercibido, le pide que haga un peinado por los hoteles, y si lo encuentra no debe solo interrogarlo, sino además no moverse de su vera, no permitir bajo ningún concepto que él se mueva de la suya. Son las doce y cinco hora española, a las seis de la mañana volverá a llamarlo, quiere noticias, el agregado está pendiente de un traslado y sabe que debe dárselas y buenas si quiere que este no sea al lugar equivocado, al menos esta vez Soto no ha insistido en que lo quiere para hace cinco minutos, tal vez desde Haití el agregado no lo habría entendido.

Antes de la llamada Soto ha recibido con estupor el correo de Javier Montero, craso error de bulto, espera que no tenga consecuencias, no tanto por dirigirse a Mauricio, que puede hasta ser útil, como por ponerle a él copia. Montero se lo ha mandado desde el hotel, donde sigue María sedada y Carmen a su sombra, Javier ni se ha molestado en ir a García de Paredes, la visita a Pedro Santos le ha hecho pasar de la indignación de hace unas horas a un estado de puro abandono. Soto tampoco ha querido llamarlo ni al leer el mensaje ni después de hablar con Monleón, es mejor que descanse por hoy, además su principal preocupación tiene que ser el secuestrado y no tanto su familia.

Y hablando del secuestrado y del secuestrador, el comisario dispone al final de esta jornada de tres sospechosos: en la esquina de la derecha, con calzón blanco de coca colombiana y noventa kilos de sobrepeso, Paco Martos, que está en paradero desconocido, pero al menos se saben los nombres y apellidos del país, es un consuelo; en la esquina de la izquierda y vestido de luto y sin haber pasado

por la báscula, Mauricio García Lasarte, este más a mano, en su propia casa, no se ha movido, no hay llamadas, ningún movimiento; y en el centro, con calzón negro y el pelo sucio, la mirada de tigre y setenta kilos de fibra contenida, el rumano Adrian Iliescu, en quien el tiempo no está teniendo el efecto deseado, aunque no se ha movido él tampoco, no solo en su caso de ubicación, pues no le han dejado salir, sino tampoco de su declaración lacónica y reiterativa, él no sabe nada de ningún secuestro, no tiene papeles, por eso huyó en el Work Center, tiene una familia que mantener, no piensa contar qué ha hecho en los últimos días. La agente Muñiz opina que aún es pronto, hay que dejar que pase más tiempo, la noche en comisaría puede aclararle las ideas.

Tiempo, tiempo, ¿tendrá tiempo?, se pregunta Soto camino de casa, el anillo con sello golpeando el volante sintético de su coche con ABS. ¿Tendrá tiempo para detener a Martos, para que el rumano cante, para que se mueva en alguna dirección Mauricio? Pero esta es una partida de dos, y además de tus movimientos, además de tu estrategia, debes estar pendiente del otro, si te concentras solo en las jugadas que vas a dar, si vas a mover primero el caballo, el alfil o la reina, y descuidas los movimientos del otro, estás vendido, claro que aquí para empeorar las cosas no ves a ese otro, no lo tienes enfrente, no sabes quién es. Veamos cómo actúa el secuestrador, él juega con las blancas, a él le corresponde la iniciativa, quien quiera que sea hay que esperar, y desde luego por lo menos hasta las diez de la mañana, esa es la hora en la que hasta ahora ha habido novedades. Vamos, que mañana será otro día, concluye Soto dejando ya el coche en el garaje, tratando de dejar también ahí con él las preocupaciones de la jornada.

XII

El viernes 10 de octubre va a ser un día marcado por la espera, un día que solo él serviría sin necesidad de ayuda para representar con dignidad el modelo, en este caso el de la espera pasiva. Javier Montero ha tenido tiempo, pero no ganas, de releer el ensayo donde se diseccionaba esa espera, como se abre en canal un batracio y desnudo en su interior lo vemos tumbado sobre la mesa del laboratorio. Y allí está, en ese ensayo yace el batracio de la espera boca arriba, abierto de par en par, e incluso el más lego, si no es muy escrupuloso y echa un vistazo al animal, deducirá tras una aproximación hasta breve que por dentro esa rana está llena de angustia, trufada de miedo.

Y como no lo ha releído, Montero no ha podido recordar que para esa espera pasiva uno de los dos libros que el ensayo citaba es *Zama*, de un escritor mendocino de nombre italiano, Antonio Di Benedetto, obra de la que se acordó en el muy reciente viaje a Barcelona. El autor dedica el libro a las víctimas de la espera, y quien espera en él es el protagonista, don Diego de Zama, él aguarda ansioso y luego, ya harto en la muy periférica y remota Asunción del Paraguay, aguarda ansioso y harto a que La Corona española para la que trabaja lo traslade magnánima o incluso simplemente justa o hasta manifiestamente equivocada a Buenos Aires. La novela arranca con una escena genial en la que Zama acude desesperado al muelle para ver si llega el barco que debe transportar a bordo la notificación de su traslado, aunque no le consta que tenga que llegar a esa hora, y menos que esa carta con nombramiento forme parte de la carga. Y allí, en el muelle, Zama divisa un mono muerto, cuya descripción es toda una metáfora de su propia vida, y ya de paso quizás de la vida de casi todos nosotros.

Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrépito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no.

Así está Zama, por irse y no, esperando. En cada párrafo, seco y desnudo, casi en cada frase sin adjetivos, esa espera de don Diego se masca en el texto, se percibe la angustia del protagonista, se transmite esa angustia, y el lector acaba viviendo esa espera como si fuera él el que aguardara el traslado y no don Diego. Y eso que al menos para quien lee esa espera lo es activa, pues sigue leyendo, la propia lectura le cambia el adjetivo, la convierte en activa, Zama no. Pronto adivinamos que ese traslado es una quimera, que sus días y sus noches pertenecen a ese lugar inhóspito y ajeno, que la carta con el deseado nombramiento con derecho a mudanza no llegará nunca.

Y es que quien espera una carta de esa forma detenida se consume, y solo le queda repetirse animoso preguntas de las que casi siempre conoce la respuesta: ¿y si se ha perdido?, ¿y si se la quedó el cartero? Y con las preguntas llegan también las dudas, no sé si mandarla una vez más, o mandar otra pidiendo el acuse de recibo de la anterior, o quizás no sea una buena estrategia, puedo terminar resultando demasiado insistente, pesado incluso, y eso acabará yendo en mi contra. Pero pasan los días y no recibo nada, ahora ya son meses, dentro de poco hará un año, la mandé por correo certificado, guardo el recibo, miro la fecha cada cierto tiempo. No, el silencio es la única respuesta, y el que espera precisa llenar ese silencio con sus cávalas, con sus noches en vela, imagina la carta, la visualiza, la lee, puede ser un pedido concedido, por la presente le notificamos su nombramiento, o la amada perdida destinataria de una misiva implorando reconciliación, estaba esperando con ansiedad tus noticias, yo también quiero volver contigo, o el hijo con el que te has peleado, también yo me arrepiento de haberte gritado, también yo te quiero, papá.

Zama sería así el ejemplo de una variedad de la espera pasiva, la de la espera que por lo menos lo es para algo bueno. El que espera así aguarda que algo positivo suceda, que lo trasladen a Buenos Aires como Zama, que la novia se reconcilie, que le concedan una licencia, un permiso, que el hijo le dé finalmente un abrazo necesariamente sentido. Es la espera del que juega a la lotería, la espera mucho más breve del que ve rodar la bolita en la ruleta y quiere que salga el rojo, espera, sí, pero una espera que presupone una posibilidad positiva, que lleva escondida el germen de algo bueno, es esa una espera esperanzada y no miedosa. Y esa espera puede ir seguida de una decepción o de una alegría, pero también de más interminables dosis de espera como la de Zama, el

suyo es sin duda el aprendizaje de la decepción, la espera sostenida en el tiempo, la casi seguridad de que la posibilidad seguirá siendo solo eso, nunca dejará de perder esa condición, y si la pierde no será para convertirse en realidad sino en quimera.

Una espera que se alarga solo por la vía negativa, por la ausencia de negativa expresa, porque tampoco recibes una carta que te anuncia que no se reconcilia la mujer amada, porque aún no tienes los datos seguros de la lotería, igual te ha tocado la pedrea, porque tampoco ha llegado un despacho informándote cabrón que no va a producirse ese nombramiento que tanto deseas. La víctima de esa espera, a quien Di Benedetto dedica *Zama*, se aferra a lo que sea, piensa que puede darse una conjunción astral que logre que sus objetivos se cumplan, al menos por un instante del día necesita pensarlo, necesita creerlo, pues es eso lo único que lo aferra a la vida, es esa posibilidad que ya no lo es la única capaz de generarle los ánimos necesarios para levantarse por las mañanas, negarla, aunque disponga de una evidencia hecha de meses o años, es negarse a sí mismo la posibilidad de seguir viviendo.

Y en el supuesto de que la posibilidad positiva se convierta en positiva realidad, y si la espera se ha prolongado, muchas veces el que el objetivo se alcance deja al que esperaba con cierto grado de insatisfacción, porque con el tiempo las expectativas generadas no se cumplen, porque esas expectativas han sido demasiadas, porque vivía de ellas en el fondo, porque en el fondo su vida estaba sostenida sobre ellas. Y no la espera y sí y solo su final te deja sin argumentos, no es todo tan bueno como pensabas que sería, la reconciliación se ha producido pero con ella la convivencia y con esta los problemas, tu hijo ha vuelto a gritarte solo cinco minutos después del abrazo, te llega el nombramiento y el lugar donde te destinan resulta peor que aquel donde estás, empiezas incluso a echarlo de menos, a evocar sus tardes no tan tediosas al cabo, su clima no tan infernal. Es la naturaleza humana, qué le vamos a hacer. Claro que si la espera es breve y el resultado bueno, como el de la bolita de la ruleta, pues para suerte del corazón del jugador ese rodar no dura quince días, ahí sí hay alegría y de las buenas, alegría sin contrapartida.

A Montero le encantó la lectura de ese ensayo sobre la espera que a su vez le procuró otras lecturas, porque siempre a lo largo de su vida ha visto en la espera una cruz, una de las servidumbres que nos regala la vida. Le tocó esa espera pasiva en el sorteo para el servicio militar donde salió excedente de cupo, pero fue espera

breve y con resultado positivo, le ha tocado varias veces en su carrera profesional, la espera por el puesto que puede llegarte, la incertidumbre, las expectativas, a veces cumplidas, a veces no. Y luego, a medida que se ha ido haciendo mayor, también ha llegado la otra espera pasiva mencionada en el ensayo, la espera ya no esperanzada sino sinónimo de angustia, angustia de que algo malo pase, la que sufre quien aguarda la llegada inminente de algo malo. Esa espera la ha vivido cuando sus padres enfermaron y murieron, espera ceniza esa, donde no hay posibilidad alguna de mejora, virgencita que me quede como estoy.

Para ese segundo tipo de espera pasiva, el libro que leyó Montero citaba *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati, como modelo perfecto. En esta novela de Buzzati, el protagonista es el capitán Giovanni Drogo, que deja su ciudad para ir destinado a una fortaleza, de nombre Bastaiano, donde junto con el resto de soldados espera en un puesto fronterizo a que lleguen los tártaros, esto es, el enemigo. Pero los temidos tártaros nunca aparecen, allí, al fondo de la línea del horizonte que marca la arena del desierto y el cielo de luz imposible no viene nadie, nada se mueve. Al autor del ensayo este libro le sirve para definir la espera pasiva de lo negativo y recuerda cómo un filósofo apuntaba sabio que muchas veces la angustia por lo que puede pasar es peor a la realidad. Es la espera del capitán Drogo a que llegue ese enemigo terrible, la espera de la bronca que invariablemente van a recetarte tus padres por haber llegado mucho más tarde de la hora prevista, esa espera la ha sufrido más de una vez Juan Montero, la espera del condenado a muerte, la espera de la sentencia implacable.

No sabemos, por no haberlo podido constatar, si la muerte luego no resulta tan mala como pensaba el condenado, pero aquí, como recordaba el filósofo, el fin de la espera puede ser el fin de la angustia aunque el resultado sea negativo, la confirmación de los pésimos agüeros no te ha causado tanto daño como prometía. Y es verdad que a veces la bronca no ha sido tan fuerte, también es cierto que otros días esa bronca te llega sin verla venir, ignoramos si los tártaros hubieran sido tan fieros como los pintaban, ahí es verdad que uno tendría ganas de enfrentarlos pero más por hastío que por comprobar si no eran tan terribles, que vengan de una vez y que sea lo que tenga que ser.

Y en medio, entre la espera del traslado de Zama y la del capitán Drogo por los peligrosos e inexistentes tártaros, en su justo medio está la que padecen los Montero, espera que es esperanzada porque

hay posibilidad positiva, que Julián regrese sano y salvo, que a Juan lo liberen pronto, y espera que es también angustia y de las buenas, miedo a la realidad, en este caso a la confirmación de los temores, porque aquí los temores son precisamente de que ocurra lo peor, en el caso de Juan una condena, en el de Julián lo irremediable.

Pero tal vez convendría precisar que en efecto esa espera pasiva lo ha sido para los Montero, el comisario Soto no se ha quedado de brazos cruzados, y al descruzarlos ha convertido su espera en activa. A las diez de la mañana todos aguardaban el mensaje del secuestrador que no se ha producido, aunque si ya ha roto la rutina un día es que ya no existe tal rutina, podría haber escrito a las diez o las once, como si lo normal en su vida fuera que Javier Montero recibiera cada día a las diez un mensaje de un secuestrador, como si la situación normal de su hijo Julián no fuera ir al colegio sino estar en manos de ese secuestrador que manda tan puntual sus mensajes, posar para él con el periódico del día. Ese mensaje no ha llegado y su ausencia ha sido la que ha ido desencadenando las decisiones. La primera, Soto ha tramitado los oportunos permisos para entrar en la casa de Mauricio, mientas tanto su equipo ha estado haciendo más averiguaciones sobre el personaje, han hablado con profesores, con compañeros suyos, pero sin ningún resultado. Un tipo normal, retraído, profesional, ordenado, culto, amanerado, buen compañero. Nada más. Ante la ausencia total de señales de vida del sospechoso —no ha salido de casa, no ha llamado, no ha contestado a ninguna llamada—, Soto ha enviado sobre las dos de la tarde a un policía disfrazado de pizzero, que llama a la puerta para entregar una pizza familiar cuatro estaciones con extra de queso y de cebolla. Nadie contesta, nadie abre la puerta, pero puede ser que Mauricio esté deprimido por lo de su hermano y lleve dos días metido en la cama. Pero ¿y si se ha escapado?, ¿y si ha salido por la puerta de atrás como Martos de su hotel?

La pista de Martos gana enteros este viernes, el agregado lo ha localizado, está en otro hotel esta vez de Puerto Príncipe, muy alterado y pasado de coca, lo tiene retenido en su habitación, un policía haitiano de toda confianza lo acompaña, le ha mandado a Soto el contenido del disco duro del ordenador y el del móvil, las deficiencias tecnológicas de Haití dificultan la tarea, pero ahí tienen sin duda dónde trabajar. La escapada a media noche ha convencido al comisario de su condición de sospechoso, porque no se ha

escapado por la deuda y las amenazas del acreedor, la tenía y en el hotel seguía, y sin embargo cuando alguien llega y le pregunta por Javier Montero y con un policía en la puerta vigilándolo, se escapa por la ventana a media noche y cruza una frontera, una frontera que no es precisamente la del Principado de Mónaco. ¿Y el rumano? el rumano sigue sin hablar, la agente Muñiz lo ha interrogado cada dos horas, cada dos horas ha repetido puntual el rito de ordenar que lo saquen de la celda y lo lleven a la salita con espejo para una vez allí repetirle cansina las preguntas, el objetivo de esa terapia es que él vea que ellos no se van a cansar de preguntarle, más le vale cansarse él. Pero hasta ahora es en vano, no suelta prenda, no cuenta qué hizo en los días pasados, dónde vive su familia. Nada. Eso sí, está limpio, si ese es su nombre verdadero no tiene antecedentes, tampoco está empadronado, no tiene tarjeta de crédito, luego nada puede saberse de sus movimientos, han mandado la foto y las huellas por la Interpol y a Rumanía por si tienen algún dato. Nada.

Y de los posibles delincuentes a las víctimas y sus familiares, Soto ha mandado al hotel para asistir a María a un psiquiatra del ministerio por insistencia de Fajardo, un Fajardo que sigue el caso muy de cerca pero que no ha querido meterse más para no inmiscuirse en las funciones del comisario, aun así habla con María cada día y ha percibido su progresivo deterioro. Pero el psiquiatra no ha llegado a ver a María, Carmen, después de discutirlo con Javier y este con Fajardo, lo ha impedido. Y es que María se ha pasado el día en la cama, no quiere levantarse, pero tanto Carmen como Javier piensan que ahora no hay que forzarla, mejor esperar a que haya buenas noticias. Carmen ha estado en contacto desde el lunes con el psiquiatra que atendió a María durante su depresión, es él quien está sugiriendo la medicación, pero no conviene que María piense, aunque debe de estar pensándolo, que lo de ahora puede terminar en recaída, en realidad, en este momento le importa más bien una higa lo que le vaya a pasar a ella, solo quiere ver a sus dos hijos en casa, solo quiere en pocas palabras que le devuelvan la vida normal que disfrutaba tan solo hace una semana.

Y como no hay buenas noticias, ahí sigue en la cama, Javier tampoco está muy allá, había planeado ir a ver a Juan pero no se siente con fuerzas, ha hablado con él por teléfono, le ha contado mentiroso que María está muy acatarrada y por eso no lo llama ella. La conversación ha sido seca, tanto que Juan le ha preguntado un par de veces si estaba bien, si le pasaba algo además de lo que a

él le pasa. Él, por cierto, está bien, con muchas ganas de salir, sigue exhibiendo esa madurez recién adquirida pero en apariencia sólida, no le ha gritado sácame de aquí ni haz que el juicio sea cuanto antes, y eso que también a Juan le han llegado las noticias, la muerte del indigente, las perspectivas de salir de forma inmediata son ahora remotas. Javier ha hablado antes con el abogado, Martín ha querido sonar optimista en cuanto al fondo pero no lo ha conseguido, de nuevo también en esto hay que esperar, al menos dejar pasar un tiempo, con el cadáver fresco del indigente no puede insistir en que suspendan las medidas cautelares.

—Mañana vamos a verte, tienes que ser fuerte —concluye Montero la conversación con su hijo, con una voz que suena a súplica y con un mensaje que parece dirigido a sí mismo, ya antes de terminar se ha arrepentido de haber llamado, no ha podido estar a la altura.

—¿Y el Juli? —pregunta entonces Juan—, ¿por qué no me lo pasas?

Javier ha tardado en contestar, la rapidez mental que le ha hecho ganar tanto dinero a él y a la empresa está ausente, se ha debido de ir con la tranquilidad a algún lugar desconocido, podía haber resuelto el problema contestando que estaba en su oficina. Por fin, tras una pausa en la que tose para justificar el silencio, responde:

—Julián está muy afectado con lo tuyo, no sabe qué decirte, dale un tiempo. Y verás como en cuanto los periódicos dejen de hablar del asunto te sacamos, te lo prometo.

Y mientras María duerme y Javier se hunde, las bolsas se derrumban con él a su vera, la crisis financiera, lejos de aliviarse, empeora cada día, aquí el viernes 10 no ha sido día de espera sino más bien día de actividad notoriamente descendente. Wall Street se desploma un siete por ciento, batacazo en la bolsa de Tokio, los titulares se repiten, a los periodistas les molesta que la crisis dure y no tanto porque van a echarles en el ERE inminente, que no es la erre pronunciada por alguien con frenillo sino un Expediente de Regulación de Empleo, así llama la corrección política a que te pongan en la puta calle. Aquí, al igual que sucedía en el caso de los adolescentes, las iniciales sirven para esconder la identidad, al menos para maquillarla, aunque el resultado sea en este caso el mismo, detrás de las iniciales hay un delincuente, detrás del ERE hay un despido. Y a los periodistas les molesta profundamente porque se quedan sin adjetivos además de sin trabajo, el diccionario

de sinónimos no basta, derrumbe, batacazo, pánico, crac. Y claro, repetirse nunca es bueno, si cada día adjetivamos como histórica la caída de las bolsas, el adjetivo no es ya que pierda su fuerza, es que termina por ser incorrecto, sería mejor decir «diaria» y no «histórica» si cae todos los días tanto, pues lo cierto es que no es un hecho excepcional, a eso llamas histórico, es más bien cotidiano, cae a diario como llueve o llovía en primavera, el libro de estilo de los periódicos nada nos dice sobre cómo afrontar el problema.

Pero hay titulares reconfortantes, y quizás para estudiar los efectos colaterales de la crisis, hoy día viernes 10 de octubre es el Día Mundial de la Salud Mental, porque hoy, o mejor dicho, cada día, hay días mundiales para todo, históricos también todos ellos, pues se trata de acordarse de lo allí mentado en ese día y olvidarlo el resto del año, pues después de uno viene el otro, y si hoy te consagras a la salud mental con todas tus fuerzas, mañana será el Día Mundial de la Petanca, luego el de la Cistitis, en un par de jornadas llega para tu solaz el del Lirón Careto. «Existen alternativas al manicomio», ese es el titular con el que el periódico celebra este día tan especial. En España hay alrededor de un millón de personas que sufre una enfermedad mental grave, eso nos aclaran después, y lo primero que pensamos es que a qué esperan para meterlos a todos en el manicomio, y lo segundo es que no, mejor no, no vaya a ser que estemos nosotros también incluidos en el millón. Pero hay más, por si quieres evitar el asunto de la salud mental, el setenta y cinco por ciento de los pingüinos podría extinguirse, desmantelada una red que suministraba éxtasis, el Dalai Lama operado en Nueva Delhi. Ya lo ven, podemos matar la espera regodeándonos en la desgracia ajena, en el tan mal como estamos nosotros están otros, fíjate los pobres pingüinos, miras a tu alrededor y sabes que solo veinticinco de cada cien de tus compañeros estarán mañana en el desayuno, que tal vez no estés tú mismo. Pero si no nos basta, siempre podemos también sustituir nuestra angustia por la curiosidad. ¿De qué han operado al Dalai Lama?, ¿permitirá su religión el uso de la anestesia?

XIII

Tres coches están llegando parejos por las arterias que conducen a una plaza, que desembocan en ella, tres, solo tres coches. Lo normal es que no alcancen nunca la plaza a la vez, que el acceso a ella se produzca de forma escalonada, aunque sea por milésimas de segundo, porque no han sincronizado sus relojes, tampoco están poniendo en escena una coreografía automovilística, y sin embargo, los tres tocan plaza exactamente al mismo tiempo, en el mismo preciso instante. Soto tiene a los geos apostados en la entrada de la casa de Mauricio García Lasarte, tres en el garaje, tres en la entrada, dos por la azotea, un efectivo mayor rodea todo el edificio. Pero en ellos la sincronización sí es deliberada, allí sí hay coreografía esta vez humana, van a actuar armónicos de acuerdo a un patrón preestablecido, están simplemente esperando una orden. Donde la sincronización espontánea se produce es entre ese movimiento, que obedece a una decisión del comisario y a las oportunas autorizaciones para poder tomarla, y dos hechos, que como los coches llegan al mismo tiempo y por tanto ya no son hechos aislados, como si no quisieran perderse la imagen de ese tercero desembocando en la rotonda, o como si no quisieran ser ajenos a cuanto allí sucede. Porque en el mismo momento en el que el comisario Soto transmite la orden al jefe del operativo de los geos, y este por radio grita pero en voz baja ¡ahora!, suena también gritón el teléfono, es el agregado de Interior de la Embajada de España en Puerto Príncipe, Paco Martos se ofrece a confesarles dónde tienen a Julián a cambio de un tirito de coca y una carta por la que le exoneran de todo firmada por su superior, afirma que si en unas horas no reciben noticias suyas, la banda que está llevando a cabo el secuestro tiene instrucciones de matar al chico, quizás ahora esté hablando en serio.

El comisario Soto escucha con el móvil en su mano derecha y la radio en la izquierda, con Javier Montero y María abrazados en una esquina de su oficina, sosteniéndose los dos más que abrazándose, para al menos así lograr tenerse en pie. Soto oye al agregado justo cuando uno de los geos, con una mínima descarga imperceptible,

abre cirujano la puerta de la casa de Mauricio García Lasarte, en ella entra sin ser invitado un bote de humo, también tres hombres hacen lo propio marciales detrás de él, pertrechados con máscaras y vestidos de luto riguroso, por el garaje está accediendo a la casa después de un procedimiento parecido el resto del equipo igualmente uniformado, tampoco ellos han sido invitados, en su proceder demuestran la asepsia de una operación de corazón, la misma coordinación ensayada que se verifica nunca improvisada en el cambio de ruedas de un coche de Fórmula 1. ¿Qué le digo, comisario?, ¿qué hago? La pregunta la emite la voz pastosa del agregado, que refleja ya hartazgo y poco convencimiento, a ella se suma o se interpone el tercer coche, y esta vez es la agente Muñiz que irrumpe nerviosa en el despacho para anunciar, casi temblando, que el rumano quiere contarles algo, quiere ver al comisario cuanto antes, se ha decidido a hablar.

Hay un cuarto coche, o mejor dicho, en la plaza convergen cuatro calles, hay una arteria por la que no circula ningún vehículo junto a los otros tres. Pero ese coche espera un día, una jornada completa de veinticuatro horas justas, y un día después a la misma hora, el cuarto vehículo llega puntual y solo a la plaza, ese coche es Juan Montero, que se cuelga en su celda del Centro de Internamiento de Menores de El Renasco con un cinturón prestado.

El resto de la ciudad y también del mundo prosigue borrego con una ceremonia que es la de su propia confusión, la ceremonia conformada por sus muchas confusiones acumuladas y contemporáneas, metros que llegan puntuales, otros que salen sin prisa, ascensores que se paran entre dos pisos con ocupantes que pretendían alcanzar alguno, aviones que despegan sin novedad, gente que tira de la cadena aliviada, que enciende un cigarrillo ansiosa, a la misma hora, a las diez en punto de este sábado en el que la crisis ya es más crisis que nunca, ella globalizada al igual que la costumbre de pegar y grabar, como los secuestros sin rescate, como los suicidios carcelarios con cinturones ajenos. A Soto la coincidencia temporal le ha parecido una suerte de broma sin gracia del destino, él ya ha tomado su decisión, cree estar en lo cierto aunque eso no suponga necesariamente acertar, ha conseguido la autorización del juez para entrar en la casa de Mauricio, el secuestrador no ha dado señales de vida, si se trata además de una persona que no es un delincuente profesional hay menos riesgos, conviene sin duda actuar. Es este el momento oportuno, es la suya la decisión correcta, la que le dicta sabia su experiencia acumulada

y su instinto, el éxito en su oficio como en tantos otros reside en saber tomar las decisiones correctas en el momento justo, ni un poco antes ni un instante después.

La falta de correo de respuesta del secuestrador a las diez de la mañana, la hora prevista, ha marcado definitoria el pistoletazo de salida. Soto tenía todo el operativo preparado y aunque no se lo había comunicado con claridad a los Montero para evitar falsas expectativas y por si entraban en juego nuevas circunstancias, ese era el detonante. Un correo del secuestrador con otras tareas y la foto de Julián con el periódico de hoy habría activado el plan B, un plan que pese a ponerse en marcha no implicaba ninguna actividad, más allá del cumplimiento de las pruebas por parte de Javier. Esperar, o mejor dicho, seguir esperando, eso habrían hecho de tener ese correo entre las manos, pero ahora una de las pautas del secuestrador se ha roto y por dos días, algo ha pasado, ahora y no antes es cuando conviene actuar. Aunque desde fuera, desde lejos y también desde mucho más cerca, los otros dos coches se han llegado decididos a la rotonda para mostrar su disgusto. ¡Un momento, un momento, yo también quiero decir la última palabra, déjeme hablar a mí!, le anuncian inoportunos a Soto a la vez y a voz en grito, para que asuma que no solo él va a marcar el curso de cuanto sucede.

Francisco Martos, el segundo de los vehículos en entrar en la plaza, nace en Madrid en una familia de clase media sin acomodar, el padre es funcionario de correos en las secciones menos nobles del escalafón, la madre, secretaria de muy baja dirección, al punto de definirse a sí misma como telefonista, para que nadie, tal vez empezando por la interesada, se llame a engaños. Desde muy pequeño contesta con la palabra «rico», a la pregunta inevitable de «¿qué quieres ser de mayor, bonito?», y pese a que quien ha formulado la pregunta suele reírse de la contestación, Martos no la cambia nunca, pues es para él una convicción profunda, o más bien un deseo, o quizás una vocación, en cualquier caso resulta ser lo único que tiene claro en esta vida. La vía académica no parece ser el medio elegido para alcanzar sus objetivos, pues es expulsado de tres colegios por zángano y díscolo, un año repite muy torpe curso, cualquiera que lo viera en esos tiempos diagnosticaría sin necesidad de un estudio detallado que sufre una suerte de irreparable aversión escolar.

Durante un par de años forma parte de una banda juvenil y callejera que pulula ociosa y delincuente por su barrio causando pánico a los vecinos, uno de sus integrantes trapichea él también

emprendedor con hachís, un día la Policía detiene al compañero mercader, a Martos se lo llevan a comisaría para interrogarlo junto con otros dos, finalmente lo sueltan sin cargos. El joven interpreta perspicaz lo sucedido como una señal, y desde ese día no solo deja de frecuentar a sus compinches sino que decide tajante no tener ninguna relación con el barrio, con la gente que lo rodea, pues una mirada lúcida a su alrededor que ha precisado del alto policial para producirse lo conduce reveladora a la conclusión de que son todos, empezando y muy al principio por sus progenitores, un conjunto de fracasados o de mediocres en vías de serlo. Tiene dieciocho años.

Su padre lo sienta esa misma semana en la mesa del comedor y le anuncia solemne que ya es mayor de edad a todos los efectos, y por ello, o bien saca notas excelentes ese año, algo que quien formula la amenaza sabe imposible, o ya puede buscarse trabajo, él no va a costear la universidad a un vago, pese a que siempre ha querido que sus hijos progresen. Francisco, que ya entonces es Paco, y lo será para casi siempre, sorprende a su padre obteniendo sobresalientes y aprobando la selectividad con buena nota, al año siguiente empieza Económicas, cinco años después está ya trabajando en el mundo financiero, donde se cuecen todas las salsas, como le dice y repite a un compañero de facultad que prefiere escoger la docencia a los mercados. En poco tiempo, la combinación explosiva de una ambición sin límites, un olfato que es mucho más olfato que inteligencia pero que no deja de ser mucho olfato, y una inabarcable falta de escrúpulos que carece de cortafuegos, lo conducen a escalar cabra posiciones con la rapidez con la que caía el tiesto desde tu terraza. Gana dinero, se compra un descapotable blanco de segunda mano con capota nueva, un Rolex con correa de oro, y rompe ya sin retorno todo contacto con su familia, cuya mera existencia rechaza, pues la asocia al mundo muy pequeñoburgués o más bien semiobrero del barrio, a todo aquello que detesta, y que desde luego no se compadece con sus aspiraciones e intereses actuales.

Paco Martos solo abandona fugaz el Paco para ser Paquito en su primera empresa, y para entonces ya es un consumidor habitual y generoso de cocaína. En la segunda ya es Paco otra vez, pero el hábito no ha cambiado, o más bien sí, también él ha prescindido del diminutivo para convertirse en adicción. Al principio, esa adicción está asociada al ocio, fin de semana o vacaciones, desparramo, festivales de rayas y copas sin fin, discotecas de moda, chicas que se acercan curiosas al descapotable para ver si funciona la renovada

capota. Cuando se casa con Mariló Paredes, que no tiene la alcurnia que Martos quisiera pero sí atesora mucha más clase de la que él merece, ya ha pasado a consumir diariamente, entonces ya necesita esa falsa seguridad que un tirito le procura euforizante, para poder mostrarse hasta a sí mismo como el tipo ambicioso que quiere ser, entonces la coca ya no es parte del ocio sino elemento indispensable en la jornada laboral, como el traje con pañuelo en el bolsillo de la chaqueta o la corbata sin rayas. El matrimonio se rompe a los dos años, y en la ruptura influyen convergentes varios factores, y uno de ellos es desde luego el descubrimiento por parte de su mujer de sus blancas aficiones, otro lo constituye sin duda una infidelidad también descubierta con una compañera de oficina, y eso que Mariló desde su candor solo atisba a ver en la superficie el hielo que es parte nimia de un iceberg inmenso, que no cabe por mucho que se deshaga en la copa de whisky que su ya exmarido se toma religiosamente después de comer. Para bien de todos Mariló no ha logrado oportuna quedarse embarazada, la ruptura se consuma cuando iban a empezar un carísimo tratamiento de fertilidad.

Ni a ese ni ningún tratamiento de desintoxicación se somete Paco Martos, que milagrosamente mantiene su adicción controlada y consigue siempre cabra y ahora también cabrón ascender en su trabajo, bonus, coche de empresa, fondos de pensiones, comidas de trabajo con vinos de cien euros. El espejismo dura más que un espejismo pero menos que un sueño, dos años, dos nuevas empresas, parece que todo va bien, contrato impresionante con una de las mejores firmas del sector. Pero como si la visión del espejismo precisara que la imagen perfecta estuviera por fin nítida para desvanecerse de golpe, que al puzle de la postal de sus objetivos no le faltara ni una sola pieza, una vez que los objetivos se cumplen, una vez que la pieza con el trocito de cielo azul sin nubes completa la postal, justo cuando firma el contrato de su vida, Martos entra en caída libre y sin red, pensemos de nuevo ilustrativos en el tiesto con el geranio en su descender sin freno desde tu alta terraza. Apenas mantiene la concentración, es a ratos simpático y entrador con los compañeros, y a horas o semanas agresivo e irascible, pierde el control con la misma facilidad con la que se termina el whisky con hielo sin fondo conocido.

En su caída comete muy torpe varios errores de bulto que no consigue tapar como antes, a los que se añade la provocación de liarse con la secretaria de su jefe, que hasta entonces estaba liada con ese mismo jefe que ambos comparten. Un día, solo un año

después de entrar a trabajar, el director general lo llama a su despacho, para recibirlo lo acompañan solidarios el director de Recursos Humanos y su jefe directo y ahora cornudo, la puesta en escena ya le prepara para cuanto va a oír. Lo despiden, lo están despidiendo en ese mismo instante, pero para que nadie salga perjudicado, no van a entrar en sus pifias ni en sus líos de faldas, le van a conceder magnánimos la indemnización muy generosa prevista en el contrato, y a otra cosa mariposa, a seguir volando todos que hay aire para repartir.

—Supongo que si me echáis por follarme a Graciela violando el código de conducta de la empresa, tendréis que echar también a Montero, que se la ha follado más y mejor, o mejor dicho, más y mucho peor —sentencia como todo comentario Martos con guasa, mirando a los ojos al director general y con el tono que le ha hecho famoso en la oficina, una mezcla de prepotencia y casticismo, soltar barbaridades por aspersión y a cada rato, para que todo el mundo piense, joder con las cosas de Martos, el tipo es un hacha, no se muerde la lengua el muy hijo de puta, eso mismo comentaban en voz baja y en la pausa del café los curritos con admiración, solo unos minutos antes del despido.

La caída libre se acelera entonces progresiva no solo por la fuerza de la gravedad y la vocación del geranio de alcanzar el suelo, sino por la falta de mecanismos reductores, si a la ausencia de armazón familiar se une entusiasta la del laboral, Castilla pasa a ser anchísima, Martos sale descontrolado todos los días, los gramos de coca para cada jornada van aumentando, las juergas duran eternas cuarenta y ocho horas sin dormir, casi siempre termina en prostíbulos solo, pasado, pasadísimo, la mirada desencajada cuando se ducha para marcharse de allí, a veces se desayuna con rayas en lugar de los churros que se tomaba en el bar de debajo de la oficina. En esas semanas locas que suceden al despido, Martos llama por teléfono a Javier Montero, su jefe que ya no lo es, siempre cuando está ya muy puesto, lo llama para amenazarlo, le anuncia que lo va a matar desde un bar de buena muerte en Sol, desde la terraza sin geranios de José Luis le advierte que algo muy malo le va a pasar a sus hijos.

La relación con Graciela termina solo unos días después de la laboral, ella ya pensaba sensata haberlo mandado a la mierda mucho antes, pero esa noche llega a verla a su casa en tal estado que muy prudente no lo deja entrar, claro, tú solo mojas con directivos, los despedidos no te molan, es la conclusión emitida en

voz alta a la que llega el rechazado. ¡Serás puta!, le grita como colofón desde el otro lado de la puerta Paco Martos, en lo que será su despedida de la relación sentimental, en ella, al igual que en la laboral, Martos da lo mejor de sí mismo, o al menos lo que constituye su esencia, porque en ese instante es, como afirma sintético un comercial de la que ya no es su empresa cada vez que suelta una de sus barbaridades, mucho más Martos que nunca.

Consumida la mitad de la indemnización en solo cuatro meses, Martos decide una mañana poner tierra de por medio, fundirse pródigo lo que le queda en el extranjero, ya volverán a llamarme, se dice sabiendo que nadie tiene la menor intención de volver a contratarlo. El destino es República Dominicana, como si fueran unas vacaciones para relajarse tras el despido, y por la simple razón que el día anterior ha estado en un bar de copas hablando con un tipo que afirma haberlo pasado en grande allí, y allí y no en otro lado prosigue Martos tenaz con su juerga infinita, que ya ni a él mismo le causa la menor gracia. Empieza a jugar en el hotel, primero en el casino, luego en una timba privada en una de las habitaciones, los otros participantes son tres americanos y un ruso, como si fuera un chiste de los que se contaban en la oficina. Sus compañeros de mesa juegan fuerte, realizan apuestas que no se las salta un gitano, él sí se las salta pese a no ser caló, se las salta y pierde, apuesta y no gana, se mete romo en su juego hasta las cejas y se quema de paso sorprendido las pestañas, cada cinco minutos y quizás para apagar el fuego le rellenan con holgura su copa de ron. Sale de la velada con un pedo de colores y una deuda de diez mil euros, el americano acreedor que tiene muy evidentes rasgos asiáticos le da tres días para pagar, él hace la broma de darle el Rolex.

—Te lo quitaré si no me pagas, pero no será lo único que te haga —le contesta matón mirándolo a los ojos desde los suyos rasgados —. Ah, y esto no vale más de dos mil dólares —concluye devolviéndole el reloj—, pero yo prefiero *cash*, solo con el reloj tendría que partirte las piernas. —Y entonces estalla en una carcajada un poco histérica mientras recoge su dinero y se levanta de la mesa y sale de la habitación, descojonándose todavía escandaloso y sin haberse quitado en toda la noche una gorra raída de los Lakers.

Al día siguiente, el perdedor llama al banco para que le vendan un fondo y le extiendan el límite de la tarjeta, ese mismo día se agarra una tajada descomunal, una más, y termina en la cama con

una turista danesa que llegaba esa noche al hotel y tenía ganas de juerga, al día siguiente ya tomaría el sol como corresponde. Por la mañana, un policía de traje brillante lo levanta de la cama donde aún ronca la sirena nórdica, para preguntarle por Javier Montero, por los hijos de Javier Montero, por un secuestro, por una paliza a un mendigo. No entiende nada, la única referencia que atisba a comprender es la relativa a la deuda contraída hace dos noches. El policía, que va de paisano y fuma un habano tan grande como la resaca de Martos, para que reemplace con su prestancia al uniforme y así se vea que no es precisamente de baja graduación, le advierte que no se mueva hasta nueva orden. Martos, nervioso, se receta un baño reparador en la piscina, vuelve a su habitación no a abrazar a la danesa sino a pillar lo suyo, y en lo que queda de día se mete con el acelere suficientes rayas como para elaborar con ellas un inmenso paso de cebra, y como si esa recién pintada señal de tráfico terrestre lo invitara a cruzar, da una de esas zancadas típicas del que ha perdido el control de sí mismo. A la mierda el chino ese y su gorra de peón, a la mierda el policía gordo y su Farias tamaño familiar, se dice mientras apura un daiquiri, de esos de piscina con hielo de pescadería, sombrilla sin tumbona y vaso de plástico, sentado en algo que llaman «bar húmedo», en parte porque los asientos se ubican en la misma piscina y esta debe tener agua para poder ser tal cosa, y sobre todo porque allí quienes consumen evacuan sin necesidad de levantarse, y así la humedad nunca se torna seca, y de paso no hay que limpiar tan a menudo los sanitarios.

Se levanta del bar, se va a la habitación donde hace horas que ya no está su fugaz acompañante, coge el portátil, el móvil, la coca guardada y la pasta de la caja fuerte, mete todo en una mochila con un polo de Polo y un calzoncillo de Armani, y se dispone a salir cuando ve cómo lo que debe de ser otro madero local lo observa desde el otro lado de la puerta que ha dejado abierta. Entonces recula, deja todo en el armario, sale, se va a cenar, comprueba cómo el tipo lo sigue, termina en un bufé comiendo salchichas y patatas fritas, les dice a los camareros con cierto escándalo buenas noches, hoy estoy molido, me voy al sobre, afirmación que su propio y evidente estado confirma, y se va a la habitación seguido de cerca por el maromo, que o bien es muy torpe o simplemente no tiene intención de ocultar que lo está vigilando. Ya dentro, previa consumición para el camino de la penúltima de las rayas del paso de cebra, esta ya pintada por mor del pedo sobre la acera, y tras

esperar una media hora viendo la NBA en la televisión, sale por la ventana de atrás con sigilo y sin apagar la tele, se dirige a la playa próxima y enfila su perfil, llegando por el mismo conducto a las tumbonas y sombrillas que ya son de otro hotel, y de ahí a la barra para tomarse un también penúltimo daiquiri de despedida, y de ahí a recepción para pedir un taxi, quiere ir a Haití, un amigo le ha contado que es precioso, tengo entendido que las negras allí sí que saben follar, le suelta al recepcionista que es negro, cuya sonrisa habitual se convierte en carcajada al oír el comentario, es de nuevo Martos, mucho más Martos que nunca, tal vez el momento de su vida donde es más él mismo, allí, perdido, a punto de escaparse, siempre Martos, genio y figura.

Y sin que nadie lo detenga, Paco Martos llega en un taxi a la frontera, antes ha efectuado una parada técnica con el taxista, rayita en el baño y roncito para el camino. Tampoco en la frontera nadie lo para, el taxista le ha recomendado darle una buena propina al policía nada más llegar para agilizar los trámites, y atendiendo el consejo ha dejado un billete de cien dólares escondido en el pasaporte, y sin él (se ha debido de caer o el policía ha advertido de su presencia y ha decidido ponerlo a buen recaudo) pasa Martos a Haití en cinco minutos, como si se lo hubiera pedido el comisario Soto. Allí otro taxi lo lleva a Puerto Príncipe, Martos rescata un francés que apenas ha hablado nunca pero que estudió en la universidad, y con él y un coche que apenas se tiene en pie llega a la capital y en ella al mejor hotel de la ciudad. No se registra con nombre falso, le piden el pasaporte y lo da, esta vez sin propina, nunca piensa que vayan a detenerlo. Ese mismo día agota las existencias de ron del hotel, intenta liarse sin éxito con unas turistas francesas, le da igual cuál, y se mete en la habitación tras muchas horas sin dormir. Esta vez no viene el Mayor de los Generales a sacarlo, sino el agregado de Interior de la Embajada española, que con lo que parece ser un policía local, entra, enciende la luz, lo despierta y empieza a preguntarle directamente por el secuestro del hijo de Javier Montero.

Martos, que más que resacoso está todavía pedo, empieza a reírse deslavazado con una risa en efecto de pedo, o más bien a descojonarse tirado en la cama, Javier Montero, secuestro, ¡no me jodas!, ¿lo han secuestrado?, con el tono propio de estar de juerga en el bar de abajo y no en su habitación con dos policías a los que no ha invitado a subir. Y tal vez para que vaya percibiendo que sus huéspedes no son en efecto invitados, el agregado de Interior le

requisa la coca, le informa diligente que solo por eso puede pudrirse en la cárcel, añade ilustrativo que las cárceles de Haití no se parecen nada a los garitos que él frecuenta en Madrid, le recuerda que lo buscan en Dominicana por irse sin pagar del hotel y por una deuda de juego, y concluye sintético con una reflexión, no sabe quién va a tratarlo mejor, si los policías de allí, de aquí, o el simpático acreedor con ojos rasgados. Estás jodido, sentencia amable, así que ya puedes colaborar, yo no tengo prisa, nos vamos a quedar aquí hasta que me cuentes algo.

El agregado es un tipo con pinta de madero venido a más, traje no marrón sino blanco con corbata roja, debe de pensar que va muy elegante el muy gañán, se dice Martos cuando tras darse una ducha no lo reparadora que él quisiera, tiene detenida ocasión de observarlo de arriba a abajo. El haitiano que lo acompaña no dice nada, no habla, no lleva un traje blanco, se queda en la puerta de pie para que quede claro que está de servicio. Además de la coca, el agregado le ha quitado el móvil y el ordenador, alguien ha venido a buscarlos, se los llevan. Y de paso y por medio del teléfono también ha pedido espléndido comida para todos, Martos no quiere nada, cada vez está más nervioso, o más bien sí quiere algo, por qué no me dejas que me meta un tirito, así seguro que me acuerdo de lo que me preguntas, antes ya le ha avisado al funcionario aspirante a mafioso caribeño que él no ha secuestrado al hijo de Javier Montero, pero si quiere saber su opinión, se alegra y no poco de que le vaya mal, y si le han secuestrado a un hijo tanto mejor, que se joda, vaya, ¿no me estás diciendo que me buscan en Dominicana por no pagar el hotel?, ¿o qué crees, que me dedico a secuestrar a gente mientras juego al póquer? Quiero un abogado, quiero que me atienda mi cónsul, esto es un secuestro, si no me soltáis ya voy a ponerme a gritar.

El agregado sonríe como única respuesta a todos los pedidos, la escena es un poco extraña, la habitación es grande, es eso que llaman generosos *junior suite*, pero el calificativo no la convierte en inmensa, dista mucho de la *suite presidencial*, ahí sí que estarían cómodos. Y tal vez para apaciguar los ánimos o amortiguar los anunciados gritos, el agregado ha puesto la televisión, no, no va a llamar al cónsul, si quieres lo hago, pero antes te dejo en manos de estos —precisa señalando al haitiano—, que te lleven a la cárcel por la coca, y de ahí llamarán al cónsul, no te preocupes, eso sí, cuando reciba la llamada tú tendrás en la cárcel más novios que Mar Flores. Eso le ha dicho con esas mismas palabras, y Martos ha

estado a punto de descojonarse otra vez, pero ya no tiene ganas, ahora está menos proclive a la risa, le falta la coca, está muy alterado, la comida que le han traído pese a no pedirla no ha servido para calmarlo, su secuestrador público solo le deja que beba cerveza, nada de ron, cuanto más tardes en cantar peor para todos, al fin y al cabo te van a tratar mejor en España por un secuestro que aquí por la coca, te lo aseguro. Si me dices dónde tienes al hijo de Javier Montero, a quién le has encargado el trabajito, de aquí sales directo al aeropuerto, tienes eso o la cárcel, y si te dejo en la de aquí te aseguro que te vas a arrepentir. Tú verás.

Al cabo de un par de horas Martos se ha puesto a gritar de verdad, el agregado le ha dado volumen al televisor, le ha suministrado al gritón otras cervezas, pero este no las ha aceptado y ha seguido gritando, se ha producido un momento de tensión cómica, el funcionario se ha tirado encima del retenido para taparle la boca, Martos se ha resbalado, se han caído los dos, el golpe ha sido grande, el pobre haitiano no sabe qué hacer, se queda mirando como un pasmarote, con los ojos muy abiertos. Martos se ha llevado la peor parte, se ha dado un golpe en el codo que ha logrado sustituir los gritos de ayuda por los de dolor, la cosa se le está yendo de las manos al agregado, que en vista de lo cual se ha sacado del bolsillo unas pastillas y se las ha hecho tragar con una cerveza, esto te tranquilizará, y en efecto lo han tranquilizado, no por nada eran tranquilizantes como para dormir a la cebra del paso que Martos ya cruzó sin ser atropellado. Ahora Martos está tirado sobre la cama hecho un ovillo, el haitiano ha sido sustituido por un compañero igualmente haitiano, el agregado está sentado sobre el sillón de orejas y ve la televisión por cable, la CNN, la crisis, la puta crisis, en Haití hablar de crisis es casi una broma, como si alguna vez hubiera habido pleno empleo.

Pero no deben nunca menospreciarse las capacidades de Martos, puede ser que la coca y su abstinencia sean motores de una potencia no lo suficientemente valorada, el caso es que pasadas las dos de la mañana algo inesperado va a suceder. El agregado ronca metálico frente a un televisor que emite menos metálico televenta repetida, debe de ser que él también está muy borracho como quienes ven a esas horas la tele, y se repite como estos en sus muy pobres argumentos. Y si el agregado ronca, el haitiano contempla cómo Martos duerme también aunque no lo haga, y sale un momento al pasillo para estirar las piernas, momento en el que Martos aprovecha para levantarse felino de un brinco, pillar la coca

de la mesa donde su captor la ha dejado visible como prueba del delito, y con ella y una camiseta a medio poner salir por la ventana, de la ventana al balcón, de este al vecino con el mismo nombre, y allí, visto que no hay nadie en esa *suite* igualmente *junior*, meterse un par de rayas que le han sentado a gloria bendita y esperar un rato, para salir después por el pasillo cuando ha visto con la puerta entreabierta que el haitiano del nuevo turno regresaba a la habitación con las piernas estiradas.

Hombre de recursos, qué duda cabe, Martos se ha bajado al centro de negocios donde hay internet veinticuatro horas y está mandando un correo, mientras el agregado y el haitiano lo buscan con la seguridad del hotel por todos lados. Cuando dan con él, está en recepción pidiendo un taxi con una tranquilidad pasmosa, como si se hubiera olvidado de ellos, y para no llamar la atención han tenido que esperar a que salga a la puerta, y convertirse ellos en el taxi que él esperaba, ahí el agregado ha creído necesario darle un golpe fuerte en la cabeza con algo contundente, ahora sí que el asunto se le va por momentos de las manos, y tras el golpe lo han llevado a un lugar más discreto con la esperanza de no haberle causado demasiada avería, imagínate que me lo he cargado y que el tipo no tiene nada que ver, joder con las misiones oficiosas, la próxima que la haga su puta madre.

Martos se despierta viendo cómo su situación general ha empeorado de forma notable, está atado, antes no lo estaba, la habitación del hotel donde vuelve a ver de nuevo al agregado de traje blanco y al negro haitiano sin traje blanco es de una categoría muy inferior a la anterior, y ahora atesora orgulloso un golpe en la cabeza, y además un dolor en la misma que es un matiz muy desarrollado y punzante de la resaca. Vuelve a pedir que le dejen llamar a su abogado, vuelve a pedir que avisen al cónsul, vuelve a ofrecerse para contarle algo si le dan un tirito. El agregado espera, habla con alguien por el móvil, sigue preguntándole cada cinco minutos, dime dónde lo tienes, dime a quién le has pagado el encargo, ya sabemos que no lo has hecho tú directamente, vuelve a intentar escaparte y te meto una bala en el ojo del culo.

Al cabo de tres horas, en las que el traje blanco del agregado parece negro y el negro haitiano parecen dos negros haitianos sin traje blanco, el portador del primero accede a su petición, solo cuando ya muy desesperado Martos le ha gritado al español:

—¡Está bien, me rindo, si me das un par de rayas te digo de una jodida vez dónde tenemos a ese hijo de puta, eso sí, quiero una carta

por escrito del pintas de tu jefe en la que me asegure que me libro de todo, si me dejáis aquí, fuera de España y sin cargos, entonces el chaval vive, y si no ya puedes olvidarte, porque si yo no les mando un correo en cinco minutos a mis chicos, ellos tienen instrucciones precisas, se lo cargan y lo tiran en un descampado! Así termina su perorata, mirando al reloj ansioso como si supiera en qué hora vive, de nuevo más Martos que nunca. Y es que en efecto la abstinencia agudiza el ingenio, Martos sabe que debe resultar convincente. Solo veinte minutos después, y sin que haya mediado tirito ni carta alguna, el agregado le enseña displicente la puerta del cuchitril al que lo han llevado, lo desata, le devuelve igualmente displicente el móvil, el pasaporte y la cartera pero no la coca, y le despide ya amenazante con las siguientes palabras: tú y yo no nos hemos visto nunca, yo si fuera tú cogía el primer vuelo de vuelta a España. Si te veo por aquí en una semana, hago que te arresten por la coca. Y ahí, aturdido y cegado por el sol sin sombrilla, Paco Martos sale de la habitación 225 del motel Paradis, y al hacerlo abandona también el relato, sale de escena.

Si el periódico digital con vocación de centro de estudios sociológicos le hubiera formulado a Paco Martos la pregunta «¿es usted feliz?», él habría mirado al interlocutor con cara de perdido, siempre que la pregunta hubiera sido articulada con el interrogado recién levantado. Y la misma cara de espanto, que es en su vacía inmensidad una desesperada solicitud de ayuda que nadie sabe leer, habría constituido la respuesta a la interrogación «¿vislumbra usted el futuro con esperanza?». Solo cinco horas más tarde, puesto y dispuesto, Martos, la cara ya en su lugar y un cierto aire de tensión contenida en ese rostro ya ubicado, habría contestado como sigue: sí, soy feliz, claro que soy feliz, no te jode. ¿El futuro? Cojonudo, miel sobre mis santas hojuelas, teta de novicia con minifalda, ese es el futuro, voy a volver a trabajar y pronto, los tiempos de crisis son para los fuertes, para los que tienen cojones, y está usted, supongo que ya se habrá dado cuenta, ante uno de ellos. Me necesitan, me llamarán, ni siquiera tendré que moverme de esta playa, vendrán a buscarme. ¿Una copita?

Y algunas, muchas copitas se están tomando a estas horas en Madrid, no olvidemos que es sábado por la noche, un sábado que parece lejanísimo a aquel en el que Juan Montero apareció muy a su pesar en el telediario de Telemadrid. Hoy vuelve a aparecer, la noticia está no solo en ese telediario sino en todos, encuentran muerto a un adolescente que había sido secuestrado por el hermano

del indigente agredido, el titular es larguísimo, los periodistas han tenido que dar lo mejor de sí mismos para sintetizar, la noticia es golosa pero ciertamente enrevesada. Y eso que el día ha sido rico en noticias, el Ibex sufre la peor caída de su historia, el G7 promete acciones urgentes y excepcionales contra la crisis económica, McCain es abucheado por sus seguidores en un mitin por defender a Obama. Y por si alguien se aburre, algún diario recoge las nuevas propuestas para salvar el clima, entre las que figuran algunas curiosas, como fertilizar el mar con hierro, echar sal al aire, inyectar azufre en la atmósfera o hacer proliferar las algas. Se admiten sugerencias.

XIV

En la Almudena hay otra vez entierros y eso no es novedad, la novedad sería más bien su ausencia, allí suceden esas cosas o más bien solo esas, los encierros, las cesáreas y las procesiones ocurren fuera de su ámbito espacial. Es domingo, y muchos vivos que estaban a punto de dejar de serlo, aun aquellos que no eran conscientes de ello, pobrecitos, han tenido la delicadeza de morirse oportunos en sábado y permitir así a sus familiares y allegados, esos que los periodistas definen en una nueva afinada labor de síntesis como «los suyos», que los acompañen en su último día sin tener que interrumpir ellos su actividad laboral, aquellos ya han dejado de trabajar para siempre. Y es cierto, su oportunismo resulta una bendición, hay domingos en los que uno no tiene la menor idea de en qué invertir su tiempo, más allá de en contemplar cómo se suceden cansinas las horas, y entre semana no va a dejarte acudir tu jefe a ese último adiós, pues ya sería la cuarta vez que te ausentas por el trágico fallecimiento de tu muy querido progenitor, y te recuerdo que deberías tener solo uno.

Uno de los entierros que se está celebrando es multitudinario, y ni siquiera serían necesarios los cumplidores familiares y los amigos más fieles para ser merecedor de ese adjetivo, todo el colegio en pleno de Julián Montero asiste, ha habido una convocatoria por SMS y correo electrónico, y allí han acudido uniformados como un solo hombre, pues eso se indicaba en el mensaje y son ellos muy disciplinados, hay varias clases completas, una que lo está casi y es la de Julián, él es la razón por la que están allí y también el motivo por el que no puede estar completa, y no faltan tampoco la mayoría de sus profesores. La mañana es fría, la luz clara, los Montero, además de por la turba uniformada, están arropados por la familia más directa y por los amigos más íntimos. Una nube de uniformes blancos y rojos rodeando un centro casi negro, esa es la imagen que contemplaría alguien, un pájaro que se aupara curioso unos metros para ver la escena desde lo alto. Si el pájaro ya hilara muy fino, y además de esas habilidades textiles dispusiera de una vista de lince y no de ave, percibiría que el enterrador sin coleta tampoco se ha

puesto esta vez cordones, confirmando así que debe de ser una moda, o al menos una costumbre para él.

Y si aprovechando la perspectiva que la altura procura, el pájaro se fijara en el centro y desde allí procediera a abrir el campo visual en círculos concéntricos, vería un féretro, zapatos sin cordones, familiares de negro, alumnos de uniforme, y luego ya tumbas y más tumbas, casi todas blancas, algunas grises, otro grupo como una mancha rodeando otra tumba en una esquina, otro a la izquierda, un tercero casi en el centro. En la esquina izquierda de este plano general y aéreo hay una mancha pequeña, negra toda, los familiares son pocos, no hay amigos, tampoco compañeros de colegio, los enterradores esta vez llevan todos zapatos con cordones, en esta ocasión no podemos aventurar si es esa costumbre personal, moda pasajera o estricto cumplimiento de las ordenanzas. Esa mancha minúscula es la familia García Lasarte, que vuelve al cementerio de la Almudena por segunda vez en pocos días, el propio motivo de la visita reduce jíbaro el número de familiares asistentes. Los cortejos fúnebres no se cruzan, uno ha empezado diez minutos después del otro, nadie ha reparado en que hay dos muertos enterrándose a la vez cuyas muertes están muy ligadas la una a la otra.

El comisario principal Rodrigo Soto forma parte del segundo círculo concéntrico que el ave observa, su figura gruesa no colorea el núcleo negro ni desentona con su traje gris entre los rojiblancos uniformes. Detrás de ellos, discreto asiste en silencio, y aprovecha ese silencio para reflexionar sobre lo acontecido, un ejercicio analítico de corte parecido pero muy distinto al que está acostumbrado. Porque normalmente el comisario piensa metódico en lo que pasa para ver cómo actuar, pero ahora se dedica a practicar esa gimnasia mental ya solo para intentar entender por qué todo ha salido mal, y al hacerlo le falta la presión de tener que tomar decisiones, pero le sobra la amargura por no haber acertado.

El razonar del comisario es más o menos este: entre los prejuicios que la experiencia nos dicta profesoral, pues esta no es sino la suma de cuanto nos acontece y los prejuicios que se van formando como costra sin posterior caída, uno bien arraigado consiste en pensar que la delincuencia sucede en nuestro mundo pero la practican otros, así ocurre con la halterofilia o la taxidermia. Claro que para delincuentes, halterófilos y taxidermistas, incluso para los animales que son el material de trabajo de estos últimos, o desde luego para ellos, es esa una realidad muy cercana, nada de

ajeno hay en ella. Pero para el resto de la sociedad, el delincuente es delincuente antes de delinquir, la condición precede al hecho delictivo y no es ese último el que la conforma, uno es primero ladrón y luego roba, convive en mi ciudad con quienes vamos a trabajar cada mañana, pero está hecho de otra pasta, es distinto, actúa por tanto de acuerdo a códigos distintos, los suyos, lo mismo le sucede al halterófilo, así le ocurre al taxidermista. Lo que no esperamos nunca es un secuestro como el que acaba de suceder, reflexiona el comisario, donde el secuestrador es primero uno solo y después y sobre todo una persona normal. Y es verdad, sí entendemos que alguien que no es delincuente profesional asesine a su marido en un arrebato, mate a un vecino de un golpe de pala en otro, o deje medio muerto a un desconocido tras una riña de tráfico, luego, sigue matizando Soto, el asesinato o la agresión o el delito de lesiones pueden ser excluidos de este campo. Pero no así el secuestro o el robo donde hay premeditación, se corrige el comisario, estos deben prepararse previamente y tienen además también posparto, no se trata de un hecho aislado, después de cometer el robo o el secuestro luego hay que pedir el rescate o vender lo robado.

E incluso en donde hay premeditación como en el secuestro, retoma Soto el camino principal de su reflexión tras perderse en uno secundario, entendemos que hay algo que precede al hecho en sí, una circunstancia personal necesaria para que se dé, agresividad, locura, abyección, algo que combinado con las circunstancias hará que ese hombre secuestre, asesine, golpee o robe. En el caso de la delincuencia organizada o continua, sí convendremos que las circunstancias sociales pueden tener mucho que ver, y empujar a alguien a desarrollar esa actividad criminal, así es más fácil que el que nace en una *troupe* de circo termine consagrado a una actividad laboral que consista en estar colgado en el trapecio. Puede eso suceder de forma directa, uno nace entre ladrones, o indirecta, se convierte en drogadicto y de ahí en delincuente. Aquí el comisario interrumpe su reflexión porque en su devenir analítico cree estarse yendo en efecto por los cerros de Úbeda.

—Todos somos capaces de todo —Soto adelanta precipitado su conclusión sin terminar el razonamiento—, y eso, que es una verdad admitida, no lo tenemos sin embargo procesado como debiéramos. Lo que quiero decir… —añade explicativo el comisario sin pronunciarlo en voz alta, como si tuviera que convencerse a sí

mismo, o como si él mismo fuera el interlocutor de un diálogo y no el sujeto activo de una reflexión—. Lo que quiero decir —continúa después de ser interrumpido por el narrador— es que lo llamativo de este secuestro, lo que ha impedido dar antes con las claves, es la naturaleza de los participantes, nadie podía aventurar que Juan Montero iba a convertirse en un presunto delincuente, ni sus padres ni él pensaron nunca que él era candidato a formar parte de esa categoría de ciudadanos, y además sin avisar, sin previa formación o adiestramiento, sin reconocida deriva. Los delincuentes para los Montero son los otros, los que roban en las casas donde viven holgados ellos y los que son como ellos, los delincuentes son quienes los obligan con su latente amenaza a refugiarse atemorizados en urbanizaciones ricas en alarmas y guardias de seguridad, los que convierten en inseguras zonas de la ciudad adonde no deben ir de noche con sus cuatro por cuatro. Lo mismo puede afirmarse de los García Lasarte, misma clase social, mismas percepciones sobre la delincuencia.

Miguel entraba sin duda en la categoría de los posibles delincuentes por la ya citada vía indirecta, drogadicto y mendigo, perdido del mundo, por qué no también asesino, al fin y al cabo él llevaba más de treinta años avisando, se había convertido ya en *otro*, en uno de los *otros*. Por eso su situación nadie quería asumirla, porque puedes tragar e incluso tolerar que tu cuñado sea insoportable, pero muy difícilmente aceptas que tu hijo o tu hermano sean uno de los *otros*, uno de ellos, porque eso te está diciendo por si no te habías dado cuenta que también podrías ser tú, que esos indigentes que ves por la calle y de los que rara vez te compadeces porque ya forman parte del mobiliario urbano y porque para compadecerte tendrías que reparar ya sea un segundo en su existencia, no son tan ajenos, no es esa una situación que esté destinada a personas diferentes, no, puedes ser tú mismo y si no hoy, sí desde luego pasado mañana. Sin embargo, Miguel no terminó convirtiéndose en un asesino sino en una víctima, su deriva del trapecio sin red no lo condujo a ser verdugo sino víctima, una víctima cuya premisa para serlo fue perder esa coraza del bienestar que protege de la realidad, o al menos contra la intemperie, a los que tienen medios, a la gente de posibles.

Ahí termina Soto ya exhausto la larga reflexión, que viene a ser curiosa y oportunamente exculpatoria, por eso no ha podido resolver el caso, porque no respondía a ningún código, no obedecía a normas lógicas u ocultas susceptibles de ser interpretadas, no era el

juego del sádico asesino en serie que quiere burlarse de la Policía, era un pobre hombre asustado y confuso, un catedrático de universidad. Dos hechos han ayudado al desastre, admite el comisario, además de la especial naturaleza de los protagonistas. El primero ha sido la obsesión de Montero por Martos, la presencia de un sospechoso desde el inicio, que a falta de otras pistas centraba la investigación en si era o no era. Pues bien, no era. Y la segunda, y aquí Soto entona aún sin abrir la boca el *mea culpa*, que los datos que el hospital facilitó del indigente se limitaban al nombre y al primer apellido. En resumidas cuentas, han basado la investigación en el sospechoso que tenían y en averiguar quién mandaba los correos y han descuidado a la víctima como fuente de información, ya ven, ni a la Policía les interesan los indigentes.

Todos somos capaces de todo, de lo peor y también de lo mejor. Y así, ahora, sabiendo que el secuestrador era quien era, se entiende lo demás, resuelto el quién se comprende con mucha facilidad el cómo, también podría haber sido Martos, ¿por qué no? Aquí el comisario, en los estertores de su razonamiento con interrupciones, está obrando como los economistas frente a la crisis, incapaces de descifrarla ahora que acontece porque sus herramientas y prejuicios los conducen a verla solo con los ojos de crisis pasadas. Y esos ojos no sirven, de saberlo, de haberlo sabido, la habrían evitado, así Soto habría resuelto el caso en un santiamén. Una vez que es el caso el que se ha resuelto sin ayuda de nadie, una vez que la crisis estalla impertinente en tu cara sin que te des cuenta, entonces sí, entonces elaboramos una estupenda teoría que Mauricio Lasarte llamaría sin duda «hermosa», una hermosa teoría que nos servirá para analizar las causas, para explicarlas.

En eso piensa el comisario, que no ha visto al subdirector general Fajardo muy cerca del primer círculo, las gafas de sol y la barba cuidada, tampoco al abogado Martín, el nudo de la corbata más apretado que nunca, el traje incómodo hasta el escozor. Los dos han jugado un papel menor en esta historia, los dos salen de escena sin hacer mucho ruido, como si no les gustara haber estado para nada involucrados en cuanto ha pasado, por eso no contestan a las preguntas del diario, tampoco Vidal, que no ha acudido con su camisa prieta de luto, debe de tener una negra pero igualmente prieta para estas ocasiones, y no ha acudido porque está de servicio aun en domingo, ya lo han asignado a otro caso, a él le habría encantado responder, con esa seguridad que su padre le ha inculcado desde niño. Martín y Fajardo esperan a saludar a la

familia y una vez cumplido el protocolo se van corriendo por la sombra, el domingo es aún joven, la crisis no la notan demasiado, el uno porque es funcionario y sigue cobrando a fin de mes, el otro porque es abogado penalista especializado en menores, lo suyo no depende de la economía, ya puede hundirse la bolsa que mientras la naturaleza humana no cambie tendrá clientes.

Y todo esto en un domingo que es además 12 de octubre, fiesta nacional, Día de la Raza como si hubiera una sola, de la Virgen del Pilar, de la Hispanidad o del Desencuentro, de las dos culturas y de los dos entierros, una fiesta que nadie celebra porque es en domingo, y el único interés que despierta esta efeméride ocurre cuando convierte un día laborable en festivo, esa es su misión hoy para desgracia de casi todos incumplida. Pese a ser doble fiesta, domingo y día patrio, la prensa ha seguido escupiendo noticias de la crisis, el líder de la oposición ha puesto la nota de color al calificar de «coñazo» el desfile al que tiene que asistir ese día, y las cámaras han grabado esa definición que no estaba destinada al gran público. Pero hay más, muere un niño al caer de su piso imitando a Spiderman, el PSOE constata que la crisis económica empieza a pasarle una seria factura electoral, el ultraderechista Haider se mata en un accidente de coche tras una fiesta en un cabaret. Alguno pensará que eso le pasa por no asistir a nuestra fiesta nacional, al menos en el desfile estás seguro, si es que no media atentado para el que lo que llevan encima y a veces cargado quienes desfilan ayuda y mucho.

Esos son los titulares, lo que denominan «Terremoto Financiero» es ya un epígrafe donde se sitúan a diario las noticias económicas, la crisis se ha convertido ya en algo estable, y así hay informaciones internacionales, nacionales y deportes y también obituarios, hay noticias del terremoto financiero, dejando patente que esto ya no es flor de un día, sino más bien un campo de tulipanes de hoja perenne. Y ahí, bajo ese epígrafe, se suceden las noticias, el debate sobre si el Estado debe intervenir y cuánto, si a todos los que han estado jugando al póquer con dinero ajeno debe ahora el contribuyente, que es al final el que todo lo paga, abonarles las deudas con planes de rescate, para eso tal vez podían haberle pagado a Martos su deudilla de juego dominicana, comparada con otras era sin duda el chocolate de todos los loros. Y si se discute sobre la intervención del Estado, también se elucubra sobre la duración de la crisis, como en deporte la gente apuesta sobre la fecha de reaparición de su delantero preferido. Pero aquí la cuestión

no es cómo le habrá quedado al delantero la rodilla después de la penúltima operación de ligamentos cruzados, sino si la forma de la crisis en un gráfico será una *u* pequeña o larga, las grandes discusiones se centran en si esa forma se parecerá a un tubo de ensayo o a una pileta.

Y en la página dedicada a Madrid, en la sección de sucesos que tanto entusiasma a nuestros lectores, aparece el secuestro y su triste resolución, es verdad que la noticia acapara suficientes ingredientes para dar mucho juego, hermosos, muertos, mendigos, secuestradores, clase media acomodada.

Aparece muerto un joven que había sido secuestrado hace una semana, se trata del hermano de uno de los agresores del indigente, su secuestrador era a su vez el hermano del indigente. Ahí está, la verdad es que la noticia la habría calificado sin duda Mauricio de hermosa, pues hermosa es, redonda y perfecta, cuatro hermanos y dos muertos, dos muertes para cuatro hermanos, acabarán rodando un musical. Las radios y las televisiones ya la habían adelantado ayer, hoy los diarios, con más tiempo para procesarla, han tirado de repertorio de metáforas para adornar sus artículos.

Rodrigo Soto, que acaba de terminar su reflexión con excusa y nunca ha sido partidario de la metáfora, nace en Cáceres cincuenta y siete años antes del secuestro de Julián Montero, es hijo y nieto de guardias civiles, elige por joder o para llevar la contraria convertirse en policía. Se cría en una casa cuartel, es niño dicharachero y gracioso, adolescente precoz y buen estudiante, imita muy bien a personajes conocidos, borda la voz de Raphael y cada uno de sus excesivos gestos. Su padre quiere que vaya a la universidad pero él se apunta a la Academia de Policía, un acto de rebeldía del que nunca se arrepiente y por el que su padre no le guardará rencor. Se casa, engorda, destaca en su trabajo por su sagacidad, se traslada a Madrid, vuelve algún fin de semana a Cáceres de cacería con amigos de la infancia, tiene dos hijos. Con los años ve mejorar el prestigio de su institución, ve al país y al mundo cambiar, asiste al funeral de varios compañeros de promoción víctimas del terrorismo. Sin saber muy bien por qué extraño proceso, sin haberlo decidido él, termina especializándose en secuestros, en hacer unas paellas mucho más levantinas que extremeñas, y sobre todo en no formularse demasiadas preguntas existenciales, o más bien ninguna, y en fijarse siempre en el detalle, el culto al detalle, a lo menor, a lo cotidiano. Quiere a su mujer, cacereña como él, en un amor que no decrece con el paso del tiempo,

más bien se asienta, se consolida y se acrecienta incluso, porque la considera además una madre impecable, envejecer junto a ella es el programa vital que se ha marcado y que cada vez le apetece más.

Y ese futuro no muy lejano se acerca, casos como el que lo ha llevado al cementerio de la Almudena lo conducen a pensar cada vez más en el retiro, antes los fracasos o las resoluciones negativas no le afectaban tanto, ahora, en lugar de acostumbrarse, le producen angustia, en el entierro y desde su distancia ha comprobado cómo sin darse cuenta los ojos se le llenaban de lágrimas, menos mal que nadie lo ha visto, se dice mientras se las limpia con un pañuelo. Ha esperado paciente a que todos se fueran, iba a darles un abrazo a Javier y a María, luego se lo piensa, al fin y al cabo aunque no haya sido culpa suya él era el responsable de devolverles con vida a su hijo y no lo ha hecho, y caminando se marcha por la misma avenida por la que Mauricio García Lasarte saludó a Javier Montero, mira primero su reloj, aún llegará con tiempo al almuerzo familiar, mira después un rato al suelo, vuelve a pensar en el secuestro, luego dirige su mirada al cielo, claro y sin nubes. En ese caminar hacia la salida, abandona el cementerio y de paso también el relato, es decir, sale de escena.

Pese a que el comisario Soto está más acostumbrado a formular preguntas que a contestarlas, no habría tenido ningún problema en utilizar el adverbio «moderadamente» para responder a la pregunta que le inquiere sobre su felicidad de él. Solo un idiota es del todo feliz, solo un amargado se declara siempre y en todo momento infeliz, de nada te sirve, si eres feliz toda la vida es que eres tonto, si no lo eres en ningún momento más te vale quitarte de en medio. Me gusta mi trabajo, no estoy muerto, tampoco tengo un tumor cerebral y encima desde hace un par de meses me respetan las jodidas migrañas, mis hijos terminaron bien sus carreras, y están casi bien casados, mi mujer me soporta, yo la quiero.

Y reconociendo haberse extendido en demasía en la respuesta, tras el uso de ese adverbio que anunciaba mesura, el comisario habría contestado a la segunda pregunta con una sonrisa, eso de «vislumbrar» le suena a mala literatura, él no vislumbra nada, es pesimista respecto al futuro, siempre lo ha sido, pero aunque suene contradictorio porque lo es, a la vez tiene esperanzas en que el mundo mejore, en que la humanidad acabe cambiando el desastre al que se encamina. ¿El suyo personal? En lo personal aspira a la tranquilidad, allí se ve, en ese futuro, luego convengamos que sí se ve, lo vislumbra, se imagina paseando con su mujer por Cáceres

donde han regresado tras la jubilación, un día sin mucho calor, paseando por calles empedradas, saludando a algún vecino y viendo cómo pasa en bicicleta uno de sus nietos, comiendo algo bueno, tomándose un buen vinito y echándose siestas reparadoras. Así se ve, así se ha visto muchas veces en esos sueños que son vigilia, y por tanto la respuesta es sí, en lo personal vislumbra el futuro con esperanza.

Y al igual que el comisario Soto la mayoría de los asistentes al entierro empieza a abandonar el cementerio de la Almudena, los alumnos uniformados no han ido a saludar, el director del colegio lo ha hecho en representación de todos, algunos de la clase de Julián querían darle un abrazo a sus padres, pero la profesora de matemáticas los ha disuadido enérgica, y como no dejan de estar en un acto que parece organizado por el colegio, marciales y obedientes han ido saliendo, la verdad es que se les ve a casi todos muy afectados, hay un silencio que nada tiene que ver con la algarabía que forman en el colegio. Se va quedando, eso sí, el círculo negro compuesto por los más cercanos, y cuando ya el féretro ha sido enterrado, van saludando como pueden, algunos se abrazan, hay bastantes que lloran.

En el centro de ese centro, de negro riguroso también, los dos padres de la criatura, los dos llevan gafas negras de sol, los dos están pero casi sin darse cuenta de su propia presencia, idos pero sin poder marcharse. Javier Montero y María Guzmán se conocen en los años de universidad, él estudia Griego en la Complutense, ella Biblioteconomía en la misma universidad. El primero nace en Madrid de una familia de profesionales, médico su padre y profesora su madre. Es un niño alegre con pantalón corto, un adolescente tranquilo sin granos y un joven estudioso con gafas, tiene un gran lunar junto al ojo izquierdo, una mueca que parece de coña o de miedo y una voz que algunos llaman metálica y que con los años y el tabaco pasa a ser directamente cavernosa. Siempre le gustó vivir bien, la elección de Filología Griega era un modo de contentar al lado intelectual de su personalidad, la del máster en Finanzas, la tomada por su vertiente práctica, la decisión del que quiere seguir viviendo bien, ya me dedicaré a leer por las tardes, le dice la una a la otra sin que la perdedora quede convencida. La parte pragmática no cumple finalmente su promesa y Javier Montero empieza a leer menos, cada vez lee menos, la edad, el trabajo y los hijos lo atocinan, y vive de su trabajo para pagar las cuentas, y de las rentas para citar a un autor clásico. Cada vez ve

más televisión, cada día es un poco más escéptico, cada tarde tiene menos pelo.

María nace en Granada en una familia alegre y religiosa, divertidos casi todos y bastante ricos en su mayor parte, su padre notario, los ojos muy verdes y la carcajada fácil como señas de identidad. Crece feliz como la chica senegalesa agredida, va a Madrid a estudiar en la universidad, conoce a Javier Montero, se casan en Granada en un día de primavera donde el calor ha querido adelantarse a la estación para poder asistir endomingado a la boda. Es más inteligente que lista, mucho más cariñosa que fría, tremendamente responsable, a veces nerviosa pero casi siempre sonriente. En las fotos de pequeña lleva trenzas, en la de la primera comunión un cirio en la mano, en la de boda está radiante, hay una de la universidad en la que casi parece hippy, pero es una falsa impresión, nunca fue hippy, sí quiso ser escritora pero luego lo pensó mejor, o tuvo miedo o las dos cosas. Es feliz viendo crecer a sus hijos, la vida no le depara grandes preocupaciones, y sin embargo, cuando ya ha pasado los cuarenta, sufre una depresión que casi la manda al otro mundo, está un tiempo perdida, luego se recupera, ella piensa que ya nunca más será la misma, la mayoría de la gente que la conoce comparte ceniza ese diagnóstico.

Un 3 de octubre y sin avisar, las vidas de Javier y María cambian para siempre, la última semana de sus vidas condensa más desgracias que el medio siglo restante. La escena en la que Javier, María y Carmen salen de escena es una escena familiar, están en la casa, es domingo por la tarde, han regresado del cementerio, han pasado antes por el hospital, y para no entrar solos en el hogar hay más de veinte personas acompañándolos, esos que formaban en el cementerio el primer círculo, hermanos, cuñados, amigos íntimos. No tenía sentido regresar al hotel, o más bien tenía todo el sentido pero habría sido terrible, entonces no habrían podido volver nunca a la casa, mejor es hacerlo ahora, pero no desde luego solos, esa ha sido la propuesta de Carmen, que poco antes se ha convertido en la única con capacidad de tomar decisiones, María ya no lo estaba hace días, ahora tampoco lo está Javier. La familia ha cumplido aquí el objetivo fundamental de su existencia, arropar al hermano, envolver al primo de cuanto pasa, servir de figurantes necesarios, llenar el tiempo de trivialidades para que el que sufre no tenga que enfrentarse a la realidad. Unos cuantos están metidos en la cocina preparando comida, comiendo, haciendo café, bebiendo, María en su cuarto tumbada y dopada, Javier hablando de nada con

su hermano pequeño en el salón, con el rostro demacrado después de tantos días de tensión. Esa es su última imagen, es ahí, tal vez con la cámara alejándose parsimoniosa, cuando abandonan el relato, salen de escena.

En la última semana, ni Javier Montero ni María estaban en disposición de contestar a la encuesta con las dos preguntas, la mera formulación de las mismas, como le ocurría a Miguel García Lasarte, habría resultado para ellos una agresión, o más bien un sinsentido. El jueves 2 de octubre Javier habría respondido a la pregunta «¿es usted feliz?» con una reflexión un tanto metafísica y a la vez melancólica, nadie es feliz, la felicidad es una quimera, un estadio pasajero, un espejismo, a lo único que puede aspirarse, a lo único que yo aspiro, es a la serenidad, a la felicidad nunca. O mejor no, eso es lo que piensa pero nunca lo habría expresado así, jamás articularía esas palabras ni con su mujer, él acostumbra a escudarse de la realidad con la ironía, y habría contestado rápido y con guasa: ¿feliz?, cómo no, feliz, feliz, eso soy, felicísimo, el más feliz de los infelices, el más infeliz de los felices, lo que usted quiera. Algo así. A la segunda, «¿vislumbra el futuro con esperanza?», en lugar de pensarla referida a su vida personal, o más bien pensando en ella y no queriendo ni siquiera analizarla, habría optado por responder como si se la formularan en el trabajo, la crisis va a ser sin duda grave pero inicialmente solo afectará al sector bancario, el origen son las hipotecas *subprime*, claro que en España va a juntarse con la crisis inmobiliaria, con el final de un modelo de crecimiento que hemos llevado demasiado lejos, esa crisis exponencial sin duda lastrará el empleo, habrá paro… Una semana después su diagnóstico, como el de su vida misma, habría sido otro bien distinto.

María Guzmán habría contestado con un sí escueto y sin interés en adornarlo a la primera pregunta, era feliz en efecto el día 2, la depresión parecía lejana, sus hijos estaban bien, se notaba cansada o rara esos días pero no inapetente, pero no deprimida. Y la segunda respuesta habría sido cualquiera que fuera el tenor falsa, porque desde la enfermedad María decidió no plantearse ese futuro, decidió vivir al día, día a día, disfrutar mientras estaba bien, porque pensar en el futuro equivalía a volver a ver la sombra de la depresión, a vislumbrarla en el lenguaje del encuestador, a divisar y no tan en la lejanía la posibilidad real de su vuelta. Pero ahora no puede contestar a las preguntas, no puede siquiera escucharlas, duerme, quizás si tuviera la capacidad de hacerlo no querría

despertar nunca de ese sueño, no sabe si va a poder soportar la realidad posterior, el día a día.

XV

El lunes es día de vuelta al colegio y a la oficina, de regreso a la normalidad con horarios fijos, constatación inevitable del dicho que reza que la vida sigue, aunque hay quien se pregunta y con cuánta razón que de quién es esa vida que dicen que sigue cuando dicen que la vida sigue. Y con ella continúan los titulares, al menos para quienes todavía pueden leerlos, el más llamativo es el que nos anuncia que los países del euro garantizan que ningún banco quebrará en quince meses, una noticia que tiene la intención de tranquilizarnos pero consigue todo contrario, pues lo que nos están contando sin decirlo es que los bancos pueden quebrar, deben de estar a punto de hacerlo. La noticia nos suena familiar, nos recuerda un poco bastante a esas solemnes ratificaciones de los entrenadores por parte de las juntas directivas de los equipos de fútbol, tan solemnes que el mensaje contenido en ellas es el reverso de cuanto afirman, al ratificarlo con esa contundencia le están avisando para que recoja sus bártulos, mañana vendrá la despedida, o si prefieren y aunque suene menos emotivo, el despido, esto es, el finiquito y el apretón de manos sin palmadita en la espalda.

Pero hay más, Obama se distancia siete puntos mientras la ira republicana crece, soldados españoles matan a dos talibanes al repeler un ataque, el padre que hizo huelga de hambre puede perder a sus hijos por defender el derecho a la enseñanza en castellano, la Policía cree que el hombre detenido en Las Palmas puede ser un violador en serie. Ya lo ven, puede uno morirse tranquilo, no por ello dejarán de llegar puntuales las noticias, una detrás de la otra.

Y uno que ya no leerá la prensa del día es Mauricio García Lasarte cuya descripción antes de abandonar esta vida sería la siguiente: es catedrático de Griego en la Universidad Autónoma, no tiene hijos, pero sí atesora unas cuantas amarguras bien consolidadas que como aquellos lo acompañan fieles allá donde vaya. Acaba de cumplir cincuenta años. Al igual que sus hermanos varones, estudia en los jesuitas, es buen alumno, lleva desde muy

niño las clásicas gafas de culo de vaso sin hielo, que más que para ver el mundo sirven para infundir carácter, para que te acostumbres y pronto a que tus compañeros te tomen como el blanco de todas las burlas. Es un niño retraído y ensimismado, un adolescente torpón y tímido. Tiene su primera y última novia a los veinte años, compañera de facultad, alta y morena, casi igualmente tímida, con iguales dioptrías pero engarzadas en una montura mucho más estilizada. Desde que rompen sin que para ello quiebren sus complementos oculares, a Mauricio no se le volverá a conocer mujer, tampoco hombre, aunque lo que algunos llaman pluma y otros ramalazo se convierte a la nada tierna edad de veintitrés años, y solo entonces, en el convencimiento o revelación de ser homosexual, unido a la decisión inquebrantable de que no es esa atracción que vaya a ir seguida de relación alguna, esporádica o duradera. Su experiencia sexual se limita a una noche de juerga en la que termina muy borracho y en la casa de un desconocido. Pero esa noche le deja en la memoria un regusto amargo y culpable, y decide radical eliminar el sexo y el amor carnal del conjunto de actividades de su vida. Así de simple.

Tras doctorarse con una excelente tesis sobre Esquilo que nadie lee, Mauricio va escalando ordenado todos los peldaños del *cursus honorum* académico, hasta llegar cumplidor a catedrático de la Universidad Autónoma, a dirigir seminarios, a publicar artículos en revistas especializadas. Reparte su tiempo entre las clases con alumnos desmotivados, el estudio solo, y una también individual y frenética actividad deportiva, cultivada no de niño y sí de joven, ciclismo, montaña, natación, maratón, y finalmente, triatlón. Se apunta a las carreras fuera de España, se federa, conoce a gente en el circuito, sigue un riguroso plan de entrenamiento sin derecho a incumplir y una dieta no menos espartana sin gracia que le permite, eso sí, mejorar sus tiempos, y con todo ello logra mantener ocupados cuerpo y mente. Una lesión de rodilla que solo puede llamarse inoportuna lo obliga a pasar por el quirófano hasta seis veces, y a abandonar a la postre casi cualquier actividad deportiva. La ansiedad encuentra ahora su acomodo en la comida, engorda cinco kilos al año durante cuatro, como si fuera un cerdo disciplinado camino de la matanza, o como si aplicara el mismo eficaz plan al engorde que el destinado a mejorar sus tiempos. Y tal vez para que la cosa no llegue a mayores adopta oportuno una nueva afición, el aeromodelismo, acude todos los fines de semana religioso a un lugar de las afueras a volar unos aviones pequeños

que él mismo construye, repara y pinta, se apunta a un club, viaja por España para juntarse con otros tarados que comparten con él la misma tara.

En su vida adulta, una preocupación invade expansionista todo su existir. Su hermano mayor, por el que siente de niño una veneración donde hay una dosis nada despreciable de envidia, entra entusiasta en el acogedor mundo de las drogas a los dieciocho años. En esos años lo pierde de vista, pero desde su primer ingreso en un centro de desintoxicación trata de ayudarlo, le costea tratamientos, le procura dinero abundante, ropa nueva, lo aloja generoso en su casa, pasa a consagrar a su normalización su tiempo y recursos. En el fracaso sin matices de su brillante hermano, Mauricio quiere ver una tara familiar, una laguna en una educación rígida y demasiado fría, y se impone como tarea o más bien como fin vital el redimirlo, lo saca de la calle cuando se deja, va a buscarlo en una ocasión a Costa Rica cuando es ingresado allí en un psiquiátrico, intenta que conviva con él, le instala en casa un cuarto, le compra otra vez ropa siempre nueva, vuelve a ingresarlo siempre generoso en el centro más caro de Madrid, pues en esto de las rehabilitaciones ocurre como con los colegios, las hay de todos los precios, a gusto nunca mejor dicho del consumidor.

Pero a diferencia de en su vida sentimental, donde no pierde la batalla porque nunca la afronta, aquí se vuelca entregado y pierde, se empeña terco y su hermano se le escapa una y otra vez escurridizo entre los dedos. Mucho más que cualquier otra frustración, el no conseguir que su hermano lleve una vida normal se convierte en la mayor de sus derrotas. El enfermo termina viviendo en la calle, convertido en un indigente, un mendigo, que vive de una dieta monográfica compuesta de anís y galletas, alguien que no se lava y que te sonríe con una sonrisa de otro mundo cuando te acercas, o con una mirada que tampoco es de este.

Mauricio sabe dónde está, sabe dónde duerme, le lleva dinero cada tres días, por un tiempo desiste y decide hastiado darlo por perdido, y en un mes no vuelve a verlo, lo encuentra ingresado en un hospital, o más bien desde allí lo llaman, el paciente llevaba una tarjeta suya guardada en el bolsillo, se ocupa una vez más de ese paciente mientras dura el ingreso, cuando sale regresa a la calle, vuelve a vigilarlo a distancia, a ayudarlo sin poder en verdad hacerlo.

El 3 de octubre de 2008, unos adolescentes le dan una paliza a su hermano y entra en coma. La paliza ha sido filmada por uno de

ellos, y es exhibida al gran público al día siguiente en un telediario autonómico. Mauricio ve incrédulo en la filmación que uno de los chicos es el hijo de un compañero de facultad, vecino del Encinar de los Reyes, con su amigo se ha cruzado muchas veces, han tomado alguna vez café, fueron juntos a un par de cenas de antiguos alumnos, un día lo invitaron a cenar a su casa, saludó a los hijos, lo pasó bien.

Esta vez no lo llaman del hospital, Mauricio se entera al ver el lunes la filmación en internet, una ira incontrolable le sacude el cuerpo, baja histérico al garaje de casa, sube siempre histérico al coche, y en lugar de dirigirse al hospital para ver a su hermano va directo y sin frenos a casa de los Montero. En ese momento no sabe muy bien qué va a hacer, tal vez insultar a Javier, por qué no amenazarlo, es la ira quien lo guía dominante y no un plan racional preconcebido. Cuando llega a la urbanización, ve a Julián Montero, el menor de los hermanos, que camina por la calle distraído. En ese instante lo confunde aturdido con Juan, o quizás no, ni él mismo lo sabe, lo que sí está claro es que acelera violento, Julián camina desgarbado sobre el borde de la acera, como si siguiera malabarista la cuerda en el trapecio, acelera para atropellarlo, acelera sin pensar, con las dos manos bien agarradas al volante y la ira instalada en los ojos. Y si esa es su intención aún improvisada en ese preciso instante, sus deseos se hacen realidad, lo consigue, consigue atropellarlo, el golpe es seco, pilla a Julián desprevenido, porque Julián, como la senegalesa agredida en Barcelona, lleva melómano puestos los cascos y no lo ha oído venir.

En ese momento no piensa en secuestrarlo, tampoco en matarlo, en ese momento Mauricio no piensa, bulle, no tiene un plan, actúa. El coche ha golpeado a Julián en las piernas, su cabeza lo ha hecho con el capó, está inconsciente, tirado en el suelo. ¿Qué he hecho, Dios mío?, ¿qué he hecho?, grita para nadie Mauricio García Lasarte, y se lleva aterrado las manos a la cabeza como horas más tarde hará Javier Montero perdido en el váter con tapa de su baño de diseño. Puede subir al coche y marcharse, nadie lo ha visto. No lo hace. En lugar de largarse deprisa, se acerca a Julián, se agacha, y al ver que no reacciona intenta levantarlo, se mancha de sangre muy fresca la mano con la que sujetaba la cabeza, esta vez la de Julián y no la suya. Lo sube con esfuerzo al coche, a la parte de atrás, despacio, y no por precaución sino por el peso, despacio, con muchas dificultades y un destino incierto. Lo llevará al hospital, se dice tratando de serenarse, mientras la ira sigue bullendo para

evitarlo, y ahora a ella se suma entusiasta la confusión para ganar la batalla, es ahora ira confusa, ira sin programa existencial, sí, lo llevará al hospital y lo dejará allí, ya está conduciendo en esa dirección, deprisa, casi choca en una de las innumerables rotondas del Encinar. Tendrá que dar explicaciones, se va repitiendo sin hablar, no puede dejarlo allí en la puerta sin que lo vean, pesa demasiado, seguramente en esa puerta del hospital habrá cámaras, es demasiado arriesgado.

Mauricio sabe ahora y tal vez siempre que ese adolescente herido e inconsciente que ocupa sin quererlo la parte de atrás no es el que ha golpeado a su hermano, los conoce bien a los dos, los ha visto muchas veces, casi siempre en el centro comercial, una vez incluso habló con Juan, se cruzó con él en ese pequeño centro que está tan cerca de casa de los Montero, donde está ubicado el restaurante italiano que es su cita obligada los sábados para el almuerzo. Eres el hijo de Javier, ¿verdad?, sí, te pareces mucho, soy Mauricio Lasarte, un compañero de facultad de tu padre, estuvimos el otro día en la cena de aniversario de la facultad. Lo sabe pero no por eso se tranquiliza, ahora resulta que él, hermano de la víctima, agraviado y ofendido, es culpable de haber atropellado a ese niñato con granos, lo que le faltaba, con lo que le han hecho a su hermano, va a resultar que encima él tiene que pedir disculpas, dar explicaciones en el hospital, seguro, si aquí lo relevante es que el hijo impresentable de su compañero y sus compinches drogados han dejado a su hermano en coma en otro hospital, jóvenes sin escrúpulos, jóvenes tarados, unos pijos, eso son, sin responsabilidad ni conciencia, unos asesinos, adolescentes de mierda, cuántos recortes tiene de chavales a los que les da por pegar a los mendigos, por grabar esas palizas, este es el mundo que nos hemos fabricado. Y lo peor es que sabía o al menos temía que su hermano iba a terminar así, lo sabía, cada vez que leía una de esas noticias pensaba que la próxima víctima podía ser su hermano, y al final su profecía se ha cumplido, y encima uno de los agresores es el hijo de Javier Montero, manda cojones, sí, manda cojones, la verdad.

Y así, con la ira haciéndose fuerte progresiva, con la ira ganándole combativa la partida poco a poco a la indecisión y al miedo, con la ira soberana ya por fin, dueña de todo el espacio y sin dejar resquicio para ningún otro sentimiento, ni Mauricio ni Julián llegan al hospital, hay un cambio de planes. Mauricio da una vuelta completa sobre otra rotonda, vuelve a dar otra como si necesitara ese tiempo para confirmar dubitativo la decisión, y se dirige a su

casa ahora con determinación, desanda el camino, su casa está muy cerca de la de los Montero, adosado moderno para familia con posibles ocupado por un soltero sin posibilidad de dejar de serlo. El garaje tiene dos plazas y mucho espacio más, es en realidad el sótano generoso de la casa, de allí se accede a la vivienda por una estrecha escalera, luego por supuesto puede salirse a la calle por la puerta principal. En su caso, el garaje de Mauricio es también taller, un taller donde le dedica tiempo a su muy reciente pasión, el aeromodelismo, no vuela allí los aviones porque espacio no hay tanto pese a ser generoso, pero sí repara minucioso los motores, pinta coqueto las alas, engrasa preciso las tuercas. Allí, en ese taller improvisado, deja a Julián tras volver a sacarlo con mucha dificultad del coche, sigue sin despertarse, el corazón de Mauricio late muy rápido, la puerta del garaje está ya cerrada.

¿Estará muerto?, le toma el pulso, no, no está muerto. ¿Y si se despierta?, o mejor dicho, ¿qué hará cuando se despierte?, ¿qué haré yo cuando lo haga? Cinta aislante gruesa y gris, utilizada en los aviones para separar las líneas de lo que debe pintarse con una pistola fantástica de lo que no, con ella lo ata fuerte, deprisa, nervioso, los pies y las manos, estas últimas detrás de la espalda, luego se sienta o más bien se hunde en un sofá viejo que tiene el taller como penúltima etapa hacia el contenedor. ¿Qué he hecho, Dios mío? La interrogación regresa recurrente con fuerza a su cabeza, la repite ahora en voz alta, se escucha pronunciarla sorprendido, mira a Julián, sigue sangrando por la parte de atrás de la cabeza, va entonces al baño, coge una toalla, la humedece, la sitúa como almohada de la cabeza de un Julián que mira al techo aunque respira, los ojos cerrados, los abre lentamente. La humedad y el frío de la toalla han debido despertarlo refrescantes, parece que vuelve en sí.

—¿Quién eres?, ¿qué hago yo aquí? —Las preguntas salen en un hilo de voz sin fuerza, con mucha dificultad.

—Tranquilo, no pasa nada, tranquilo —contesta Mauricio.

—Me estalla la cabeza —añade entonces Julián—, ¿qué me ha pasado?, ¿estoy en un hospital?

No, no está en un hospital, y a un hospital ya no va a llevarlo Mauricio, el miedo y la angustia han reemplazado complementarios en la última media hora a la ira que los precedía, pero esta regresa con bríos, no, no estás en un hospital, ahora te toca sufrir a ti, hijo de puta, le dicta la ira a Mauricio, pero esta vez y pese a tener interlocutor y no hablar solo, las palabras no salen de su cabeza,

Julián ha vuelto a cerrar los ojos sin esperar respuesta o sin fuerzas para mantenerlos abiertos, muy bien no debe de encontrarse, en su despertar ni siquiera se ha percatado de estar inmovilizado.

En las próximas horas Mauricio diseñará una estrategia improvisada que es una ejemplificación casi perfecta de lo que viene a llamarse huida hacia adelante, y en esa huida convertirá lo ocurrido en un secuestro, al fin y al cabo así se denomina a interceptar a una persona en la calle, llevarla contra su voluntad a tu casa, y ponerte en contacto con su familia para pedirles algo. El tipo de secuestro vendrá determinado por aquello que le ha llevado a perpetrarlo aun sin quererlo, la ira, y no le va a pedir dinero a Javier Montero, va a hacer que sufra, ahora le toca a él, que sufra como ha sufrido su hermano, que viva él en sus propias carnes lo que es sufrir de verdad. Desde que su hermano es un mendigo y ya solo eso, no un toxicómano que vive en la calle, no un enfermo mental sin casa sino un mendigo, que pide cuando puede, un sin techo como los llaman políticamente correctos los periodistas, Mauricio ha ido recogiendo de la prensa las noticias de agresiones a mendigos, pero también todas aquellas en las que el agresor graba las palizas. Y sí, en efecto, siempre pensó que Miguel terminaría así, ahora va a hacer que Javier se entere y bien de que su hijo no es distinto a todos esos delincuentes que consideran que quien duerme en la calle es basura, que graban sus hazañas como si estuvieran cazando jabalíes en una montería, con chaquetita verde y botas de cuero de marca conocida.

Esa noche duerme poco, poquísimo, Julián ha vuelto a abrir los ojos un rato, pero luego se ha sumido en un sueño sudoroso y frío, la herida parece que ha dejado de sangrar. Cuando amanece, Julián no se ha despertado, pero como el dinosaurio sigue allí, Mauricio ha tenido que reinterpretar la realidad que lo rodea con la luz del nuevo día, como si hasta entonces hubiera podido trasladar al territorio del sueño lo ocurrido, y esa realidad terca le informa impertinente que está en su casa, en el garaje de su casa, al lado del cuerpo de un adolescente amordazado. ¡Mierda!, grita entonces Mauricio como gritaba en su día Javier Montero, ¡mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!, repite también él, calcando la pregunta formulada por Montero, pero ¿por qué me está pasando esto a mí?

Y ahí empieza la huida hacia adelante sin necesidad de salir de casa, Mauricio le saca una foto a Julián con el periódico recién impreso sobre el cuerpo, como se cubren los ciclistas cuando bajan los puertos, una vertical, Julián tumbado, el periódico extendido, en

ese momento tiene los ojos abiertos pero no dice nada. La carga en su ordenador, recupera la tarjeta que Javier Montero le dio la última vez que se vieron, escribe un correo, lo rescribe, no lo manda, lo graba, intenta volver a dormir sobre el sofá del taller, antes come algo, trata muy en vano de serenarse. Eso sí, antes de probar a conciliar el sueño para ver si el reposo le procura ideas, Mauricio ha procedido ahora a añadir cinta aislante también en la boca del ya oficialmente secuestrado Julián, una cinta que ahora ya no solo aísla, también calla, amordaza e inmoviliza, debe de haber ido ganando cualidades con el tiempo. La herida en efecto ha dejado de sangrar, Mauricio la limpia, desde ese momento ya no le quitará la cinta aislante, ni siquiera de la boca, ni siquiera para beber o comer, tiene miedo, miedo a que se ponga a gritar, y le practica un orificio al bozal donde introduce una pajita, y soplando él le da un agua y un zumo que ha bajado de la nevera. No, no quiere que grite, tampoco que vuelva a hablarle: ¿qué le diría?

Finalmente decide no dormir, es hora de actuar, sale a la calle con el correo grabado en una USB Los siguientes dos días Mauricio entra de lleno y con solvencia en el papel de secuestrador, poniendo en la tarea su ya conocida aplicación, demostrada antes en el deporte o en el aeromodelismo y desde luego en su vida profesional. Inmovilizado Julián, Mauricio dedicará los días que siguen a visitar a su hermano en el hospital, y a mandar correos electrónicos desde distintos lugares a Javier Montero. Ha llamado a la universidad para anunciar que esa semana no irá, la excusa que es su hermano es pública, así que nadie puede reprocharle nada. Después de mandar los correos desde el Work Center de Velázquez y pasarse el día en el Gregorio Marañón, donde se cruza sin saberlo y sin verla con María Guzmán, vuelve a casa con la angustia de pensar si Julián se habrá despertado, es un momento de pánico del que se recobra al verlo tumbado en su sitio, en lo que lamentablemente para él es ahora su sitio, tumbado sobre el suelo de un garaje ajeno. Le toma el pulso, sigue vivo, aunque no muy despierto, esa noche le da un poco más de zumo, se atraganta, parece despertarse de golpe, parece que va a vomitar, se incorpora casi, o al menos intenta incorporarse. Otro momento de pánico que pasa, en todo ese tiempo la visión de su hermano entubado en la UVI del Gregorio Marañón ejerce de justificante perfecto de cuanto está haciendo ahora, aunque lo cierto, lo sorprendente y lo terrible, es que en esos días, después del primer pánico, Mauricio va a actuar como poseído, sin hacerse más preguntas sobre esa huida hacia adelante que ha

emprendido, sin consideraciones morales, como si fuera normal, como si su actividad habitual fuera dar zumo en una pajita a un adolescente amordazado y herido que retiene en su casa.

El miércoles por la mañana vuelve a sacarle una foto con el periódico antes de salir, para ello tiene que quitarle la cinta aislante de la boca, y echarle un poco de agua en la cara para que se despierte, operaciones que cumple ya sin gritar ¡mierda! ni preguntarse nada, con la misma profesionalidad con la que pinta los aviones, con el mismo mimo con el que los repara. Julián abre de pronto mucho los ojos, esa es la imagen que Mauricio manda, la imagen de un Julián con cara de susto, en la foto puede apreciarse el rastro de la cinta aislante, los policías ya lo advirtieron, los expertos que colaboran con el comisario Soto evaluaron incluso la posibilidad de que no estuviera vivo, la expresión era extraña, pero de eso nada le dijo por supuesto el comisario a Javier, no era cuestión de preocuparlo más de la cuenta, evidencia no tenían. Julián no aprovecha la falta de mordaza para gritar, balbucea algo, está muy débil, vuelve a entornar los ojos, al cabo de un instante, cuando Mauricio vuelve a colocar en su sitio, de nuevo en *su* sitio, la cinta aislante, los ojos están cerrados. Ese día vuelve a pasarlo en el hospital dando vueltas, viendo a su hermano, hablando con sus otros hermanos que lo encuentran muy nervioso, demasiado nervioso, aunque no interpretan que nada raro pase, pues conocen su obsesión por salvar a Miguel, lo ven en efecto muy afectado.

Por la noche regresa y lee el nuevo correo de Javier, la ira vuelve a embargarlo, minutos después llaman del hospital, su hermano ha fallecido. Baja corriendo al garaje histérico, para gritarle a Julián, que sigue muy disciplinado en su sitio de él, y en efecto le grita, ¡has visto, ya lo habéis conseguido!, ¡está muerto, tu hermano es un asesino! Pero Julián no reacciona, no le contesta, y no porque lleve en la boca la cinta aislante, que ya resultaría una justificación irreprochable, y sí porque está también él muerto, como si hubiera querido solidarizarse con Miguel García Lasarte, o como si quisiera echarle un cable a su hermano, mira, sí, mi hermano es un asesino, pero ahora tú también, así que no hables más de la cuenta. Pero Mauricio está en tal estado que ni se percata del fallecimiento de Julián, sube otra vez a la casa, empieza a tirar cosas al suelo, luego se controla, se tira él al suelo, se queda un rato allí sobre una alfombra llorando, llorando como un niño, la histeria da paso a un estado de desamparo inconsolable. Solo cuando baja una hora más tarde para darle el zumo a Julián tras haber ordenado el

desbarajuste causado por su ira, le toma el pulso y no lo siente, y como en movimiento reflejo por simpatía cierra él los ojos, como cerrados los tiene Julián, luego con los suyos abiertos se los abre a él y abiertos se quedan, rígidos, mirando a ningún sitio.

A la mañana siguiente sale para mandar un correo en el que se percibe su estado de ánimo, aunque pese a que todo ha terminado él continúa actuando como si tal cosa, y eso que el secuestro ya no lo es porque el secuestrado está muerto, su hermano también. Pero él continúa comportándose como si nada hubiera pasado, como si la realidad no pudiera trastocar sus planes. Está a punto de ser detenido en el Work Center de Conde de Peñalver, sale del local un segundo antes de la llegada de los agentes de Policía, él es uno de los cincuentones indescriptibles mencionados por el encargado, y no se libra por precavido sino por nervioso, escribe el segundo correo, lo manda y se va, y no porque piense que lo están siguiendo, y sí porque quiere llegar pronto al cementerio, tiene que ir antes a casa a cambiarse. Antes comete la temeridad de pedirle a Javier que vaya al entierro y ya allí la más estúpida de abordarlo, con una sangre fría impresionante lo saluda, le hace un comentario que lleva incluido toda una confesión del delito en un solo adjetivo, se vuelve a casa después de despedirse lloroso de sus aliviados hermanos.

Y es que para ellos con la muerte terminó el problema, murió el can y acabó la rabia, eso era Miguel, si no un perro sí desde luego un problema, algo con lo que no quieres lidiar, esos problemas latentes y ajenos hasta que aparecen inoportunos para ser propios y patentes con toda su crudeza, en este caso en el periódico o en el mismísimo telediario. Luego vendrá un ratito breve de mala conciencia intensa, pudimos haber hecho algo más por él, pero también el corolario de la justificación que pone fin terapéutico a ese desasosiego, nunca se dejó, nunca se dejaba, ya estaba perdido, lo mejor es que descanse en paz. Y ese tan católico y exhortativo «que descanse en paz» viene a querer decir que lo mejor es que descansemos nosotros en paz, sin su presencia en las calles, sin la amenaza incómoda de que aparezca un día maloliente en tu portal para pedirte anís y galletas, bajo tierra está mucho mejor, se ve más guapo.

Después del entierro Mauricio vuelve a casa, se tumba en el sofá del salón que no del garaje, se desinfla, vuelve a llorar, se pasa allí tumbado el resto del jueves hasta el viernes por la mañana, sin moverse, no quiere bajar, no va a volver a bajar a ver a Julián. Y en

ese tiempo en el que no abandona la horizontalidad, alternativamente piensa en deshacerse del cadáver o en convertirse él en uno por la vía del suicidio, las horas se pierden en esa duda. El instinto de supervivencia libra así peleón una dura batalla con la conciencia, acabarán sabiendo que es él, opina la segunda, lo meterán en la cárcel, insiste, el primero se detiene a elucubrar qué va a hacer ahora con un cadáver, trocearlo, tirarlo a un río, llevarlo a la sierra. El día es largo y da para entrar en el terreno práctico, en la batalla no solo se debaten las hipótesis genéricas sino sus aplicaciones concretas. En la una la opción más clara es arrojarlo a un basurero que hay cerca de donde practica aeromodelismo, lo tirará allí, se lo comerán hambrientos los cuervos, lo destrozarán nada selectivos los buitres. En la otra lo mejor son los somníferos, tiene al menos tres cajas en el botiquín, de hecho las compró porque el médico se las había recetado a Miguel en una de esas estancias fugaces en la casa, no tiene ni siquiera que ir a la farmacia, ni tirarse desde lo alto y dejar una enorme mancha de sangre en la acera, ni dispararse con una pistola que no sabría dónde comprar. Y cuando una de las dos opciones le gana la partida a la otra —aquí no estaba permitido el empate— Mauricio García Lasarte sale de dudas y también de escena, abandona el relato.

Sí, soy feliz, habría respondido Mauricio García Lasarte a la primera pregunta de la encuesta. Y en esa afirmación sincera y no impostada está implícita la afirmación de la conquista de esa felicidad, una felicidad que para Mauricio es sinónimo de estabilidad, es feliz porque ha sabido vivir con sus manías, ha sabido controlar sus limitaciones emocionales, ha luchado férreo por no salirse de las pautas que él mismo se ha marcado para poder vivir en sociedad de acuerdo a sus propias reglas, es por tanto una felicidad con pocas alegrías la suya pero con muchos logros alcanzados, la felicidad de haber forjado su rutina, de haberse creado a sí mismo, de haber fabricado con tesón la persona que es, a fuerza de fuerza de voluntad, de sacrificio, de autolimitación, eso mismo que no ha podido conseguir con su hermano sí lo ha logrado consigo mismo. Y también habría contestado que sí a la segunda pregunta, vislumbra el futuro con optimismo, porque en su mentalidad, como en la del padre del inspector Vidal y en la del mismo Vidal, el futuro se construye, el futuro se elabora, se trabaja, con determinación y sin excusas, nada de sombras ni tampoco de quejas, el futuro en efecto se trabaja y él nunca ha sido reacio al esfuerzo, trabajó para sacar las oposiciones, trabajó para mejorar la

marca en la maratón, trabajó hasta casi ayer mismo para pulir la velocidad de su avión de juguete.

XVI

El cadáver de Julián Montero lo encuentran los miembros del GEO que han entrado por el garaje, ahí estaba, en su sitio, tumbado en el suelo, amordazado, atado, muerto. La autopsia revela que murió el día 8 aproximadamente a las diecinueve horas, luego el comisario Soto puede respirar tranquilo, cuando Mauricio Lasarte entra a formar parte del muy reducido número de sospechosos, Julián ya estaba muerto, nada habrían ganado de no esperar al sábado. Para corroborar lo señalado en la autopsia, están esta vez las propias palabras del homicida, pues además de en los informes técnicos esta información se contiene en un correo explicativo, un correo que Mauricio no manda a su destinatario, Javier Montero, pero sí imprime, un correo que deja junto a su cuerpo, en ese correo están recogidas sus últimas palabras, son esas últimas palabras que Julián no puede pronunciar pero que Mauricio sí deja escritas. Un correo que además de disculpas contiene una última agresión a Montero, y no por no utilizar el adjetivo «hermoso» ni una sola vez, sino porque le reprocha en el fondo que no actúe como él está a punto de actuar.

Estimado Javier,

Este es mi último correo, ya no habrá más pruebas ni espero contestación, pues no estaré en condición de leerlas si las hubiera. Lo dejo impreso y sin enviar para que no llegue antes de la cuenta, para asegurarme de que cuando lo leas tú yo ya no estaré.

Todo ha salido mal, y es indudable que yo tengo gran parte de la culpa. Empiezo pues esta vez por pedir perdón, aunque soy muy consciente de que mis disculpas ya no sirven para nada. Pero quizás sea útil al menos el explicar cómo han sucedido las cosas, y no para justificarme ante ti o ante nadie pero sí para que mis actos se entiendan, para que tú sepas en qué circunstancias murió tu hijo, al menos a eso tienes derecho. Y lo que se impone aclarar antes que nada es que yo no pensaba secuestrar a tu hijo y mucho menos matarlo, lo primero fue una casualidad, lo segundo un accidente. Cuando me enteré de la salvaje agresión a mi hermano, cuando vi la cara de tu hijo en ese vídeo que no logro quitarme de la cabeza, fui directo a tu casa. Cerca de la entrada vi a tu hijo, no sabía entonces si era el mismo del vídeo o el otro, ni siquiera sabía su nombre, solo lo supe por tus correos, el caso es que lo atropellé. No me preguntes qué pretendía cuando me fui para allá, insultarte, gritarte, no sé muy bien, pero lo

que hice fue atropellar a tu hijo, se golpeó en la cabeza, pensé llevarlo al hospital, finalmente lo traje a mi casa, tuve miedo, estaba muy nervioso.

Sí, es posible que yo no sea mejor que aquellos que matan y lo graban, también he matado yo, también he sacado una foto a tu hijo, puede que en efecto sea incluso peor, eso es lo terrible, lo que no me permite seguir viviendo, no el temor a la cárcel, tampoco el qué dirán, sino el comprobar que aquello que detesto más es al final lo mismo que yo he practicado, ojo por ojo, qué terrible es la naturaleza humana. Y sí, lo que me resulta intolerable es darme cuenta de que yo también puedo ser así, no soy en el fondo distinto a quienes aborrezco, y una vez inmerso en las circunstancias precisas, actuaré como ellos, he actuado igual que ellos. Y sí, yo he causado daño queriendo, no en el caso del atropello pero sí en cuanto vino después, daño a vosotros y también a tu hijo, he querido que sufrieras como he sufrido yo y me he convertido al cabo yo también en un asesino.

Lo siento, al final tanto juego con la mitología y la tragedia y mira cómo ha terminado esto, y aunque no creo que este fuera mi destino y yo haya ido encaminándome hacia él tratando de evitarlo, es cierto que yo no empecé esta historia, es cierto que si tu hijo con esos dos descerebrados como él no hubieran matado a mi hermano yo estaría ahora dando mis clases, es cierto que no pensaba ni quería secuestrarlo pero lo secuestré. Tampoco pensaba matarlo, simplemente se ha muerto, el golpe debió de provocarle un derrame, el miércoles por la noche murió. Te diré que creo que no sufrió mucho, golpe en la cabeza y muerte posterior, como mi hermano, parece que también aquí la simetría quiere decirnos algo.

Nada más, Javier, de nuevo disculpas, espero que puedas vivir en paz con tu conciencia, yo desde luego no puedo hacerlo con la mía.

Mauricio

El que en efecto no tiene derecho a últimas palabras es Julián Montero, adolescente y sin embargo buen estudiante, y quizás fruto de la propia adolescencia o más bien porque se trata de un rasgo consustancial a su carácter, tímido aunque sin excesos, la falta de tiempo no le va a permitir saber si ese rasgo se moderaría con el paso de los años. Julián nace un año y medio después de su hermano mayor Juan, crece sano y seguro como se vuelve a casa después de un viaje en tren, tiene siempre los brazos demasiado largos, como si pertenecieran a otro cuerpo o como si se hubieran dado de sí, así se estira la ropa vieja. Es casi tan deportista como su hermano, un poco más torpe, mucho más constante y riguroso en cualquier actividad que emprende. A los seis años engorda sin motivo aparente y se pasa tres años respondiendo al modelo de niño gordito y bonachón, a los nueve empieza a adelgazar o a crecer o las dos cosas. Una tarde, en la clase de pádel de los jueves, se cae de espaldas al intentar responder a un globo, se golpea la cabeza, pierde por unos segundos el conocimiento. Entonces acaba de cumplir once años, y ese episodio es, junto con la rotura de una

muñeca al caerse esquiando, los únicos percances serios de una vida uniforme y sin tacha, buen alumno, buen hijo, nunca rebelde, nunca quejoso.

Ahora tiene quince años, los brazos continúan siendo demasiado largos, le han salido granos en la cara, no sabe muy bien cómo vestirse, se ve o muy pijo o demasiado modoso, todo le queda o muy estrecho o demasiado grande, de mayor quiere ser astronauta. También sigue siendo buen hijo y buen alumno, le gusta mucho una chica de su clase de nombre Cristina, la mira mucho y con intensidad pero solo cuando ella no lo ve, intenta cumplir siempre con cuanto de él se espera. A veces tiene dudas que son existenciales aunque no las defina así, pero casi siempre mantiene una estabilidad emocional impropia de su edad, incluso entiende a los adultos, comprende sus preocupaciones, es capaz de ponerse en su lugar.

Quiere a sus padres, adora a su madre con locura, siente admiración a veces teñida de incomprensión por su padre, su hermano ha sido toda su vida un referente aunque no un modelo, envidia su determinación, su fuerte personalidad aún inestable, su éxito con las chicas, el carácter rebelde que él no tiene. El 3 de octubre de 2008, su hermano es testigo y no al menos voluntariamente cómplice de un hecho luctuoso que lo lleva al telediario y un poco más tarde a ser detenido. Al conocer por un compañero la detención de otro de los que estaban con su hermano, se va a casa en un taxi, sus padres le cuentan las novedades, sus vecinos lo agobian cuando baja a airearse, sale a pasear fuera de la urbanización para huir de ellos, está muy nervioso, un tipo lo atropella con un coche a toda velocidad.

No recuerda nada más, en parte porque el recuerdo es patrimonio de los vivos, y vive los pocos días que sobrevive a ese golpe en la nebulosa sin forma de un duermevela, nunca alcanzará a comprender ni a procesar lo que le pasa. Amordazado por una cinta aislante que en circunstancias normales le causaría molestias que sin duda se convertirían en dolor, expira sin saber que lo hace, muere sin poder entender que muere, sin últimas palabras, o al menos sin deliberadas últimas palabras. Se va. Nos deja, deja un dolor casi irreparable en sus padres y hermano, y en ese instante, o más bien en el posterior de su muy concurrida inhumación, abandona el relato, es decir, sale de escena.

Julián sí leía a diario, ya fuera de forma epidérmica, la prensa digital, pero no se habría animado a participar en la encuesta. De

hacerlo, antes del 3 de octubre habría respondido así: sí, soy feliz, nada malo me ocurre, pues así define él la felicidad, de forma negativa, la ausencia de problemas graves. Y no vislumbro mucho el futuro, si vislumbrar es situarme mentalmente en el cómo será lo por venir, ni el mío propio ni el de quienes me rodean. Quiero ser astronauta, me gustan el espacio y las estrellas, adoro la ciencia ficción, me encantaría viajar a la Luna. No podrá ser.

Y si los geos del garaje se topan con un cadáver, quienes entran por la puerta principal se encuentran en el salón con otro, el cuerpo de Mauricio García Lasarte, tumbado sobre el sofá, él sin amordazar ni atar, con el correo a su vera y el contenido de tres cajas de somníferos en su cuerpo, el continente también a su vera para facilitar amable el trabajo de la Policía. En su caso la autopsia determinará que el fallecimiento se produjo el viernes a las nueve horas por ingestión masiva de fármacos, es decir, esa misma mañana, tan solo unas horas o incluso minutos antes de la entrada de los geos. El resto de la casa refleja el orden del maniático o el del muy ordenado, limpieza absoluta, algunos rastros de polvo solo porque esa semana Mauricio había ordenado a la señora de la limpieza que no fuera, muchos libros, estanterías llenas de libros, un gimnasio instalado y olvidado en una de las habitaciones, un dormitorio sobrio, apenas cuadros, un taller para aviones en el sótano. Treinta segundos, en no más de treinta segundos ha concluido el operativo, dos cadáveres, uno en la planta principal, el otro en el garaje, uno es el propietario de la vivienda, el otro es en efecto el adolescente secuestrado. Fin del operativo. Fin del caso.

El comisario Soto no está esperando fuera con un megáfono sino en su despacho, con Javier y María, esta vez también con Carmen, como si al ser más mejoraran las posibilidades de un final feliz. No lo ha habido, sí hay por contra gritos, Javier grita, Carmen sostiene a María que no puede ni siquiera llorar, ha insistido en que no debería estar allí, Javier sigue gritando, en sus gritos ahora hay reproches mucho más subidos de tono que los del jueves, reproches al comisario Rodrigo Soto por haber tardado tanto, varios agentes han entrado en la oficina, está García, también la célebre Muñiz, alguno hace amago de reducir a Javier pero Soto lo para con una mirada homicida, es mejor que se desahogue, que lo suelte, no va a causarle ningún daño.

Y el rumano Adrian Iliescu tiene también algo que decir, también él reclama su derecho a desahogarse, porque quiere que lo suelten también a él, de pronto ha visto cómo la cosa podía ir a

mayores, y ante las preguntas incansables de Muñiz y tras analizar su situación se ha decidido a hablar. Y del contenido de su discurso puede concluirse que dispone de coartada impecable y de testigos seguros, eso es lo importante que quería notificarle al comisario, ese era su vehículo entrando puntual en la rotonda, conmigo no cuenten como sospechoso, ese es el mensaje que el vehículo acarrea, no he sido yo. Las noches anteriores a su detención, como el resto de las noches de los últimos meses, ha estado trabajando ilegal en un prostíbulo que hay cerca de la Gran Vía, no uno de los frecuentados por Martos, este es de nivel adquisitivo inferior, clientela madrileña para profesionales extranjeras, allí ejerce de hombre para todo, pone copas de garrafón con trampa, limpia baños sin taza, ayuda a cerrar, si es preciso ejerce matón de portero, pone en su sitio a un cliente si este se vuelve muy pesado. Por las mañanas ha estado en su casa, su mujer puede corroborarlo, el jueves sin embargo no podía dormir y por eso se fue al Work Center, quería mandarle un correo a su hermano. Y eso es todo, espera que con su declaración no vayan a empapelar al dueño, no es mala gente, pero sobre todo quiere que sepan que no tiene otro trabajo, no quiere perderlo, lo de la construcción está cada vez peor, colaborará con la Policía en lo que haga falta si no le quitan su empleo.

Y el tercer vehículo que confluía en la rotonda era Martos, que ya no va a tener ocasión de pronunciar esas verdades de barquero, esas que iba a confesar a cambio de dos rayitas, aunque su estado es tal que ni siquiera se ha parado a pensar en qué iba a decir, solo está imaginando sobre la mesa el blanco material alineado listo para procurarle un poco de sosiego. Mientras Soto sigue escuchando los gritos de otro mundo de Javier Montero y el silencio imposible de María Guzmán, uno de los agentes de guardia ha atendido una de las insistentes llamadas del agregado de Interior de la Embajada de España en Haití. Su primera llamada no tiene respuesta del comisario, que se concentra en lo que sucede en la casa de Mauricio, el agregado se queda en espera al teléfono pero nadie responde, así que decide no darle las rayitas a Martos, insiste con una llamada más y entonces le dan la noticia, no sabe muy bien quién pero el mensaje es claro, no es él, no es Martos, el secuestro ha terminado. Y sin esperar las órdenes directas de Soto, el agregado suelta a Martos sin la coca pero sí con su pasaporte, y se marcha tranquilo a dormir a casa maldiciendo su trabajo, maldiciendo el día que pidió un traslado y todo por ganar más pasta, con lo bien que estaba él en Madrid.

Y ahí termina el secuestro, fin del caso, al menos la vuelta atrás ha servido para que regresen a escena quienes ya la habían dejado, y puedan así saludar al público al final, reverencia mediante, la mano se toca simbólica el corazón, la sonrisa agradecida, el aplauso como música de fondo. Soto, Lasarte, Paco Martos, el mismo Mauricio, esos secundarios imprescindibles, aunque entre ellos hay también algún protagonista cuya muerte es al final dolorosa pero necesaria para los fines de la trama.

Mientras tanto, el lunes prosigue cumpliendo las horas que le confieren ese nombre, dentro de poco dejará de ser, saldrá también él de escena, aunque volverá puntual la semana que viene, para él sí que puede afirmarse sin temor a equivocarnos eso de que la vida sigue, aquí el dicho se cumple con puntualidad asegurada. En la prensa de hoy hay, cómo no, noticias sobre la crisis, incluso un análisis de la misma que la hermana con la teoría de la espera tan grata a Javier Montero. La crisis es brutal, afirma el analista, en eso estamos de acuerdo, y hay en efecto y de qué tamaño burbuja, es esa burbuja la que nos está explotando en la cara. La razón de esa burbuja, el aire que la llenaba, es el hecho de que todos hayan jugado a que todo iba a salir bien, todos han apostado a que el futuro iba a ser mejor como si esa circunstancia fuera inevitable, como si fuera irremediable el crecimiento, como si después de subir un año la bolsa dos puntos el que viene necesariamente tuviera que subir tres.

Y no, el progreso no es inevitable, no es inevitable que la bola caiga en rojo, puede de hecho caer en negro, incluso es posible que baste con que el crupier accione algún dispositivo oculto para que así sea, y lo hará especial y curiosamente si tú has apostado una fortuna al rojo. En el artículo, el columnista sugiere que ese es el origen de todo, esa creencia está en la raíz de las famosas hipotecas *subprime*, los bancos dan hipotecas a quienes ellos mismos saben que no son candidatos a ellas, los llaman «ninja» con esa tendencia tan acusada pero nunca convicta que tienen los americanos a las siglas (*No Income, No Job, No Assests*), es decir, a quienes no tienen trabajo, ni tienen bienes que los respalden, ni tienen tampoco ingresos. ¿Y por qué se las dan?, pues porque se basan ingenuos en que la vivienda valdrá luego más, luego actúan como si ese hecho, la subida del precio de la vivienda, fuera en efecto inevitable, aquí no es la espera de que algo positivo suceda, sino la certeza en este caso equivocada de que va a ser así.

Y así operaban los bancos en los últimos tiempos, dando créditos

no solo a los que quieren comprarse una vivienda sin tener trabajo fijo, también a quien quería comprarse el quince por ciento de una compañía por miles de millones de euros, siendo la garantía las propias acciones de esa compañía, con la esperanza, o de nuevo con la certeza también de nuevo equivocada, de que ese precio no va a bajar sino a subir. Y entonces, cuando el futuro inevitable él sí se vuelve presente verdaderamente inevitable, cuando la premisa sobre la que se ha creado el chiringuito no se cumple, porque los precios de las casas bajan, porque las acciones de la empresa también, entonces al chiringuito se lo lleva el viento como si fuera de bambú de pega, la más liviana de las casas del menos previsor de los tres cerditos. El columnista, didáctico él, pues sabe que sus lectores no son dados a explicaciones técnicas y entienden mejor las teorías con casos concretos, termina su razonamiento con un ejemplo tal vez no demasiado feliz. Es como si creas una empresa que fabrica yogures sin grasa con la certeza segura de que siempre aumentarán las ganas de comer yogures descremados, y esa certeza termina por no serlo, porque alguien o más bien muchos se cansan de comer esos yogures, y el resultado no es que tienes cada día más consumidores, es que empiezas a tener menos. Eso le ha pasado al mundo, sentencia el analista, en unos términos que serían del agrado de Javier Montero.

El que desde luego no es personaje secundario en esta trama ni consumidor de yogures sin grasa es Juan Montero, él es el verdadero protagonista de esta historia, aunque haya permanecido fuera de foco demasiado tiempo, al fin y al cabo él es el responsable de toda ella, si hubiera decidido quedarse en casa como su hermano el viernes 3 de octubre no habría habido secuestro, Martos seguiría probablemente gastando sus dineros en Dominicana, Julián habría ido hoy al colegio. Juan Montero, el cuarto vehículo en alcanzar la rotonda puntual pero con veinticuatro horas de retraso, nace en Madrid en el año 1991, año reversible que precede al redondo 92, Olimpiadas y Expo, el acceso del país en AVE a la modernidad tantos años postergado. Es un bebé llorón y un niño inquieto, come con ansiedad y llora con rabia cuando le quitan teta, biberón o pizza. A los cinco años, la inquietud se traslada a sus padres, pues piensan que sufre lo que los doctores llaman «déficit atencional», lo llevan al psicólogo, el niño no para, el niño no se centra, el niño tiene arranques violentos. A los siete años está a punto de morir en una playa de Málaga, nadie sabe cómo logra alcanzar la costa desde el apartamento donde está el resto de la familia, cruza solo una

carretera atestada de vehículos. Quería nadar en el mar, es todo lo que les cuenta a sus padres como justificación de lo ocurrido cuando lo rescatan.

A los doce años casi repite curso, el casi va repitiéndose cada año y él no repite pero siempre parece que va a hacerlo, el deporte se convierte en la única vía de escape ante un mundo que lo agobia, el ámbito cerrado de una clase o el menos concurrido de su casa lo alteran, solo en una cancha de juego es feliz, se relaja, se distrae, baloncesto, tenis, fútbol, da lo mismo. Sus padres deciden fomentar esas aficiones en vista de su efecto balsámico, lo apuntan a un equipo de esquí, van a esquiar en Navidades y Semana Santa toda la familia, él se inscribe en otro equipo esta vez de baloncesto, entrena dos días a la semana, juega partidos todos los sábados.

Pero a los dieciséis años solo quiere salir de marcha, se borra de los equipos para desesperación de sus padres, llega tarde a casa, incumple casi sistemáticamente los horarios pactados o más bien impuestos de vuelta al hogar. Su madre piensa que deben ser más estrictos con él, su padre opina que hay que darle espacio, que precisa espacio, su madre rebate no sin razón que él no afirmaría lo mismo si fuera una chica.

Empieza el curso que debería ser el último, aquel que precede a la universidad, no tiene ganas de nada, no sabe qué va a estudiar, Derecho parece ser el recurso más fácil, pero carece de vocación, no tiene claro a qué va a dedicar su vida. Se emborracha de forma sistemática los fines de semana, practica como toda su generación el botellón callejero, fuma porros, se mete alguna raya de coca cuando alguien lo invita. Entre semana no sale, entre semana hace vida normal, aunque se pasa el día pegado al ordenador, a los videojuegos, ha dejado el deporte, y llega el viernes y sale con ansiedad, el domingo lo pasa siempre cansado y también angustiado, aburrido además porque vuelve a empezar otra semana sin sentido.

No tiene novia, tuvo una el año anterior pero ella lo dejó, entre las razones aducidas para la ruptura estaba el reproche por no centrarse, quería ir más con sus amigos que con ella, cuando salía con ella y sus amigos no le prestaba la menor atención. Y es que las chicas le inquietan, les gusta y le gustan pero no está cómodo con ellas, no sabe muy bien cómo comportarse, si debe ser más lanzado o más cauto, solo los fines de semana y mediando algo que le altere la conciencia pasa a actuar con ellas de forma desinhibida, cuando parece seguro, cuando parece que todo tiene por fin sentido.

Un viernes muy reciente su vida da como la de su familia y por culpa de él un vuelco, o mejor, varias vueltas de campana, lo que tenía que ser una juerga más, sin distintas consecuencias a otra resaca física y moral, termina en drama, un drama del que no es consciente, no se acuerda de nada de esa escena que luego ve hasta la náusea. Sí se acuerda y muy bien de las imágenes, de las caras de pánico y de ira de sus padres cuando llega a casa después de salir con Pincho, de la entrevista con el abogado con corbata gritona, del interrogatorio del juez sin sonrisa, de la cara ahora desencajada de su madre ida cuando supo que iban a ingresarlo en un Centro de Internamiento de Menores. Intenta controlarse y lo logra, asume con extraña serenidad que a él mismo sorprende cuanto le pasa, durante la semana posterior nota muy raros a sus padres, piensa que por culpa suya, y se dedica a intentar estar sereno, a ayudar a animar a Pincho, a asimilar cuanto le está sucediendo. Por las noches se acuesta pensando que todo es un mal sueño, que al amanecer estará en su cama y tendrá que vestirse para ir al colegio. La noticia de la muerte del indigente lo hunde un poco bastante, ahora sabe que su estancia en ese lugar no será breve, ahora tiene que prepararse para aguantar, para resistir.

Y justo cuando la depresión empezaba a sustituir al aplomo con el que había afrontado hasta ahora los hechos, el sábado, y con la delicadeza con la que en los chistes le comunican a uno la muerte de un familiar —que den todos un paso al frente los que tienen hermano, tú no, Montero *desgraciao*—, un interno con dientes de oro y un tatuaje de un cerdo en el pecho le informa alegre que su hermano ha aparecido muerto, que había sido secuestrado por el hermano del indigente. Supongo que lo sabrás ya, ¿no? Joder, colega, menudo palo. No, no lo sabía, no entiende nada, grita, sus padres van a verlo esa tarde en un estado que debiera haber desaconsejado la visita, la misión es tranquilizarlo pero ese mismo estado no lo permite. El director de El Renasco aprueba sin dificultad el permiso para que al día siguiente acompañe a sus padres al cementerio, pero finalmente no acude, y no acude porque esa misma mañana se cuelga en su propia celda con un cinturón que nadie sabe de dónde ha sacado.

La argolla sobre la que se cuelga cede para suerte de todos, y Juan se cae y se rompe una mano en esa caída, cuando su hermano está siendo inhumado él está en el hospital donde los médicos le introducen unos clavos en el radio de la mano derecha, sus padres van a verlo antes de volver a casa, lloran los tres, él intenta

recomponer a duras penas su papel de hombre sereno, pero le cuesta, vaya si le cuesta. La que se recompone esa misma tarde es su madre, nadie sabe cómo pero cambia de estado de ánimo y decide pasar la noche en el hospital con su hijo, ahora va a dedicarle a él todo su tiempo, para él requiere ahora de todas sus energías.

Juan ha vivido siempre en un país que mejora, cada vez son mejores lo coches, mejores las carreteras, más modernos las televisiones y los hospitales, un país que no conoce el retroceso. La guerra civil es un asunto remoto y ajeno, Franco, un tipo que sale en una serie de televisión retro donde los actores llevan patillas y pantalones de campana. El progreso parece en efecto inevitable, cada año los coches de sus vecinos son nuevos, el de su padres también, las grúas rodean los alrededores de su urbanización, se construye, se vende, se compra. Y en su familia no ha habido tampoco grandes problemas, no conoce casi el sufrimiento, no ha visto morirse a nadie querido, solo a dos de sus abuelos y cuando era muy pequeño, no se acuerda de nada. La enfermedad de su madre ha sido la única mancha en esa postal, ya superada, algo que nunca entendió bien ni supo procesar, la veía triste, ahora vuelve a verla alegre otra vez, nunca descubrió los motivos. Pero salvo eso, en la postal de su vida, si nos decidimos a enfocar cuanto aparece en primer plano vemos a los cuatro sonrientes, los padres bien situados profesionalmente, los niños sanos, vacaciones a esquiar, en esa postal están vestidos los cuatro con ropa de marca, se abrazan. Y si los desenfocamos para centrarnos en el fondo, el fondo es ese país que solo crece, que parece destinado a mejorar siempre.

Y ahora ese país está en crisis, todo el mundo habla de crisis, y mientras tanto a ellos les ha estallado para sumarse a la fiesta otra crisis, la crisis de la familia Montero, más bien la tragedia de la familia Montero, una tragedia que sin duda los marcará para siempre. En las semanas que siguen a su intento de suicidio con hebilla, Juan logra ahora sí recomponerse, decide que tiene que estar sereno, que en adelante lo importante es contentar a sus padres, que debe luchar por salir de allí, por ser feliz aunque no quiera, darle alegrías a sus padres va a convertirse en su motor de vida. Y el Juan que saldrá de El Renasco es un Juan distinto, absuelto finalmente en una sentencia que condenará a Segrelles, añadiéndole un epíteto más, pasando de ser solo gilipollas a convicto, una sentencia que también condenará a Pincho, pues al fin y al cabo allí estaba filmando y no impidiendo que Segrelles cometiera su fechoría. Que en la absolución de Juan ha podido jugar

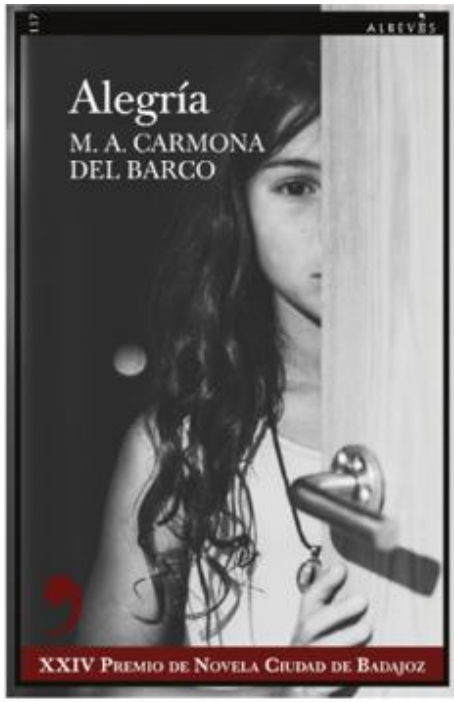
un papel importante la muerte de su hermano es un hecho de difícil determinación, los jueces son humanos, eso suelen decir los mismos jueces. Con su regreso a la vida normal, al colegio donde ahora falta su hermano, a la casa donde tampoco está, Juan Montero abandona el relato, aunque el relato mismo se agota con su propia salida. Pero no por ello es menos cierto, sí, también él sale de escena.

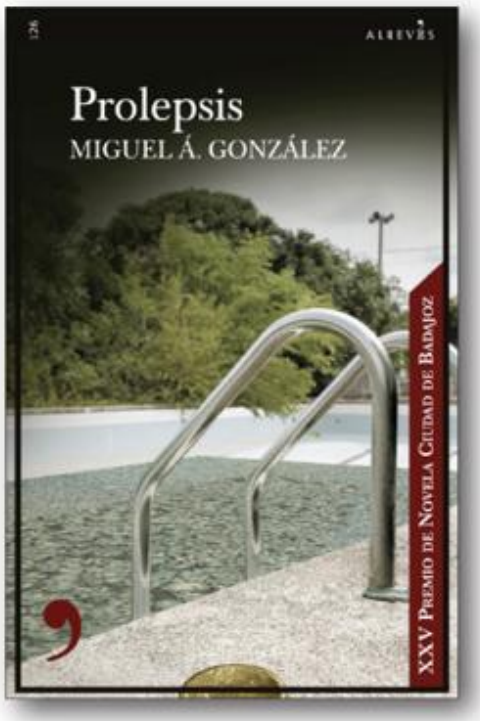
Ese Juan recién salido de escena y de paso de El Renasco habría contestado las preguntas de este modo. No, no soy feliz, cómo podría serlo, acabo de perder a mi hermano pequeño por mi culpa, acabo de terminar una estancia de tres meses con pensión completa en un Centro de Internamiento de Menores, mis padres están destrozados. Voy a decirlo una vez más. ¿Cómo puedo ser feliz? Y si esta respuesta es más bien esperada por obvia, la segunda puede llegar a sorprender. Sí, vislumbro el futuro con esperanza, y no solo porque será inevitablemente mejor, nada peor ya puede pasarme, morir habría sido más bien liberación. Lo vislumbro con esperanza porque voy a trabajar para que así sea, ese es mi programa vital, no darle disgustos a mis padres sino alegrías, voy a construirme ese futuro sin dejar que nada me lo impida, no sé muy bien cómo, no sé con quién, sí sé que se lo debo a mi hermano. Así, con la determinación antifatalista del inspector Vidal, con la misma fuerza con la que se forjó su porvenir Mauricio García Lasarte, Juan Montero aborda lo que le queda, afronta lo por venir.

Pero claro, Juan no ha participado realmente en la encuesta, tampoco J. M., ni Lorenzo Martínez, ni el inspector Vidal, ni siquiera el comisario Soto, ni Mauricio Lasarte, ni Javier Montero, ni su mujer María, ni su hijo Julián. Sí lo han hecho sin embargo dos mil quinientas personas, según publica orgulloso y probablemente mintiendo hoy lunes el diario que la ha llevado a cabo, un sesenta por ciento de ellas afirma que es feliz, solo un cuarenta y dos vislumbra el futuro con esperanza. El periódico no nos indica esta vez si existe alguna relación entre ese sesenta por ciento y el mismo porcentaje de españoles que atesora en sus entrañas semen de baja calidad, no han debido cruzar las encuestas, luego es imposible saber si la calidad del semen es un factor determinante para ser feliz, imposible saber si quienes manifiestan ser felices forman o no parte del porcentaje de alumnos que se cambiaría de lugar si supieran que su compañero es gay, así no sabemos en este caso los nombres pero ni siquiera las caras del setenta y cinco por ciento de pingüinos que no vivirán para contarlo.

En el comentario que el sagaz periodista realiza de la encuesta, una suerte de apresurado pero bien pagado análisis de los resultados, el plumilla digital se ha permitido apuntar que hay un lector que tal vez haya sabido resumir en sus contestaciones el espíritu colectivo. Ese lector, cuyo nombre se omite para preservar su intimidad, como los nombres de las víctimas se esconden tras sus iniciales, como se esconden los nombres de sus verdugos si estos son además delincuentes juveniles, ha contestado lapidario con una frase escueta a las preguntas, una sola frase para dos interrogantes distintos, dos muertes para cuatro hermanos, una respuesta para dos preguntas. Y es que en el apartado correspondiente a «¿es usted feliz?», este cibernauta sintético ha escrito la frase «Ya nada será igual», y a la derecha de la pregunta «¿vislumbra el futuro con esperanza?» ha creído conveniente repetir lo ya escrito. Por ello, no sabemos en verdad si vislumbra el futuro con esperanza o sin ella, pues no nos aclara si cree que las cosas van a ir a mejor o a peor. Solo algo es seguro, al menos para él, y es muy posible que toda la familia Montero comparta su criterio. «Ya nada será igual.»

Anteriores ediciones del Premio de Novela Ciudad de Badajoz


117
ALREVÉS
Alegría
M. A. CARMONA
DEL BARCO
XXIV Premio de Novela Ciudad de Badajoz


126
ALREVÉS
Prolepsis
MIGUEL Á. GONZÁLEZ
XXV Premio de Novela Ciudad de Badajoz